La batalla
por el
comienzo
LA CREACIÓN, LA EVOLUCIÓN Y LA BIBLIA
JOHN MACARTHUR

La batalla por el comienzo

LA CREACIÓN, LA EVOLUCIÓN Y LA BIBLIA

JOHN MACARTHUR

PORTAVOZ

La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas en su vida espiritual y servicio cristiano.

Título del original: *The Battle for the Beginning*, © 2001 por John MacArthur y publicado por W Publishing, filial de Thomas Nelson Inc., P.O. Box 141000, Nashville, Tennessee 37214.

Edición en castellano: *La batalla por el comienzo*, © 2003 por John MacArthur y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

Traducción: John Alfredo Bernal

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 0-8254-1531-4

2 3 4 5 6 edición / año 10 09 08 07 06

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Dedicado a Bill Zimmer,
anciano fiel de la
Grace Community Church y amigo fiel,
cuya devoción de toda la vida al
libro de Génesis y su defensa a la
interpretación literal del mismo han sido
un gran ejemplo para mí.

CONTENIDO

Reconocimientos 9
Introducción 11

1. Creación: créalo o no: Génesis 1:1 35
2. ¿Cómo sucedió la creación? 57
3. Luz en el día primero: Génesis 1:2-5 83
4. Él demarcó los fundamentos de la tierra: Génesis 1:6-13 105
5. Lumbreras en los cielos: Génesis 1:14-19 125
6. Abundancia de criaturas vivientes: Génesis 1:20-23 147
7. Bestias y animales que se arrastran: Génesis 1:24-25 169
8. El hombre a imagen de Dios: Génesis 1:26-31 189
9. El reposo de la creación: Génesis 2:1-3 215
10. El paraíso perdido: Génesis 3:1-24 233

Epílogo: bendiciones a pesar de la maldición 255
Notas finales 267
Índice de temas 277

RECONOCIMIENTOS

A lo largo de más de tres décadas de ministerio en la *Grace Community Church*, he tenido el privilegio de presentar sermones expositivos casi todos los domingos. He realizado la predicación sistemática y detallada sobre un libro de la Biblia los domingos por la mañana, y un libro diferente en el culto vespertino. Esto ha producido miles de mensajes grabados así como una gran cantidad de apuntes y comentarios, que se han convertido en la materia prima de todos mis libros. Los múltiples libros que he escrito nunca habrían podido producirse sin ese prolongado ministerio de predicación y las largas horas de estudio y preparación que requirió.

También me sería imposible publicar tantos libros si no fuera por la bondad del Señor al darme algunos editores excepcionales que trabajan en el material. Entre ellos sobresale Phil Johnson, quien ha aplicado por muchos años su talento extraordinario como escritor a los libros más especializados como el que usted tiene en sus manos. Este libro, al igual que muchos otros, es producto de la amistad y el compañerismo que ambos tenemos.

Otras personas que prestaron su colaboración en diversas etapas del proceso editorial fueron: Mary Hollingsworth y Rhonda Hogan de la casa de publicaciones *Word*, y Gary Knussman del equipo de trabajo del ministerio *Gracia a vosotros*. También quiero expresar un agradecimiento especial a mi querido amigo y colega pastor Lance Quinn, quien contribuyó con la revisión del texto en las páginas finales.

INTRODUCCIÓN

Gracias a la teoría de la evolución, el naturalismo se ha convertido en la religión dominante de la sociedad moderna. Hace menos de un siglo y medio, Carlos Darwin hizo popular el credo de esta religión secular con su libro *El origen de las especies*. Aunque casi todas las teorías de Darwin acerca de los mecanismos de evolución fueron descartadas mucho tiempo atrás, la doctrina misma de la evolución se las ha arreglado para alcanzar la prerrogativa de artículo fundamental de fe en la mentalidad popular moderna. El naturalismo ya ha reemplazado al cristianismo como la religión principal del hemisferio occidental, y la evolución se ha convertido en el dogma central del naturalismo.

El *naturalismo* es una perspectiva en la que toda ley y toda fuerza que opera en el universo es de carácter natural y no moral, espiritual o sobrenatural. El naturalismo se caracteriza en esencia por el ateísmo y rechaza el concepto mismo de un Dios personal. Muchos suponen por esa razón que naturalismo no tiene que ver con religión. De hecho, muchos mantienen la idea equivocada de que el naturalismo encarna la esencia misma de la objetividad científica. A los naturalistas les gusta presentar su sistema como una filosofía que se opone a todas las visiones del mundo basadas en la fe, y alegan que es superior en su contenido científico e intelectual porque se supone que carece de matices religiosos.

Este no es el caso. *Religión* es la palabra exacta que sirve para describir el naturalismo. Toda la filosofía naturalista se basa en una premisa basada en la

fe. Su presuposición básica, que es un rechazo de todo lo sobrenatural, requiere un salto de fe gigantesco. Además, casi todas las teorías que respaldan al naturalismo también deben ser aceptadas por fe.[1]

Considere por ejemplo el dogma de la evolución. La noción de que ciertos procesos evolutivos naturales son la explicación del origen de todas las especies vivientes, nunca ha sido y jamás será establecida como un hecho histórico. Tampoco es "científica" en el sentido verdadero de la palabra. La ciencia solo se ocupa de cosas que pueden ser observadas y reproducidas por experimentación. El origen de la vida no puede ser ni observado ni reproducido en un laboratorio. Por definición, la ciencia no puede darnos conocimiento alguno acerca de cómo llegamos a existir en este planeta. La creencia en la teoría evolutiva es un asunto de pura fe, y la creencia dogmática en cualquier teoría naturalista no es más "científica" que cualquier otro tipo de fe religiosa.

El naturalismo moderno es promulgado en muchos lugares con fervor misionero en tono bastante religioso. El símbolo popular del pez que muchos cristianos colocan en sus automóviles también tiene su equivalente en la comunidad de los naturalistas: un pez con patas y la palabra *Darwin* grabada en su interior. La red mundial de computadoras se ha convertido en el campo misionero más activo del naturalismo, y allí los evangelistas de la causa realizan grandes esfuerzos para libertar a las almas entenebrecidas que siguen aferradas a sus creencias espirituales. A juzgar por el contenido de ciertos materiales que he leído por medio de los cuales se trata de ganar adeptos al naturalismo, los naturalistas se dedican a su fe con una pasión devota que rivaliza y en muchos casos excede la de cualquier fanático y radical religioso. Es obvio que el naturalismo es tan religioso como cualquier visión teísta del mundo.

Esto también queda demostrado al examinar las creencias de aquellos naturalistas que afirman ser los menos constreñidos por creencias religiosas. Tome por ejemplo el caso de Carl Sagan, quizá el hombre más famoso de la comunidad científica moderna en las últimas décadas. Como astrónomo de renombre y personaje en los medios de comunicación, Sagan siempre mantuvo un firme antagonismo a las enseñanzas de la Biblia sobre Dios y la creación. No obstante, él mismo se convirtió en el evangelista televisivo más importante de la religión del naturalismo. En todos sus programas predicaba una visión

del mundo que se basaba por completo en presuposiciones naturalistas. En todo lo que enseñaba subyacía la convicción firme de que todas las cosas en el universo tienen una causa natural y una explicación natural. Esa creencia, que es un asunto de fe personal y no el resultado de una observación científica verdadera, gobernó y moldeó todas sus teorías acerca del universo.

Sagan examinó la vastedad y complejidad del universo y decidió llegar a la siguiente conclusión, puesto que no tenía otro remedio en vista del punto de partida que eligió: no existe algo que sea más grande que el universo mismo. Por esa razón, aplicó al universo los atributos divinos de infinidad, eternidad y omnipotencia.

"El cosmos es todo lo que es, lo que siempre fue y lo que siempre será". Este fue el aforismo distintivo que Sagan repetía en cada episodio de *Cosmos*, su serie televisiva con elevada sintonía. Es evidente que la declaración misma es un artículo de fe y no una conclusión científica. Ni siquiera Sagan mismo, con ayuda de todos los científicos del mundo, podría examinar jamás "todo lo que es, lo que siempre fue y lo que siempre será". El refrán de Sagan es una ilustración perfecta de la manera como el naturalismo moderno confunde entre dogma religioso y ciencia verdadera.

La religión de Sagan fue en realidad una especie de panteísmo naturalista, y su frase predilecta lo resume muy bien. Este hombre deificó al universo y todo lo que en él hay, con su insistencia en que el cosmos mismo es lo que era, lo que es y lo que ha de venir (cp. Ap. 4:8). Después de haber examinado una porción suficiente del cosmos para reconocer las evidencias innegables del poder y la majestad infinitos del Creador, decidió atribuir esa omnipotencia y gloria a la creación misma. Este es el mismo error que el apóstol Pablo describe en Romanos 1:20-22:

> Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios.

Tal como los idólatras a quienes Pablo describió, Sagan puso la creación en el lugar que corresponde nada más que al Creador.

Carl Sagan observó el universo, contempló su grandeza y concluyó que nada podría ser más grande. Sus presunciones religiosas le obligaron a negar que el universo es resultado de un diseño inteligente. De hecho, como naturalista devoto tenía la obligación de negar que tuvo un principio y que fue creado. Por esa razón siempre vio el universo como eterno e infinito, por lo cual tomó el lugar de Dios en su manera de pensar.

El carácter religioso de la filosofía que moldeó la visión del mundo de Sagan se hizo evidente en muchas de las cosas que escribió y dijo. Su novela *Contacto*, que se convirtió en una gran producción cinematográfica en 1997, está repleta de metáforas e imágenes religiosas. Trata acerca del descubrimiento de vida extraterrestre, lo cual sucede en diciembre de 1999 con el albor del nuevo milenio, en un mundo cargado de expectativas mesiánicas y temores apocalípticos. En la imaginación novelesca de Sagan, el descubrimiento de vida inteligente en otras partes del universo se convierte en una "revelación" que sienta las bases para la fusión de ciencia y religión como única visión del mundo, la cual, sorpresa de sorpresas, refleja con exactitud el sistema de creencias de Sagan, donde el cosmos es Dios y los científicos son los nuevos sacerdotes.

La religión de Sagan incluía la creencia de que la raza humana no es especial en absoluto. Dada la vastedad inabordable del universo y su carácter impersonal, ¿cómo podría ser importante la humanidad? Sagan concluyó que nuestra raza es del todo insignificante en el universo. En diciembre de 1996, menos de tres semanas antes de su muerte, Sagan fue entrevistado por Ted Koppel de la cadena de noticias ABC en los Estados Unidos. Sagan sabía que estaba muy cerca de la muerte y Koppel le preguntó: "Doctor Sagan, ¿tiene algunas palabras sabias que quisiera dar a la raza humana?"

Sagan contestó:

> Los seres humanos vivimos en un una bola de roca y metal que da vueltas alrededor de una estrella común y corriente entre otras 400 mil millones de estrellas que forman parte de la galaxia que llamamos

> la vía láctea, la cual a su vez es una entre miles de millones de otras galaxias que conforman este universo, el cual también puede ser parte de un número muy grande, quizás un número infinito de otros universos. Esto nos tiene que poner a pensar en el valor real de la vida humana y de nuestra cultura.[2]

En un libro publicado casi al final de su vida, Sagan escribió: "nuestro planeta es una migaja de azul pálido que flota solitaria en la profunda oscuridad cósmica que le rodea. A causa de nuestra insignificancia en medio de tal vastedad, nada existe allá afuera que nos ayude a salvarnos de nosotros mismos".[3]

Aunque Sagan se esforzó bastante a mantener un semblante optimista hasta el final amargo, su religión le llevó a lo que conduce el naturalismo de forma inevitable: un sentido absoluto de insignificancia y desesperanza. Según su visión del mundo, la humanidad ocupa una trinchera diminuta en un grano azul dentro de un mar insondable de galaxias. Por lo que sabemos, nadie sabe de nosotros en el universo, a nadie tenemos que rendir cuentas y somos prescindibles en un universo que continúa su expansión a pasos agigantados. Sería fatuo hablar de cualquier tipo de ayuda o redención del exterior para la raza humana. Hay que dejar de pensar que alguna ayuda viene en camino. Sería muy bueno que nos pusiéramos aquí de acuerdo para resolver algunos de nuestros problemas, pero no importará si lo logramos o no en el marco de referencia cósmico. Este fue el valor que Sagan atribuyó a la vida humana en este planeta.

Todo esto demuestra la desolación espiritual del naturalismo. La religión del naturalista elimina el concepto de responsabilidad moral y ética, y en última instancia abandona toda esperanza para la humanidad. Si el cosmos impersonal es todo lo que existe e importa, todo lo que ha sido desde siempre y todo lo que será para siempre, la moralidad carece de todo sentido. Si no existe un Creador personal a quien la humanidad tenga que rendir cuentas, y la supervivencia de los mejor adaptados es la ley que gobierna la vida en el universo, todos los principios morales que regulan la conciencia humana carecen de fundamento y hasta son contraproducentes para la conservación de nuestra especie.

Es indudable que el ascenso del naturalismo ha ocasionado una catástrofe moral en la sociedad moderna. Todas las ideologías más dañinas de los siglos diecinueve y veinte estuvieron arraigadas en el darwinismo. Uno de los primeros paladines de Darwin fue Tomás Huxley, quien dio una conferencia en 1893 en la que argumentó que la evolución y la ética son incompatibles. Según escribió: "la puesta en práctica de las mejores alternativas éticas, aquello que llamamos bondad o virtud, implica una conducta que se opone en todo sentido a la que conduce al éxito en la lucha cósmica por la existencia".[4]

Los filósofos que incorporaron las ideas de Darwin pudieron apreciar la postura de Huxley y concibieron filosofías que prepararon el escenario para la amoralidad y el genocidio característicos de una gran parte del siglo veinte.

Carlos Marx, por ejemplo, siguió de manera concienzuda a Darwin en la fabricación de sus teorías económicas y sociales. Marx dedicó un ejemplar de su libro *El capital* a Darwin, con la inscripción: "de su admirador devoto". También se refirió a la obra de Darwin *El origen de las especies* como "el libro que contiene la base de historia natural que respalda nuestra visión de las cosas".[5]

La filosofía de "darwinismo social" de Herbert Spencer aplicaba a las sociedades humanas las doctrinas de la evolución y la supervivencia de los mejor adaptados. Spencer argumentaba que si la naturaleza misma ha determinado que los fuertes viven y los débiles perecen, esta regla también debería gobernar toda la sociedad. Las diferencias de raza y de clase reflejan esta disposición natural de las cosas. Por eso no existe razón moral trascendente que justifique la compasión por los que están en desventaja en la lucha social. Después de todo, es parte del proceso evolutivo natural y la sociedad mejorará mediante el reconocimiento de la superioridad de las clases dominantes y el estímulo de su primacía. Las ideologías raciales de escritores como Ernst Haeckel, quien creía que las razas africanas eran incapaces de tener cultura y desarrollo mental superiores, también se arraigaron en las ideas de Darwin.

Toda la filosofía de Federico Nietzsche se basó en la doctrina de la evolución. Nietzsche mantuvo una hostilidad amarga contra la religión en general y el cristianismo en particular. La moralidad cristiana representaba en esencia todo lo que Nietzsche aborrecía. Este hombre creía que las enseñanzas de Cristo

glorificaban la debilidad humana y eran funestas para el desarrollo de la raza humana. Se burlaba de valores morales cristianos como humildad, misericordia, modestia, mansedumbre, compasión por los indefensos y servicio al prójimo. Creía que esos ideales engendraban más debilidad en la sociedad. Nietzsche dividió a los humanos en dos tipos: la clase superior que era una minoría dominante y con conocimiento, y el "rebaño" de seguidores mansos como ovejas que podían manipularse con facilidad. Llegó a la conclusión de que la única esperanza para la humanidad era que la clase superior evolucionara hasta convertirse en una raza de superhombres (*Übermenschen* en alemán), los cuales serían libres de toda limitación religiosa o moral y se adueñarían del poder para llevar a la humanidad a la siguiente fase en su evolución.

No es sorprendente que la filosofía de Nietzsche pusiera los cimientos para el movimiento nazi en Alemania. Lo que sí sorprende es que a principios del siglo veintiuno, la reputación de Nietzsche haya sido restablecida por filósofos soñadores y charlatanes de oficio, y que sus escritos estén otra vez de moda en el mundo académico. Sin duda alguna, su filosofía o algo muy parecido a ella, es el producto inevitable de la adherencia ciega al naturalismo.

Todas estas filosofías se basan en nociones que se oponen por completo a la visión bíblica de la naturaleza del hombre, porque todas ellas se acogen a la visión del origen de la humanidad propuesta por Darwin. Están arraigadas en teorías anticristianas acerca del origen del ser humano y el origen del cosmos. Por esa razón es de esperarse que contradigan los principios bíblicos en todo nivel.

El hecho patente es que todos los frutos filosóficos del darwinismo han sido negativos, infames y destructivos para la sociedad humana. Ninguna de las revoluciones del siglo veinte que fueron inspiradas y ejecutadas a partir de filosofías naturalistas basadas en Darwin, sirvieron para el mejoramiento o el ennoblecimiento de la sociedad. Por el contrario, el principal legado social y político del pensamiento de Darwin es un espectro completo de tiranías malvadas, con el comunismo inspirado por Marx en un extremo el fascismo inspirado por Nietzsche en el otro extremo. El origen de la catástrofe moral que ha desfigurado a la sociedad occidental también puede trazarse al darwinismo y al rechazo de los primeros capítulos de Génesis.

En este punto de la historia, a pesar de que la mayor parte de la sociedad moderna mantiene un compromiso firme con la visión del mundo dictada por el evolucionismo y el naturalismo, el mundo todavía se beneficia de la memoria colectiva de una visión bíblica del mundo. La gente en general todavía cree que la vida humana es especial y valiosa. Aún quedan residuos de moralidad bíblica como la noción de que el amor es la virtud más grande (1 Co. 13:13), el servicio mutuo es preferible a la lucha por el dominio personal (Mt. 20:25-27), y la humildad y la sumisión son superiores a la arrogancia y la rebelión (1 P. 5:5). No obstante, cualquier grado de estima que la sociedad secular asigne a esas virtudes, está por completo desvinculado de cualquier fundamento filosófico. Puesto que ya ha rechazado al Dios revelado en las Escrituras para abrazar el materialismo naturalista puro, la mentalidad moderna no tiene razones fundamentales para acogerse a algún parámetro ético, ni tampoco criterios definidos para preferir la "virtud" por encima del "vicio", ni justificación de algún tipo para considerar la vida humana como diferente o más valiosa que cualquier otra forma de vida. La sociedad moderna abandonó hace mucho tiempo su fundamento moral.

Con la entrada de la humanidad al siglo veintiuno, se avista en el horizonte un futuro todavía más sobrecogedor. Ahora la iglesia misma parece haber perdido la voluntad para defender lo que enseñan las Escrituras acerca del origen del universo y de la humanidad. Hay muchos en la iglesia que se sienten demasiado intimidados o avergonzados para afirmar la verdad literal del relato bíblico de la creación. Se han dejado confundir por un coro de voces que suenan con autoridad e insisten en que es posible, y de hecho necesario en la práctica, reconciliar las Escrituras con las teorías más recientes de los naturalistas.

Por supuesto, los teólogos liberales han adoptado tiempo atrás la idea de una evolución teísta. Ellos nunca han vacilado en negar la verdad literal de la Biblia sobre cualquier tema. La nueva tendencia también ha influenciado a algunos evangélicos que nos aseguran que es posible armonizar Génesis 1 al 3 con las teorías del naturalismo moderno sin vulnerar las doctrinas esenciales del cristianismo. Estos hombres declaran su apego a las enseñanzas y al credo de la fe evangélica. También enseñan en instituciones educativas evangélicas e

insisten en que sí creen en la inerrancia y la autoridad de la Biblia, pero están dispuestos a interpretar de nuevo el Génesis para que se acomode a la teoría evolucionista. Expresan asombro y desconcierto cada vez que alguien cuestiona sus métodos de estudio e interpretación de la Biblia, y en ocasiones emplean la misma clase de sarcasmo e intimidación que los liberales religiosos y los escépticos ateos siempre han usado en contra de los creyentes verdaderos, con frases como esta: "en serio, usted no cree que el universo tenga menos de mil millones de años, ¿o es así?"

El resultado es que en el transcurso de las últimas décadas, grandes cantidades de evangélicos han mostrado una disposición y una apertura sorprendentes para hacer una nueva lectura e interpretación de los primeros capítulos del Génesis, conforme a principios no evangélicos. Cada vez es mayor el número de los que se acogen a una perspectiva conocida como "creacionismo de la tierra antigua", en el cual se mezclan algunos principios del creacionismo bíblico con teorías naturalistas y evolucionistas, con el fin de reconciliar esas visiones del mundo que por definición propia se contradicen entre sí. Para poder lograrlo, los creacionistas de la tierra antigua comprometen el texto bíblico en lugar de hacer una exégesis honrada del relato de la creación de Génesis.

Un puñado de científicos que profesan ser cristianos se cuentan entre los que han tomado la iniciativa de implementar este revisionismo. La mayoría de ellos tienen deficiencias notorias en el campo de la interpretación bíblica, pero de todas maneras se han dedicado a promover una interpretación diferente de Génesis 1 a 3 que cumple la función específica de acomodar las tendencias actuales de la teoría naturalista. En su opinión, los seis días de la creación en Génesis 1 corresponden a eras geológicas prolongadas, el orden cronológico de la creación es flexible, y la mayoría de los detalles acerca de la creación que se encuentran en la Biblia pueden tratarse como alusiones poéticas o figuras simbólicas del lenguaje hebreo.

Por otro lado, muchos pastores y líderes cristianos que deberían dar ejemplo en la defensa de la fe contra la difusión de enseñanzas falsas, también han sido tentados a abandonar la buena batalla de la interpretación correcta de los primeros capítulos de Génesis. Cierto pastor evangélico se acercó a mí después

de una de mis predicaciones. Se sentía confundido e intimidado a causa de varios libros que había leído, cuyos autores eran evangélicos por tradición que presentaban argumentos en el sentido de que la tierra debe tener miles de millones de años de edad. Estos escritores tratan la mayoría de las teorías de los evolucionistas como hechos científicos irrefutables. En algunos casos, estos escritores cuentan con credenciales científicas o académicas que persuaden a los lectores a creer que las opiniones que presentan son el resultado de su investigación juiciosa y su experiencia en el campo, pero en realidad se trata de presuposiciones naturalistas que incorporan a su lectura del texto bíblico. Este pastor me preguntó si creía posible que los tres primeros capítulos de Génesis fueran una serie de artificios literarios o una aventura poética que sirve como aplicación "espiritual" de lo que sucedió en realidad durante miles de millones de años de evolución.

Yo le respondí de inmediato, sin rodeos ni excusas: *no, no lo creo*. Estoy convencido de que Génesis 1 a 3 debe recibirse como lo que es: la historia de la creación dada por revelación divina. En primer lugar, porque el texto mismo de Génesis no indica que el relato de la creación sea simbólico, poético, alegórico o mítico. El mensaje central del pasaje no puede reconciliarse con la noción de que la creación haya ocurrido a través de un proceso natural de evolución a lo largo de períodos extensos de tiempo. Tampoco creo que un manejo fiel del texto conforme a principios aceptables de hermenéutica, pueda reconciliar estos capítulos con la teoría de la evolución o cualquier de las otras teorías acerca del origen del universo que algunos califican de científicas.

Además, de manera similar al caos filosófico y moral que viene como resultado de la aplicación del naturalismo, graves problemas teológicos se generan a partir de un rechazo o una negociación de la verdad literal del relato bíblico de la creación y la caída de Adán.

Por supuesto, estoy al tanto de que algunos creacionistas de la tierra antigua reconocen la creación literal de Adán y afirman que Adán fue un personaje histórico, pero su decisión de aceptar la creación de Adán como algo literal supone ciertos cambios hermenéuticos arbitrarios en Génesis 1:26-27 y más adelante en Génesis 2:7. Si todo lo que rodea estos versículos se maneja en un sentido alegórico o simbólico, sería injustificable tratarlos en un sentido literal

e histórico. Por lo tanto, el método de interpretación del Génesis que adoptan los creacionistas que creen en una tierra antigua, en realidad menoscaba la historicidad de Adán. Puesto que han decidido tratar el relato de la creación como mito o alegoría, no tienen razones de peso para insistir, de forma súbita y arbitraria, que la creación de Adán sí es historia literal. Su creencia en un Adán histórico no es consecuente con su propia exégesis del resto del texto.

No obstante, es una inconsecuencia necesaria si uno quiere defender la idea de una tierra antigua sin dejar de ser evangélico. En efecto, si Adán no fue el ancestro literal de toda la raza humana, la explicación bíblica de la manera como entró el pecado al mundo carece de sentido. Es más, si no caímos todos en Adán, tampoco podemos ser redimidos en Cristo, porque la posición de Cristo como cabeza de la raza redimida mantiene un paralelo exacto en las Escrituras con la posición de Adán como cabeza de la raza caída: "porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados" (1 Co. 15:22). "Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Ro. 5:18-19). "Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante" (1 Co. 15:45; cp. 1 Ti. 2:13-14; Jud. 14).

Por lo tanto, en un sentido importante, todo lo que dicen las Escrituras acerca de nuestra salvación a través de Jesucristo depende de la veracidad literal de lo que enseña Génesis 1 al 3 acerca de la creación y la caída de Adán. Este es un pasaje definitivo de las Escrituras.

Lo que hacen los creacionistas de la tierra antigua (incluidos en gran medida los que profesan ser evangélicos) con Génesis 1 al 3 es lo mismo que han hecho siempre los liberales religiosos con toda la Biblia: espiritualizar e interpretar el texto en sentido alegórico para que signifique algo que nunca quiso dar a entender. Es una manera peligrosa de manejar las Escrituras porque requiere una capitulación arriesgada e innecesaria a las conjeturas religiosas del naturalismo, sin mencionar que es una deshonra para Dios.

Los evangélicos que aceptan una interpretación del Génesis basada en una

cronología inveterada de la tierra, se han acogido a una hermenéutica que parte de una apreciación muy baja de las Escrituras. Aplican a los primeros capítulos de la Biblia un método de interpretación que se basa en presuposiciones contrarias a la fe evangélica. Quienes adoptan esta metodología se han embarcado en un proceso que no tiene otra meta final que el derrocamiento de la fe, y estoy seguro de que las iglesias y las escuelas que abracen esta visión de las cosas no serán evangélicos por mucho tiempo.

Una opinión popular que sostienen muchos defensores de una edad avanzada para la tierra, se conoce como "hipótesis del marco de referencia". Consiste en la creencia de que los "días" del capítulo uno no son ni siquiera épocas distintas sino etapas superpuestas en un proceso evolutivo lento y prolongado. De acuerdo con esta perspectiva, los seis días que se describen en Génesis 1 no corresponden a una cronología exacta sino a un "marco de referencia" metafórico que sirve para representar el proceso creativo en nuestra mente humana finita.

Parece que esta opinión fue divulgada en un principio por teólogos alemanes liberales en el siglo diecinueve, pero ha sido adoptada y propagada en años recientes por algunos evangélicos prominentes, entre ellos el doctor Meredith G. Kline del Seminario Teológico de Westminster.

La hipótesis del marco de referencia empieza con la definición de los "días" de la creación en Génesis 1 como expresiones simbólicas que no tienen relación alguna con el concepto de tiempo. Quienes proponen la hipótesis señalan el paralelismo obvio que existe entre los días primero y tercero (la creación de la luz y el emplazamiento de lumbreras en el firmamento), los días segundo y quinto (la separación del aire y el agua y la creación de peces y aves que poblaran el aire y el agua), al igual que los días tercero y sexto (la aparición de la tierra seca y la creación de animales terrestres). Basados en esta observación, sugieren que esos tres paralelos constituyen una indicación clara de estilo literario que apunta al carácter poético del texto. De modo que, según esta teoría, la secuencia de la creación puede en esencia dejarse de lado, como si la forma literaria del pasaje anulara su significado literal.

Como es natural, los defensores de esta opinión aceptan la teoría científica moderna según la cual la formación de la tierra requirió el paso de varios miles de millones de años. Ellos afirman que el relato bíblico no es más que

un marco de referencia metafórico que se presta para encajar nuestra comprensión científica de la creación. El lenguaje y los detalles de Génesis 1 carecen de importancia porque la única verdad que este pasaje nos enseña es que la mano de la divina providencia guió el proceso evolutivo. El relato de la creación de Génesis queda así reducido a un mecanismo literario, una metáfora extensa que no debe aceptarse como descripción fidedigna de los hechos.

Ahora bien, si el Señor quisiera enseñarnos que la creación tuvo lugar en seis días literales, ¿habría podido hacerlo con más claridad que lo que leemos en Génesis? La longitud de los días está definida por períodos de luz en el día y oscuridad en la noche que son gobernados después del día cuarto por el sol y la luna. La semana misma define el patrón de trabajo y descanso para la humanidad. Los días son marcados por el paso de la tarde y la mañana. ¿Cómo es posible que estos elementos hagan referencia a algo que no sea el avance cronológico de la labor creativa de Dios?

El problema de la hipótesis del marco de referencia es que emplea un método destructivo de interpretación. Si el significado directo de Génesis 1 puede desdeñarse y el lenguaje ser tratado como un mero recurso literario, ¿por qué no hacer lo mismo con Génesis 3? En efecto, la mayoría de los teólogos liberales insisten en que la serpiente que habla en el capítulo 3 es parte de una fábula o metáfora, y por esa razón rechazan el pasaje como un registro histórico y literal de cómo la humanidad cayó en pecado. ¿Cómo se define en qué punto termina la metáfora literaria y comienza la historia verdadera? ¿Después del diluvio? ¿Después de la torre de Babel? ¿Por qué allí y no en otro lugar? ¿Por qué no se consideran todos los milagros en la Biblia como artilugios literarios? En las palabras de E. J. Young: "si la hipótesis del marco de referencia fuera aplicada a las narraciones del nacimiento virginal, a la resurrección o a Romanos 5:12 en adelante, podría ser tan eficaz en la reducción de la importancia del contenido de esos pasajes como lo es en cuanto al contenido del primer capítulo de Génesis".[6]

Young señala de esta manera la falacia de esta hipótesis:

> Debe formularse la siguiente pregunta: si se admite una visión no cronológica de los días, ¿cuál es el propósito que cumple la mención

específica de seis días? Si rechazamos la secuencia cronológica de Génesis, llegamos al punto en que es muy poco lo que podemos decir acerca del contenido de su primer capítulo. También sería imposible sostener que se trata de dos tríadas de días paralelos entre sí. El día cuarto corresponde a la colocación de lumbreras en el firmamento, pero Dios había hecho los cielos en el día segundo. Si los días cuarto (creación de lumbreras) y primero (creación de la luz) son dos aspectos de la misma cosa, el segundo día (creación de los cielos) también debería preceder a los días primero y cuarto. Si se permite este procedimiento, a pesar de su descuido total de la gramática, ¿por qué no ser consecuentes en hacer equivalentes todos los cuatro días con el primer versículo de Génesis? No existe defensa contra un procedimiento así, toda vez que hayamos abandonado el lenguaje claro del texto. Con toda seriedad debe preguntarse: ¿podemos creer que el primer capítulo de Génesis enseñe que el día segundo precedió a los días primero y cuarto? Hacer la pregunta es responderla.[7]

El hecho simple y obvio es que a nadie que lea e interprete la Biblia sin prejuicios se le ocurriría que el tiempo de la creación fuera algo diferente a una semana normal de siete días. El cuarto mandamiento no tiene sentido alguno si no se acepta que los días de la obra creativa de Dios forman un paralelo exacto con cualquier semana de trabajo normal.

La hipótesis del marco de referencia es el resultado directo de convertir la teoría científica moderna en la pauta hermenéutica conforme a la cual se interpretan las Escrituras. La presuposición básica de esta hipótesis es la noción de que la ciencia habla con más autoridad que la Biblia acerca de los orígenes y la edad de la tierra. Aquellos que acogen esta perspectiva pretenden someter las Escrituras a la autoridad de la ciencia y permiten que hipótesis científicas, que no son más que meras opiniones humanas sin autoridad divina en absoluto, se conviertan en la regla hermenéutica para la interpretación de las Escrituras.

Nada puede justificar esto. La opinión científica moderna no es un criterio hermenéutico válido para interpretar Génesis o cualquier otra porción de las

Escrituras. La Biblia es inspirada por Dios (2 Ti. 3:16) y contiene la verdad divina acerca de Dios y de su creación, "porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 P. 1:21). Jesús lo dijo de manera perfecta: "tu palabra es verdad" (Jn. 17:17). La Biblia es la fuente suprema de la verdad, y por esa razón es el parámetro conforme al cual debe evaluarse toda teoría científica, no al contrario.

Además, las Escrituras siempre hablan con autoridad absoluta. Tiene la misma autoridad de sus mandatos en cada una de sus enseñanzas. Dice la verdad sobre el futuro tanto como en lo que ha registrado del pasado. Aunque no es un libro de texto ni un libro de ciencia humana, siempre que se cruza con datos científicos habla con la misma autoridad con que nos da sus preceptos morales. Aunque muchos han tratado de enfrentar la ciencia con las Escrituras, la ciencia nunca ha demostrado la falsedad de una sola tilde de la Biblia y jamás lo hará.

Por lo tanto, es un error serio imaginar que los científicos modernos puedan hablar con más autoridad que las Escrituras sobre la cuestión de los orígenes. Las Escrituras son como el testigo ocular de Dios sobre lo que ocurrió en el principio. Al tratar el origen del universo, todo lo que puede ofrecer la ciencia es conjetura. La ciencia no ha probado una sola cosa que niegue el registro de Génesis. De hecho, el registro de Génesis responde los misterios de la ciencia.

En el Nuevo Testamento encontramos un patrón claro para la interpretación de Génesis. Si el lenguaje de la primera parte de Génesis debiera interpretarse en sentido figurado, podríamos esperar que Génesis se interpretara en sentido figurado en el Nuevo Testamento. Después de todo, el Nuevo Testamento es parte de las Escrituras inspiradas y constituye el comentario del Creador mismo acerca del registro de Génesis.

¿Qué es lo que aprendemos del Nuevo Testamento? En cada referencia del Nuevo Testamento al Génesis, los acontecimientos registrados por Moisés son tratados como hechos históricos, y en particular los tres primeros capítulos de Génesis son tratados siempre como el registro literal de ciertos acontecimientos históricos. El Nuevo Testamento ratifica, por ejemplo, la creación de Adán a semejanza de Dios (Stg. 3:9).

Pablo escribió a Timoteo: "Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión" (1 Ti. 2:13-14). En 1 Corintios 11:8-9 el apóstol escribe: "el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón, y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón".

La presentación que Pablo hace de la doctrina del pecado original en Romanos 5:12-20 depende de un Adán histórico y de una interpretación literal del relato de Génesis acerca de la manera como cayó. Además, todo lo que Pablo enseña sobre la doctrina de justificación por fe también depende de ello. "Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados" (1 Co. 15:22). Es evidente que Pablo trató la creación y la caída de Adán como hechos históricos, no como alegorías. Jesús mismo se refirió a la creación de Adán y Eva como un acontecimiento histórico (Mr. 10:6). Si se cuestiona la historicidad de estos sucesos, también se menoscaba la esencia misma de la doctrina cristiana.

Además, si las Escrituras hablan de la creación y la caída de Adán como sucesos históricos, no se justifica tratar el resto del relato de la creación como alegoría o recurso literario. En ningún lugar de las Escrituras se manejan estos acontecimientos de manera simbólica.

De hecho, las referencias del Nuevo Testamento a la creación (Mr. 13:19; Jn. 1:3; Hch. 4:24; 14:15; 2 Co. 4:6; Col. 1:16; He. 1:2, 10; Ap. 4:11; 10:6; 14:7) siempre la definen como una acción acabada en el pasado, una obra de Dios que fue inmediata y no un proceso que avanza hasta el día de hoy, como sería el caso de los procesos evolutivos. La nueva creación prometida por Dios, un tema recurrente en ambos testamentos, también se presenta en las Escrituras como una creación inmediata, no como un proceso que tarda una gran cantidad de tiempo (Is. 65:17). De hecho, el modelo para la nueva creación es la creación original (cp. Ro. 8:21; Ap. 21:1, 5).

Hebreos 11:3 presenta la creencia en la creación por *fiat* divino como la esencia misma de la fe: "por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía". Creación *ex nihilo* (de la nada) es la enseñanza clara y recurrente de la Biblia.

La evolución fue inventada como una alternativa atea a la visión bíblica de

la creación. Según la evolución, fue el hombre quien creó a Dios y no lo contrario. Como hemos visto, el objetivo principal de los evolucionistas es eliminar por completo la fe en Dios y así deshacerse de toda responsabilidad moral por sus pensamientos y acciones.

La intuición de todo ser humano le hace formular a su mente una serie de preguntas con respecto a su origen: ¿quién está en control del universo? ¿Existe un ser que sea soberano y dador de la ley? ¿Existe un juez universal? ¿Existe un parámetro moral trascendente conforme al cual debemos vivir? ¿Alguien a quien hemos de rendir cuentas? ¿Habrá una evaluación final de la manera como vivimos en la tierra? ¿Tendrá lugar algún juicio final?

Estas son las preguntas cuya respuesta quisieron evitar los proponentes y defensores de la evolución.

La evolución fue inventada para descartar la existencia del Dios de la Biblia, no porque los evolucionistas creyeran de verdad que un Creador fuera innecesario para explicar el origen de todas las cosas, sino porque no querían tener al Dios de las Escrituras por juez de sus vidas. Marvin L. Lubenow escribe:

> El asunto real en el debate sobre creación y evolución no es la existencia de Dios. El asunto real es la naturaleza de Dios. No se puede entender qué distingue a la teoría de la evolución si se cree que está basada en el ateísmo. La evolución no fue diseñada como un ataque generalizado contra los conceptos básicos del teísmo, sino más bien como un ataque específico en contra del Dios de la Biblia, y el Dios de la Biblia se revela con claridad plena en la doctrina de la creación. Es obvio que si una persona es atea, también opte por creer en la evolución, pero la evolución se acomoda tanto al ateísmo como al teísmo. Un evolucionista tiene plena libertad de escoger el culto y la religión que se le antoje, mientras no tenga que ver con el Dios de la Biblia. Los dioses que permite la evolución son privados subjetivos y artificiales. Se caracterizan porque no perturban al ser humano con demandas éticas absolutas. En cambio, el Dios de la Biblia es Creador, sustentador, Salvador y juez personal. Todos son responsables ante Él, y su plan siempre entra en conflicto con los planes de los humanos pecadores.

> Al evolucionista le resulta muy cómodo pensar que Dios haya sido inventado por el hombre a su imagen y semejanza, pero la creación del hombre a imagen de Dios es una idea estremecedora y terrible.[8]

En otras palabras, la evolución fue inventada para eliminar al Dios de Génesis y de esa manera desautorizar al dador de la ley divina y obliterar la inviolabilidad de su ley. La evolución es el medio más reciente que nuestra raza caída se ha ingeniado para suprimir nuestro conocimiento innato y el testimonio bíblico en el sentido de que Dios existe y nosotros debemos rendirle cuentas a Él (cp. Ro. 1:28). Con su aceptación de la evolución, la sociedad moderna pretende librarse de la moralidad, la responsabilidad y la culpa. La sociedad en masa acoge con gran entusiasmo la evolución porque los pecadores creen que así se elimina al Creador y que todos los seres humanos quedan en libertad de hacer lo que quieran sin ser culpables ni sufrir consecuencias.

La mentira del evolucionismo es la antítesis precisa de la verdad cristiana, por eso es impensable que cristianos evangélicos estén dispuestos a negociar sus principios con la ciencia humana para dar cabida a la teoría de la evolución. Es lamentable que desde hace un siglo y medio la propaganda de los evolucionistas ha tenido un éxito notable en doblegar la convicción de muchos evangélicos. Casi la mayoría de las personas que se consideran a sí mismas evangélicas, ya se han dejado convencer de que el relato de la creación en Génesis no es un registro histórico verdadero. De este modo, no solo han capitulado a la doctrina evolucionista como punto de partida epistemológico, sino que también han acogido una metodología de interpretación que menoscaba la autoridad de las Escrituras en todos los aspectos de la vida.

Los evolucionistas que se catalogan a sí mismos como teístas, realizan grandes esfuerzos para emparejar las teorías humanistas de la ciencia moderna con el teísmo bíblico. Muchos afirman que hacen esto porque aman a Dios y a su pueblo, pero la verdad es que aman un poco a Dios y aman mucho sus reputaciones académicas. Con el menoscabo de la historicidad de Génesis también menoscaban la fe misma. Si cedemos el trono a la doctrina evolucionista y convertimos a la Biblia en su esclava, hemos echado los cimientos de un desastre espiritual sin precedentes.

Las Escrituras son la prueba definitiva de toda verdad, no la ciencia. Cuanto más se alejen los evangélicos de esa convicción, serán cada vez más humanistas y menos evangélicos.

La Biblia nos previene contra "los argumentos de la falsamente llamada ciencia" (1 Ti. 6:20), en particular ese conocimiento llamado "científico" que se opone a la verdad de las Escrituras. Nuestro deber de mantener la guardia aumenta tan pronto aquello que se promulga como "ciencia" no es más que una visión del mundo que debe aceptarse por fe y que es hostil a la verdad de las Escrituras. Además, con la presentación agresiva de presuposiciones naturalistas y ateas como si fueran hechos científicos establecidos, los cristianos tienen el deber de desenmascarar esas mentiras como lo que son y oponerse a ellas con vigor y denuedo. El abandono de una visión bíblica de la creación ya ha dado una gran abundancia de frutos malos en la sociedad moderna. No es hora de que la iglesia retroceda o negocie sobre estos asuntos. Si debilitamos nuestro compromiso firme a favor de una visión bíblica de la creación, vamos a desencadenar una serie desastrosa de problemas morales, espirituales y teológicos que empeorarán el caos moral en que ya está sumida la sociedad secular.

Con esta carga grave en mente, emprendí un estudio juicioso de Génesis hace un par de años. Aunque mi ministerio se ha consagrado en gran parte a la exposición versículo a versículo de todo el Nuevo Testamento, no hace mucho empecé a predicar una serie sobre el Génesis en nuestra iglesia. Este libro es el fruto de mi investigación y mi enseñanza acerca de Génesis 1 al 3. En esos capítulos de la Biblia encontramos el fundamento de todas las doctrinas esenciales de la fe cristiana. Cada vez que estudio con mayor detenimiento y profundidad esa porción de las Escrituras, me convenzo más de que constituye el cimiento vital para todo lo que creemos como cristianos.

Es lamentable que este fundamento haya sido objeto de ataques sistemáticos por parte de las mismas instituciones que deberían defenderlo con más vigor ante el mundo. Cada vez más instituciones educativas, apologistas y teólogos que portan con orgullo el nombre cristiano evangélico, abandonan su fe en la verdad literal de Génesis 1 al 3. Recuerdo una encuesta de algunos años atrás en la que se mostraba que en una de las asociaciones de acreditación evangélica

más importantes de los Estados Unidos, entre cuyos miembros se cuentan decenas de colegios bíblicos y universidades evangélicas, solo cinco o seis instituciones de enseñanza mantienen una oposición sólida a una visión de la creación basada en un planeta Tierra de miles de millones de años de edad. Aparte de este puñado escaso, las demás instituciones educativas están abiertas a una interpretación diferente de Génesis 1 al 3 que acomode las teorías evolucionistas. Cientos de maestros y apologistas bíblicos reconocidos descartan el tema como si fuera algo trivial, y otros en cambio presentan argumentos agresivos en el sentido de que una lectura literal de Génesis es perjudicial para la credibilidad del cristianismo. Ellos se han dado por vencidos en la batalla, o en el peor de los casos, han unido fuerzas con el ataque contra el creacionismo bíblico.

Yo doy gracias a Dios por aquellos que todavía resisten con fidelidad las tendencias de la sabiduría humana, en organizaciones y ministerios como Respuestas en Génesis, la Sociedad de Investigaciones sobre la Creación, y el Instituto para la Investigación de la Creación. Estas y otras organizaciones similares, cuentan con muchos científicos expertos que refutan con autoridad las presuposiciones de los evolucionistas, basados en argumentos técnicos y científicos. Ellos demuestran con claridad que la excelencia de las facultades científicas no es incompatible con la fe humilde en la verdad literal de las Escrituras, y que la batalla del comienzo es en última instancia una batalla entre dos credos que se excluyen uno al otro: la fe en las Escrituras frente a la fe en las hipótesis del ateísmo. En realidad nunca ha sido una batalla entre la ciencia y la Biblia, como muchos piensan.

El objetivo que tengo con este libro es examinar lo que enseñan las Escrituras acerca de la creación. Aunque estoy convencido de que la verdad de las Escrituras tiene integridad científica absoluta, me compete dejar la defensa científica del creacionismo a quienes tienen más experiencia en el campo de la disertación científica y técnica. Mi propósito central consiste en examinar lo que enseñan las Escrituras acerca del origen del universo y de la caída de la humanidad en el pecado, así como mostrar por qué es incompatible con las creencias de los naturalistas y las teorías de los evolucionistas.

Como cristianos, creemos que la Biblia es la verdad acerca de todas las

cosas que nos ha sido revelada por Dios, quien es el Creador verdadero del universo entero. Esa creencia es el fundamento básico de todo cristianismo auténtico, y es del todo incompatible con las presuposiciones especulativas de los naturalistas.

En las Escrituras, el Creador mismo nos ha revelado todas las cosas esenciales para la vida y la piedad, y esa revelación empieza con un relato de la creación. Si el relato bíblico de la creación no es confiable en un solo aspecto, el resto de las Escrituras queda sobre un fundamento endeble.

Lo cierto es que ese fundamento no es endeble. Cuanto más entiendo lo que Dios nos ha revelado acerca de nuestro origen, más claro puedo ver que el fundamento se mantiene firme e impasible. Estoy de acuerdo con quienes afirman que ya es hora de que el pueblo de Dios le eche un nuevo vistazo al relato bíblico de la creación, pero me aparto de aquellos que piensan que esto implica una capitulación dócil a las teorías cambiantes y tornadizas del naturalismo. Lo único que rinde una comprensión correcta de la creación y de la caída de nuestra raza, es una mirada franca de las Escrituras con buenos principios de hermenéutica bíblica.

La Biblia suministra una explicación clara y coherente de los comienzos del cosmos y de la humanidad. No existe en absoluto razón alguna para que una mente inteligente se niegue a aceptar ese relato literal del origen de nuestro universo. Aunque el relato bíblico choca en muchos puntos con las hipótesis naturalistas y evolucionistas, no está en conflicto con un solo hecho científico. De hecho, todos los datos geológicos, astronómicos y científicos pueden reconciliarse fácilmente con el relato bíblico. El conflicto aquí no es entre ciencia y Escrituras, sino entre la fe confiada del creyente en la Biblia y el escepticismo voluntarioso del naturalista.

Para muchos que han sido adoctrinados en escuelas donde se borra de forma deliberada y sistemática la línea entre hipótesis y hechos, aunque esto les pueda sonar ingenuo o inculto, no significa que no sea la realidad de las cosas. Insisto de nuevo en que la ciencia jamás ha desmentido una sola palabra de las Escrituras, y nunca lo hará. Por otra parte, la teoría evolucionista siempre ha estado en conflicto con las Escrituras y siempre lo estará, pero lo cierto del caso es que la noción de que el universo evolucionó mediante una serie de

procesos naturales lentos no ha dejado de ser una hipótesis que ni se ha comprobado ni se puede comprobar. Por esa misma razón es una teoría que no se puede tratar como ciencia verdadera. No existe prueba alguna de que el universo haya evolucionado por medios naturales. La evolución no es más que una teoría dudosa que es objeto de variaciones y modificaciones constantes. En última instancia, la teoría de la evolución tiene que convertirse en objeto de la fe humana para poder ser aceptada.

¡Cuánto mejor es basar nuestra fe en el fundamento seguro de la Palabra de Dios! No existe fundamento para el conocimiento que se compare ni que supere a las Escrituras. A diferencia de la teoría científica, la Palabra de Dios es inmutable por la eternidad. A diferencia de las opiniones humanas, su verdad es revelada por el Creador mismo. La Biblia no es incompatible con la ciencia, como muchos suponen. La ciencia verdadera siempre ha confirmado las enseñanzas de las Escrituras. Por ejemplo, la arqueología ha demostrado la veracidad del registro bíblico vez tras vez. Dondequiera que el registro bíblico de la historia pueda examinarse para ser objeto de comprobación arqueológica confiable u otros tipos de evidencias documentales, el registro bíblico siempre ha sido verificado. No existen razones válidas para dudar o desconfiar del registro bíblico de la creación, y por eso tampoco es necesario manipular el relato bíblico para que se ajuste a las últimas modas en teoría evolucionista.

Por lo tanto, mi método en este libro será muy sencillo: examinar lo que dice el texto bíblico acerca de la creación. Mi meta no es escribir un texto polémico en contra del pensamiento evolucionista actual. No pretendo incluir argumentos científicos complicados acerca del origen de nuestro universo. Sí tendré cuidado en resaltar la intersección de ciertos hechos científicos con el registro bíblico, pero mi objetivo principal es examinar lo que la Biblia enseña sobre el origen del universo y después considerar las consecuencias morales, espirituales y eternas del creacionismo bíblico para ver cómo se relaciona con la gente en el mundo de hoy.

Tengo una gran deuda con varios escritores que han tratado este tema con anterioridad y cuyas obras fueron muy útiles para la organización de mis propios pensamientos sobre estos asuntos. Entre los principales se encuentran Douglas F. Kelly,[9] John Ankerberg y John Weldon,[10] Phillip E.

Johnson,[11] Henry Morris[12] y Ken Ham.[13]

Insisto en que una comprensión bíblica de la creación y la caída de la humanidad establece el fundamento necesario para una visión cristiana del mundo. Todo lo que enseñan las Escrituras acerca del pecado y la redención supone la veracidad literal de los primeros tres capítulos de Génesis. Si vacilamos en cualquier medida sobre la verdad de este pasaje, insiste el autor, socavamos los cimientos mismos de nuestra fe.

Si Génesis 1 al 3 no nos narra la verdad, ¿por qué deberíamos creer cualquier otra cosa en la Biblia? Sin una comprensión correcta de nuestro origen, no tenemos forma de entender cualquier otra cosa acerca de nuestra existencia espiritual. No podemos conocer nuestro propósito y no podemos tener certeza de nuestro destino. Después de todo, si Dios no es el Creador, tal vez tampoco sea nuestro Redentor. Si no podemos creer en los primeros capítulos de las Escrituras, ¿cómo podemos estar seguros de lo que enseña el resto de la Biblia?

Mucho depende de una comprensión correcta de estos primeros capítulos de Génesis. Con demasiada frecuencia estos capítulos son mal manejados por personas cuyo objetivo real no es entender lo que el texto enseña de verdad, sino manipularlo para que se ajuste a alguna teoría de la ciencia humana. Esta es una metodología errónea en principio. Puesto que la creación no puede observarse ni reproducirse en un laboratorio, la ciencia no es una herramienta confiable para buscar respuestas acerca del origen del universo y la caída de la humanidad. En última instancia, la única fuente confiable de verdad acerca de nuestro origen es la revelación proveniente del Creador mismo. La metodología correcta nos indica que el texto bíblico debe ser nuestro punto de partida.

Yo estoy convencido de que la interpretación correcta de Génesis 1 al 3 es la que se produce como resultado de una lectura natural y directa del texto, el cual nos enseña que el universo es joven aunque tenga apariencia longeva y madura, y que toda la creación fue realizada en el transcurso de seis días literales.

Soy consciente de que esta convicción puede parecer crédula e indocta a muchos, y mi respuesta a sus quejas es la siguiente: no pueden negar que esta interpretación es superior a la noción irracional de que un universo de orden y complejidad inabordables haya surgido por accidente de la nada y progresado

por azar hasta convertirse en la maravilla que observamos hoy.

La Biblia ofrece la única explicación precisa que puede encontrarse en cualquier parte acerca de cómo empezó nuestra raza, dónde se originó nuestra capacidad moral, por qué parecemos incapaces de hacer lo que nuestra conciencia dice que es correcto, y cómo podemos ser redimidos de esta situación desesperanzadora.

Las Escrituras no contienen lo que podría llamarse la mejor de varias explicaciones posibles. Es la Palabra de Dios, y mi oración por usted es que al emprender juntos este estudio de los primeros capítulos de la Biblia, usted crea lo que Dios ha hablado.

1

CREACIÓN: CRÉALO O NO

Génesis 1:1

Resulta difícil imaginar algo más absurdo que la fórmula del naturalista para el origen del universo: *nadie multiplicado por nada equivale a todo.* No existe Creador, no existe diseño ni propósito. Todas las cosas que vemos surgieron y evolucionaron por el azar a partir de un vacío total.

Pregunte al naturalista típico qué es lo que cree acerca del comienzo de todas las cosas, y es probable que escuche acerca de la teoría del *big bang*, aquella noción según la cual el universo es el producto de una explosión inmensa. Para aceptar esta teoría se necesita creer que un comienzo violento y caótico trajo como resultado el orden y la sinergia que observamos en el cosmos que nos rodea. No obstante, el problema más grave de la teoría consiste en determinar cuál fue el agente catalítico que disparó esa explosión primigenia, y a su vez, qué inició la catálisis del agente catalítico. Es un argumento cerrado sin solución posible para la mente humana. Lo cierto es que algo de gran tamaño tuvo que servir de combustible para la explosión original. ¿Dónde se originó ese "algo"? Una explosión gigantesca de la nada no podría considerarse con seriedad como el principio de todas las cosas.

¿Es el universo material eterno en sí mismo, como algunos dicen? Si acaso lo es, ¿qué lo mantiene en movimiento perpetuo? ¿Cuál es la fuente de la energía que lo sustenta? ¿Por qué la entropía no lo ha llevado a la inercia y el caos en un proceso de involución? Los evolucionistas necesitan formular una hipótesis

que sirva de excepción a la segunda ley de la termodinámica, según la cual el universo se desarrolla como un sistema de orden y sofisticación crecientes al ritmo de la expansión del *big bang*.

Los problemas múltiples e inabordables que el naturalista enfrenta empiezan en el nivel más básico de la investigación. ¿Cuál fue la primera causa que originó todas las demás causas? ¿De dónde provino la materia? ¿De dónde salió la energía? ¿Qué es lo que mantiene unidas todas las cosas y en funcionamiento constante? ¿Cómo pudo evolucionar la vida, la conciencia individual y la racionalidad a partir de materia inorgánica e inanimada? ¿Quién *diseñó* los incontables organismos complejos y dependientes entre sí al igual que los ecosistemas intrincados que observamos en el mundo? ¿Dónde se originó la *inteligencia*? ¿Hemos de pensar que el universo es un aparato inmenso en movimiento perpetuo con algún tipo de "inteligencia" impersonal propia? O más bien, después de todo, ¿existe un diseñador personal, inteligente y divino, quien creó todas las cosas y las puso en funcionamiento desde que lo decidió así en el principio?

Estas son preguntas metafísicas muy importantes que *deben* ser respondidas si es que vamos a entender el significado y el valor de la vida misma. El naturalismo filosófico, a causa de sus presupuestos materialistas y su oposición a todo lo sobrenatural, carece en absoluto de capacidad para ofrecer *una sola* respuesta a esas preguntas. De hecho, el dogma básico del naturalismo es que todas las cosas suceden conforme a procesos naturales. Nada es sobrenatural y por lo tanto no puede existir un Creador personal. Esto significa que nada tiene propósito ni diseño. En consecuencia, el naturalismo no suministra una base filosófica para creer que la vida humana tenga algún valor o importancia.

Por el contrario, el naturalista, si es fiel a sus principios, debe llegar a la conclusión definitiva de que la humanidad es un accidente dantesco sin propósito ni importancia alguna. El naturalismo es una fórmula segura para la futilidad y el absurdo que borra la imagen de Dios de nuestra identidad como miembros del género humano, lo cual conduce sin remedio al desprecio de la vida humana, el menoscabo de la dignidad humana y el trastorno de la moralidad.

LA EVOLUCIÓN DEGRADA A LA HUMANIDAD

El desvarío de la sociedad moderna así lo demuestra. Somos testigos del abandono de todo parámetro moral y la pérdida del sentido de destino en la humanidad. Delincuencia desmedida, drogadicción, perversión sexual, aumento en el número de suicidios y abortos, son tan solo algunos de los síntomas de que la vida humana se devalúa de forma sistemática todos los días, y que una sensación de futilidad ha invadido a la sociedad entera. El origen de estas tendencias puede trazarse directamente al descuello de la teoría evolucionista.

¿Por qué no debería ser así? En caso de ser cierta la evolución, los seres humanos solo son una entre muchas especies que evolucionaron a partir de ancestros comunes. No somos mejores que los animales y no debemos pensar que lo somos. Si evolucionamos de materia inanimada, ¿por qué deberíamos apreciar lo espiritual? De hecho, si todo evolucionó a partir de materia, nada que sea "espiritual" es real. En última instancia, no somos mejores ni diferentes en comparación a cualquier otra especie viviente. No somos más que protoplasma en línea de espera para convertirse en estiércol.

Esta es la racionalidad que se esconde tras el movimiento a favor de los derechos de los animales, un movimiento cuya razón de ser es la degradación total de la raza humana. Como es natural, todos los defensores radicales de los derechos de los animales son evolucionistas. Su sistema de creencia es el subproducto inevitable de la teoría evolucionista.

La organización Personas por el tratamiento ético de los animales (*PETA* en inglés) es reconocida en todo el mundo por su postura de que los derechos animales son iguales o más importantes que los derechos humanos. Sostienen que matar cualquier animal para comerlo tiene la misma gravedad moral que el homicidio. Para ellos el consumo de carne es canibalismo y el hombre es una especie tirana y nociva para su medio ambiente.

La *PETA* se opone a que la gente tenga mascotas y otros animales especiales, incluidos los perros que guían a los ciegos. En una declaración de 1988 distribuida por la organización se incluye esta frase: "como lo ha escrito John Bryant en su libro *Reinos en cadenas*, los animales entrenados para ayudar y

acompañar a los seres humanos son como sus esclavos, así se trate de esclavos bien mantenidos".

Ingrid Newkirk, la controvertida fundadora de *PETA*, dijo: "no existe base racional para decir que un ser humano tenga derechos especiales... una rata es un cerdo, es un perro y es un niño".[1] Newkirk dijo a un periodista del diario *Washington Post* que las atrocidades de la Alemania nazi no se pueden comparar al sacrificio de animales para la obtención de comida: "seis millones de judíos murieron en campos de concentración, pero seis *mil* millones de pollos morirán este año en plantas de carne".[2]

Es evidente que a la señorita Newkirk le indigna *más* el sacrificio de pollos por comida que el genocidio absurdo de seres humanos. Queda la impresión de que no le resultaría del todo indeseable la extinción de la humanidad. De hecho, ella y otros defensores de derechos animales se expresan en cierto tono de misantropía extrema. Ella dijo a un reportero: "no tengo reverencia alguna por la vida misma, solo por los seres vivos. Si de mí dependiera, yo misma no existiría. Esto le puede sonar como una locura, pero al menos así no le hará daño a nada".[3]

El ejemplar de verano de la revista *Wild Earth*, una publicación que promueve la defensa radical del medio ambiente, incluyó un manifiesto a favor de la extinción de la raza humana, escrito bajo el seudónimo de "Les U. Knight", que suena en inglés como la frase "unámonos". El artículo decía: "si usted antes no ha considerado en serio la extinción voluntaria de los seres humanos, la idea de un mundo sin gente puede parecerle extraña. No obstante, si usted me permite explicar creo que estará de acuerdo en que la extinción del *Homo sapiens* significaría la supervivencia de millones, si acaso no miles de millones de especies que habitan en la tierra... Eliminar la raza humana será la solución de todos los problemas sociales y ambientales que existen en el planeta".[4]

Esta manera de pensar es peor que un simple argumento absurdo, irracional, inmoral o humillante, es una idea *mortífera*.

Esto no es todo. También existe una organización llamada "iglesia de la eutanasia". Su sitio en la red informática defiende el suicidio, el aborto, el canibalismo y la sodomía como los métodos principales para mermar la población humana. Aunque ciertas secciones del sitio tienen elementos de

parodia cuya meta deliberada es asustar a la gente, los responsables de su mantenimiento tienen una seriedad letal en su oposición a la persistencia de la raza humana.[5] Incluyen por ejemplo instrucciones detalladas para cometer diversas clases de suicidio. El único mandamiento que se requiere obedecer a los miembros de la iglesia es: "no procrearás". Por su intento deliberado de presentar esas ideología destructiva de la manera más escandalosa posible, han recibido mucha atención en programas de opinión y otros medios. Aprovechan esa publicidad gratuita para reclutar miembros nuevos de su causa. A pesar de su mensaje horripilante, han demostrado ser capaces de persuadir a muchas personas de que la única especie que debería estar en vía de extinción en este planeta es la humanidad. Según las estadísticas de su sitio virtual, se jactan de tener miles de personas que han pagado la tarifa de diez dólares para convertirse en miembros de la iglesia.

Esta clase de disparate se arraiga en la creencia de que la humanidad no es más que el producto de la evolución. Ellos creen que el hombre es un animal sin propósito, sin destino y por supuesto, sin semejanza al Creador. Después de todo, si somos el resultado de un proceso natural de evolución, la noción de que nuestra raza sea portadora de la imagen de Dios carece de validez. En última instancia, no tenemos más dignidad que una ameba, y por cierto tampoco hemos recibido mandato alguno del Todopoderoso para sojuzgar al resto de la creación.

Si un ser humano no es más que un animal en proceso evolutivo, ¿quién puede argumentar en contra del movimiento por el derecho de los animales? Aun la postura más radical en ese movimiento se puede justificar dentro de la visión evolucionista del mundo. Si en realidad evolucionamos de los animales, nosotros mismos somos animales, y si la evolución es correcta, ha sido por puro accidente que el hombre haya evolucionado con una inteligencia superior. Si las mutaciones arbitrarias hubieran sucedido de otra manera, los simios podrían tener en la actualidad el dominio del planeta mientras los humanos permanecerían enjaulados en el zoológico. ¿Qué derecho tenemos los humanos de ejercer dominio sobre otras especies que no han tenido la oportunidad de llegar por medio de la evolución a un estado más avanzado?

En efecto, si el hombre es producto de un proceso de evolución natural, en

última instancia no es más que el subproducto accidental de cientos de miles de mutaciones genéticas aleatorias pero muy afortunadas. El ser humano no sería más que un animal que tuvo gran éxito en evolucionar de una ameba, pero tal vez no sea la forma de vida más avanzada que existirá, ya que la evolución continúa su carrera lenta pero segura. ¿Qué tiene de especial el ser humano? ¿Cuál es el significado de su existencia? ¿Dónde está su dignidad? ¿Qué valor tiene? ¿Acaso tiene propósito? La respuesta obvia de la teoría evolucionista es que el hombre carece de estas características ilusorias.[6]

Solo es cuestión de tiempo para que esta sociedad que mantiene sus creencias naturalistas, acoja del todo esta manera de pensar a fin de eliminar toda restricción moral y espiritual a la degradación. De hecho, ese proceso ya ha empezado, y en caso de quedarle dudas al respecto, usted solo tiene que encender el televisor para ver la clase de "entretenimiento" que se produce para llenar la mente de los niños y los jóvenes.

LA EVOLUCIÓN ES CONTRARIA A LA RAZÓN

La evolución es irracional tanto como es amoral. En lugar de Dios como Creador, el evolucionista ha puesto su fe en el azar, los accidentes, las coincidencias, los acontecimientos arbitrarios y la suerte ciega. El azar es el motor que, según creen los evolucionistas, pone en movimiento el proceso evolutivo.

El naturalismo enseña en esencia que con el paso del tiempo y a partir del caos total, la materia evolucionó por azar hasta convertirse en todas las cosas que vemos hoy día. Según los principios naturalistas, todo esto ocurrió sin necesidad de un solo diseño específico sino más bien como el lanzamiento de unos dados: dado el tiempo suficiente y dado el número suficiente de acontecimientos aleatorios, el evolucionista dice que *cualquier cosa* es posible. Además, la evolución de nuestro mundo con todos sus ecosistemas complejos y sus organismos intrincados es el resultado no intencional de una gran cantidad de accidentes naturales fortuitos pero bastante afortunados. Todas las cosas son como son gracias a la suerte de los dados, y de esta manera se ha asignado al azar la distinción inusitada de agente creador.

John Ankerberg y John Weldon demuestran que la materia, el tiempo y el azar constituyen la santa trinidad de los evolucionistas. En efecto, solo existen tres cosas que pueden reconocerse como eternas y omnipotentes en el esquema evolutivo: materia, tiempo y azar. Su acción conjunta ha formado el cosmos tal como lo conocemos, y han usurpado el lugar de Dios en la mente del evolucionista. Ankerberg y Weldon citan a Jacques Monod, ganador del premio Nobel en 1965 por su labor en el campo de la bioquímica. En su libro *Chance and Necessity* [Azar y necesidad], Monod escribió: "[el hombre] está solo en la inmensidad yerta del universo, de la cual surgió por azar... El azar es la fuente *única* de toda innovación y de toda creación en la biosfera. El azar puro, con libertad absoluta pero siempre ciego, es la piedra angular del edificio estupendo de la evolución".[7]

Como es obvio, esto se opone a la noción bíblica de que el ser humano fue creado a imagen de Dios, pero también debe reconocerse que es una postura irracional. La idea de la evolución no solo quita al hombre su dignidad y su valor sino que también elimina todo fundamento para su propia racionalidad. Si todo sucede por azar, nada puede tener propósito ni significado real, y es difícil pensar en un punto de partida filosófico más irracional que este.

Si reflexionamos por un momento nos daremos cuenta de que el azar *no puede* ser la causa de una sola cosa, mucho menos de *todas las cosas.* El azar no es una fuerza. El único sentido legítimo en que puede emplearse la palabra *azar* forma parte del campo de la probabilidad matemática. Si usted lanza una moneda al aire en repetidas ocasiones, los cocientes estadísticos indican que la moneda tiene probabilidad de caer sobre cada uno de sus lados cincuenta veces cada cien lanzamientos.

Sin embargo, el azar no es una fuerza responsable del lanzamiento de la moneda al aire. El azar no es un intelecto que diseña el patrón exacto de las probabilidades matemáticas y tampoco puede dictar la trayectoria y el resultado final de cada lanzamiento. El azar *determina* nada en absoluto. La probabilidad matemática solo es una manera de medir (comparar) lo posible con respecto a lo que sucede en realidad.

No obstante, en el discurso naturalista y evolucionista, el azar se convierte

en algo que determina lo que sucede en ausencia de cualquier otra causa o diseño. Considere de nuevo las palabras de Jacques Monod: "el azar es la fuente única de toda innovación y de toda creación". En efecto, los naturalistas han atribuido al azar la capacidad para causar y determinar todo lo que sucede. No puede negarse que este es un concepto irracional.

No existen acontecimientos sin causa. Todo efecto es determinado por alguna causa. Hasta el lanzamiento de una moneda no puede ocurrir sin una causa concreta, y el sentido común nos dice que la caída de la moneda sobre una de sus caras y no sobre la otra también viene determinado por *algo*. Una serie de factores que incluyen la cantidad precisa de fuerza con que se lanza la moneda y la distancia que debe recorrer antes de llegar al suelo, así como la textura y la composición del suelo y muchos otros, son factores que determinan el número de vueltas y rebotes que hará antes de quedar sobre uno u otro lado. Aunque nos resulte imposible controlar con precisión las fuerzas que determinan cómo termina el lanzamiento de una moneda, no es el azar, sino esas fuerzas, lo que determina un resultado final de cara o sello. Algo que puede parecer arbitrario e indeterminado en la vida cotidiana, es en realidad un efecto determinado por *algo* muy concreto y definido.[8] Nada es causado por el azar puro, ya que el azar no existe como fuerza ni como causa. El azar no es más que un concepto humano.

La fortuna era una diosa en el panteón griego. Los evolucionistas han deificado el azar de una forma similar. Han acogido el mito del azar para hacerlo responsable de todo lo que sucede. El azar ha sido transformado en una fuerza que tiene poder para causar lo que se le antoje, ya que en la lógica naturalista *nada* es la causa de *todo*. ¿Podría existir algo *más* irracional que esto? Es una mentalidad que reduce toda la realidad al caos absoluto y hace todas las cosas irracionales e incoherentes.

El azar, como lo entienden los naturalistas, es un concepto que tiene tantos problemas desde un punto de vista racional y filosófico, que a uno le resulta difícil saber por dónde empezar. Pues bien, empecemos por el principio. En primer lugar, ¿de dónde vino la materia? El naturalista tendría que decir que toda la materia es eterna o que todo apareció por azar de la nada. Resulta obvio que la segunda opción es irracional.

Ahora bien, suponga que el naturalista opte por la respuesta que le suene *menos* irracional, y así llegue a creer que la materia es eterna. Se tiene que plantear una pregunta lógica: ¿cuál fue la causa del primer acontecimiento original que inició el avance del proceso evolutivo de la materia eterna? La única respuesta disponible para el naturalista es que el azar lo ocasionó. Ese acontecimiento fue algo que salió de la nada. Nada ni nadie lo hizo suceder. Por supuesto, esto también es irracional.

Para evitar ese dilema sin salida, algunos naturalistas dan por sentado que existe una cadena eterna de acontecimientos arbitrarios que ha operado desde siempre y para siempre en el universo material. Así terminan con un universo eterno cuya naturaleza es el cambio constante, el cual está gobernado por una cadena interminable de sucesos aleatorios que culminan en un diseño magnífico sin diseñador, donde todas las cosas suceden sin causa última. Al fin de cuentas, toda teoría basada en esta manera de entender el azar no deja de ser irracional, porque además de despojar de fundamento a la racionalidad de la mente humana, también elimina todo propósito, destino y significado en el universo.

En otras palabras, el *nihilismo*, la creencia de que todas las cosas carecen de significado, lógica y razón, es la única filosofía que funciona con el naturalismo. El universo mismo es incoherente e irracional. La razón ha sido derrocada por el azar puro.

Esta visión del azar es el polo opuesto de la razón. La lógica del sentido común demanda que todo reloj tenga su relojero. Todo edificio tiene un constructor. Toda estructura tiene un arquitecto. Toda disposición tiene un plan, todo plan tiene un diseñador y todo diseño tiene un propósito. Al ver el universo, con una complejidad infinitamente mayor a la de cualquier reloj y más grande que cualquier estructura de fabricación humana, es natural llegar a la conclusión de que alguien con inteligencia y poder infinitos es su hacedor. "Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa (Ro. 1:20).

En cambio, los naturalistas observan el universo, y a pesar de todas las maravillas intrincadas que contiene, llegan a la conclusión de que nadie lo

hizo. El azar ocasionó su existencia. Sucedió por accidente. Esto no es lógico sino lo más absurdo que se pueda pensar.

Si usted abandona la lógica lo único que le queda es la incoherencia y el desatino. En muchos sentidos la deificación del azar por parte de los naturalistas es peor que todos los demás mitos de las religiones falsas, porque quita significado y sentido a todas las cosas. Sin embargo, se trata de una religión de la variedad más pagana posible, a cuyos seguidores se les exige dar un salto fatal con fe ciega en un abismo cada vez más hondo de irracionalidad. Se trata ni más ni menos que de la religión antigua de los necios (Sal. 14:1), vestida en un atuendo llamativo de "ciencia moderna".

¿Qué podría motivar a una persona a acogerse a tal sistema? ¿Por qué optaría alguien por una visión del mundo que elimina todo lo racional? Lo único que puede explicar tal decisión ciega es el amor al pecado. La gente quiere sentirse a gusto en su pecado, y no existe otra forma de hacerlo que con la eliminación de Dios. Si la gente logra librarse de Dios puede borrar todo temor frente a las consecuencias del pecado. Así que, a pesar de que la irracionalidad absoluta es la única alternativa viable frente al Dios de las Escrituras, grandes multitudes han optado por la irracionalidad con el único fin de vivir libres de culpa y vergüenza en su propio pecado. Tan sencillo como eso.

Estas son las únicas alternativas posibles: o bien existe Dios, quien creó el universo y rige con soberanía sobre su creación, o todo fue creado por el azar ciego. Son dos ideas que se excluyen entre sí. Si Dios reina, no queda espacio para el azar, pero uno hace del azar la causa última del universo, tiene que borrar de su mente la idea de Dios.

De hecho, tan pronto el azar se define como una fuerza que determina cosas o una causa por mínima que sea, Dios es destronado. La soberanía de Dios y el dominio del azar son incompatibles por definición. Si el azar causa o determina *cualquier cosa*, Dios no es en verdad Dios.

Cabe recordar que el azar en realidad no es una fuerza. El azar no puede hacer que suceda una sola cosa. El azar es nada. No tiene existencia propia y en consecuencia no tiene poder para hacer una sola cosa. El azar no puede ser la causa de un solo efecto, no es más que un producto de la imaginación. Es contrario a todas las leyes de la ciencia, todos los principios de la lógica y toda

intuición del sentido común. Hasta los principios más básicos de la termodinámica, la física y la biología indican que el azar no puede ser la causa que determina la existencia y el desarrollo del orden y la complejidad que vemos en nuestro universo, mucho menos la diversidad de vida que encontramos en nuestro propio planeta. En última instancia, el azar no puede ser la explicación del origen de la vida y la inteligencia.

Uno de los principios más antiguos de la filosofía racional se formula así: *ex nihilo nihil fit*, que significa "de la nada, nada sale". El azar es nada, y los que creen en un naturalismo que se fundamenta en el azar incurren en lo que equivale a un suicidio racional.

Tan pronto los científicos atribuyen poder instrumental al azar, han abandonado el dominio de la razón y el campo de la ciencia. Han recurrido a sacar conejos de sombreros y han apelado a la fantasía. Tan pronto uno inserta la noción de azar en cualquier investigación científica, esta se torna caótica y absurda. Por esa misma razón la evolución no merece ser considerada como ciencia verdadera, ya que no es más que una religión irracional, la religión de aquellos que quieren pecar sin sentirse culpables.

Alguien calculó que el número de factores genéticos aleatorios que se requerirían para la evolución de una tenia a partir de una ameba, podría compararse con la probabilidad de que un chimpancé encerrado en un cuarto con una máquina de escribir, por medio del tecleo arbitrario y durante el resto de su existencia, produjera una sola frase coherente. La probabilidad de que sucedan todas las mutaciones necesarias para que una criatura unicelular evolucione hasta convertirse en una estrella de mar, puede compararse también con la probabilidad de que cien personas ciegas, a las que se hace entrega de cinco cubos del tipo *Rubik* y se les permite hacer diez movidas arbitrarias por cada cubo, dejen los cinco cubos con todos los colores bien alineados al final del proceso. La probabilidad en contra de la posibilidad de que *todas* las formas de vida en la tierra hayan evolucionado a partir de una sola célula es, en una palabra: imposible.

A pesar de esto, el carácter absurdo del naturalismo no es cuestionado en las universidades y los colegios de la actualidad. Si usted mira los canales de televisión que transmiten documentales sobre diversos temas científicos, o

cualquier ejemplar de la revista *National Geographic*, es casi seguro que verá expuesta de algún modo la suposición de que el azar existe como una fuerza, como si el azar hubiera ocasionado la generación espontánea de todas las cosas que existen en el universo.

Un ganador del premio Nobel, el profesor George Wald de la Universidad de Harvard, reconoció cuán absurda es esta noción. Al considerar la cantidad descomunal de factores reales e hipotéticos que tendrían que darse y confluir de forma espontánea y simultánea para que la materia inanimada evolucionara hasta convertirse tan siquiera en la forma de vida unicelular más primitiva, él escribió: "uno solo tiene que contemplar la magnitud de esta tarea para admitir que la generación espontánea de un organismo vivo es imposible". A continuación añadió: "sin embargo aquí estamos todos como resultado, según creo yo, de la generación espontánea".[9] ¿Cómo pudo creer Wald que esta imposibilidad fuera posible? Esta fue su respuesta: "el tiempo es en última instancia el héroe que salva la trama evolutiva. El tiempo requerido para tal proeza tiene que ser cercano a los dos mil millones de años. Lo que juzgamos como imposible basados en la experiencia humana carece de sentido aquí. Dada una cantidad tan grande de tiempo, lo 'imposible' se vuelve posible, lo posible se vuelve probable y lo probable en última instancia es una certeza. Uno solo tiene que esperar, y el tiempo por sí solo realiza todos los milagros que queramos ver".[10] Con tiempo suficiente lo imposible se convierte en una certeza. Hay que reconocer la intrepidez de esta falacia, porque es una ilustración perfecta de la fe ciega que deben mantener los adeptos de la religión naturalista.

Sin Dios no existe explicación viable para el universo. Tal cantidad de maravillas hermosas y complejas no pudo llegar a existir sin un diseñador divino. Solo existe una explicación posible para el origen de todas las cosas, y esa explicación es el poder creativo de un Dios con sabiduría infinita. Él creó el universo, lo hizo con propósito y significado y lo sustenta hasta el día de hoy. Sin Él todo carece de sentido y quedamos desamparados, con la frágil noción de que todas las cosas surgieron de la nada, sin causa y sin razón alguna. Sin Dios, todos quedamos atrapados en la fórmula absurda del evolucionista: nada multiplicado por nadie equivale a todo.

LA EVOLUCIÓN ES LA ANTÍTESIS DE LA VERDAD QUE DIOS HA REVELADO

Por contraste, el registro real de la creación se encuentra en Génesis 1:1: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra". Sería difícil enunciar una respuesta más sencilla o directa a la pregunta más grande del cosmos.

Las palabras de Génesis 1:1 son más precisas y concisas que cualquier explicación humana. En ellas se encuentra la razón de todo aquello que la evolución *no puede* explicar. El filósofo evolucionista Herbert Spencer, uno de los defensores más entusiastas de Darwin, se dedicó a promulgar lo que llamó "las cinco nociones científicas definitivas": tiempo, fuerza, acción, espacio y materia.[11] Estas categorías, que según Spencer clasifican todo lo que es susceptible de examen científico, abarcan todo lo que de verdad existe en el universo. *Todo* lo que puede ser conocido u observado por la ciencia pertenece a una de estas categorías, y nada puede decirse que "exista" fuera de ellas.

La visión materialista del mundo que tenía Spencer se hace evidente en sus categorías que no dejan lugar alguno para lo espiritual. No obstante, para fines de esta discusión, vamos a dejar de lado el hecho de que algo tan obvio como el intelecto y el sentimiento humano no pueda ajustarse a alguna de las categorías de Spencer.[12] Una reflexión momentánea hace evidente que los principios evolucionistas *ni siquiera* pueden explicar el origen real de *una sola* de las categorías de Spencer. El evolucionista no tiene más remedio que dar por sentado el carácter eterno de tiempo, fuerza acción, espacio y materia, o por lo menos de alguno de estos agentes.[13]Con este punto de partida, procede a formular hipótesis acerca de cómo evolucionaron todas las cosas desde un estado original de caos.

En cambio, Génesis 1:1 explica en orden perfecto el origen de todas las categorías de Spencer. "En el principio", indica el comienzo del *tiempo*. "Dios", es la *fuerza* creadora.[14] "Creó", es la *acción* divina. "Los cielos" se refiere a *espacio*, y "la tierra" es *materia*. En el primer versículo de la Biblia, Dios expuso con claridad lo que ningún científico o filósofo había siquiera catalogado hasta el siglo diecinueve. Además, lo que la evolución es incapaz de explicar, a saber, el

origen verdadero de todo lo que puede observar la ciencia, la Biblia lo explica con unas cuantas palabras sucintas en el primer versículo de Génesis.

Henry Morris escribió lo siguiente acerca de cuán especial y única es la enseñanza bíblica sobre la creación:

> Génesis 1:1 es único en toda la literatura, la ciencia y la filosofía. Todos los demás sistemas que tratan de explicar el origen del cosmos, bien sea en los mitos religiosos antiguos o en los modelos científicos modernos, empiezan la suposición de que la materia o la energía son eternos, y que a partir de allí se derivaron las demás entidades a lo largo de algún tipo de proceso gradual. El libro de Génesis es la única fuente que trata el origen último de la materia, el espacio y el tiempo. Además, lo hace de manera única, en términos de creación especial.[15]

De este modo, en el primer versículo de las Escrituras, cada lector se ve enfrentado a una decisión muy simple: o bien cree que Dios *sí* creó los cielos y la tierra, o cree que *no* lo hizo. Si Dios no creó es porque tampoco existe, y en ese caso nada tiene propósito ni significado. Si por otro lado, existe la inteligencia creativa y existe el Dios de la Biblia, la creación puede entenderse y también representa una explicación posible, plausible y racional.

En última instancia, esas son las opciones que todo lector de Génesis está en la obligación de considerar. O bien la gran diversidad de organismos complejos y la inteligencia que observamos en todas partes reflejan la sabiduría y el poder de un Creador personal, y de manera específica el Dios que se ha revelado a sí mismo en las Escrituras, o todas estas maravillas evolucionaron a partir de materia inanimada de forma espontánea, y nada puede tener sentido verdadero.

Aun los mejores científicos, aquellos que han dejado una huella significativa en el mundo científico, porque piensan con honradez y hacen confesiones sinceras acerca del origen de las cosas, están dispuestos a admitir que debió existir una inteligencia creativa. Einstein, por ejemplo, creyó con firmeza que una inteligencia cósmica *debió* diseñar el universo, aunque al igual que muchos otros que aceptan hoy día la noción de diseño inteligente, él evitó la conclusión

obvia de que si existe una "inteligencia cósmica" con el poder suficiente para diseñar y crear el universo, esa "inteligencia" es por definición Señor y Dios sobre todo y todos. Además, aunque las comunidades científicas y académicas silencian las opiniones de este tipo, muchas veces por métodos violentos e inclementes, el hecho es que sí existen muchos hombres íntegros en la comunidad científica que se acogen al Dios de las Escrituras y al relato bíblico de la creación.[16]

Dios *sí* creó los cielos y la tierra. Además, solo existe un documento que afirma con credibilidad ser un registro de esa creación por revelación divina: el libro de Génesis. A no ser que exista algún creador que nos haya dejado sin información acerca de nuestro origen y nuestro propósito, el texto de Génesis 1 a 2 no tiene rival y es la única descripción de la creación por revelación divina. En otras palabras, si existe un Dios quien creó los cielos y la tierra, y si Él reveló a la humanidad esa creación por medio de algún registro, ese registro histórico es en libro de Génesis. Si el Dios de las Escrituras no creó los cielos y la tierra, quedamos sin respuestas reales sobre cualquier asunto de importancia. Todo se reduce a esas dos opciones simples.

¿Qué hace la diferencia? La decisión que nosotros tomemos de creer o no creer en el registro del Génesis. Douglas F. Kelly, profesor de teología sistemática en el seminario teológico reformado, ha escrito sobre este tema con gran perspicacia: "en esencia, la humanidad queda con dos alternativas: todos hemos evolucionado de un caldo de cultivo inorgánico, lo cual significa que fuimos hechos conforme a un patrón material, o hemos sido hechos conforme a un patrón celestial".[17]

El profesor Kelly tiene razón. En última instancia esas son las únicas opciones que tiene el ser humano. Podemos creer o no creer lo que dice Génesis. Si Génesis 1:1 es verdad, el universo y todo lo que en él hay fue creado por un Dios amoroso y personal cuyos propósitos han sido revelados a nosotros en las Escrituras. Además, si el recuento de Génesis es verdadero, nosotros portamos la marca de Dios y somos amados por Él, y *gracias a que* somos hechos a su imagen y semejanza, los seres humanos tenemos dignidad, valor y obligaciones que trascienden a los de todas las demás criaturas. Al mismo tiempo, si Génesis es verdadero, no tenemos solo las respuestas de Dios mismo

a las preguntas acerca de quiénes somos y cómo llegamos a la situación en que nos encontramos, sino que también tenemos la promesa de salvación de nuestro pecado.

Por otro lado, si Génesis *no* es cierto, no contamos con respuesta confiable para uno solo de nuestros interrogantes. Si Génesis no es válido, la autoridad de *todas* las Escrituras también queda en entredicho. Esto significaría en última instancia que el Dios de la Biblia no existe, y si acaso existe algún otro tipo de dios y creador, es evidente que no le interesa lo suficiente su creación como para suministrar alguna revelación de sí mismo, de su plan para su creación o de su voluntad para sus criaturas.

Por supuesto, existen varios relatos de la creación en los escritos sagrados de muchas culturas paganas. Todos se pueden caracterizar como míticos, fantasiosos y frívolos, y son protagonizados por dioses sospechosos que tienen más debilidades humanas que atributos divinos. Los que imaginan la existencia real de esas deidades tendrían que llegar a la conclusión de que nos han dejado sin razón alguna para abrigar esperanza, sin principios claros para llevar nuestra vida, sin responsabilidad moral, sin respuestas a nuestras preguntas más básicas, y (lo más perturbador de todo) sin explicación ni solución al dilema del mal.

Por lo tanto, si Génesis no es cierto podemos dar por sentado que Dios no existe en absoluto. Esa es la suposición que respalda la teoría moderna de la evolución. Si la evolución es verdadera, esto significa que la materia impersonal es la realidad última de todas las cosas. La personalidad humana y la inteligencia humana son accidentes sin sentido que se han producido al azar conforme a procesos naturales de evolución. No tenemos que rendir cuentas a un ser supremo. Toda moralidad y toda verdad es relativa y susceptible de interpretación subjetiva. De hecho, cosas como verdad, falsedad, bien y mal, no son más que nociones teóricas que en última instancia carecen de significado y relevancia. Nada importa realmente en la inmensidad agobiante de un universo infinito e impersonal.

En consecuencia, si Génesis es falso, el nihilismo es la mejor alternativa que queda. La irracionalidad absoluta se convierte en la única opción "racional".

Es obvio que las consecuencias de la visión que decidamos adoptar son

inmensas. Nuestra visión de la creación es el punto de partida necesario para toda nuestra visión del mundo. Es tan vital esta cuestión, que Francis Schaeffer señaló en cierta ocasión que si contara con nada más que una hora para hablar con un incrédulo, dedicaría los primeros cincuenta y cinco minutos a hablar de la creación y de lo que significa para la humanidad el ser portadores de la imagen de Dios, a fin de poder dedicar los últimos cinco minutos a explicar el camino de salvación.[18]

El punto de partida del cristianismo no es Mateo 1:1 sino Génesis 1:1. Si usted desbarata el libro de Génesis, menoscaba los cimientos mismos del cristianismo. No se puede tratar Génesis como una fábula o una leyenda poética sin perjudicar al resto de las Escrituras. El relato de la creación es el comienzo de la historia desde el punto de vista de Dios. Es imposible alterar el principio sin afectar el resto de la historia y mucho más el final. Si Génesis 1 no es preciso y confiable, no se puede tener certidumbre sobre la verdad expuesta en el resto de la Biblia. Si el punto de partida es erróneo, la Biblia se mantiene erguida sobre una base falsa.

En otras palabras, si usted decide rechazar el registro de la creación de Génesis, no tiene razón alguna para creer en la Biblia. Si usted duda o resta importancia a este relato de los seis días de la creación, ¿cómo se las puede arreglar para poner límites a su propio escepticismo? ¿Acaso empieza en Génesis 3 con su explicación del origen del pecado y decide creer en todo lo que dice la Biblia a partir de ese capítulo? Tal vez usted decida considerar válido el relato después del capítulo seis, porque hay que tener en cuenta que los científicos también cuestionan la descripción bíblica del diluvio. De pronto le parezca difícil reconciliar la historia de la torre de Babel con las teorías de los lingüistas acerca del origen y la evolución de los idiomas. Quizá muchos aceptan la Biblia como historia literal a partir de la vida de Abraham, pero al llegar a Moisés y las plagas en Egipto deciden negarla otra vez. ¿Qué decir de los milagros del Nuevo Testamento? ¿Hay razón alguna para considerar *cualquier* elemento sobrenatural de la historia bíblica como algo más que simple simbolismo poético?

Después de todo, la noción de que el universo tiene miles de millones de años se basa en presuposiciones naturalistas que descartan la posibilidad de

cualquier milagro. Si nos preocupa ser vistos como "poco científicos" por los naturalistas, vamos a tener que rechazar mucho más que Génesis 1 al 3.

Tan pronto el racionalismo se establece y uno empieza a adaptar la Palabra de Dios para que se ajuste a teorías científicas basadas en creencias naturalistas, el proceso no tiene otro destino final que la incredulidad total. Si uno vacila en reconocer la historicidad del relato de la creación, ya se encuentra en el mismo camino que recorrieron los saduceos: escepticismo e incredulidad con respecto a *todos* los elementos sobrenaturales de las Escrituras. ¿Por qué habríamos de dudar de Génesis 1 al 3, a no ser que ya estemos preparados para negar que Eliseo hizo flotar un hacha en el río Jordán o que Pedro caminó sobre el agua, o que Jesús levantó a Lázaro de los muertos? ¿Qué decir sobre el milagro más grande de todos, la resurrección de Cristo? Si vamos a manosear las Escrituras para que se ajusten a las creencias de los científicos naturalistas, ¿por qué detenernos en Génesis? ¿Por qué un milagro tendría que ser más difícil de aceptar que otro?

Por último, ¿qué vamos a creer acerca del final de la historia tal como se predice en las Escrituras? Toda la historia de la redención termina, de acuerdo con 2 Pedro 3:10-12, con el cataclismo y la recreación del universo por parte del Señor. Los elementos se derretirán en un calor increíble y todo lo que existe en el campo material será disuelto a escala atómica, en una especie de conflagración nuclear sin precedentes e inimaginable. También, según Apocalipsis 21:1-5, Dios procederá de inmediato a crear nuevos cielos y nueva tierra (cp. Is. 65:17). ¿Creemos en realidad que Él puede hacerlo así, o se van a necesitar otros miles de millones de años de procesos evolutivos para que los nuevos cielos y la nueva tierra puedan funcionar? Si en realidad creemos que Él puede destruir *este* universo en una milésima de segundo y de inmediato crear uno nuevo, ¿cuál es el problema de creer el relato de Génesis sobre una creación inicial en seis días? Si Él puede hacer lo mismo al final de los tiempos, ¿por qué es tan difícil creer el relato bíblico de lo que sucedió al comienzo?

En conclusión, el asunto de interpretar el relato de la creación como hecho o como ficción tiene implicaciones tremendas en todos los aspectos de nuestra vida y de nuestra fe. Estas implicaciones serán cada vez más claras a medida que avanzamos en el texto hasta llegar al relato bíblico de la caída de Adán.

Sin embargo, el lugar donde debe trazarse y defenderse la línea divisoria entre fe e incredulidad es aquí, en Génesis 1:1.

Esta no es una simplificación masiva de las cosas, porque debemos admitir que la creencia en un Dios sobrenatural y creativo que hizo todas las cosas, es la única explicación racional posible del universo y la vida misma. También es el único fundamento para poder creer que nosotros tenemos algún propósito o destino.

En el principio creó Dios los cielos y la tierra.

—Génesis 1:1

2

¿CÓMO SUCEDIÓ LA CREACIÓN?

Las Escrituras enseñan con claridad que Dios creó el universo a partir de la nada. Él llamó el universo a existencia con una sola palabra suya. De hecho, una de las características especiales del recuento de la creación en Génesis, es la insistencia reiterada en que la creación divina se hizo por *fiat*[1] ("hágase"), dando a entender que un simple mandato de Dios ocasionó la existencia del universo creado. Este es uno de los dogmas fundamentales de la fe verdadera: "por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve *fue hecho de lo que no se veía*" (He. 11:3, cursivas añadidas).

La evolución enseña todo lo contrario. La evolución convierte el hecho de la creación en un proceso que se ha extendido a través de miles de millones de años y que todavía no termina. Los evolucionistas, además, insisten en que ni la vida misma, ni ninguna de las diversas especies de criaturas vivas llegó a existir mediante creación inmediata a partir de la nada, sino que todas ellas han surgido, en primer lugar, de una materia inanimada y luego de formas de vida previas a lo largo de distintas series de cambios lentos y de mutaciones genéticas que han tardado unos veinte mil millones de años (o quizá más tiempo). Además, afirman que dicho universo se encuentra todavía en proceso de evolución. La comunidad científica actual ha exigido y recibido aceptación casi universal de los principios básicos de la teoría evolucionista.

Por supuesto que el tiempo, tal como lo advertimos en un capítulo anterior, es el héroe y protagonista de todas las teorías evolucionistas. Si el universo no tiene miles de miles de millones de años de antigüedad, cualquier persona puede rechazar de entrada la teoría evolucionista. Además, si aceptamos desde un principio la teoría de los evolucionistas acerca de un universo que ha existido por un tiempo imposible de calcular, nosotros tenemos que ajustar nuestra interpretación de la Biblia para acomodarla a un planeta Tierra bastante antiguo, y de este modo ceder a uno de los principios dogmáticos más esenciales del evolucionismo. Es lamentable que muchos líderes cristianos insistan hoy día en defender esta última postura.

¿LA TIERRA FUE FORMADA POR CONSTANCIA O POR CATACLISMO?

La hipótesis de que la tierra tiene una edad de miles de millones de años se arraiga en la suposición no bíblica según la cual lo que ocurre en la actualidad es lo mismo que siempre ha sucedido. Esta idea se conoce con el nombre de uniformismo. Es una teoría según la cual los fenómenos naturales y geológicos son en su mayor parte el resultado de fuerzas que han operado siempre, con uniformidad y sin interrupción, desde hace miles de millones de años. Los uniformistas suponen que las fuerzas que operan en la tierra son permanentes y constantes en esencia. Los científicos que sostienen este punto de vista explican todos los fenómenos geológicos en términos de procesos que todavía tienen lugar en el planeta. El uniformista contempla los estratos rocosos sedimentarios, por ejemplo, y de ahí supone que la formación original de los sedimentos es el resultado de un asentamiento lento y natural de partículas dentro del agua, en el transcurso de muchos millones de años. Un uniformista mira el Gran Cañón del Colorado y supone que la corriente natural del río Colorado labró poco a poco ese inmenso abismo con el paso de muchas generaciones mediante un flujo permanente de agua, aunque este haya disminuido con el paso del tiempo.

El uniformismo fue propuesto a comienzos del siglo diecinueve por dos geólogos británicos: James Hutton y su mejor discípulo conocido como Charles

Lyell. La obra de Lyell titulada *Principios de geología*, fue un rechazo explícito de la creación y el diluvio, basado en explicaciones y formulaciones geológicas. Según insistía Lyell, todas las características de la geología terrestre son explicables a partir de procesos naturales en vez de hechos sobrenaturales. Este hombre dio por sentado que las explicaciones bíblicas o sobrenaturales eran contrarias a la ciencia y por ende falsas. En otras palabras, empezó con la suposición de que la Biblia, en sí misma, era falsa. Su trabajo en esencia canonizó el naturalismo ateo como la base para toda investigación "científica".

Tal como lo advertimos con anterioridad, el naturalismo como tal es una creencia religiosa. La convicción de que nada puede suceder en forma sobrenatural es un dogma de fe y no un hecho que pueda ser verificado por cualquier método científico. En efecto, un rechazo apriorístico de todo lo que sea sobrenatural, implica un salto de fe gigantesco e irracional. De modo pues que las presuposiciones del naturalismo ateo no son en realidad más "científicas" que las creencias del cristianismo bíblico. Al parecer, ese hecho tan evidente fue evadido olímpicamente por Lyell y también por muchos que le siguieron después.

Sin embargo, la teoría uniformista de Lyell ejerció gran influencia en otros científicos de su época. Darwin mismo llevó consigo una copia del trabajo de Lyell al embarcarse en el *Beagle* en 1831. Desde la primera publicación de la obra de Lyell hasta hoy, la hipótesis de que la tierra tiene una antigüedad que se calcula en largas eras geológicas ha dominado la ciencia secular. La teoría de la evolución, en sí misma, es el resultado inmediato y predecible de la hipótesis uniformista de Lyell.

Por supuesto que los científicos modernos han extendido sus cálculos de la edad de la tierra más allá de cualquier otro límite imaginado por Lyell, pero la teoría básica del uniformismo surgió primero del sistema de creencias de Lyell que se oponía en principio a toda enseñanza bíblica.

La doctrina opuesta al uniformismo es el catastrofismo, un punto de vista que afirma cambios geológicos espectaculares como resultado de acontecimientos violentos, repentinos y del todo irregulares. Un catastrofista que observe las formaciones rocosas sedimentarias o los cañones abismales, está inclinado, con mayor exactitud, a interpretar la evidencia como el resultado

de un diluvio masivo. Por supuesto que esto permite una cronología mucho más reciente para el desarrollo de las características geológicas de la tierra (un diluvio repentino, por ejemplo, puede producir una capa delgada de sedimentos en pocas horas. Esto da lugar a un inmenso estrato de rocas sedimentarias que un uniformista podría interpretar como algo que se formó en el transcurso de millones de años, pero que en realidad se debe considerar como el resultado de un solo diluvio repentino). Por lo tanto, el catastrofismo propone un reto insuperable al itinerario de la evolución, puesto que elimina los muchos miles de millones de años que se requieren para que la hipótesis evolutiva funcione. Por esta misma razón ha sido rechazada de plano como teoría por la mayor parte de los evolucionistas.

Sin embargo, una reflexión breve revela que el registro fósil sería imposible de explicar de conformidad con cualquier esquema uniformista. Para que una criatura viva se convierta en fósil (en vez de decaer y regresar al polvo, como enseña Job 34:15), es necesario que quede sepultada de inmediato bajo el peso de sedimentos abundantes. Aparte de una inundación catastrófica jamás observada en la historia reciente, ¿cómo se podría explicar la existencia de lechos masivos de fósiles (como los que aparecen en la formación de fósiles *Karú* en África, que se piensa puede contener más de ochocientos mil millones de fósiles vertebrados)? La sedimentación natural en el transcurso de eras prolongadas no podría explicar cómo tantos fósiles pudieron concentrarse en un solo lugar. Además, cualquier continente habitado contiene grandes lechos de fósiles, donde se han encontrado en un mismo lugar millones de especies fosilizadas en concentraciones inmensas, como si todas aquellas criaturas hubieran sido eliminadas y sepultadas al mismo tiempo como resultado de inundaciones masivas. Incluso se han encontrado fósiles de criaturas marinas en muchas de las cimas montañosas más altas del mundo. ¿Cómo explican este tipo de fenómenos los uniformistas? De la única manera que pueden: aumentan el factor tiempo en su cálculo de la edad de la tierra.

La Biblia condena de forma expresa el uniformismo en 2 Pedro 3:4. Pedro profetizó que esta visión errónea sería adoptada en los últimos días por burladores, hombres que siempre van en pos de sus propias concupiscencias, los cuales imaginan que "todas las cosas permanecen así como desde el

principio de la creación". El apóstol Pedro continúa su advertencia: "estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua" (vv. 5-6).

En otras palabras, la enseñanza patente de las Escrituras es que la historia del mundo *no* ha consistido en procesos naturales y geológicos uniformes desde el principio, sino que han ocurrido al menos dos acontecimientos catastróficos o cataclismos a escala global: la creación misma y el diluvio universal en el tiempo de Noé. Ambos son suficientes para explicar todas las características geológicas e hidrológicas del planeta Tierra tal como lo conocemos.[2]

De hecho, la única explicación plausible para algunas características geológicas es la intervención súbita de fuerzas catastróficas a gran escala. No muy lejos del lugar donde vivo hay un área extensa denominada las rocas de Vásquez. Debido a su aspecto similar al paisaje lunar, estas formaciones rocosas han sido utilizadas en la producción de películas de ficción para representar planetas exóticos. Cuenta con estratos rocosos protuberantes que alcanzan grandes alturas sobre la superficie y tienen el aspecto de sierras de todos los tamaños. La fuerza que volteó esas rocas para dejarlas de esa manera tuvo que ser súbita y violenta, no gradual y lenta. No lejos de allí se encuentra la famosa falla de San Andrés. Allí la carretera al pie de las elevaciones curvas deja ver los estratos rocosos que fueron retorcidos con violencia cataclísmica. Estas características son testigo mudo de fuerzas extraordinarias que han configurado la topografía en el sur de California, mucho mayores a la de cualquier terremoto conocido. Tales fenómenos son de esperarse en vista de la historicidad del registro bíblico. La Biblia dice, por ejemplo, que al empezar el diluvio "aquel día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las cataratas de los cielos fueron abiertas" (Gn. 7:11). Sin lugar a dudas el diluvio estuvo acompañado de actividad volcánica, movimientos geológicos masivos y choques enormes entre las placas tectónicas de la tierra. Una catástrofe así no solo explica los estratos rocosos retorcidos e impulsados hacia arriba, sino que también explicaría con facilidad por qué tantas cadenas montañosas dan

evidencia de haber estado sumergidas en el mar. Los uniformistas nunca han podido ponerse de acuerdo en alguna explicación viable de características como estas.

Una inundación masiva podría explicar también la formación del cañón inmenso en el estado de Colorado. De hecho, sería una mejor explicación de cómo llegó a ser el cañón, que cualquier hipótesis uniformista. Las características del mismo cañón (con desfiladeros impresionantes y hondos al lado de mesetas perfectas en sus orillas), sugieren que fue formado mediante una erosión rápida. Una formación de similitud sorprendente es el cañón de Providencia, cerca de Lumpkin en Georgia, Estados Unidos, un cañón espectacular que cubre más de cuatrocientas hectáreas. A principios del siglo diecinueve toda esa región era una llanura de tierra cultivable. A mediados de siglo, los granjeros despejaron por completo el área y quitaron de raíz todos los árboles, lo cual dejó la tierra susceptible a la erosión. En 1846 las fuertes lluvias empezaron a formar pequeños barrancos y grietas. Esto ocasionó más erosión a medida que aumentaban las lluvias. Hacia 1940, los edificios y poblados cercanos tuvieron que ser trasladados para ceder paso al cañón que aumentaba en profundidad y extensión con el paso de cada día. En la actualidad ese cañón presenta dieciséis barrancos, algunos de los cuales tienen más de dos mil metros de longitud. En algunos lugares, la distancia desde el fondo del cañón hasta la orilla es casi la misma que un edificio de quince pisos. Hoy día es un paisaje preservado que atrae a turistas y que se ha embellecido con árboles y vida salvaje. Ha recibido el nombre de "pequeño gran cañón de Georgia". Sus características no pueden distinguirse de las propias de cañones que según los geólogos uniformistas llevan miles de millones de años en formación.[3]

Douglas F. Kelly escribe:

> La suposición de los uniformistas, según la cual fueron necesarios millones de años de trabajo geológico para explicar unas estructuras como las del gran cañón norteamericano, por ejemplo, (con proyecciones al presente de los procesos naturales lentos), es hoy puesto en duda por la explosión del monte Santa Helena en el estado

de Washington, ocurrida el 18 de mayo de 1980. La energía masiva que liberó, equivalente a unas veinte millones de toneladas de dinamita, destruyó 400 kilómetros cuadrados en seis minutos, cambió el perfil de la montaña y excavó depresiones profundas en la tierra y en las rocas, dejando a su paso formaciones semejantes a las más fenomenales que se observan en el Gran Cañón. Estudios recientes sobre el fenómeno del monte Santa Helena, señalan que si hiciéramos cálculos sobre la fecha en la cual aparecieron estas estructuras (que en realidad se formaron en 1980), basados en los principios y métodos de la teoría uniformista, sería inevitable afirmar que se habrían necesitado millones de años para su formación.[4]

Los cristianos que interpretan a su modo los textos bíblicos a fin de acomodarlos a las hipótesis uniformistas sobre la antigüedad de la tierra, tendrán que darse cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos. Imaginar que la tierra fue formada mediante procesos naturales desde hace miles de miles de millones de años a través de una evolución lenta y permanente, es negar la esencia verdadera de lo que enseñan las Escrituras acerca de la creación de la tierra. Eso equivale a rechazar la narración transparente de Dios quien afirma que Él mismo creó, en seis días, la tierra y todos los seres vivientes que en ella habitan.

¿QUÉ FUE PRIMERO: EL HUEVO O LA GALLINA?

Uno de los hechos más evidentes que es ignorado por muchas personas es la afirmación de que el universo apareció con plena madurez al momento de su creación. Dios lo creó todo con un aspecto de cierta edad determinada. Al crear los árboles y los animales, por ejemplo, los creó en pleno estado de madurez, como organismos desarrollados a plenitud. De acuerdo con la narración bíblica, Él no creó semillas ni células. Por cierto, no plantó una sola célula que estuviera programada para evolucionar en una gran variedad de criaturas. Él hizo los árboles con frutos maduros (Gn. 1:11). No creó un solo huevo sino que hizo pollos y gallinas en edad adulta y con capacidad de

reproducirse. Así pues, la creación de las aves en Génesis 1:21 da una respuesta satisfactoria a la famosa pregunta. Dios creó a Adán completo en su crecimiento, con plena capacidad para casarse y procrear.

Otra pregunta interesante: ¿Adán tuvo ombligo? Conviene observar que algunos creacionistas modernos como Ken Ham (por cuya obra tengo gran respeto), creen que la respuesta debería ser un no rotundo, porque el ombligo es una cicatriz que deja el corte del cordón umbilical y un ser creado no podría presentar dicha cicatriz.[5]

El interrogante sobre si Adán tuvo ombligo o no pudiera parecer algo frívolo y superficial, pero en tiempos medievales y del renacimiento era un tema frecuente en discusiones acaloradas. Los artistas que pintaron a Adán y Eva en el paraíso tuvieron que afrontar el siguiente dilema con los teólogos: ¿deberían nuestros primeros padres ser representados con ombligo o no? No fueron pocos los artistas que resolvieron el dilema pintando hojas de parra lo bastante grandes como para cubrir el área que ocuparía el ombligo. En cambio Miguel Ángel, en su obra central de la Capilla Sixtina, pintó en el techo a Adán con un impresionante ombligo. El artista recibió la crítica furiosa de algunos de los teólogos más severos de su tiempo.

¿Acaso es descabellado pensar que Dios haya creado a Adán con ombligo? Después de todo, el ombligo es una parte integral de la anatomía humana. La estructura de nuestros músculos abdominales y del sistema vascular está diseñada para acomodar allí el ombligo. Yo no creo que sea necesario buscar razones bíblicas o teológicas para probar que Adán y Eva debieran o no tener ombligo. Es seguro que nuestros primeros padres fueron creados en plena madurez y con el funcionamiento perfecto de sus organismos, así como con el aspecto de cualquier humano adulto normal. De hecho, es probable que se les hubiese dotado de callos para proteger la planta de sus pies, como cualquier persona normal, y que el filo de sus dientes fuera suave y no puntiagudos como si jamás hubieran sido utilizados.

Por supuesto, todo el debate acerca del ombligo y las callosidades de Adán y Eva es de carácter especulativo. La Biblia no hace mención alguna de ese aspecto, así que mientras este asunto pueda ser motivo de intriga y curiosidad, no es necesario entablar alegatos superficiales con fogosidad medieval.

El hecho sigue en pie, sin embargo, que Adán por cierto tenía muchas características asociadas con la madurez humana. No había sido creado como un embrión ni como un infante, sino que fue desde el principio un hombre formado a plenitud. No hay razón para dudar que Adán tuviera la características normales de cualquier persona adulta, y sabemos que fue creado con suficiente inteligencia como para poder cuidar el huerto, dar nombre a los animales y hablar con Dios. Sin haber crecido, sin tener historia ni experiencias anteriores, Adán fue sin embargo un hombre adulto, con madurez, razonamiento y juicio completos.

Supongamos que un científico de nuestro tiempo pudiera viajar al pasado remoto y llegar al huerto contados minutos después de haber sido creado Adán. Si pudiera examinar de cerca a Adán, descubriría en él características propias de una persona adulta, y si pudiera conversar con él, se encontraría con un hombre de inteligencia adulta y con habilidades de lenguaje bien formadas. Ahora bien, si el científico interpretara estos detalles como prueba concluyente de que Adán era un hombre con mucho más que una hora de existencia, ese científico estaría en un error. Al hablar sobre seres que fueron creados *ex nihilo*, de la nada, las evidencias de madurez o los signos de edad no constituyen prueba alguna de antigüedad.

¿Qué sucedería si aquel mismo científico viajero en el tiempo, realizara un estudio botánico de un árbol de roble recién creado? No dudo que observaría el tamaño del árbol y notaría los frutos del árbol (o sea las bellotas), y tal vez llegaría a la conclusión de que ese árbol tenía muchos años de existencia. ¿Qué sucedería si el botánico talara uno de los árboles para examinar sus anillos de crecimiento? ¿Acaso encontraría los anillos interiores que evidencian su crecimiento y que indican que el árbol había estado plantado allí durante muchas estaciones? ¿Por qué no? Aquellos anillos de tejido vegetal y los tubos conductores de la savia, no son solo signos de la edad del árbol, sino que forman parte del sistema vascular del árbol. Esos elementos son esenciales para que un árbol grande y maduro se mantenga erguido. Si nuestro científico imaginario hubiera deducido con base en los anillos del árbol que aquel roble tenía noventa años de existencia, el botánico se equivocaría de nuevo. También el huerto de Edén fue creado en estado de madurez, con plena funcionalidad

de todos sus elementos y por tanto con el aspecto de tener una edad determinada.

El huerto estaba, sin duda, lleno de criaturas que tenían apariencia de una edad determinada. En el día séptimo, cuando el Señor descansó de su trabajo, todo quedó completo y terminado. Las águilas que se remontan en las alturas podrían haber aparentado que tenían treinta años de edad, pero en realidad tenían menos de una semana de haber sido creadas. Los elefantes que recorrían las llanuras tenían sus colmillos completos y aparentaban unos cincuenta años de edad, cuando su edad real era un solo día. Las montañas, los ríos y cualquier otra formación geológica también aparecieron como si hubieran estado en su lugar por mucho tiempo. Al parecer, no había duda que las bellas cascadas, los cañones y las demás formaciones que cualquier geólogo podría describir, habían sido formados a lo largo de generaciones, por la influencia lenta y constante del agua, el viento, las erupciones volcánicas y los terremotos. El hecho es que todo esto fue creado en un solo día, y al levantar Adán su mirada al cielo y ver aquel enjambre increíble y brillante de millones de estrellas, él contempló en realidad una luz que se encontraba a millones de años luz de distancia, allá en los abismos y las profundidades del firmamento, aunque todas esas lumbreras y estrellas habían existido nada más que cuatro días. La luz que Adán vio era parte de la creación de Dios (Gn. 1:3, lea también el capítulo 5 para enterarse de la forma en que las estrellas lejanas pueden ser visibles desde la tierra al instante).

Todas estas señales de tiempo y madurez son parte del milagro que es toda la creación misma. Por ejemplo, al convertir el agua en vino, Jesús obvió con majestuosidad admirable los procesos naturales de fermentación y añejamiento del vino. En un solo instante produjo un vino exquisito a partir de agua y todos aquellos que probaron tan excelente vino testificaron que era el mejor de todos (Jn. 2:10), lo cual demuestra que era un vino maduro y muy bien cosechado a pesar de ser el resultado directo de un acto divino de creación instantánea. Al multiplicar los panes y los peces, Jesús creó pan y pescado que ya estaban cocidos y listos para comer.

Por cierto, esperamos que las personas que rechazan las Escrituras y desprecian a Dios acepten la idea de que el universo ha existido durante muchos

eones y prolongadas eras geológicas. Por razones obvias ellos quieren eliminar cualquier explicación sobrenatural sobre el origen de la humanidad: no quieren obligarse a alguna ley moral ni sentirse responsables ante un juez omnipotente a quien deberán dar cuentas. En esos términos, por supuesto, abrazan con entusiasmo las teorías naturalistas de la evolución y de una tierra antigua.

Lo que sí resulta chocante y perturbador es ver cómo la idea de que la tierra tenga miles de millones de años, ha empezado a dominar incluso en la comunidad cristiana evangélica. En años recientes un grupo de teólogos y líderes evangélicos, al lado de varios comentaristas y apologistas bíblicos, han empezado a defender que ahora es necesario avanzar más allá del significado sencillo y llano de la narración de la creación, en los términos que más puedan conformarse a las nuevas corrientes que están de moda en la ciencia secular. Si insistimos en una creación ejecutada en seis días literales y en una edad joven para el universo, ellos dicen que hemos sacrificado nuestra credibilidad académica y debilitado nuestro testimonio ante aquellos que han sido educados en la teoría de la evolución.

¿DEBERÍAMOS EVALUAR LAS ESCRITURAS CONFORME A LA CIENCIA O MÁS BIEN TODO LO CONTRARIO?

Quizá la figura evangélica principal en el esfuerzo titánico de armonizar el Génesis con las teorías científicas actuales, sea Hugh Ross, quien antes trabajó en astrofísica y en la actualidad se ha consagrado a la defensa del creacionismo basado en la antigüedad perenne de la tierra. El doctor Ross utiliza la expresión "creacionismo progresivo" para describir sus puntos de vista.

A Ross se le debe dar crédito porque afirma sin reservas la autoridad absoluta y la inerrancia de las Escrituras. También acepta el testimonio bíblico de que Dios creó cada una de las especies de seres vivientes en forma individual. No cree que las formas inferiores de vida evolucionaron hacia otras más elevadas o que los humanos evolucionaron a partir de especies animales. En efecto, él considera a Adán y Eva como personajes históricos y como los padres reales de toda la raza humana. En todos estos aspectos, los puntos de vista defendidos por Hugh Ross son mucho más nobles que los de aquellos evolucionistas teístas

u otros que profesan ser cristianos, los cuales absorben sin crítica la teoría evolucionista y concluyen que los primeros capítulos del Génesis solo contienen mitos y errores. A diferencia de ellos, Hugh Ross es un creyente evangélico. La declaración doctrinal que publica su ministerio es una defensa sin excusas de las convicciones evangélicas fundamentales. Sus libros han sido respaldados por los líderes evangélicos más reconocidos.

Ahora bien, ¿cuál es el problema? Bastante simple: Hugh Ross ha acogido algunas teorías selectas de la cosmología del *big bang*, las cuales él considera como un hecho indiscutible, incluido el concepto de que el universo y la tierra tienen miles de millones de años de existencia. Ross utiliza dichas teorías como lentes a través de los cuales interpreta la Biblia. En efecto, él hace de las Escrituras un instrumento al servicio de la ciencia y esto sin diferenciar con cuidado entre hecho científico y teoría científica.

Hugh Ross está convencido de que las teorías científicas modernas pueden proporcionarnos un conocimiento superior de los hechos fundamentales relacionados con el origen del universo. Por consiguiente, todos los libros de Ross están llenos de argumentos en el sentido de que los hallazgos de la ciencia moderna son necesarios para interpretar el verdadero significado de la Biblia. Según Ross, nuestra generación, gracias a la teoría del *big bang* de los evolucionistas, es capaz hoy día de entender el sentido verdadero de la narración bíblica acerca de la creación, a un nivel jamás alcanzado en épocas pasadas. Desde luego, él cree que la opinión científica moderna acerca de la edad y el origen del universo es esencial para explicar lo que realmente quieren dar a entender las Escrituras en su totalidad. Está plenamente convencido de que la Biblia en realidad pretende enseñarnos que la creación fue un proceso que se tomó una cantidad incierta de millones de años y no una semana exacta. Claro, esto significaría que todas las generaciones anteriores desde Moisés hasta el siglo veinte, no han tenido la más mínima idea del significado verdadero del Génesis.

Es evidente que el mismo Ross no acepta *todas* las aserciones de los evolucionistas, pero de ser correctos sus puntos de vista, deberíamos ser capaces de separar aquello que es fáctico (objetivo) de lo que tan solo es teoría en la ciencia moderna, y utilizar los hechos de la ciencia como una norma para interpretar la narración bíblica de la creación. Esta metodología, insiste Ross,

permite una comprensión del Génesis que armoniza a perfección con los artículos de fe de la cosmología moderna, a saber, que el universo tiene una edad aproximada de veinte mil millones de años.

Es lamentable que Ross mismo utilice un método tan arbitrario para determinar qué clase de doctrina de la ciencia moderna debería ser considerada como hecho innegable y cuál sería simple teoría.

Por ejemplo, la misma teoría del *big bang* no ha dejado de ser objeto de fuertes controversias, aun entre los astrónomos colegas de Ross. Lo cierto es que solo se trata de la última y más reciente teoría, la doctrina que "mejor suena" en una larga serie de explicaciones "autorizadas" de la comunidad científica acerca de la manera en que llegó a existir el universo. Los términos de la cosmología del *big bang* están siempre en permanente movimiento. Por ejemplo, los científicos alguna vez creyeron que todo el universo había surgido con la explosión de una masa enorme de materia de tamaño inimaginable, pero la teoría que ahora está de moda es que toda la materia del universo surgió de una partícula aún más pequeña que el átomo. Sin embargo, a pesar de toda la incertidumbre que rodea el *big bang*, Hugh Ross lo considera como un hecho "establecido de manera inamovible"[6], e insiste en que ese hecho arroja una luz que es necesaria para la interpretación correcta de la Biblia.

Ross también defiende el esquema de las interminables eras paleontológicas, y afirma que esta teoría está en armonía perfecta con el esquema de seis días propuesto en las Escrituras. Con el fin de poder mantener su punto de vista, Ross se ve obligado a ignorar o a descartar con simplificaciones varias dificultades evidentes. Por ejemplo, la vida vegetal aparece en el día tercero de la narración bíblica, pero el sol que es esencial para sustentar esas plantas, aparece unas veinticuatro horas después, en el día cuarto. Además, la creación de los insectos el día sexto correspondería a millones de años después de la aparición de las plantas, si la interpretación de "días" de Ross fuera correcta. Por supuesto, la secuencia paleontológica que propone Ross de ninguna manera goza aceptación universal por la comunidad científica, es apenas una de las muchas teorías populares.[7] Ross en cambio la considera como un hecho autorizado que le permite formular su propia comprensión de la creación en seis días de la Biblia.

Ross trata, además, muchas teorías igualmente cuestionables como si fueran hechos irrefutables. Cree, por ejemplo, que la ciencia ya ha probado de forma irrebatible que el diluvio del tiempo de Noé no pudo haber ocurrido en forma de una inundación a escala global como lo indica con claridad una lectura directa de Génesis 7:19-24. Al parecer, Ross cree que la ciencia ha establecido con certeza absoluta la existencia de criaturas semejantes a los humanos antes de la creación de Adán. También presenta como un hecho que aquel "homínido bípedo, capaz de utilizar herramientas y dotado de un cerebro considerable, vivía errante por la tierra desde hace un millón de años atrás"[8], muchas generaciones antes de la aparición de Adán en el huerto. Además, con el fin de explicar cómo especies así pudieron surgir y desaparecer antes de la creación de Adán, Ross insiste en afirmar que el mundo estaba lleno de matanzas, muerte, violencia y decadencia durante milenios incontables, aun antes de la caída de Adán y de las calamidades generadas por la caída en pecado descritas en Génesis 3:14-19.

Al leer los libros de Ross, cualquiera puede notar la ausencia de explicaciones acerca de cómo pudo determinar cuáles ideas científicas modernas describen hechos fácticos y cuáles no pasan de ser meras teorías. Cita de forma constante "los últimos hallazgos de la investigación", "los estudios más recientes", "los datos más nuevos", mientras actúa como si estuviera basado en hechos establecidos y aceptados de manera completa y universal. La tendencia del doctor Ross a tratar las teorías cuestionables como si fueran hechos irrefutables, es un asunto bien documentado.[9] La conclusión de todo esto es difícil de negar, a saber, que su propio juicio arbitrario se convierte en el parámetro principal mediante el cual determina cuáles ideas científicas están establecidas como hechos y cuáles son puras teorías.

Ahora bien, la cuestión sobre el carácter fáctico o teórico de una doctrina científica no es algo que pueda dejarse de lado si es que uno decide aceptar los puntos de vista del doctor Ross, puesto que todo su sistema se construye sobre la idea de que las Escrituras y los hechos de la ciencia tienen la misma autoridad.

Según Ross, *la revelación general* (es decir, el despliegue de la gloria divina que es evidente en la creación), es una parte tan esencial y autorizada como lo es cualquier aspecto de la revelación especial (es decir, la verdad que Dios ha

revelado en la Biblia). De hecho, Ross quedaría del todo satisfecho si se las arreglara para que la ciencia tuviera su propio lugar en el canon de las Escrituras. "La revelación de Dios no está limitada de forma exclusiva a las palabras de la Biblia", escribe Ross. "*Los hechos de la naturaleza deberían tratarse como si fueran el libro número sesenta y siete de la Biblia*".[10]

Al parecer, Ross ha intentado retractarse de las implicaciones de tales afirmaciones, pero en realidad no puede hacerlo:

> Algunos lectores pudieran temer que yo implique de algún modo que la revelación de Dios por medio de la naturaleza está en pie de igualdad con su revelación a través de las palabras de la Biblia. Permítanme ustedes establecer con franqueza que la verdad, por definición, es información libre de contradicciones y error. Así como es absurdo decir que una entidad pueda ser más perfecta que otras, una revelación de la verdad de Dios no puede considerarse como superior o inferior con respecto a otra.[11]

En otras palabras, Ross cree *con firmeza* "que la revelación de Dios por medio de la naturaleza está en pie de igualdad con su revelación a través de las palabras de la Biblia". No podría ser otra la conclusión razonable que se puede desprender de sus palabras si los hechos de la naturaleza pudieran también ser escritos y encuadernados dentro de la Biblia como si fueran su "libro número sesenta y siete". En ese caso no habría razón para someter la ciencia a las Escrituras en vez de hacer lo contrario.

Después de todo, si la voz de la naturaleza se pudiera expresar con la misma claridad y autoridad que las palabras inspiradas de las Escrituras, ¿quién podría discutir el planteamiento de Ross?

¿SON IGUALES LA REVELACIÓN GENERAL Y LA REVELACIÓN ESPECIAL?

Ahora bien, ¿cuántas y de qué clase son las verdades que revela Dios por medio de la naturaleza? Hugh Ross parece creer que la revelación general es

suficiente por sí sola para decirnos todo lo que necesitamos conocer acerca de Dios y de la creación. "Dios se revela a sí mismo de forma fidedigna por medio de la 'voz' de la naturaleza igual que lo hace a través de las palabras inspiradas de la Biblia", afirma Ross.[12] ¿Qué decir sobre la verdad del evangelio? ¿Acaso ella es perceptible para alguien que observe la naturaleza y el cosmos aparte de las Escrituras? Ross parece sugerir que es así, y para sustentarlo cita Colosenses 1:23, donde se nos enseña que el evangelio "se predica en toda la creación que está debajo del cielo".[13] Así pues, Ross insinúa que la naturaleza, al igual que las Escrituras, es una revelación suficiente y capaz de hacer sabias a las personas para la salvación, enteramente preparadas para realizar toda clase de buenas obras (cp. 2 Ti. 3:15-17).

Ross alega que el punto de vista evangélico clásico acerca de una creación literal en los seis días de la Biblia y de una tierra joven, se arraiga en una "teología de revelación simple" defectuosa, la cual es definida por Ross como "la creencia de que la Biblia es la única fuente autorizada de la verdad".[14] Aquí se refiere a su propio punto de vista en términos de "teología de revelación doble", y para sustentar su opinión nos proporciona un listado de referencias bíblicas que establecen la doctrina de la revelación general, en especial el Salmo 19:1-4 y Romanos 1:19-20.

Al leer el tratamiento que hace Ross de este asunto, se podría tener la impresión de que los creacionistas defensores de un planeta Tierra reciente niegan por completo la revelación general. No obstante, la realidad es que *todos* los teólogos evangélicos reconocen el lugar legítimo que tiene la revelación general. En las citas anteriores que hace Ross, la Biblia establece con claridad que "los cielos cuentan la gloria de Dios" (Sal. 19:1). La revelación de Dios y su gloria por medio de la naturaleza es algo tan evidente, que todos los que rechacen al Dios de la Biblia "no tienen excusa" (Ro. 1:19-20). El pasaje de Romanos 1 dice además que la evidencia de la creación revela a todos ciertas "cosas invisibles de él", concretamente "su eterno poder y deidad" (es decir, su divinidad).

Ahora bien, estos pasajes no enseñan lo que el doctor Ross afirma que enseñan. Por cierto, no colocan a la naturaleza en pie de igualdad con las Escrituras. De hecho, Jesús mismo se opuso a la idea de que las evidencias de

la naturaleza y la revelación de las Escrituras sean formas equivalentes de revelación, como lo refleja su declaración firme: "el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (Mt. 24:35; cp. Mr. 13:31).

Además, nada en la Biblia indica que *todo* lo que necesitamos conocer acerca de Dios está revelado a nosotros en la naturaleza. Por el contrario, la enseñanza clara del Salmo 19 se dirige a subrayar la necesidad, la absoluta suficiencia y la preeminencia de la revelación especial, es decir, las Sagradas Escrituras. La naturaleza tan solo manifiesta la gloria de Dios en como un testimonio mudo que declara a todos su majestad, poder, divinidad y existencia, lo cual deja a los hombres sin excusa si ellos optan por ignorar o rechazar al Dios de la Biblia. En otras palabras, la revelación natural es suficiente para condenar a los pecadores, mas no para salvarlos. La Palabra de Dios, por otro lado, es perfecta, segura, recta, pura, limpia y sobre todo verdadera (vv. 7-9). A diferencia de la revelación general que encontramos en la naturaleza, la verdad de la Biblia convierte a las almas, hace sabios a los humildes, alumbra los ojos y permanece para siempre (vv. 7-9). Así pues, el salmo en mención recalca de forma inequívoca la *superioridad* de las Escrituras. Su afirmación puntual es que la revelación de Dios en la naturaleza no es tan poderosa, tan duradera, tan confiable, tan clara o tan autorizada como la que se encuentra en la Biblia. La Palabra de Dios es una revelación *suficiente*, no así la naturaleza. La Biblia es clara y completa, no así la naturaleza. Las Escrituras, por lo tanto, hablan con más autoridad que la naturaleza y deberían ser utilizadas para evaluar las opiniones científicas, no lo contrario.

A diferencia de la naturaleza, la Biblia es *clara*; su significado es transparente y fácil de entender. Por supuesto, no todas las partes de la Biblia son claras *por igual*. Algunas porciones son bastante difíciles de entender (2 P. 3:16), y hasta los más sencillos pasajes bíblicos deben ser bien interpretados con el fin de obtener su verdadero significado. No obstante, la lucidez de expresión y el alcance temático de las Escrituras la hacen muy superior a la naturaleza como revelación divina. Por este motivo la Biblia debería ser la regla con la cual nosotros medimos la ciencia, en vez de hacer lo contrario.

Hugh Ross da demasiada preponderancia al valor de la revelación general. Se equivoca en hacer de la revelación general y de la revelación especial algo

equivalente e intercambiable, como si todo lo que dicen las Escrituras acerca de su propia autoridad y suficiencia pudiera aplicarse con exactitud a la naturaleza. Peor todavía, su punto de vista acerca de los "hechos de la naturaleza" se enmarca en hipótesis científicas actuales acerca de la edad y el origen del universo. Así pues, Ross sugiere en realidad que las teorías de los evolucionistas (o al menos algunas de ellas), deberían ser tenidas en tan elevada estima como la misma revelación bíblica. En la práctica, sin embargo, él y otros creacionistas progresivos han presentado las teorías científicas como si tuvieran una verdadera autoridad superior, porque ellos emplean dichas teorías como una norma conforme a la cual interpretan las afirmaciones de la Biblia. En esta forma, una teoría científica actual ha venido a convertirse en un filtro interpretativo a través del cual los creacionistas progresivos leen y explican las Escrituras. Ellos han convertido a la ciencia en intérprete oficial de las Escrituras de una manera que no puede justificarse. En efecto, se han dedicado a pedir prestadas unas ideas selectas de la teoría científica moderna y han plantado esos pensamientos humanos en su interpretación de las Escrituras. De esa manera, el lenguaje real del texto se obscurece por completo, o al menos es tergiversado en favor de una idea no bíblica que ha sido injertada en la Biblia por medios artificiales. Dicha metodología permite, como es de esperarse, una interpretación que se desconecta por completo y con frecuencia es del todo contraria a las palabras textuales de la Biblia. Francamente, esa sería la única forma en que alguien podría leer el testimonio de las Escrituras y llegar a la conclusión de que el universo tiene miles de millones de años de existencia.

¿ES JOVEN O VIEJO EL UNIVERSO?

Es imposible partir de una lectura correcta del Génesis y formarse la opinión de que el universo tenga más de unos cuantos miles de años de existencia.

Tomemos la edad de la raza humana, por ejemplo. Hugh Ross cree que la creación de Adán, con base en el registro fósil, debió haber ocurrido unos cincuenta mil años atrás.[15] Por otro lado, el libro de Génesis presenta una genealogía detallada que traza el desarrollo de la raza humana a partir de Adán hasta Abraham y más lejos todavía. Dicha genealogía incluye una

cronología con las edades exactas de los individuos, con el paso de cada generación nueva. El arzobispo James Ussher realizó un análisis meticuloso de las genealogías en el siglo diecisiete y llegó a la conclusión de que la fecha de la creación ocurrió fue el año 4004 a.C. Algunos estudiosos han sugerido que pueden existir algunas brechas en la genealogía, y que se hayan saltado una o dos generaciones en las que se substituye el nombre de un nieto o biznieto con el de un hijo. Estas brechas quedan demostradas en algunas genealogías bíblicas. En Mateo 1:8, por ejemplo, Mateo salta tres generaciones desde Joram hasta Uzías, con la intención aparente de conservar cierta simetría en la genealogía. Tales saltos pueden comprobarse en las genealogías más detalladas de Génesis capítulos 5 y 11. Ahora bien, si se admite que existen algunos saltos, resulta inconcebible que la fecha de la creación de Adán pudiera haber ocurrido mucho más allá de diez mil años antes de Cristo. Tal como Henry Morris escribió: "a lo sumo, sería imposible admitir saltos que abarquen más de cinco mil años en estos capítulos sin hacer de ese registro histórico algo irrelevante y absurdo. En consecuencia, la Biblia no sustenta una fecha para la creación del hombre más allá del año 10.000 a.C."[16]

Ahora bien, ¿qué pasa con la idea de que los "días" de la creación fueron en realidad largos períodos de tiempo? Vamos a examinar este asunto con más precisión en capítulos siguientes, pero por ahora es suficiente señalar que nada en el contexto inmediato apunta en dirección a que estos primeros capítulos del Génesis deban interpretarse en sentido figurado. Jesús se refirió a la narración bíblica de la creación como una historia verídica y fehaciente (Mt. 19:4), como lo hicieron también los apóstoles Pablo (2 Co. 4:6) y Pedro (2 P. 3:5). Esa narración siempre se presenta como historia verdadera. De hecho, la única razón para interpretar los seis días de Génesis como períodos prolongados de tiempo, es un esfuerzo deliberado de armonizar el Génesis con las teorías científicas recientes, tal como lo observó Eduardo J. Young:

> La impresión inmediata que uno tiene al considerar esa metodología es la baja estima que tiene por la Biblia. En cualquier conflicto entre "ciencia" y Biblia, la Biblia siempre es la que, de una u otra manera, debe ceder sus derechos. Nunca se plantea que la "ciencia" corrija sus

> respuestas a la luz de las Escrituras, sino lo contrario es siempre el caso. Esto resulta muy sorprendente, ya que las respuestas suministradas por los científicos siempre cambian con el correr del tiempo. Las respuestas "autorizadas" de los científicos anteriores a Copérnico han dejado de ser aceptables, y ni siquiera las diversas teorías de la ciencia moderna han permanecido vigentes por más de veinte años.[17]

Ahora bien, el orden mismo de la creación excluye la posibilidad de que los "días" del primer capítulo de Génesis hayan sido en realidad períodos prolongados de tiempo. Por ejemplo, la vida vegetal fue creada el día tercero, lo cual incluyó plantas florales y árboles que producen semillas (1:12). Sin embargo, las aves no aparecen sino hasta el quinto día (v. 21), y otras criaturas animales ligadas a la tierra (v. 24) fueron creadas en el sexto día. Como lo sabe muy bien cualquier jardinero, existe una simbiosis indispensable entre la mayor parte de plantas que florecen y el reino de los insectos, la cual mantiene un control perfecto de su existencia mutua. Todas estas formas de vida, diferentes pero dependientes entre sí, no pudieron haber evolucionado juntas y al mismo tiempo. Tampoco pudieron las plantas florales haber sido creadas miles de años antes que los insectos y las aves.

La Biblia dice que *todas* estas criaturas fueron hechas en el transcurso de una semana. La vida no apareció en forma lenta y gradual sobre la tierra, en el transcurso de diversos grados crecientes de complejidad y a lo largo de muchas generaciones. Esto es lo que enseña la doctrina de la evolución. Por el contrario, la Biblia recalca el concepto de una creación súbita e inmediata a partir de la nada (*ex nihilo*), de todo lo que existe en el universo. Todo fue creado en un breve lapso de tiempo a pesar de su complejidad, variedad e inmensidad increíbles.

Es evidente que la mentalidad humana está embebida en los métodos de la ciencia moderna y en sus prejuicios que se oponen de entrada a todo lo que sea sobrenatural. Muchas veces los mismos creyentes luchan para entender cómo pudo ocurrir todo esto en tan poco tiempo, pero no hay razón que permita a un cristiano dudar que Dios haya podido crear todas las cosas en

estado de madurez completa en una milésima de segundo, si así lo hubiera deseado. Tampoco hay razón alguna para que un cristiano se niegue a creer que Dios creó el universo en seis días. Después de todo, esto es lo que una lectura correcta de la Biblia nos enseña en forma diáfana.

Sin embargo, es evidente que Hugh Ross considera que la complejidad y la perfección de la creación es un argumento en contra de una tierra joven. Tras enumerar muchas "pruebas" científicas para demostrar que el universo tiene miles de millones de años, Ross escribe lo siguiente:

> Otra consideración importante desde una perspectiva del todo diferente, tiene que ver con la naturaleza misma del espíritu creativo. Si observamos a cualquier escultor, pintor, poeta o artesano dedicado a cualquier tipo de arte, nos damos cuenta de que todos ellos ejercen con gran esmero y gozo su trabajo, a fin de verter su genio en cada objeto que diseñan. Ahora examinemos la creación en cualquier escala, desde las galaxias exteriores masivas hasta el interior del átomo, desde una ballena hasta una ameba. El esplendor de cada ser creado, la belleza y variedad de formas existentes así como también su funcionamiento, nos hablan todo el tiempo de una creación que no se produjo en un instante sino que fue producto de un trabajo lento y minucioso, dedicado con esmero y gozo infinitos a la perfección de cada detalle.[18]

El argumento parece sugerir que Dios no podría haber creado un universo tan complejo en seis días, pero el punto importante de Génesis capítulos 1 y 2 es que el poder creador de Dios, como el universo mismo, es algo insondable para la mente humana. Con su poder y sabiduría infinitos, Dios no necesito de una gran cantidad de tiempo, como nosotros los humanos concebimos la noción de tiempo, a fin de diseñar y perfeccionar su creación. Dios solo tuvo que pronunciar su palabra y de la nada surgió todo lo que vemos. Las Escrituras sí son específicas en afirmar que Él lo hizo todo en seis días.

Nada hay en el texto de Génesis 1:1-3 que hable de algún proceso de evolución o de largos períodos de tiempo en el proceso de la creación. El texto mismo es una refutación de todos los dogmas evolucionistas. La evolución

teísta, las teorías de la edad de la tierra en términos de miles de millones de años y la noción de "creacionismo progresivo", son ideas refutadas por completo si con humildad y sencillez aceptamos las afirmaciones del Génesis en su verdadero valor nominal. Por otro lado, la negación de expresiones clave o su interpretación en un sentido no literal, es lo único que permitiría al cristiano leer cualquier grado de evolución o de "creación progresiva" dentro de la narración del Génesis.

Por consiguiente, resulta una tarea muy difícil para cualquier comentarista o exégeta, imponer teorías sobre la edad avanzada de la tierra en la narración bíblica de la creación. Para siquiera intentarlo, tendrían que empezar por ensombrecer el sentido histórico evidente del pasaje bíblico, y recurrir nada más que a dispositivos tales como alegorías, mitos, leyendas o expresiones poéticas.

Al actuar de esa manera, lo único que logran es atreverse a hacer que la Palabra de Dios doble su rodilla ante la diosa llamada naturalismo con su libro sagrado de teorías cambiantes. Nosotros deberíamos más bien, permitir que la Palabra de Dios inmutable y autorizada dé forma y contenido a nuestra comprensión, y dejar que sea la ciencia la que doble sus rodillas ante las Sagradas Escrituras.

El doctor Ross no deja de ser un evangélico que cree en la historicidad de Adán y Eva, porque en alguna coyuntura de su vida decidió aceptar la verdad revelada de la Biblia en vez de las teorías de la ciencia moderna. Hubiera sido mejor que reconociera con valentía la superioridad de las Escrituras y que la defendiera como la autoridad conforme a la cual toda teoría científica debe ser evaluada. Este es el principio histórico y teológico de *sola Scriptura*. Los cristianos que defienden la autoridad de las Escrituras por encima de cualquier teoría científica, jamás serán avergonzados en la manifestación de los hechos verdaderos. Recordemos que Cristo mismo dijo: "el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasará" (Mt. 24:35). La Palabra de Dios aún permanece inmutable después de miles de años, mientras que las teorías de la ciencia secular sufren cambios espectaculares en cada nueva generación.

Es indudable que el cielo y la tierra *pasarán*. Tal como lo afirmé en un capítulo anterior, el universo va a ser destruido un día con la misma rapidez

con que también llegó a existir (2 P. 3:10-12), a fin de ser reemplazado de inmediato por un cielo nuevo y una tierra nueva (Ap. 21:1-5). Así la narración bíblica de la primera creación quedará reivindicada por completo.

Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas. Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Y fue la tarde y la mañana un día.

—Génesis 1:2-5

3

LUZ EN EL DÍA PRIMERO

Génesis 1:2-5

El primer día de la creación define y delimita lo que la Biblia quiere dar a entender con la palabra *día* en el contexto del capítulo primero de Génesis. Aquellos que creen que los días de la creación fueron algo así como largos períodos de gestación, también recalcan el hecho de que el sol solo vino a ser creado en el día cuarto, y basados en esto argumentan que los días no pueden corresponder a días solares de veinticuatro horas. La palabra *día*, insisten ellos, es utilizada en diversos lugares de la Biblia para aludir a períodos largos e indeterminados de tiempo. Por ejemplo, "el día del Señor" es una expresión empleada en las Escrituras para referirse a un tiempo escatológico en el cual Dios derrama su ira sobre la tierra. Además, 2 Pedro 3:8 nos dice: "para con el Señor un día es como mil años y mil años como un día". De esta manera, algunos creacionistas al hablar de la tierra longeva presentan el argumento de que los días de la creación bien pudieron haber sido largos períodos que corresponden, de forma aproximada, a las teorías geológicas modernas que incluyen épocas designadas como precámbrica, paleozoica, mesozoica y cuaternaria.

El problema de esta perspectiva es que en estos pasajes nada sugiere que los días fueron largos períodos de tiempo. Los días son definidos en Génesis 1:5 de la siguiente manera: "y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Y fue la tarde y la mañana un día". La noche y el día, la tarde y la mañana han

sido desde el principio períodos de tiempo demarcados por fases rítmicas de luz y sombra. La misma expresión "fue la tarde y la mañana un día", es utilizada en referencia a cada uno de los seis días de la creación (vv. 5, 8, 13, 19, 23, 31), lo cual recalca el hecho de que todos los días tuvieron la misma duración y demarcaron con claridad los límites de cada actividad creativa de Dios.

La única secuencia de luz y sombras definida por todas partes en este contexto, es el ciclo día / noche que (después del cuarto día) es dictada por el sol y la luna (v. 18). No existe razón alguna para creer que ese ritmo fuera objeto de una alteración radical en el día cuarto. Esto significa que la duración de "tarde y mañana" del primer día de la creación fue la misma que la tarde y mañana de cualquier día solar.

En efecto, la palabra día es utilizada algunas veces en sentido figurado en la Biblia para hablar de un período indeterminado de tiempo (por ejemplo, "el día de vuestra alegría", Nm. 10:10). Sin embargo, a lo largo de las Escrituras, dondequiera que aparece la palabra con relación a un número (por ejemplo, "resucitó al tercer día", 1 Co. 5:4), a lo que se refiere sin duda alguna es un día solar normal.

Nada encontramos en la Biblia que nos permita una perspectiva en la que pueda afirmarse que los días de la creación no fueron otra cosa que días literales de veinticuatro horas. Solo influencias ajenas a los principios bíblicos podrían justificar tal afirmación. Solo opiniones propias de las teorías científicas modernas, los métodos de la alta crítica y otros ataques de ese tipo contra la historicidad de la Biblia, podrían llevar cualquier persona a interpretar los días del Génesis como si fueran largos períodos de tiempo. De hecho, los creacionistas partidarios de una tierra antigua han subordinado las Escrituras a ciertas teorías populares dentro de la cosmología del *big bang*. Las teorías cosmológicas han sido impuestas por encima de la Biblia como un filtro interpretativo y han permitido definir de nuevo la duración de los días de la creación. Dichas aproximaciones no son evangélicas y puesto que ponen en entredicho la autoridad de la Biblia desde el principio mismo de todas las cosas, es inevitable que priven al público en general de una comprensión evangélica de las Escrituras, sin importar la vehemencia con que los defensores de esa perspectiva afirmen su compromiso a la defensa de la doctrina

evangélica. Acomodar nuestra comprensión de la Biblia a teorías seculares y científicas equivale a socavar la autoridad de la Biblia.

Hugh Ross y otros creacionistas de la tierra antigua responden al argumento anterior. Señalan que Agustín y otros padres de la iglesia interpretaron los días de la creación en forma no literal. "Sus puntos de vista acerca de las Escrituras no puede decirse que hayan sido establecidos con el fin de acomodarse a opiniones seculares", afirma Ross.[1]

En efecto, Agustín afirmó una perspectiva no literal de los seis días de la creación. Agustín escribió: "qué tipo de días fueron aquellos es en extremo difícil o quizá imposible de concebir por parte de nosotros, y quizás mucho más difícil de expresar".[2]

Ahora bien, lo que Ross *nunca* ha comunicado a sus lectores es que Agustín y aquellos que concuerdan con sus opiniones, defendían el argumento de que Dios había creado todo el universo en un instante, en menos de fracciones de segundo, de una forma del todo ajena al dominio del tiempo cronológico. Lejos de estar de acuerdo con Ross y con la ciencia moderna en el sentido de que aquella obra de creación había sido ejecutada en el transcurso de miles de millones de años, Agustín y otros pensadores que participan de su punto de vista, caminaron en sentido contrario y así desviaron el tiempo de la creación hacia la noción epistemológica de un solo instante. Hicieron esto porque habían recibido influencias de la filosofía griega para creer que un Dios que trasciende el tiempo y el espacio no podía crear en la dimensión de la temporalidad humana. Por esa razón resolvieron reducir los seis días a un único instante de tiempo. Agustín escribió: "estoy seguro de que el mundo fue hecho, no en el transcurso del tiempo, sino de manera simultánea con el tiempo".[3] Fue esto precisamente lo que Agustín aprendió en su estudio juicioso de las obras de filósofos seculares. En otras palabras, sus puntos de vista sobre este asunto *fueron*, después de todo, un acomodo a las opiniones seculares, opiniones que con el tiempo erosionaron el compromiso de la naciente iglesia con la autoridad de las Escrituras.

Sin embargo, Agustín se opuso a la idea de una tierra vetusta, en forma tan vigorosa como ningún crítico evangélico moderno lo ha hecho contra la teoría del uniformismo de la geología terrestre. Agustín incluyó un capítulo entero

en su obra *La ciudad de Dios*, titulado "Falsedad de la historia que asigna muchos miles de años al pasado del mundo". Sus críticas contra aquellos que creían que la tierra era tan vieja, siempre fueron francas y directas: "ellos dicen lo que piensan y no lo que saben. Se han dejado engañar por aquellos documentos mentirosos que presumen ofrecer una historia de muchos miles de años, aunque por las narraciones de las Sagradas Escrituras nosotros sabemos que ni siquiera han transcurrido seis mil años".[4]

En efecto, nada en la Biblia puede conducir a alguien a pensar que el mundo tenga miles de millones de años de edad, o que los días de la creación fueron eras de tiempo indefinido. Más bien, al definir los días de la Biblia de acuerdo con el ciclo de luz que separa el día de la noche, la Biblia establece de la manera más explícita posible que los días de la creación fueron iguales en duración a los días solares normales. Un aspecto de las maravillas de la creación es la facilidad y la velocidad con que Dios formó algo de complejidad y belleza tan inmensas, imposible de imaginar. El texto no se enfoca, como Hugh Ross sugiere, en "el tiempo de esmero y la atención a los detalles".[5] Más bien, lo que la narración bíblica afirma como realidad central, es la majestad y el poder infinitos del Todopoderoso, quien ha creado tanto, con tal perfección y en tan corto tiempo, con nada más que su Palabra.

Los creacionistas partidarios de una tierra vieja disminuyen la importancia que asigna la Biblia a la creación originada por *fiat* divino ("sea" y "hágase"), y se dedican a establecer un escenario donde Dios se ocupa en la creación durante largos períodos de tiempo, hasta que el mundo queda terminado a perfección para que sea la habitación digna de los humanos creados a su imagen. Todo esto se opone por completo a las enseñanzas del Génesis.

Con esto no pretendemos sugerir, como lo hizo Agustín, que todas las cosas fueron creadas en un instante. De acuerdo con las Escrituras, existe un progreso dentro de la obra creadora de Dios, porque Él hizo el universo en seis días y descanso el día séptimo. Esto no fue así porque Dios necesitara tanto tiempo para crear y menos todavía porque le fuera necesario descansar. Más bien, Él quiso establecer un modelo del ciclo de trabajo y descanso que determinó productivo y saludable para la humanidad. Así quedó establecida la semana, que se refleja hasta el día de hoy en el calendario de cincuenta y dos semanas

que todas las naciones aceptan como medida del tiempo. Este aspecto lo estudiaremos más en detalle en el capítulo sobre el día séptimo.

Además, Dios eligió en forma soberana dedicar un día a cada aspecto específico de la creación. El día primero abarcó la creación del tiempo, el mundo material y la luz.

La creación del tiempo está implícita en las palabras "en el principio". Preguntamos: ¿el principio de qué? Respondemos: del tiempo mismo. Antes de ese principio no existía medida alguna de tiempo ni paso del tiempo en absoluto. Dios existía en sí mismo en toda su perfección fuera del tiempo, en una dimensión que nosotros no podemos siquiera imaginar. Nuestros pensamientos acerca de lo atemporal son limitados, porque todo lo que conocemos está sometido al transcurso del tiempo.

Mucho se ha escrito sobre el aspecto atemporal de la naturaleza divina. La eternidad es un concepto difícil y profundo y no es mi intención dedicarle un estudio extenso, fuera de confirmar la enseñanza clara de las Escrituras, y es lo que Pedro escribió: "para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día" (2 P. 3:8). A propósito, este versículo no tiene que ver con la duración de los días de la creación, como muchos se inclinan a pensar. Pedro afirmó aquí la independencia de Dios frente a la medición humana del tiempo, mientras que Génesis señala con claridad que la creación tuvo lugar en el tiempo. Dios no está constreñido a reloj ni cronómetro alguno. Él puede hacer en una fracción de segundo todo lo que podría hacer en cuatro mil millones de años, y ambos períodos de tiempo son lo mismo para Él. Dios conoce los detalles del futuro con tanta certeza como conoce el pasado. La Biblia recalca que Dios está por encima del tiempo al hacer referencia a Él como "el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir" (Ap. 4:8). Dios mismo afirma: "Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso" (Ap. 1:8). Aun el carácter eterno y atemporal de Cristo se indica en Hebreos 13:8: "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos".

Dios creó el tiempo al lado del universo, y yo creo que esto es lo que pretende enseñar la frase "en el principio" en Génesis 1:1. Con la primera actividad creadora de Dios surgió el tiempo a partir de la eternidad.

Asimismo, la materia surgió de aquello que es inmaterial. De la nada, en un instante, el universo con todo su espacio y materia, fue hecho por decreto de Dios. Resulta imposible determinar qué forma adquirió la materia, pero observe que las estrellas y los planetas no fueron creados hasta el día cuarto. El universo (al menos su energía y su masa), empezó a existir en algunas formas, aunque las estrellas que poseen luz propia y los planetas todavía no habrían adquirido su forma permanente. Qué forma tuvieron las cosas entonces, es algo que no se ha expresado con palabras ni detalles explícitos. No obstante, yo quisiera mencionar la paráfrasis de Génesis 1:1 que hace Henry Morris: "la deidad trascendente y omnipotente llamó a existencia un universo hecho de espacio, masa y tiempo".[6] Nosotros sabemos por el versículo 2 que la tierra existió en estado amorfo, amortajada en tinieblas y agua o envuelta en algún tipo de neblina. No hay duda que una esterilidad semejante caracterizó también a todo el resto del universo, pero en aquel primer instante de la creación, el universo de "espacio, masa y tiempo" comenzó a existir.

Además de todo lo anterior, el primer día es notable por cuenta de otra entidad llamada luz. De toda la creación realizada por Dios, la obra que le revela con mayor claridad y que más nos aproxima a su gloria, es la luz. Esto explica por qué el mismo Dios se llama "Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (Stg. 1:17). En otras palabras, toda luz espiritual que sea verdadera proviene de Él. Sin importar en qué dirección se mueva, Dios nunca produce sombras ni será ocultado jamás por sombras, en virtud de que Él en si mismo "es luz, y no hay ningunas tinieblas en él" (1 Jn. 1:5). Como el sol, pero de manera más perfecta que el sol, Dios difunde su luz sin mancha ni sombra: "con él mora la luz" (Dn. 2:22) y Él "habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver" (1 Ti. 6:16). La luz creada representa su gloria con mayor claridad que cualquier otro aspecto de la creación. Como Él, la luz también ilumina y permite percibir, diferenciar, apreciar y conocer todo lo demás. Sin luz, toda la creación permanece fría y oscura. Por eso es propicio que la luz haya sido creada en el primer día.

Veamos la narración bíblica de la actividad de Dios en el día primero de la creación:

> En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas. Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Y fue la tarde y la mañana un día. (Gn. 1:1-5)

El primer versículo es una declaración general. El resto del primer capítulo de Génesis presenta la secuencia del trabajo creativo de Dios.

EL PLANETA DESOLADO

A medida que el día primero se asoma desde la eternidad, encontramos que la tierra permanece en condiciones de oscuridad y esterilidad. En el versículo 2 se emplean tres frases para describir el estado original de la tierra: "estaba desordenada y vacía", "las tinieblas estaban sobre la faz del abismo", y "el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas". Dichas expresiones describen la condición de la tierra al levantarse el primer día.

La estructura de la frase hebrea con que empieza el versículo 2 es significativa. Allí el sujeto aparece antes que el verbo como si se quisiera recalcar algo importante acerca del asunto que trata. También habría podido traducirse así: "en cuanto a la tierra, ella estaba vacía y sin forma". Es decir, entra a escena un planeta nuevo que se convierte en el enfoque del propósito creativo de Dios, el cual estuvo antes vacío y sin forma. La expresión hebrea es *toju va boju*, donde *toju* alude a un lugar desolado y *boju* significa "vacío". La tierra era un lugar inhóspito y baldío.

La misma expresión aparece en Jeremías 4:23, donde el profeta se lamenta por la condenación de Israel. Jeremías dice en el versículo 19: "¡mis entrañas, mis entrañas! Me duelen las fibras de mi corazón; mi corazón se agita dentro de mí; no callaré". ¿Por qué? A causa del sonido de trompeta que anunciaba el juicio de Dios sobre Israel. "Quebrantamiento sobre quebrantamiento es anunciado; porque toda la tierra es destruida" (v. 20). El profeta emplea aquí las mismas palabras de Génesis 1:2: "miré a la tierra, y he aquí que estaba

asolada [*toju*] y vacía [*boju*]; y a los cielos, y no había en ellos luz" (v. 23). En estos términos Jeremías describe la condición de Judá tras la destrucción devastadora que había sufrido por el juicio de Dios. Lo que antes había sido una tierra fecunda se convirtió en un desierto yermo (v. 26). Quedó convertido en un lugar arruinado y devastado, sin un solo habitante. Había perdido su belleza anterior y carecía de forma o aspecto agradable. Había vuelto a un estado de esterilidad que recordó a Jeremías la condición de toda la tierra al principio, antes de que la obra creadora de Dios la formara como algo hermoso y digno de su gloria.

Isaías también emplea la misma expresión. Al profetizar la destrucción que iba a venir en el día de la venganza de Dios contra los gentiles, el profeta afirmó que su tierra iba quedar desolada: "se extenderá sobre ella cordel de destrucción [*toju*], y niveles de asolamiento [*boju*]" (Is. 34:11). Esto representa a Dios como el arquitecto del juicio que emplea una plomada de *toju*, la cual se mantiene extendida en línea recta con pesas hechas de *boju*.

En esta forma, las palabras describen un desierto desolado y pintan la tierra como un lugar desprovisto de forma definida y de moradores vivos, un lugar estéril y sin vida. Todo esto indica que la forma verdadera de la tierra era algo indeterminado y hueco, donde lo único que había era materiales ásperos que todavía no habían recibido una forma especial. Las características de la tierra tal como la conocemos en la actualidad todavía no se habían diferenciado, separado ni organizado. El planeta era una masa confusa, desorganizada, revuelta e inhabitada.

Algunos sugieren que un intervalo no determinado de miles de millones de años se esconde entre los versículos uno y dos. Esta teoría, conocida como "teoría del salto", se hizo popular algún tiempo y fue el distintivo importante de la *Biblia de referencia Scofield*. Según la teoría del salto, Dios creó en el versículo primero una tierra completa que dejó en funcionamiento perfecto. Al parecer, esa tierra antigua se distinguía por un espectro completo de vida animal y vegetal que incluyó peces y mamíferos, así como diversas especies de dinosaurios que ahora están extintos y otras criaturas que conocemos solo a través de fósiles.

Los proponentes de la teoría del salto sugieren que el versículo dos debería

traducirse de la siguiente manera: "la tierra llegó a quedar vacía y sin forma". Ellos especulan que como resultado de la caída de Satanás, o por otras razones, la tierra prehistórica quedó abandonada y asolada por causa de una calamidad inenarrable. Lo anterior presupone, como es de esperarse, que la caída de Satanás o cualquier otro mal sucedió en este tiempo intermedio que corresponde al salto entre Génesis 1:1 y 1:2. Después, Dios decidió volver a crear la vida y sus diversas formas tal como las vemos hoy día, pero esta vez refaccionó la tierra para hacerla un paraíso durante los seis días de su nueva y definitiva creación.

Como las otras teorías que postulan una planeta Tierra vetusto, la teoría del salto es algo que se supone sirve para explicar el registro fósil y para armonizar el relato bíblico con las teorías científicas modernas acerca de una tierra de miles de millones de años de antigüedad.

La mayor parte de los que apoyan la teoría del salto, sugieren que el sol no fue *creado* el día cuarto sino que ya existía y se hizo visible aquel día por la claridad que había en la atmósfera de la tierra, una vez fue disipada la gran nube de vapor que envolvía a la tierra. Además de lo anterior, la teoría del salto tiene una ventaja sobre las otras perspectivas sobre la edad de la tierra, a saber, que da cabida a una interpretación literal de los días de la creación, tal como se presentan en Génesis capítulo uno.

No obstante, esta teoría es aceptada por muy pocas personas debido a que los problemas bíblicos y teológicos que origina son enormes. Por ejemplo, en Génesis 1:31, después que Dios ha terminado la obra de la creación, Él declara que todo es "bueno en gran manera", lo cual no podría ser una descripción apropiada si es que el mal ya había entrado en el universo. Además, si el registro fósil debe ser explicado por medio de un intervalo prolongado entre Génesis 1:1 y 1:2, esto significaría que la muerte, la enfermedad, el dolor y otras calamidades fueron comunes durante muchas generaciones anteriores a la caída de Adán. Más aún, la Biblia señala el pecado de Adán como el suceso que introdujo la muerte y las demás calamidades en la creación de Dios: "la muerte entró por un hombre" (1 Co. 15:21); "el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte" (Ro. 5:12). La teoría del salto también contradice en forma rotunda Éxodo 20:11: "en seis días hizo Jehová

los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día".

El significado sencillo del texto parece ser el siguiente: el desorden descrito en el versículo 2 es el estado original del universo durante las veinticuatro horas que siguieron a su creación inicial. No se trata de un estado de desolación en el cual hubiera caído la tierra tras haber funcionado bien durante un tiempo, sino que es más bien la situación en que apareció el universo antes de que Dios emprendiera el resto de su actividad creadora. Dicho cuadro puede evocarnos la imagen de un alfarero empeñado en tallar una hermosa vasija y perfeccionarla para que sea útil en el servicio del hombre. Lo primero que hace es tomar bloque de barro sin forma y colocarlo en una rueda para moldearlo y configurarlo con arreglo a sus objetivos específicos. En forma semejante, Dios empezó con cierta materia prima. En primer lugar creó una masa básica de elementos que contenía todo lo necesario para fabricar un hábitat o ambiente propicio para la vida que iba a crear más adelante. Luego, con el aprovechamiento de aquel conjunto de elementos útiles, Dios configuró y formó con cuidado y esmero el universo, de acuerdo con el proyecto que tuvo desde un principio. Así que, aparte de las formas de vida que creó, su trabajo durante aquellos seis días puede compararse con la labor ardua y detallada de perfeccionamiento que realiza un alfarero en su taller. Fue más que todo un proceso de perfeccionar lo que ya había creado desde el principio.

De acuerdo con las Escrituras, todo había comenzado en oscuridad total. El universo no solo era inhóspito y despoblado sino que también estaba inmerso en una oscuridad absoluta y total. Esto se debió a que Dios no había creado la luz todavía. El versículo 2 nos dice que "las tinieblas estaban sobre la faz del abismo".

La palabra *abismo* en la Biblia es una expresión que se emplea para aludir el mar (cp. Is. 51:10), y la frase de Génesis 1:2 va acompañada por la siguiente expresión paralela: "el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas". Esta frase indica que la superficie del planeta *era* agua. Aquel abismo era un vasto océano planetario, es decir, océano inicial que cubría todo el globo terráqueo, que en toda su extensión estaba sumergido en la negrura de una oscuridad universal.

El agua, que es elemento vital para la nutrición y el sustento de la vida que estaba a punto de aparecer, era ya la característica más importante de la tierra. Este estado acuoso original de la tierra corresponde a la referencia del Salmo 104:5-6: "El fundó la tierra sobre sus cimientos; no será jamás removida. Con el abismo, como con vestido, la cubriste; sobre los montes estaban las aguas".

Nos resulta muy difícil imaginar lo que habría sido una tierra carente de forma, vacía, inundada de agua y en ausencia total de luz. Sin embargo, no habría de permanecer en una condición tan estéril y tenebrosa por mucho tiempo, ya que Dios de inmediato se dispuso a trabajar en el moldeo y la configuración del material inicial que había creado "en el principio".

EL ESPÍRITU DINÁMICO

Observe de nuevo la frase que termina el versículo dos: "y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas". Recordemos que la tierra era una masa de materia subdesarrollada, sin forma, sin vida, colgada en el espacio, cubierta de agua y sumida en tinieblas. Sin embargo, todo el tiempo el Espíritu de Dios se paseó sobre la superficie del agua. El Espíritu de Dios envolvía a la creación incipiente, la rodeaba y la protegía. Él fue el agente activo que se encargó de supervisar la formación de todo a partir de aquella masa informe y la llenura de aquel espacio vacío.

La palabra hebrea que se traduce "movía" alude a la idea de "revolotear". Es una expresión interesante que evoca la imagen de una gallina en la actividad cuidadosa de incubar y cuidar de sus polluelos. Esta palabra indica vigilancia, cuidado divino y supervisión. La misma palabra hebrea aparece dos veces más en el Antiguo Testamento, una vez en Deuteronomio 32:11 con la descripción de un águila que sobrevuela el nido (allí se traduce "revolotea"), y otra vez en Jeremías 23:9 donde se traduce "tiemblan", con referencia a los huesos del profeta por el temor que le produce la Palabra de Dios. Dicha expresión implica movimiento y Henry Morris ha sugerido por este motivo, que la frase final de Génesis 1:2 podría traducirse de la siguiente manera: "el Espíritu de Dios *vibraba* sobre la superficie de las aguas", para dar a entender la transmisión continua de energía proveniente del Creador hacia su creación,

y para identificar al Espíritu Santo como el "motor primigenio" que organiza toda la creación y la pone en movimiento.[7]

En su libro *Creación y cambio*, Douglas F. Kelly escribe lo siguiente:

> Esta "incubación" del Espíritu de Dios sobre las aguas es uno de los detalles más importantes en el recuento que hace la Biblia sobre la creación. De ninguna manera es algo insignificante. Esta actividad divina demuestra en forma vívida la visión bíblica de un Dios cuya mano y presencia directa jamás se han alejado de los elementos y el funcionamiento del orden material. Esta... es la antítesis directa de cualquier tipo de deísmo filosófico o dualismo teológico, los cuales dan por sentado que existe un abismo infranqueable entre el Dios vivo y el cosmos de espacio y tiempo. El deísmo propone una deidad remota que no tiene la capacidad ni la voluntad para intervenir de forma inmediata en el reino de la naturaleza. Esa suposición explica en gran medida la resistencia tradicional y contemporánea a la enseñanza bíblica de la creación, como también a la realidad de los milagros, la encarnación de Cristo y de la oración de intercesión. Debemos recordar que la brecha entre Dios y el mundo promulgada por el deísmo no es más que una posición filosófica, un axioma de la religión naturalista y no un hecho científico.[8]

En otras palabras, esto recalca la actividad directa de Dios en todos los aspectos de la creación. Él no creó un mecanismo evolutivo para dejar que el universo se desarrollara por sí solo hasta alcanzar la madurez. Cada fragmento de la creación, desde la más diminuta partícula atómica hasta las galaxias más extensas, demuestra la obra de sus manos. En realidad fue la obra literal de sus dedos creadores (Sal. 8:3).

Observe que a medida que el Génesis desenvuelve los hechos, todos los aspectos de la creación se convierten en un efecto inmediato de la Palabra de Dios. Él tan solo dice "hágase la luz" y aparece la luz (1:3). Dios dice "produzca la tierra seres vivientes según su género...", "y fue así" (v. 24). Dios lo ejecuta todo por medio de su mandato soberano. Tan poderosa es su Palabra, que al

hablarla todo se hace como Él quiere. Solo en el caso de Adán se describe el *proceso* creativo en los siguientes términos: "Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida" (2:7).

Todo esto nos habla de una creación inmediata e instantánea por medio del mandato divino. No se necesitan períodos que deban medirse en épocas remotas para que la naturaleza tenga tiempo de configurar y moldear la faz de la tierra. Las Escrituras nos dicen que todo el trabajo requerido para dar forma a lo que carece de forma y para llenar el vacío inhóspito, es la obra inmediata de Dios mismo. Él realiza esa acción con tan solo pronunciar un mandato. De este modo su soberanía absoluta se demuestra en el mismo acto de la creación.

Además de la soberanía divina, también queda reflejada la intimidad de su intervención directa en la formación del mundo, en la presentación del Espíritu Santo en movimiento elegante sobre la superficie de las aguas, por medio del cual garantiza la incubación y el nacimiento de la creación como el de un polluelo emplumado, para después supervisar su proceso de madurez con el cuidado atento de una gallina que protege con instinto maternal el nido lleno de crías recién salidas del cascarón.

Dicha figura también nos demuestra el interés especial de Dios en este planeta. De aquí en adelante todo el relato de la creación se presenta desde la perspectiva de un observador en la tierra. Esa es también la perspectiva propia del Espíritu Santo. Este planeta es el núcleo del propósito creador de Dios, es el paraíso que Él ha creado como un hábitat hogareño para las criaturas que creó a su propia imagen, las cuales constituyen la verdadera cúspide de su obra creadora.

Además, el hecho de que la tierra, entre todos los planetas conocidos, es el único espacio que hierve de vida, se debe a la influencia directa del Espíritu que aparece descrita en Génesis 1:2. Toda la Biblia testifica que el Espíritu de Dios es la fuente de cualquier forma de vida y de la creación. "Su espíritu adornó los cielos" (Job 26:13). Job también testificó: "el espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida" (Job 33:4). "Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca" (Sal. 33:6). La palabra que se traduce "aliento" es la misma que se traduce "espíritu" del hebreo. David el salmista atribuyó al Espíritu santo la formación de todas las criaturas: "envías tu Espíritu, son creados" (Sal. 104:30).

La Biblia también nos enseña que el Espíritu de Dios todavía es esencial para el sustento de la vida. Él aún cubre y alimenta su creación con cuidado maternal, "porque en él vivimos y nos movemos y somos" (Hch. 17:28). "En su mano está el alma de todo viviente y el hálito de todo el género humano" (Job 12:10).

LA LUZ QUE TODO LO ACLARA

Después de la creación del universo material y primigenio, la característica más significativa del primer día es la creación de la luz. "Y dijo Dios: sea la luz; y fue la luz" (v. 3). La ciencia no puede entender lo que es la luz y mucho menos explicar cómo se originó la luz. Este versículo nos dice con gran sencillez que la luz fue creada por orden de Dios. Aquel quien es la luz no creada hizo salir la luz a existencia tangible. Aquel que habita en luz inaccesible ha iluminado su creación con una ilustración brillante de su gloria.

Lo que no aparece tan claro es la forma que adoptó esta luz inicial. El texto no dice si se trató de una incandescencia etérea o quizá una luz que brotaba de un lugar específico. Los astros luminosos como el sol, la luna y las estrellas, no fueron creados hasta el día cuatro como lumbreras o portadoras permanentes de luz, pero la luz misma, la realidad de la luz, fue creada el día primero. Asimismo, se estableció una separación total entre el día y la noche.

Douglas F. Kelly escribió al respecto:

> La pronunciación de la existencia de la luz creada es la primera de una serie de tres separaciones realizadas por el Creador, las cuales fueron esenciales para hacer del caos un cosmos. En el día primero la luz separó el día de la noche. El día segundo "los cielos" o el firmamento separó las aguas superiores de la tierra con la formación de una atmósfera o "espacio respirable". El día tercero las aguas debajo del cielo fueron juntadas en mares y así quedaron separadas de la tierra seca. Estas tres separaciones demuestran la mano poderosa de Dios que organiza y moldea la masa húmeda y oscura hasta convertirla en una biosfera apta para el huerto hermoso que iba a plantar, un lugar propicio para la vida de las plantas, los animales y la humanidad.[9]

El cuadro anterior corresponde al de una persona que se dispone a arreglar una habitación oscura, y lo primero que hace, antes de cualquier acción de limpieza y orden, es encender la luz.

Ahora bien, esta acción supone más que la simple separación entre luz y oscuridad. La creación de la luz también inició la medición del tiempo en la tierra por períodos constantes de día y noche. Los intervalos regulares de luz empezaron a intercalarse con intervalos de oscuridad. En el versículo 5 aprendemos que "llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Y fue la tarde y la mañana un día". De esta manera se dio inicio al ritmo cíclico de los días y de las noches en el planeta. Es posible que la tierra ya hiciera rotación sobre sus ejes, y que la luz iluminara un solo lado mientras la oscuridad envolvía el lado contrario.

Se han propuesto diferentes interpretaciones acerca de lo que pudo haber sido esta luz. ¿Acaso fue una masa de materia resplandeciente que se transformó más adelante en el sol? Tal vez, como parece más probable, fue algún tipo de resplandor incorpóreo decretado por Dios para alumbrar su creación hasta que las lumbreras permanentes fueran puestas en su lugar. No se describe la naturaleza exacta de esta luz, pero sabemos que la luz existió porque Dios ordenó su existencia. No debería ser difícil para nosotros creer que Aquel cuya gloria se describe como luz pura y perfecta, pudiera ordenar que la luz apareciera aun antes de que hubiera estrellas o un sol que incorporara esa luz, reflejo de la gloria divina.

A propósito, ¿qué es la luz? Hasta los mejores físicos del mundo luchan para explicarlo. La luz tiene características tanto de partícula como de onda. Los fotones de la luz se comportan como partículas, como pizcas microscópicas de polvo con la salvedad de que no tienen volumen. La energía de un fotón se encuentra concentrada en un espacio finito y puede existir en cualquier momento en una ubicación específica, debido a que se mueve a una velocidad definida y calculable. Esto explica por qué nosotros podemos hablar de "velocidad" de la luz. Por otro lado, la luz también exhibe características propias de una onda, la cual no es una entidad finita. Una onda, a diferencia de una partículas, existe en espacio no finito. Además tiene una frecuencia variable y puede representarse en términos matemáticos como una curva cóncava sin

principio ni fin. El movimiento de las ondas, a diferencia del movimiento de las partículas, consiste en la transferencia de energía de un punto a otro sin transferencia de materia. Una onda luminosa es en esencia una deformación de campos eléctricos y magnéticos. Para complicar más estos asuntos, las ondas luminosas pueden comportarse como partículas y las partículas semejantes a los fotones también pueden comportarse como ondas.

La luz es una forma de energía que puede describirse en términos de radiación electromagnética, la cual incluye varios tipos de frecuencias, desde la radiación de onda larga, las ondas de radio, las microondas y las ondas infrarrojas en la parte más alta del espectro hasta la luz ultravioleta, los rayos equis y las radiaciones gamma en la parte más baja. En la mitad del espectro se encuentra la luz visible, que se compone de todos los colores del arco iris. Cada color diferente corresponde a diversas longitudes de ondas luminosas dentro del espectro electromagnético. La luz blanca, aquella que viene a nuestra mente por lo general cada vez que escuchamos la palabra *luz*, no es un color puro en sí mismo, sino que es más bien una combinación de todos los colores dentro del espectro visible.

El aspecto aparente de todo lo que nosotros podemos ver con nuestros ojos físicos es el resultado de la forma en que las ondas luminosas son absorbidas y reflejadas por los objetos. Ahora bien, el rango total de las diferentes ondas luminosas es infinito e incluye mucho más de lo que ven nuestros ojos. Al oír la radio, por ejemplo, usted percibe con sus oídos una señal que se transmite mediante la utilización de tecnología humana que puede aprovechar ciertas propiedades de la luz. Las múltiples frecuencias que existen en el espectro electromagnético nos permiten sintonizar, en nuestros receptores de radio, las diferentes estaciones transmisoras en una escala que va desde la onda corta, que es una frecuencia que puede recorrer largas distancias, hasta frecuencias de onda larga como la frecuencia modulada (FM), que puede recorrer con mayor precisión y nitidez distancias más cortas.

También existen algunas ondas del espectro lumínico que a pesar de ser invisibles para el ojo humano posibilitan otros tipos de visión. Por ejemplo, los rayos infrarrojos no son visibles bajo condiciones normales para el ojo humano, pero sí suministran iluminación suficiente para tomar fotografías

en la oscuridad que presentan muchos detalles visibles. La ciencia moderna ha inventado instrumentos de visión nocturna que son posibles gracias al uso de una luz invisible al ojo humano.

La descripción de todas las maravillas de la luz podría suministrar material suficiente para llenar toda una colección de libros. Tal vez usted haya experimentado alguna vez con los fenómenos de reflexión y refracción de la luz con el uso de espejos y prismas. El prisma separa los colores de la luz blanca porque a medida que la luz pasa a través del prisma, la dirección de cada onda es desviada como resultado de la curvatura del prisma. Las ondas de los diferentes colores que se mueven a diferentes velocidades, salen separadas del prisma para formar un reflejo exacto del espectro visible. La función de los lentes en los anteojos que muchos de nosotros tenemos que usar, consiste en refractar la luz exterior de una forma tan precisa, que se logra la corrección de diferentes grados de deficiencia en nuestra visión. Los lentes cóncavos dispersan y separan los rayos de luz, mientras que los lentes convexos acercan los rayos de luz. Esta capacidad de los lentes para manipular la luz, permite a los optómetras prescribir anteojos que corrigen la visión con un elevado grado de precisión.

Los filamentos delgados del material de fibra óptica, tienen la cualidad de aprovechar al máximo las propiedades de reflexión de la luz para transportar impulsos minúsculos de luz a través de largas distancias, con precisión exacta y a la velocidad de la luz. Dichos impulsos que oscilan con rapidez y precisión extraordinarias entre las posiciones de encendido y apagado, permiten en la actualidad que a través de sistemas de cable submarino se transporten de manera confiable y a la velocidad de la luz llamadas telefónicas digitales, imágenes de sonido y vídeo así como otros medios de información y comunicación entre continentes. Todo esto es posible gracias a las propiedades maravillosas de la luz que Dios creó.

Las ondas luminosas, a diferencia de las ondas sonoras o de las ondas de choque supersónico, pueden viajar a través del vacío. Esto explica el hecho de que podamos ver las estrellas en la noche. Si usted tomara una campana y la encerrara en un recipiente resistente de plástico, para luego succionar todo el aire del recipiente y así crear un vacío casi total, usted podría ver la campana

a través del plástico, mas no podría escuchar su sonido, porque las ondas sonoras no pueden atravesar el espacio vacío.

Por eso resulta asombroso en gran manera que la luz no pueda ser observada por el ojo humano mientras no entre en contracto con la materia. Es decir, un rayo de luz que brilla en el cielo por la noche sería invisible si no existieran pequeñas partículas de materia en el aire para reflejar esa misma luz. Una linterna que se encienda en el espacio, envía un rayo que sería invisible para nosotros de no ser porque ese rayo de luz tropieza con ciertos materiales iridiscentes.

Nada conocido por nosotros se desplaza en el universo con tanta velocidad como la luz. La luz viaja en el vacío a 299.792 kilómetros por segundo, y sin importar cuán rápido pudiera moverse un pedazo de materia, la velocidad de la luz no cambia con respecto a ese objeto, como si dicho objeto no se desplazara en absoluto. En otras palabras, al moverse hacia una fuente de luz a gran velocidad, no aumentará la velocidad a la cual la luz se desplaza hacia el objeto, y al alejarse de la luz a gran velocidad tampoco disminuirá el avance de la luz hacia el objeto. Ninguna otra cosa en todo el universo tiene esta propiedad.

De acuerdo con las teorías de la física que se aceptan en la actualidad, si un objeto o persona pudiera desplazarse en el espacio a una velocidad cercana a la velocidad de la luz, el tiempo y la distancia se acortarían para el viajero estelar, en comparación a la experiencia de un observador en tierra. Por consiguiente, un viajero que hiciera un viaje de ida y regreso a una alguna estrella lejana a una velocidad cercana a la velocidad de la luz, al regresar a tierra encontraría que transcurrió más tiempo en la tierra que en su cabina espacial. Su reloj y aun su apariencia podrían reflejar esta diferencia. Si esa persona tuviera un hermano gemelo, el viajero tendría un aspecto más joven que el de su hermano que quedó en tierra. Cuanto más lejos y más rápido viaje, más pronunciado sería este efecto. Si esa persona recorriera la distancia de un año luz, el "año" que requeriría para hacer el viaje lo sería solo desde la perspectiva de un observador estático. Para el viajero mismo la cantidad de tiempo sería mucho menor que un año. De manera pues que el desplazamiento a la velocidad de la luz causaría estragos en nuestra percepción actual del tiempo.

Quizá no haya algo más apasionante en todo el campo de la física y a la vez más misterioso que la luz. La luz es la fuente de energía y calor más importante en la tierra. Sin luz sería imposible la vida en la tierra. Casi todos los mecanismos terrestres de los cuales dependemos para la transferencia de energía se derivan en última instancia de la luz. El viento, el ciclo del agua y las olas del océano se detendrían por completo si la tierra permaneciera en oscuridad total durante mucho tiempo. La tierra se enfriaría de inmediato y toda forma de vida en ella se extinguiría. Esto explica por qué la luz fue el punto de partida vital en el proceso de la creación.

La Biblia dice: "y vio Dios que la luz era buena" (Gn. 1:4). Esta "buena" calificación divina es una constante en el relato bíblico de la creación. Es una afirmación que recalca el origen divino y la perfección de todo lo creado. La creación era buena porque Dios es bueno. Todo lo que Él creó fue bueno, y Él declaró que la luz era buena porque es un reflejo de su misma esencia. La bondad de Dios es el patrón que mide y define todo lo que es bueno. Douglas F. Kelly resume este punto en forma muy bella con una cita de Novaciano, un teólogo del siglo tercero:

> ¿Qué podríamos decir que en realidad sea digno de él? Él es más sublime que todo lo sublime, más alto que las alturas, más profundo que toda profundidad, más transparente que toda luz, más brillante que todo brillo, más espléndido que todo esplendor, más fuerte que toda fortaleza, más poderoso que todo poder, más bello que toda belleza, más verdadero que toda verdad, más permanente que toda permanencia, más grande que toda majestad, más potente que toda potencia, más rico que todas las riquezas, más sabio que toda sabiduría, más bondadoso que toda bondad, mejor que todo lo bueno, más justo que toda justicia, más misericordioso que toda misericordia. Todas las virtudes deben ser menos que Aquel quien es Dios y fuente de todo.[10]

La creación misma en su condición original fue un reflejo de la bondad de Dios. Ningún aspecto de la creación resume esto con más claridad que la

creación de la luz, porque la luz es energía transparente, brillante e insondable, aquel ingrediente más necesario para que un vacío carente de forma empezara a tomar la forma de un paraíso perfecto y puro.

La energía penetra todo el cosmos. Si usted tomara un frasco en el que solo existe un vacío total sin moléculas de materia, y lo congela hasta un grado de cero absoluto de tal forma que aun toda la radiación salga de su interior, de todas formas existirá algo en aquel vacío absoluto, y ese algo es energía en grandes proporciones.

Este fenómeno se conoce como energía de grado cero. La energía en ese estado llena hasta el vacío del espacio inerte. La mayoría de los científicos creen en la actualidad que un volumen de espacio vacío no mayor al contenido en una taza de café, tiene la energía suficiente para evaporar todos los océanos del mundo. ¿De dónde proviene dicha energía? La ciencia no tiene explicaciones al respecto, pero es obvio que forma parte de la obra creadora de Dios. Esa energía puede ser algo inherente a la creación original de la materia y el espacio o parte de lo que ocurrió tan pronto Dios dijo: "sea la luz".

No obstante, nunca fue parte del plan de Dios como Creador que existiera una luz visible y perpetua que careciera de oscuridad. Por este motivo "separó Dios la luz de las tinieblas" (v. 4). Tanto la luz como la oscuridad fueron parte de su plan creativo. "Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche" (v. 5). Así fue en el principio y así ha sido siempre. El mismo ciclo constante de luz y oscuridad, día y noche, ha definido el carácter de la tierra desde el día primero.

El versículo 5 concluye así la descripción bíblica del primer día de la creación: "y fue la tarde y la mañana un día".

Fue un primer día espectacular. En caso de que a alguien se le ocurra que esta frase representa un proceso evolutivo prolongado, el versículo cinco establece de forma inequívoca que en realidad se trató de "un día". La expresión "la tarde y la mañana" es una traducción literal del orden de palabras en hebreo, y no se refiere a un proceso que tardó miles de millones de años sino a un día literal, un solo ciclo de luz y oscuridad marcado por un anochecer y un amanecer.

Fue así como se puso en marcha la obra de la creación.

Luego dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas. E hizo Dios la expansión, y separó las aguas que estaban debajo de la expansión, de las aguas que estaban sobre la expansión. Y fue así. Y llamó Dios a la expansión Cielos. Y fue la tarde y la mañana el día segundo. Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así. Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó Mares. Y vio Dios que era bueno. Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así. Produjo, pues, la tierra hierba verde, hierba que da semilla según su naturaleza, y árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su género. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana el día tercero.

—Génesis 1:6-13

4

ÉL DEMARCÓ LOS FUNDAMENTOS DE LA TIERRA

Génesis 1:6-13

En Proverbios capítulo 8 habla la voz de la sabiduría. Esta personificación de la sabiduría es considerada por muchos comentaristas como una de las referencias clásicas del Antiguo Testamento a Dios el Hijo, la segunda persona de la Trinidad. Allí declara Él mismo su propia eternidad:

> Jehová me poseía en el principio,
> ya de antiguo, antes de sus obras.
> Eternamente tuve el principado, desde el principio,
> antes de la tierra. Antes de los abismos fui engendrada;
> antes que fuesen las fuentes de las muchas aguas.
> Antes que los montes fuesen formados,
> antes de los collados, ya había sido yo engendrada;
> no había aún hecho la tierra, ni los campos,
> ni el principio del polvo del mundo.
> Cuando formaba los cielos, allí estaba yo;
> cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo;
> cuando afirmaba los cielos arriba,
> cuando afirmaba las fuentes del abismo;
> cuando ponía al mar su estatuto,

para que las aguas no traspasasen su mandamiento;
cuando establecía los fundamentos de la tierra,
con él estaba yo ordenándolo todo,
y era su delicia de día en día,
teniendo solaz delante de él en todo tiempo. (Pr. 8:22-30)

Los versículos 22 al 26 describen la existencia de Cristo con el Padre en la eternidad pasada, pero a partir del versículo 27 Dios describe la creación con palabras que coinciden de manera exacta con el relato del Génesis: "cuando formaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo".

El "círculo sobre la faz del abismo" en el versículo 27 parece que se refiere al firmamento, el cual fue creado en el día segundo de la creación con el propósito de establecer una separación entre las aguas de arriba en el cielo y las aguas oceánicas abajo. Esto creó una atmósfera llena de aire que oxigena y renueva la vida y que separa las dos fuentes de agua en el planeta. El versículo 28 describe cómo el Creador impuso límites al mar, tan pronto surgió la tierra seca de las aguas que cubrían toda la tierra en un principio. Esto tuvo lugar en el día tercero. De acuerdo con este pasaje de Proverbios, la sabiduría divina no es otra que el mismo *Logos* o Verbo divino, quien estaba al lado de Dios como un artesano magistral, "ordenándolo todo" (v. 30). Esto armoniza a perfección con el testimonio de Juan 1:1-3, donde se afirma que el *Logos* estaba con Dios, que Él mismo también es Dios y que "sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho".

Estos tres primeros días de la creación fueron fundamentales. Cada día se caracteriza por alguna división o separación a gran escala. En el día primero, tal como vimos en el capítulo anterior, la luz fue separada de la oscuridad. El día segundo fue la separación de dos grandes depósitos de agua por medio de la expansión del firmamento: las aguas de los cielos arriba y las aguas de los mares abajo. Por último, en el día tercero la tierra seca fue separada del mar.

Todo esto fue necesario para hacer que la tierra fuera habitable, y corresponde a las etapas iniciales y fundamentales que dieron como resultado la formación del cosmos a partir del caos descrito en el versículo 2.

Los días segundo y tercero de la creación presencian cambios monumentales a medida que el vacío amorfo adquiere forma y contenido definitivos.

EL DÍA SEGUNDO: LA EXPANSIÓN DEL FIRMAMENTO

Al amanecer el segundo día, la tierra seguía todavía cubierta de agua. Es probable que tuviera el aspecto de un caldero enorme que rebosaba de barro hirviente, en ausencia total de tierra seca y atmósfera respirable. Toda la superficie era como un caldo de elementos líquidos y agua en mayor proporción, ubicados en una masa esférica que suspendía en el espacio sin necesidad de soporte (cp. Job 26:7).

"Luego dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas. E hizo Dios la expansión, y separó las aguas que estaban debajo de la expansión, de las aguas que estaban sobre la expansión. Y fue así" (Gn. 1:6-7).

Observe, una vez más, cómo Dios completó su obra nada más que con su palabra hablada. Él ordenó que las aguas fueran separadas y colocó una expansión o "firmamento" entre el agua que permanecía sobre la tierra y el agua que se elevaba por encima de la expansión.

La palabra "expansión" es la traducción del vocablo hebreo *raqiya*. Es una palabra que alude a algo que se extiende, y se deriva de un verbo que significa "extender una capa protectora". Una forma verbal de la misma expresión se utiliza por ejemplo en Éxodo 39:3, para hacer referencia a la acción de martillar el oro hasta convertirlo en láminas delgadas. El oro batido se aplana con facilidad y se vuelve como una lámina. Esto explica la manera como se fabricaron muchas láminas de oro para cubrir los arcos y demás accesorios del templo.

La imagen que nos da Génesis 1:6 es la de una capa extensa que protege la tierra y mantiene una división entre las aguas de abajo (el océano hídrico que cubría la tierra), y las aguas de arriba (el agua de la atmósfera, las nubes y el vapor de agua, aunque también podría tratarse de algún tipo de dosel repleto de hielo cristalizado o de vapor de agua que envolvía por completo al mundo antediluviano). En otras palabras, la expansión intermedia o firmamento, incluye la atmósfera respirable de la tierra.

"Cielos" fue el nombre que Dios asignó a esta expansión (v. 8), y al parecer se refería al cielo que está justo encima de nosotros, es decir, la atmósfera terrestre. La palabra firmamento también se utiliza en otras ocasiones para aludir a los cielos estelares que se encuentran más allá de la atmósfera de la tierra, como en el versículo 14. En 2 Corintios 12 Pablo habla acerca de haber sido "arrebatado hasta el tercer cielo", y se puede deducir que el apóstol se refiere a la atmósfera de la tierra como primer cielo, al espacio exterior a la atmósfera terrestre como segundo cielo, y al cielo donde habita Dios como tercer cielo. El firmamento que se describe en este texto corresponde a la capa que separaba las aguas inferiores de las aguas superiores, por lo tanto se trata del primer cielo. De acuerdo con Génesis 1:1, los cielos del espacio exterior ya habían sido creados, así que el firmamento descrito en los versículos 7 al 8 es la atmósfera de la tierra.

Al parecer no había atmósfera sobre la tierra en el principio, pero en el día segundo Dios pronunció su existencia. Él tomó parte del agua de la tierra y la colocó arriba, y también hizo un firmamento de gases respirables entre esa fuente de agua y el agua de abajo. Tan pronto quedó formado el firmamento, las aguas superiores, en forma de un manto de neblina o vapor, se elevó hacia el cielo con la apariencia de una bóveda transparente o una cúpula invisible que se levantaba de la superficie de la tierra. Un efecto parecido se puede observar a veces con el cambio de estaciones, y en tiempos tan recientes como finales del siglo diecinueve, la gente aludía al clima agradable con la expresión popular: "el cristal va muy alto este día". La formación del firmamento también presentaba la apariencia de una cúpula de cristal que se levantaba encima de la superficie de la tierra.

En la narración de Moisés es notable la ausencia de cualquier elemento mitológico. Cualquier otra literatura antigua acerca del origen de la tierra, siempre incluía leyendas fantásticas acerca de dioses, monstruos marinos y batallas cósmicas que según la tradición oral explicaban la aparición de la atmósfera de la tierra y la formación de la tierra misma a partir del mar. Los babilonios, por ejemplo, afirmaban que la tierra y el cielo fueron separados cuando el dios Marduk derrotó a Tiamat la diosa del océano, después de cortar su cuerpo en dos. Una mitad de su cuerpo se convirtió en tierra y la otra mitad se convirtió en los cielos.

El relato bíblico tiene un carácter por completo distinto. Lo que enseña la Biblia no solo es razonable sino verosímil. Dios separó las aguas para que una parte de ellas permaneciera en la atmósfera superior. Las aguas restantes todavía mantenían la tierra anegada entre ambas fuentes de agua se introdujo una separación, a saber, el firmamento que Dios denominó "Cielos". De nuevo, este firmamento era la atmósfera respirable de la tierra.

El versículo 6 registra el mandato que hizo posible la existencia del firmamento: "luego dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas". El versículo 7 reitera el proceso con el fin de mostrar que tal como Él lo había mandado, sucedió en realidad: "e hizo Dios la expansión, y separó las aguas que estaban debajo de la expansión, de las aguas que estaban sobre la expansión. *Y fue así*" (cursivas añadidas).

Observe que todo este proceso ha sido descrito como un acto creativo, como el cumplimiento de un mandato expreso de Dios. No fue un proceso natural que sucedió en forma espontánea a través de un largo proceso natural. Imaginarlo en esa forma vulnera el significado puntual del pasaje. En el día segundo Dios continuó la aplicación de su poder creativo en unas proporciones que van más allá de nuestra capacidad de comprensión. No hay necesidad de una explicación científica o naturalista de la forma como pudo haber sucedido todo esto, pues Dios *hizo* el firmamento (v. 7).

El verbo hebreo que se traduce "hizo" en ese versículo es *asah*. Se trata de un verbo diferente al hebreo *bara* que se traduce "creó" en Génesis 1:1, y debido a esta diferencia de palabras algunos comentaristas han argumentado que el versículo 7 no describe un acto de creación propiamente dicho, sino más bien un acto providencial que permitió ciertos procesos naturales que colocaron el firmamento en su lugar. Lo cierto es que estos dos verbos hebreos son sinónimos. Inclusive son empleados en sentido paralelo en Génesis 2:3 que nos enseña: "bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho [*asah*] en la creación [*bara*]".

El contexto nos aclara que el verbo *asah* en el versículo 7 describe un acto de creación por *fiat*, porque el versículo 6 relata el decreto por medio del cual Dios ordenó que el firmamento existiera. Es claro, también, que allí se implica el concepto de creación de algo que no había existido antes.

Uno de los problemas más difíciles que se ha originado a raíz de la interpretación de este pasaje es a qué se refiere la frase "las aguas que estaban sobre la expansión". Algunos creacionistas, entre ellos Henry Morris, opinan que el firmamento es una especie de dosel protector que permaneció en su lugar hasta el tiempo del diluvio de Noé. Quienes aceptan este punto de vista, sugieren que las aguas que estaban arriba del firmamento eran un vapor transparente o una capa de moléculas de agua en el margen más exterior de la atmósfera. Se trataba de una capa que protegía y humedecía la tierra como una especie de invernadero acondicionado. Esto podría explicar por qué antes del diluvio era común y corriente que los humanos vivieran más de novecientos años. De acuerdo con esta hipótesis, la bóveda de agua protegía a las personas de los rayos solares más nocivos, además de regular el clima con temperaturas perfectas y proporcionar otros beneficios que prolongaban la longevidad de todas las formas de vida sobre el planeta. Con la llegada del diluvio, según esta teoría, aquella bóveda cayó sobre la superficie terrestre y contribuyó a la inundación que anegó toda la tierra.

Sin embargo, otros científicos, algunos de los cuales aceptan el punto de vista bíblico de la creación, opinan que la teoría de la bóveda acuosa presenta más problemas de los que trata de resolver. Este es un asunto que compete a los científicos y no a los exégetas, se argumenta, porque la Biblia no enseña de manera explícita que dicha bóveda hubiera existido alguna vez. Según ellos, no es necesario que "las aguas que estaban sobre la expansión" se refiera a una bóveda líquida, sino que más bien podría referirse a cierta concentración de vapor de agua que flotaba todo el tiempo por encima de la superficie de la tierra. Todo lo que dice el Génesis en 1:6-7 es que existía una separación tal que permitía a una parte del agua permanecer suspendida por encima del firmamento mientras que el resto del agua se quedó sobre la superficie de la tierra. Es cierto que la frase podría describir una bóveda de agua que rodeaba toda la tierra y que ya no existe, o una simple concentración de vapor de agua como la que se encuentra encima del firmamento hasta el día de hoy. Yo estoy inclinado a pensar que el texto bíblico describe ciertas condiciones atmosféricas únicas que existían antes del diluvio, porque la Biblia afirma que antes del diluvio no llovió (Gn. 2:5) y que en el diluvio las ventanas del cielo fueron

abiertas y las aguas de arriba acrecentaron la inundación que destruyó toda la vida en la tierra con excepción de las criaturas que Noé había encerrado en el arca (Gn. 7:11-12).

De todas maneras, el firmamento mismo era la atmósfera respirable o cielo. La palabra "firmamento" se emplea en toda la Biblia para dar a entender esto (Gn. 1:20; Dn. 12:3).

"Y llamó Dios a la expansión Cielos" (v. 8). Puesto que el firmamento representa los cielos visibles, la Biblia dice que las estrellas están "en la expansión de los cielos" (Gn. 1:14-15, 17), al igual que nosotros decimos en la actualidad que las estrellas están "en el cielo".

El Salmo 104:2 celebra la obra del segundo día en términos pintorescos y dice que Dios "extiende los cielos como una cortina". El salmista continúa con otras imágenes simbólicas que describen a Dios como un maestro constructor que sostiene las aguas arriba en su lugar: "establece sus aposentos entre las aguas, el que pone las nubes por su carroza, el que anda sobre las alas del viento". De esta manera el salmista alaba la sabiduría de Dios que se revela en la obra del día segundo.

Observe que el día segundo es el único día en el cual Dios no dice de manera expresa que su obra "era buena" (Gn. 1:4, 10, 12, 18, 21, 25). Sin duda alguna esta es una omisión peculiar, pero no podría significar que el día segundo no hubiera tenido buenos resultados. Más bien parece dar a entender que el trabajo del segundo día era apenas un escalón parcial que conducía a la culminación de una tierra habitable. La etapa de la creación que empezó en el segundo día no quedó completa sino hasta el día tercero, cuando la tierra seca surgió del agua y fue acondicionada para los seres vivos. En ese momento el mundo quedó habitable y Dios pronunció su veredicto: "era bueno" (v. 10).

El versículo 8 señala el final del segundo día, antes de la pronunciación del veredicto divino: "fue la tarde y la mañana el día segundo".

DÍA TERCERO: EL MAR Y LA TIERRA SECA

Al amanecer el día tercero, la tierra seguía deshabitada e inhabitable porque no había recibido su formación final. Toda su superficie estaba

cubierta de agua, pero al final del día no solo había tierra seca sino también vegetación.

Muchos que niegan una versión literal de los seis días de la creación, aseguran que unos cambios tan repentinos no son posibles. Es evidente que la tierra que había estado sumergida debajo del mar por la mañana, no podría quedar seca a tal punto que pudiera presentar, por la tarde, una completa variedad de plantas. Tampoco parecen posibles los grandes movimientos tectónicos que hubieran sido necesarios para ocasionar la aparición de continentes a partir del mar, en el mismo período de veinticuatro horas en que surgió la vida vegetal.

Esto sonaría como un argumento fuerte y persuasivo, si acaso tratásemos aquí con puros procesos naturales. Pero la Biblia no describe procesos naturales sino la obra creadora de Dios, para quien todas las cosas son posibles (Mt. 19:26). Cualquiera de nosotros también podría argumentar que la multiplicación instantánea de los panes y de los peces fue imposible, porque después de todo, ese proceso requiere el tiempo necesario para el engendramiento y la maduración de los peces que después tendrían que ser capturados, cocinados y preparados como alimento. Si las leyes de la naturaleza pudieran poner límites al poder de Dios, tendríamos que descartar de entrada todos los milagros y Dios no sería Dios porque la naturaleza estaría por encima de Él. Lo cierto es que las leyes naturales no imponen límites a lo que Dios puede hacer (Gn. 18:14; Jer. 32:27), y por esta razón nuestra comprensión de la ciencia no debería jamás determinar si hemos de aceptar o no la Palabra de Dios en sentido literal.

No obstante, resulta interesante y al mismo tiempo irónico que los científicos seculares, al tratar de explicar el origen de la tierra basados en sus principios científicos, se ven abocados a un dilema similar. Los científicos que defienden la teoría del *big bang* deben explicar cómo es posible que un universo lleno de materia salga de la nada en un solo instante. Esto apareció en un artículo del periódico *Los Ángeles Times*:

> El *big bang* adquiere cada vez más el aspecto de un fenómeno sobrenatural. Hace unos veinte años, el difunto y famoso Carl Sagan

> afirmó que la ciencia del *big bang* demostraría algún día que el universo fue creado sin la intervención de un creador. Desde entonces, la situación ha cambiado bastante debido a que algunos años antes de su muerte ocurrida en 1996, el mismo Sagan empezó a promulgar y defender ciertos estudios de ciencia y religión.
>
> El principal desarrollo contemporáneo en la ideología del *big bang* es una teoría llamada "inflación cósmica", la cual sostiene que todo el universo estalló a partir de un punto sin contenido, ni dimensiones, y que a partir de esa explosión se expandió de manera instantánea hasta alcanzar un tamaño de proporciones cósmicas. Esta teoría se enseña en la actualidad en el Instituto de Tecnología de Massachusetts (*MIT*, en inglés) y otras entidades educativas de alto nivel. Es una explicación del comienzo del universo que guarda similitudes desconcertantes y alarmantes con la noción teológica tradicional de creación *ex nihilo* (de la nada).[1]

El artículo prosigue con una cita de "uno de los astrónomos más famosos el mundo, Allan Sandage de los Observatorios del Instituto Carnegie en asadena, California, quien propuso hace poco que el *big bang* solo podría ntenderse como un 'milagro' en el que alguna fuerza superior debió haber gado un papel importante".

En última instancia, *ninguna* teoría acerca del origen del universo resulta stenible si se prescinde de un Creador de sabiduría y poder infinitos. Si se aden miles de miles de millones de años al marco temporal, de nada sirve ra solucionar el problema y lo único que se logra es aumentar la edad del iverso a cifras absurdas. Al final de todo, solo un milagro puede explicar la istencia del universo.

Como cristianos, creemos en la capacidad ilimitada que tiene nuestro eador Todopoderoso para hacer milagros. Por lo tanto, nuestra fe no debería ner dificultad para aceptar la descripción de una tierra seca y de una vida getal que emergieron del mar en el transcurso de un solo día, bajo la dirección rsonal de nuestro Dios soberano. ¿Por qué habríamos de leer el relato y nsar que es algo irrazonable? ¿Por qué deberíamos interpretar de otra manera

las afirmaciones rotundas de las Escrituras y así tergiversar la realidad como si hubiera sido un proceso evolutivo de larga duración? ¿Por qué no recibimos con sencillez la enseñanza de Dios que nos ha dado como garantía su Palabra?

Las Escrituras describen el día tercero en los siguientes términos:

> Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así. Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó Mares. Y vio Dios que era bueno. Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así. Produjo, pues, la tierra hierba verde, hierba que da semilla según su naturaleza, y árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su género. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana el día tercero. (Gn. 1:9-13)

La descripción de este día se inicia con las mismas palabras que encontramos al principio de la narración de cada día: "dijo Dios" (vv. 3, 6, 11, 14, 20, 24). Esta frase repetitiva recalca el hecho de que todas las cosas llegaron a existir a partir de la nada. Dios solo tuvo que pronunciar su existencia, "y fueron".

Aquí aparece la tercera división fundamental. Recordemos que el día primero Dios separó la luz de las tinieblas. En el día segundo Él separó el agua de arriba del agua de abajo. Ahora, en el día tercero, Dios separa la tierra del mar.

Después de que el firmamento fue creado, la tierra siguió sumergida por completo en el agua. Sin duda alguna había material sólido debajo del agua que seguía oculto bajo la "faz del abismo" (v. 2), es decir, bajo la superficie de un océano global.

Observe el decreto creativo de Dios: "júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco" (v. 9). La septuaginta, una antigua traducción de la Biblia al griego, emplea aquí la palabra *sunagogen* que en su forma de sustantivo se traduce "sinagoga" para dar a entender "un lugar de reunión". En ese momento las aguas que rodeaban la tierra fueron juntadas "en un lugar" y asimismo empezó a aparecer la tierra. La tierra se secó también en forma instantánea, por mandato de Dios: "y fue así" (v. 9).

Es probable que el texto describa la formación de continentes masivos, ya que las aguas fueron reunidas "en un lugar". De hecho, la mayor parte de los geólogos piensan que los continentes actuales muestran evidencias de haber sido formados a partir de una sola masa, y que esa separación continental pudo haber ocurrido durante el diluvio, cuando "fueron rotas todas las fuentes del grande abismo" (Gn. 7:11). También es posible que esta creación inicial haya incluido varios continentes, puesto que en el versículo 10 Dios llamó a todas las aguas que fueran reunidas en "Mares", una palabra plural que se emplea para indicar que aunque las aguas fueron reunidas "en un lugar", se encontraban distribuidas en múltiples cuencas conectadas entre sí, tal como las vemos hoy día.

De cualquier modo, fue la primera vez que surgió la tierra del agua. El cataclismo que produjo este suceso originado por la orden de Dios, es algo imposible siquiera de concebir. Todo se inició cuando las rocas y la tierra, aunque todavía estaban en una condición amorfa y sepultadas bajo las profundidades de un mar esférico, empezaron de manera súbita a moverse hacia la superficie del agua. A medida que la tierra empujaba desde los abismos, el agua se desplazaba y quedaba reunida en un solo lugar, es decir, un océano descomunal que contenía varios "mares" pero que ahora se diferenciaba de la masa terrestre. Quizá en aquel momento sobrevinieron reacciones químicas a través de los movimientos tectónicos masivos, de tal modo que los minerales, las rocas y el suelo fértil quedaron formados a partir del océano primigenio. Note sin embargo que aquello que salió a la superficie no era ni lodo ni fango, sino "tierra seca" (vv. 9-10), preparada al instante para sustentar la vida vegetal. Todo esto fue un acto asombroso de creación.

El testimonio de las Escrituras es que Dios ordenó el desarrollo instantáneo de su creación, como lo confirma el capítulo 38 del libro de Job. En dicho pasaje el Señor habla a Job y deja en claro que Él no está dispuesto a respaldar las nociones de la teoría evolucionista. Dios recuerda a Job que la criatura no está en posibilidad de cuestionar al Creador:

> Ahora ciñe como varón tus lomos;
> yo te preguntaré y tú me contestarás.

¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?
Házmelo saber, si tienes inteligencia.
¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes?
¿O quién extendió sobre ella cordel?
¿Sobre qué están fundadas sus basas?
¿O quién puso su piedra angular,
cuando alababan todas las estrellas del alba,
y se regocijaban todos los hijos de Dios? (vv. 3-7)

A continuación el Señor pasa a describir todo aquello que hizo en el día tercero de la creación:

¿Quién encerró con puertas el mar,
cuando se derramaba saliéndose de su seno,
cuando puse yo nubes por vestidura suya,
y por su faja oscuridad,
y establecí sobre él mi decreto,
le puse puertas y cerrojo,
y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante,
y ahí parará el orgullo de tus olas? (vv. 8-11)

El salmista hace una descripción de lo mismo en el Salmo 104:5-9:

Él fundó la tierra sobre sus cimientos;
no será jamás removida.
Con el abismo, como con vestido,
la cubriste; sobre los montes estaban las aguas.
A tu reprensión huyeron;
a sonido de tu trueno se apresuraron;
subieron los montes, descendieron los valles,
a lugar que tú les fundaste.
Les pusiste término, el cual no traspasarán,
ni volverán a cubrir la tierra.

Todos estos textos bíblicos, además de la cita de Proverbios 8 con la cual iniciamos este capítulo, afirman que el agua cubría toda la tierra al principio de todo, y que por un acto directo de creación soberana, Dios separó la tierra del mar. Las Escrituras presentan la descripción fehaciente de la manera como la tierra se levantó del fondo del mar y como le fueron fijados límites inviolables. Es una acción que siempre se atribuye a Dios porque Él actuó tal como se describe en Génesis 1:9-10. No existe razón alguna para tratar de explicar estos hechos en términos naturales, ya que se trató de un milagro creador forjado por el *fiat* ("hágase") divino.

Tal como lo hizo en los días primero y segundo, Él asignó un nombre apropiado a todo lo que había hecho. "Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó Mares" (v. 10). Ahora existía una tierra, un mar y un cielo como ecosistema compuesto por tres partes fundamentales, el cual ya estaba listo para recibir y sustentar la vida creada. Por esa razón, la Biblia ratifica aquello que se había omitido en el relato del segundo día: "y vio Dios que era bueno". Era nuestro planeta Tierra, en esencia tal como lo conocemos en la actualidad, solo que carente de vida. Todo lo que era necesario para el sustento de la vida estaba presente, pero la vida misma no había sido creada todavía.

FIN DEL DÍA TERCERO: VIDA VEGETAL

"Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así" (v. 11).

Observe de nuevo que la vida vegetal apareció porque Dios así lo ordenó, y las plantas existieron tan pronto Él pronunció su existencia. No fue el subproducto accidental de alguna reacción química, ni la acumulación lenta de procesos y variaciones naturales de evolución, sino simplemente el resultado inmediato de su mandato soberano.

A propósito, este punto de la creación representa una de las realidades más inexplicables para la teoría de la evolución, porque el naturalismo no puede explicar esto con alguna teoría razonable: la generación de la vida a partir de

aquello que es inanimado. Como lo ha advertido el escritor y bioquímico Michael Behe, la evolución solo puede tratar con "sistemas que ya estén en funcionamiento". Por definición, lo que no funciona tampoco puede "evolucionar". Por lo tanto, es imposible que la materia inanimada pueda producir sistemas biológicos por su propia "evolución espontánea". Antes de que pueda ocurrir cualquier evolución, primero debe existir algún tipo de organismo vivo que se produzca de forma directa e inmediata. En las palabras de Behe, incluso al interior de un marco de referencia evolutivo, ni siquiera el sistema biológico original pudo haber sido producido de forma gradual. "Tendría que surgir como una unidad integrada de un solo golpe y por iniciativa propia, de lo contrario el proceso de selección natural no podría funcionar".[2] En vista de esto, la evolución falla por completo como explicación del origen de la vida.

Por lo tanto, en la Biblia vemos la manera exacta como sucedió: Dios habló. "Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra.

Y fue así" (v. 11, cursivas añadidas). Así fue como surgió la vegetación terrestre en todas sus variedades, de manera instantánea y simultánea por el decreto divino. En este pasaje se utilizan tres sustantivos hebreos. El primero es *deshe*, que significa "hierba" pero también es un término general para designar la vegetación. Los otros dos nombres son *'eseb* y *'ets*, que aluden a plantas herbáceas y árboles, en orden respectivo.

Tanto las hierbas como los árboles semilla y fruto "según su género". Dios los creó no solamente capaces de reproducirse, sino también que los creó listos para hacerlo. Dios los creó en plena madurez, con semillas listas para ser sembradas en la tierra.

A propósito de este tema, una de las maravillas más grandes de la creación es la forma como las semillas funcionan al sembrarse. Dios diseñó una variedad impresionante de maneras como las semillas habrían de ser transportadas de un lugar a otro. Algunas semillas toman la forma de plumas brillantes y aerodinámicas de modo que puedan ser transportadas por el viento. Otras son llevadas por las aves y otros animales, cuando se adhieren a la piel animal o cuando la semilla es ingerida y más tarde depositada a través de los

excrementos de la criatura. Hay cientos de formas creativas para que las semillas se dispersen en los campos de la tierra. Tan solo este aspecto de la creación revela que una mente creadora de ingenio prodigioso proyectó y ejecutó todo lo que vemos a nuestro alrededor.

Observe que Dios creó plantas y no semillas solas. El creó las plantas en plena maduración, con raíces desarrolladas, cargadas de frutos y de semillas, listas para multiplicarse. A medida que observamos la narración del Génesis en forma lógica, desde el momento en que Dios creó el universo, nos damos cuenta de que este aparece como si todo hubiera estado allí desde hacía mucho tiempo.

La semilla que contiene cada variedad de planta ya tenía programada una información genética con su propio ADN para asegurar que cada una pudiera reproducirse "según su género" (vv. 11-12). La misma frase se repite diez veces en el capítulo primero de Génesis. La palabra hebrea que se traduce "género" es *min*, y equivale también a la expresión "especies", aunque las clasificaciones taxonómicas de invención humana que emplean términos como género y especie pueden resultar engañosas y no armonizan con las pautas bíblicas de aquello que constituye un "género".[3] Por cierto, no se trata de un término técnico, pero indica con rotundidad que existen diferentes categorías de organismos que están relacionados entre sí y pueden reproducirse dentro de esos límites.

El hecho de que las criaturas se reproduzcan de acuerdo con su propio género constituye una regla fundamental de la genética. Cada organismo posee una estructura genética única o ADN, con genes y cromosomas que determinan todas sus características. Por medio de la procreación cuidadosa se puede resaltar o minimizar ciertas características dentro de los genotipos, pero ninguna cantidad de cruces con polinización y fecundación diferentes puede originar una forma de vida completa y nueva que surja a partir de especies existentes. Sí existen fronteras dentro de las cuales las especies pueden ser engendradas por cruzamiento, pero intentar por ejemplo la reproducción híbrida de un roble con un hongo, jamás podría producir retoños mezclados y mucho menos una especie del todo nueva.

En esta parte de las Escrituras, al igual que en el resto de la Biblia, nada indica en absoluto que cualquier especie viva haya evolucionado a partir de

otra especie. El lenguaje del texto en su totalidad nos da a entender que cada "género" fue creado por intervención divina directa a partir de la nada.

De hecho, es preciso afirmar que la frase decisiva "según su género" refuta con claridad el meollo de la ideología evolucionista. Esa frase desenmascara la idea de que todas las formas de vida hayan descendido de una fuente común, y establece límites definidos al grado de diferenciación que existe entre cualquier criatura y su descendencia. Las plantas no pueden engendrar otra cosa que no sea más plantas con características heredadas de sus predecesores. Los árboles no pueden más que árboles semejantes. De igual modo, los animales no pueden producir más que animales de su propia especie. La descendencia puede presentar diferencias leves con respecto a alguno de sus progenitores, pero está demostrado que dichas características se encuentran dentro del universo limitado de características que pueden heredar a partir de la constitución genética de sus padres. El cruce en la reproducción no puede producir muchas especies. Por encima de todo, ninguna vida vegetal puede producir vida animal. No se conoce todavía un proceso por el cual una planta o cualquier combinación genética de plantas, carentes de todas las facultades superiores de la vida inteligente, pueda producir algún día descendencia animal. Las plantas se reproducen de acuerdo con su propio género y especie. Estos son principios genéticos fundamentales que contradicen en todo sentido la base de la teoría evolucionista. Más adelante, en el capítulo sexto, hablare más del asunto en nuestro estudio del día quinto de la creación.

La semilla es la parte del organismo que hace posible la reproducción. Una semilla polinizada contiene un mapa genético completo que determina el aspecto, la función y la naturaleza de la descendencia de la planta a la que pertenece. Sus características como planta adulta aparecen programadas dentro de un código genético de la semilla a partir del momento en que la semilla es polinizada, y esto es lo que determina que cada organismo pueda reproducirse "según su género".

Henry Morris escribe al respecto:

> También debe mencionarse que la formación de las plantas, aun de aquellas que tienen formas más complejas como los árboles frutales,

> ocurrió antes de la creación de cualquier otra forma de vida animal. Esto, por supuesto, suena bastante lógico pero lo cierto es que contradice abiertamente el sistema evolucionista aceptado hasta hoy, en virtud del cual se opina que los animales marinos tanto vertebrados como invertebrados, evolucionaron en el transcurso de varias centenas de millones de años antes de la evolución de los árboles frutales y otras plantas superiores. Además, muchas plantas requieren la polinización por medio de los insectos, pero estos no fueron creados sino hasta el día sexto de la creación, todo lo cual es un argumento contra la posibilidad de que los días de la creación pudieran haber sido unos espacios mayores de tiempo. En consecuencia, la idea de una evolución teísta es contraria a la narración bíblica de la creación, en todos y cada uno de sus pasajes.[4]

En un lenguaje sencillo y rotundo, Génesis 1:11-12 nos describe el origen de toda la vida vegetal. Allí se narra la creación de todas las especies de plantas. También se señala la forma como Dios aseguró la continuidad y la estabilidad de todo lo que había creado. Nada se dice que permita creer que cualquier tipo de nuevas especies habrían surgido mediante cualquier proceso evolutivo, nada sugiere que se requiera de largos períodos de tiempo en lugar de un día de veinticuatro horas. Todo resultará más comprensible si tan solo aceptamos con humildad el sentido literal de la narración.

También allí se nos revela la mano todopoderosa de un Creador y diseñador inteligente. Así queda resuelto el gran rompecabezas de la evolución que no puede explicar cómo es posible que un proyecto tan complejo pueda funcionar con tanta perfección y orden dentro de un universo creado. Todo este maravilloso complejo, desde los gases en balance delicado y preciso en nuestra atmósfera, hasta los métodos increíbles como las plantas se reproducen, es una evidencia clara de un proyecto inteligente y minucioso. Es un proyecto creativo que refleja la bondad y la sabiduría de Dios, y esto debería impulsarnos a buscarle allí donde se ha revelado todavía con más claridad a sí mismo, es decir, en las páginas de la Biblia. Cualquiera que observe la creación sin reconocer la inteligencia infinita que hay detrás de ella, es un ciego por voluntad propia.

Dios vio esta parte de su creación y apreció su belleza y su bondad: "vio Dios que era bueno" (v. 12). Así termina el día tercero, con la fórmula ya conocida: "y fue la tarde y la mañana el día tercero" (v. 13). De nuevo, una traducción literal del hebreo sería "tarde, mañana, el tercer día". Nada hay en el lenguaje que pueda hacerse equivalente a expresiones simbólicas o figurativas de tiempo. Morris escribe:

> Los términos "tarde" (en hebreo *ereb*) y mañana (*boqer*), aparecen más de cien veces en el Antiguo Testamento y siempre se interpretan en sentido literal para aludir a la terminación respectiva del período diario de luz y del período diario de oscuridad. De igual manera, la aparición de "día" modificado por un numeral (por ejemplo "día tercero"), es una construcción que se presenta más de cien veces tan solo en el pentateuco y siempre en sentido literal. Aunque este hecho pudiera ser un reto para nuestra inteligencia limitada en el sentido de que podamos visualizar la formación de tierra, mares y plantas en un solo día, eso es exactamente lo que la Biblia afirma con autoridad divina y claridad patente. Nosotros no estamos capacitados ni autorizados para cuestionar el poder de Dios para hacer esto o aquello, ni su veracidad para contarnos todo lo que hizo en su soberanía y en su creatividad infinitas.[5]

De todos los días del capítulo primero de Génesis, este día tercero nos ofrece los cambios más espectaculares en el aspecto del planeta Tierra. Al principio del día la faz de la tierra estaba sumergida en el agua y quizá tenía la apariencia de un calderón grande que hervía con fango. Hacia el final del día, aquello era un paraíso de tierra verde, adornada con toda clase de matices de flores y árboles diversos, y colocada en medio de un océano azul espectacular. No es pues de maravillarse que Dios haya dicho que todo aquello "era bueno". En realidad era un ambiente óptimo y perfecto para la vida, un paraíso para la criatura que Dios había proyectado hacer a su propia imagen.

Dijo luego Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años, y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra. Y fue así. E hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas. Y las puso Dios en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra, y para señorear en el día y en la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana el día cuarto.

—Génesis 1:14-19

5

LUMBRERAS EN LOS CIELOS

Génesis 1:14-19

Los científicos naturalistas siempre han tenido una gran dificultad para explicar todas las estrellas y los planetas que existen en el universo. ¿Cómo pudo evolucionar tanta materia en movimiento de la nada? ¿Cómo fueron esparcidas las estrellas a lo largo y ancho de una expansión tan gigantesca de espacio? ¿Por qué existe tanta diversidad entre ellas? ¿Qué inició la conflagración de las estrellas y de dónde vinieron los planetas?

Génesis 1 da una respuesta sencilla: Dios hizo todas estas cosas. Con pronunciar su Palabra les dio existencia. Su vastedad, su complejidad, su belleza y su número incalculable son cosas que revelan la gloria y la sabiduría de un Creador que todo lo puede. Además, nos recuerdan cuán asombroso es que un Creador tan grande haya decidido depositar con tanta generosidad su gracia y su favor en la raza humana. Después de todo, desde una perspectiva de tamaño, nuestro mundo entero constituye una partícula infinitesimal en la enormidad de todo lo creado por Él.

David celebró este hecho en el Salmo 8, versículos 3 y 4:

> Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,
> la luna y las estrellas que tú formaste,
> digo: ¿Qué es el hombre,
> para que tengas de él memoria,
> y el hijo del hombre, para que lo visites?

Al contemplar el universo infinito, David reconoció que era la obra de los dedos de Dios, y por lo tanto, que a pesar de su inmensidad, el universo no puede compararse a la grandeza de Dios mismo. De igual forma, la raza humana es casi imperceptible en comparación.

El propósito de Dios con su creación siempre ha sido tener a la raza humana en el centro mismo de toda actividad creativa. De todas sus criaturas, somos los únicos creados ¡a su imagen! Todo el relato de la creación en Génesis 1 es contado desde una perspectiva terrenal, y esto subraya el carácter central de este planeta diminuto en el propósito creativo del Dios eterno.

Incluso la creación de las estrellas se narra desde la perspectiva terrestre de tal modo que el sol y la luna aparecen como dos luces grandes, mientras que las galaxias vastas con sus estrellas gigantes aparecen como luminarias secundarias que se mencionan casi al pie de página en el versículo 16: "hizo también las estrellas".

Este es el relato bíblico completo del cuarto día:

> Dijo luego Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años, y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra. Y fue así. E hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas. Y las puso Dios en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra, y para señorear en el día y en la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana el día cuarto. (Gn. 1:14-19)

Al llegar al día cuarto, entramos a una segunda fase de la labor creativa de Dios. Note la correlación entre los días uno a tres y los días cuatro a seis. Los días primero y cuarto, segundo y quinto, y tercero y sexto tienen en común algunos paralelos innegables. Esta es una comparación de ambas fases:

Primera fase	Segunda fase
Día 1: luz	Día 4: lumbreras
Día 2: el firmamento y las aguas	Día 5: aves y peces
Día 3: la tierra seca	Día 6: criaturas terrestres

A partir del día cuarto Dios procede a culminar la labor creativa, a medida que llena de habitantes vivientes todo aquello que antes carecía de forma y contenido. La primera cosa que Dios atiborra es la vasta expansión de los cielos.

Como hemos visto desde el principio y veremos a lo largo de toda la semana de la creación, Dios realiza su obra creadora a manera de *fiat*: "dijo luego Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos" (v. 14). Aquí no hay proceso ni paso de tiempo, sino que todo lo creado por Él existe de manera instantánea como resultado de su Palabra eterna. Por esta razón, aquellas teorías que añaden varios miles de millones de años la edad de la tierra no contribuyen a la interpretación correcta de la Biblia. La creación no es un proceso iniciado por Dios sino un producto *acabado* de Dios. Él pronunció la existencia de todas las cosas, como lo expresó el salmista:

> Por la *palabra* de Jehová fueron hechos los cielos,
> y todo el ejército de ellos por el aliento de su *boca*.
> Él junta como montón las aguas del mar;
> Él pone en depósitos los abismos.
> Tema a Jehová toda la tierra;
> teman delante de él todos los habitantes del mundo.
> Porque él *dijo*, y fue hecho; Él *mandó*, y existió.
> (Sal. 33:6-9, cursivas añadidas)

En otras palabras, lo que Dios hizo no evolucionó, sino que Él dio la orden y las cosas existieron en forma completa y del todo funcional.

Toda la expansión de los cielos, que incluye la luna, el sol, las estrellas y las galaxias incontables, quedó completa y en funcionamiento perfecto desde el día en que estas cosas fueron creadas por Dios. Hasta el día de hoy funcionan tal como al principio, con una complejidad que el hombre no alcanza a comprender.

Desde nuestra perspectiva, parece que las estrellas estuvieran fijas en un mismo lugar, pero no es así. Recorren distancias enormes a velocidades increíbles, pero como esas distancias son tan grandes, desde el punto de vista terrestre las estrellas parecen estar en el mismo lugar todo el tiempo. Durante miles de años los marineros han podido establecer sus rutas marítimas guiados por representaciones de las estrellas, gracias a que ellas dan la apariencia de no moverse y nosotros percibimos esto como la realidad.

No obstante, el caso es que las estrellas y las galaxias se mantienen en movimiento constante. Aun el sol tiene su órbita (cp. Sal. 19:6), y todo el sistema solar se mueve a su paso, en una órbita constante alrededor del centro de nuestra galaxia, la vía láctea. Los astrónomos, mediante el uso de telescopios radiorreceptores, calcularon hace poco que la tierra se demoraría 226 millones de años en completar una sola vuelta alrededor del centro de la galaxia. La tierra recorre ahora mismo la trayectoria exacta que Dios le asignó desde un principio, y todo esto empezó en un momento, tan pronto Él creó todas las estrellas y las puso a rodar con la palabra que salió de sus labios.

Como vimos en el estudio del día primero, Dios ya había creado luz y la había separado de las tinieblas. ¿De dónde vino esa luz original y qué forma tenía? No lo sabemos porque la Biblia no lo dice, pero desde una perspectiva terrestre parece que se trató de algo semejante a la luz solar, la cual separa el día de la noche con un ritmo que continuó desde el día cuarto y fue medido a partir de entonces, desde la perspectiva terrestre, por la salida y la puesta del sol.

La luz original fue quizás una luz difusa e incorpórea de algún tipo. Es muy probable que haya sido el despliegue puro de la gloria divina, como la luz que brillará en la Nueva Jerusalén y que se describe así en Apocalipsis 21:23: "la ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera". De cualquier forma, es claro

que su fuente era Dios mismo, el Padre de las luces y el dador de toda buena dádiva y todo don perfecto (Stg. 1:17).

Ahora bien, en el día cuarto Dios creó el sol y la luna como lumbreras celestiales permanentes para nosotros. La fuente creadora de la luz pura y original era Dios, pero Él había diseñado cuerpos celestes que emitían y reflejaban luz perpetua sobre la tierra en los intervalos y en las estaciones que Dios había fijado para ellos. Este fue el decreto divino: "haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años, y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra" (Gn. 1:14-15). Como siempre sucede con los decretos de Dios, en este caso también "fue así".

Las estrellas y los cuerpos celestes son una parte bastante compleja y maravillosa de la creación. Consideremos algunas de las razones por las que Dios dispuso su creación.

SEPARACIÓN

En primer lugar, las estrellas y los cuerpos celestes fueron dados con el fin de separar el día de la noche. Dios mismo separó la luz de las tinieblas en el día primero, y ya había llamado a la luz día y a las tinieblas noche (v. 5). La introducción del sol y las estrellas en el día cuarto no altera esa definición ni implica algún cambio en el ritmo o la duración de los días. Más bien, el sol y la luna son puestos en su lugar para cumplir una función de marcación permanente: "para separar el día de la noche" (v. 14).

Lo que antes había sido un manto incorpóreo de luz sobrenatural difusa fue substituido por un universo lleno de cuerpos celestes portadores de luz. La alternación entre día y noche continuó, pero ahora los cuerpos celestes suministraban cambios diversos y graduales de luminosidad.

Fueron creadas "dos grandes lumbreras", la lumbrera mayor (el sol) para regir el día y la lumbrera menor (la luna) para regir la noche. Ambas fueron colocadas por encima de la tierra para suministrar luz y para gobernar el paso entre el día y la noche.

El lenguaje es bastante pintoresco: "para que señorease en el día... para que

señorease en la noche". Por supuesto, esto no corresponde a la idea pagana de que los cuerpos celestes sean deidades en sí mismos. Como hemos insistido, en el relato de Génesis no se incluyen referencias mitológicas o alegóricas de ninguna clase. Aunque se dice que el sol "señorea" en el día y la luna "señorea" en la noche, la imagen no tiene relación alguna con los relatos de la creación que se encuentran en culturas como la sumeria y la babilonia antigua, donde el sol y la luna eran personificados y tratados como dioses o seres divinos que gobernaban los asuntos de la vida en la tierra. El relato bíblico nada tiene en común con esas nociones paganas imaginarias.

De hecho, todos los mitos de ese tipo son descalificados por el Antiguo Testamento (cp. Dt. 4:19). El texto divino habla de la manera como estos cuerpos celestes gobiernan el paso de nuestros días, meses y años, de tal modo que sirven para controlar el ritmo de nuestra vida en la tierra. Los cuerpos celestes se presentan en las Escrituras como objetos creados, carentes de rasgos propios de la personalidad y por supuesto, de la divinidad. Su señorío solo se presenta aquí en sentido figurado, para dar a entender que la luz que reflejan dicta el ritmo de la vida en el planeta y gobierna la transición entre día y noche.

Por supuesto, el sol *irradia* luz mientras que la luna la *refleja*, pero desde una perspectiva terrenal ambos astros son fuentes de luz. El relato de Génesis no es una explicación científica de la manera como la luna da luz, tan solo revela que el propósito divino para la luna es suministrar iluminación durante la noche, y esa función se cumple a perfección por medio de la luz solar reflejada por este satélite.

El sol y la luna son cuerpos celestes muy fascinantes. El sol es una bola de fuego inmensa. Tiene un diámetro de 1.38 millones de kilómetros, que es unas 109 veces el diámetro de la tierra. Su volumen es 1.3 millones de veces más grande que el de la tierra, es decir, que si el sol fuera hueco se necesitarían más de un millón de objetos un poco más grandes que el planeta Tierra para llenarlo. Si el sol tuviera el tamaño de una pelota de boliche, la tierra en comparación sería como un grano de mostaza. La mayoría de los científicos creen que el sol se compone de 70 por ciento de hidrógeno, 28 por ciento de helio, 1.5 por ciento de carbono, nitrógeno y oxígeno, y menos de 0.5 por

ciento de otros elementos. La temperatura en la superficie del sol se calcula en los cinco mil quinientos treinta y ocho grados Celsius, y los científicos creen que la temperatura en su núcleo alcanza los quince millones de grados Celsius.

A propósito, vale la pena detenernos a advertir que muchos científicos creen que la tierra y los planetas de nuestro sistema solar fueron parte del sol en el pasado y de alguna manera salieron disparados hasta llegar a sus órbitas actuales por medio de alguna explosión del sol, o que fueron el resultado de una colisión entre el sol y otro cuerpo celeste, como un cometa. Si esto fuera verdad, sería de esperarse que Tierra, Marte, Venus y Mercurio tuvieran composiciones similares de elementos como derivados comunes del sol. El caso es que no podrían ser más disímiles. El noventa y ocho por ciento del sol es hidrógeno y helio, mientras que en estos planetas menos del uno por ciento de los elementos corresponde a hidrógeno y helio. Además, los planetas mismos son bastante diferentes entre sí, y presentan composiciones únicas y exclusivas. Cada planeta tiene apariencia y características distintivas que confirman su origen separado.

Además, Venus, Urano y Plutón giran en dirección contraria al resto de los planetas del sistema solar. Las lunas de los diferentes planetas giran en direcciones y rutas diferentes con relación a los polos de esos planetas, y toda esta diversidad lo único que sí demuestra es la impronta de un Creador bastante ingenioso.

Entre las demás estrellas, el sol es apenas mediano a pequeño. Los astrónomos clasifican el sol como un duende amarillo, frente a muchas otras estrellas conocidas como supernovas, que son mil o más veces más grandes que nuestro sol. Entre las que alcanzamos a observar, una de esas estrellas gigantes es Betelgeux. Su tamaño varía ya que desde la tierra parece que pulsa, y en ocasiones es seiscientas veces más grande que nuestro sol.

La distancia de la tierra al sol es de unos 150 millones de kilómetros. A esa distancia, se necesitan unos ocho minutos y medio para que la luz viaje del sol a la tierra, así que la luz que usted ve en un amanecer a las 6 de la mañana, es una luz que salió del sol nueve minutos antes en su lugar de observación, donde todavía estaría oscuro.

El brillo del sol se mantiene constante con excepción de las erupciones

ocasionales en su superficie. También se observan con frecuencia manchas solares que al parecer siguen la rotación de la superficie solar. Estas variaciones no son evidentes a simple vista, pero pueden ocasionar cambios espectaculares en el clima y tormentas eléctricas en la tierra, así como condiciones similares a una tempestad en el espacio. Los fulgores solares son las explosiones más grandes que se conocen en el sistema solar. Un solo fulgor de tamaño típico equivale a varios millones de bombas de hidrógeno de cien megatones. La energía enviada por esas explosiones puede generar caos en los sistemas energéticos de la tierra. En 1989 una planta eléctrica de Canadá fue sobrecargada por una explosión solar que dejó a millones de usuarios sin energía durante varias horas.[1]

Al mismo tiempo, el sol mantiene un balance admirable de luz y energía que es perfecto para sustentar la vida en la tierra. Si el brillo o la temperatura del sol aumentaran o descendieran en promedio tan solo unos cuantos grados, la vida en el planeta Tierra llegaría a su fin.

La luna también es un cuerpo celeste inmenso. Su diámetro es mayor que la cuarta parte del de la tierra, y es más grande que el planeta Plutón. La temperatura en su superficie varía mucho en comparación a la de la tierra. En exposición al sol la superficie lunar puede llegar a los 215 grados Fahrenheit, y oculta del sol se enfría hasta -243 grados Fahrenheit.

La luna circula la tierra como un satélite lejano en una órbita cuasi elíptica que varía entre unos 355.590 kilómetros en el punto más cercano a la tierra (perigeo) y 405.470 kilómetros en el punto más lejano (apogeo). La luna da una vuelta completa alrededor de la tierra cada 27.3 días y recorre en ese transcurso una órbita de casi dos millones quinientos mil kilómetros cada mes.

La luna siempre muestra el mismo lado y por eso la tierra se ve en el mismo sitio en el espacio desde la luna. Las fases lunares que vemos desde la tierra son causadas por la posición del sol con relación a la luna. La luna llena aparece si el lado de la luna que es visible desde la tierra también está frente al sol. A medida que la posición del sol se sale de esa alineación con la tierra, la parte sombría de la luna aumenta en tamaño.

La luna casi no tiene atmósfera y por esa razón la luz reflejada sobre la superficie de la luna no se difunde. Desde la luna, el cielo siempre parece

negro, y al observar la luna a través de un telescopio, sus características y su paisaje son siempre claros.

La luna, al igual que el sol, contribuye a mantener un balance perfecto en el ambiente de la biosfera terrestre. Las corrientes oceánicas son causadas por la atracción gravitatoria de la luna. Las mareas altas se alinean con la luna en ambos lados de la tierra, porque la tierra se expande un poco como resultado de la proximidad de la luna. Al girar sobre su eje, esas expansiones terrestres se transmiten por la faz del planeta, y esa es la razón por la que siempre hay dos mareas altas y bajas cada día. El tamaño de las mareas depende de la distancia de la luna a la tierra y de su alineación con el sol. Por otro lado, la gravedad del sol también tiene un efecto sobre el aumento y la disminución de agua en las mareas. Estos ciclos constantes son vitales para el balance de los ecosistemas terrestres.

Los científicos han propuesto una serie de teorías acerca de la manera como la luna pudo haber sido formada mediante procesos naturales. Algunos han sugerido que se separó de la tierra o fue arrancada por violencia de la tierra como resultado de su colisión con un planeta tan grande como Marte. Algunos creen que fue formada en otro lugar del sistema solar y capturada después por el empuje gravitatorio de la tierra. Otros creen que se formó al lado de la tierra como una especie de planeta doble. Cada una de esas hipótesis genera grandes dificultades. Por ejemplo, en la luna se han descubierto tres minerales que no se desconocen en la tierra, lo cual acaba con la teoría de que la luna y la tierra fueron en el pasado un solo cuerpo celeste. Los aspectos dinámicos de una posible separación de la luna y la tierra así como el subsecuente escape de la atracción gravitatoria de la tierra también son imposibles de explicar en cualquier modelo científico conocido. Por esta razón no existe un consenso real entre los científicos y los evolucionistas sobre la cuestión de cómo se formó la luna, aunque ya se han gastado unos veinte mil millones de dólares en diversos proyectos científicos para tratar de responder a la pregunta de cómo "evolucionó" la luna.

La explicación de la Biblia evita todas esas dificultades innecesarias. Dios creó la luna y la puso en su propia órbita alrededor de la tierra. Esto lo hizo en el día cuarto de su semana de creación.

REGULACIÓN

Las Escrituras dan una segunda razón por la cual Dios creó el sol, la luna y las estrellas. Estos cuerpos celestes no solo marcarían el paso de los días y las noches, sino que también serían avisos permanentes: "sirvan de señales para las estaciones, para días y años" (v. 14).

La palabra hebrea que se traduce "señales" es oth, que significa "faros" o "carteles". Indica que los cuerpos celestes fueron colocados en su lugar para servir como señales específicas para los habitantes de la tierra. ¿Qué es lo que señalaban estos astros? Algunos sugieren que se podría referir a señales de navegación. Es cierto que las estrellas han sido usadas por los navegantes como puntos de referencia desde tiempos inmemoriales. Durante miles de años los hombres han surcado los mares con certidumbre sin más ayuda que las estrellas.

Otros se imaginan que esto significa que las estrellas fueron dadas como signos astrológicos o para transmitir mensajes específicos acerca de acontecimientos en el porvenir. Por ejemplo, fue por medio de una estrella que Dios dirigió a los sabios de oriente hasta el lugar donde nació Cristo, como se narra en Mateo 2. No obstante, la astrología es una práctica pagana, y todas las formas de adivinación del futuro son prohibidas de manera estricta por las Escrituras (Dt. 18:10-12; Is. 7:12-14).

Una opinión que se ha vuelto bastante popular es que el evangelio se revela a través de los signos del zodíaco. Lo cierto es que el zodíaco *podría* interpretarse de mil maneras distintas, como puede demostrarlo la lectura de dos horóscopos de fuentes distintas para el mismo día. Algunos han sugerido que el zodíaco provee una representación gráfica del evangelio. Según ellos, virgo se refiere a la madre virgen, la serpiente es Satanás y algunas de las otras constelaciones corresponden a Cristo en diferentes etapas de humildad y triunfo. E. W. Bullinger escribió en 1893 un libro entero titulado *El testimonio de las estrellas*, en el cual se dedica a describir el evangelio a través de los signos del zodíaco. Hace poco se ha vuelto a promover esta perspectiva por iniciativa de líderes eclesiásticos como D. James Kennedy y Chuck Missler. Algunos han llegado incluso a sugerir que el zodíaco es una confirmación de la veracidad del

evangelio fuera del testimonio bíblico, por medio de la cual grandes multitudes que nunca han escuchado la predicación del evangelio conforme a las Escrituras han tenido acceso a la verdad sobre Cristo. El problema de esta idea es que no se basa más que en la imaginación y las buenas intenciones del hombre. Una cosa es cierta: el zodíaco nunca ha comunicado el evangelio de manera clara a quienes más obsesionados están con sus dictados astrológicos y videntes. Tampoco se sabe de alguien que haya descubierto el mensaje del evangelio en las estrellas por medio de la lectura de horóscopos o el estudio del zodíaco conforme a sabiduría humana.

Para volver a nuestra pregunta, el contexto de Génesis 1 deja en claro qué clase de "señales" habrían de ser las estrellas. Los astros sirven como marcadores que indican con exactitud los tiempos y las estaciones: "señales para las estaciones, para días y años" (v. 14). En ese sentido sirven para regular nuestra vida, porque establecen nuestros calendarios, determinan la duración del año, dividen el año en estaciones y marcan el paso de nuestros días y noches.

En ese sentido, todo el pulso de la vida humana es gobernado y regulado por los cuerpos celestes. El sol determina nuestros días. La luna determina los meses, y las estrellas, el sol y la luna determinan en conjunto nuestras estaciones y nuestros años. Todo calendario humano está determinado por las estrellas, y hasta los ciclos climáticos son ocasionados por el sol y la luna. Debido a que la tierra está inclinada sobre su eje, los rayos del sol penetran diferentes partes del planeta en ángulos diferentes a lo largo del año. Esto produce las estaciones que son tan importantes para el rejuvenecimiento de la vida, el crecimiento de las cosechas y el florecimiento de la tierra. Todo funciona en un balance perfecto para bendecir a la creación entera con una variedad de climas y sazones. La perfección con que todas estas cosas funcionan es una de las grandes pruebas de que fueron diseñadas por un Creador sabio y generoso.

La longitud de nuestros días y aun nuestros patrones de sueño están en armonía perfecta con la cantidad de tiempo que se requiere para que la tierra de una vuelta completa sobre su propio eje. Aun la inclinación exacta del eje terrestre es vital para el mantenimiento de las estaciones y el ciclo de lluvias. Imagine cuán diferente sería la vida si el planeta empezara de repente a girar a un tercio de su velocidad actual. Los días serían tres veces más largos, nos

veríamos forzados a dormir a plena luz del día y permanecer despiertos durante largas horas de oscuridad. La variación normal en las temperaturas diurnas y nocturnas se alteraría de forma drástica y todo el ritmo de nuestra vida se volvería caótico.

Dios lo hizo todo perfecto, y por eso todas las manifestaciones de vida en la tierra se ajustan con exquisitez a un día de veinticuatro horas, conforme a las Escrituras que nos enseñan que el mismo Creador que hizo todos los seres vivientes también determinó y fijó la duración de nuestros días.

Se narra la historia de Charles Boyle, cuarto hidalgo de Orrery, un cristiano devoto y pensador brillante que estaba fascinado con los descubrimientos de Kepler y de Newton acerca del movimiento de los planetas y el diseño intrincado del universo. Boyle contrató a un relojero para que le diseñara un modelo mecánico del sistema solar que demostrara el movimiento de los planetas alrededor del sol. Boyle mostró ese modelo o "planetario" a un científico ateo que quedó muy impresionado con la precisión de su funcionamiento.

–*Es un modelo muy impresionante, ¿quién se lo hizo? –le dijo el ateo.*

–Nadie lo hizo –respondió Boyle a secas–. Solo apareció un día en mi sala.

El punto era bastante claro. Nadie cree en realidad que un diseño tan complejo sea el producto de la casualidad o de la nada. Ese diseño refleja el trabajo arduo e inspirado de una mente inteligente, un diseñador magistral que puso todas las cosas en el lugar correcto y dio inicio a su funcionamiento, o conforme a la ilustración, que "le dio cuerda". De hecho, existe un principio en filosofía conocido como el teorema de Orrery, en el cual se afirma que si el modelo de cualquier sistema en la naturaleza requiere de diseño inteligente, el sistema natural mismo debió requerir la intervención de por lo menos la misma inteligencia en su diseño original.

Puesto que las estrellas y los planetas con sus complejas funciones son mucho más impresionantes y elaborados que cualquier modelo humano, tuvieron que haber sido diseñados por una mente de proporciones infinitas en comparación a la mente humana. La Biblia dice con claridad que estas cosas son el producto de la mente de Dios. Para llegar a una conclusión distinta se requiere del escepticismo más terco y ciego que se pueda tener.

Dios creó el sol, la luna y las estrellas conforme a sus especificaciones precisas, y como hemos visto, sirven para regular nuestra vida en el sentido de que determinan la duración de nuestros días, meses y años. También determinan las estaciones en el año y marcan cada momento y época en nuestros relojes y calendarios. Los astros determinan así en qué momento debemos comer, trabajar y dormir. Todo esto fue puesto en movimiento perfecto desde el cuarto día de la creación.

Piense en ello de la siguiente manera: la rotación de la tierra sobre su eje es lo que determina nuestro día de veinticuatro horas. Las órbitas de la luna alrededor de la tierra determinan nuestros meses, y las revoluciones de la tierra alrededor del sol determinan nuestros años. Es interesante que las semanas no son determinadas por alguno de los cuerpos celestes, y sin embargo toda la humanidad enumera sus calendarios conforme a semanas. ¿De dónde vino este concepto? De la semana de creación en Génesis 1. Ese fue el período de tiempo en que Dios creó el universo, y desde entonces ha gobernado la manera en que la humanidad demarca el tiempo.

Los días y los años son en orden respectivo las medidas más breve y más larga de tiempo que son fijadas de forma definida por el movimiento de los cuerpos celestes, y como se explica con claridad en Génesis 1:14, aun el orden de las estaciones es fijado por la luna, el sol y las estrellas que Dios creó en el día cuarto.

ILUMINACIÓN

La tercera y quizá más obvia razón para la existencia de los cuerpos celestes es el suministro de luz permanente para la tierra. Génesis 1:15 describe así este propósito: "y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra".

Dios dijo "y fue así". Esa misma frase aparece de nuevo con relación a la actividad creativa de Dios en el día cuarto. Esa es una frase técnica que alude al carácter fijo y permanente de lo creado. De nuevo, esto milita contra la idea de creacionismo progresivo. La condición de las estrellas y los planetas no era algo que ocurrió por vía de algún proceso evolutivo. Dios pronunció su

existencia y su estado acabado y funcional. Él lo fijo entonces tal como es hasta el día de hoy. Quedó firme y establecido. En las palabras del Salmo 33:9: "él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió".

Si Dios había utilizado otro método previo para iluminar la tierra, por medio de una fuente sobrenatural de luz o de una luz no corpórea y difusa, ya no era necesario. Desde su creación por mandato divino, el sol sería la lumbrera permanente de la tierra en el día, y la luna y las estrellas lo serían de noche.

A partir del día cuarto, la luz solar se convirtió en la fuente principal de luz y energía en el planeta Tierra. Algunas estrellas suministran energía a la tierra en forma de rayos equis y señales de radio, pero debido a su proximidad a la tierra y a la naturaleza de la luz que irradia, el sol es más importante que todas ellas. El sol emite su energía de radiación en un espectro bastante amplio de longitudes de onda, y cuanto más corta sea la onda, más alta es la frecuencia y mayor es la energía. La mayor parte de la energía solar llega a nosotros en la forma de luz visible. (Recordará nuestro tratamiento acerca de las maravillas de la luz en el capítulo 3.)

Dentro del espectro de luz visible, la luz violeta está en el extremo de mayor energía y la luz roja en el de menor energía. Aun estos rayos invisibles de luz suministran energía. Por ejemplo, los fotones de luz ultravioleta son los que ocasionan quemaduras en nuestra piel si estamos demasiado tiempo expuestos al sol. En el extremo opuesto del espectro, los rayos infrarrojos pueden sentirse en la forma de calor, aunque la luz infrarroja irradia menos energía que los fotones en la región visible.

Casi todos los segmentos del espectro luminoso son esenciales para mantener la vida en el planeta Tierra. Los rayos ultravioleta son vitales para la fotosíntesis, el proceso mediante el cual las plantas y algunos tipos de bacteria también, transforman y utilizan energía para producir azúcar, carbohidratos y otros nutrientes a partir del dióxido de carbono. En ese proceso liberan oxígeno, y esto significa que toda la vegetación terrestre funciona como los "pulmones" del planeta, con el propósito de absorber el dióxido de carbono emitido por otras criaturas vivas y convertirlo de nuevo en nutrientes y oxígeno. De nuevo, en la manera como funciona el ecosistema se revela un diseño de inteligencia increíble. Todo esto es posible por la luz emitida por el sol.

¿Cómo genera el sol su luz sin extinguirse con rapidez? Hasta hace poco, la teoría de aceptación casi universal era que la energía del sol es producida tan pronto el hidrógeno se convierte en helio mediante procesos constantes de fusión nuclear en el núcleo del sol. Esta teoría ha dejado de ser satisfactoria. La fusión nuclear produce partículas subatómicas llamadas neutrinos que pueden viajar a la velocidad de la luz, incluso a través de objetos sólidos. (Los neutrinos pueden traspasar hierro sólido a la velocidad de la luz, con la misma facilidad con que viajan a través de espacio vacío.) Si el hidrógeno fuera convertido a helio por el sol, produciría neutrinos a una tasa predecible y esos neutrinos podrían medirse en la tierra. A comienzos de la década de los sesenta, un científico llamado Raymond Davis emprendió un experimento diseñado para medir los neutrinos emitidos por el sol. Este hombre y su equipo se las arreglaron para recolectar los neutrinos en un tanque inmenso lleno de cien mil galones de líquido limpiador (percloroetileno, que es cloro en gran medida). El tanque estaba ubicado en la mina de oro Homestake en el estado de Dakota del Sur. Al pasar a través del cloro, los neutrinos producen un isótopo radiactivo de argón. Mediante la medición del argón producido en el líquido limpiador, Davis pudo medir la cantidad de neutrinos liberados por el sol. Las mediciones no confirmaron más que un tercio del número de neutrinos que se esperaban de acuerdo con los modelos utilizados por los científicos de entonces. Ahora la pregunta acerca de cómo genera luz el sol es debatida ampliamente por los científicos, y se convierte en un ejemplo más de cómo las teorías científicas están en un flujo constante de cambio, mientras que las Escrituras nunca cambian.

Preste atención a lo que dice Génesis 1:16: "hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas". La Biblia siempre hace una afirmación inconfundible de creación divina, no de un proceso prolongado. Dios *hizo* las lumbreras en el cielo. Según el salmista en Salmo 8:3, ellas son obra de los dedos de Dios, y así se trate de una expresión antropomórfica, recalca el hecho de que se trató de un acto directo y creativo de Dios. No se refiere a formación lenta por medio de procesos naturales y evolutivos, sino a creación instantánea.

Ahora note la última frase de Génesis 1:16: "hizo también las estrellas". Es sorprendente la economía de palabras, ya que sabemos lo mucho que puede decirse acerca de los sistemas estelares gigantescos que llenan el universo inmensurable. Los científicos conocen muy poco acerca de las estrellas, pero aun eso sería suficiente para llenar varios libros. Existen estrellas incontables en el universo y cada una de ellas tiene características únicas y asombrosas. Algunas son binarias, es decir, sistemas estelares en los que dos estrellas tienen órbitas alrededor de cada una. Otras lumbreras en los cielos parecen estrellas pero en realidad son nebulosas, como racimos borrosos y coloridos de estrellas de todos los tamaños. Muchas tienen gran tamaño pero son difíciles de observar. Considere el hecho de que nuestro propio sol es más de un millón de veces más voluminoso que la tierra. No obstante, algunos de los astrónomos que observan nebulosas inmensas han avistado unas que son un millón de veces más grandes y brillantes que nuestro sol. Cada estrella en los cielos es diferente de todas las demás. Como huellas y copos de nieve, cada una revela la diversidad ilimitada que se refleja en la sabiduría creativa de Dios.

La estrella más cercana a nuestro sistema solar es Alfa Centauro. Se trata en realidad de un sistema estelar triple, con una estrella similar a nuestro sol y dos estrellas rojas más pequeñas y adyacentes. El centro de este sistema estelar se encuentra a 4.35 años luz de distancia, y la más pequeña de las tres estrellas, Alfa Centauro C (conocida también como Próxima Centauro), define el borde exterior del sistema, a escasos 4.22 años luz de nosotros. Esto significa que al ser observado por astrónomos desde la tierra en el cielo nocturno, lo que ven es la luz que salió de ese sistema estelar hace unos cuatro años y medio atrás. Tenga en cuenta que se trata de la estrella visible *más cercana* en el cielo nocturno. La mayoría de las estrellas están mucho más lejos que eso.

Esta clase de datos provoca una pregunta sensata: si el universo no tiene más de diez mil años de edad, como lo creen la mayoría de creacionistas que abogan por una tierra joven, y que es como yo creo que lo enseñan las Escrituras con claridad, ¿cómo es posible que veamos luces en el cielo que en teoría demoraron millones de años en llegar a nuestro alcance? Esa es una pregunta razonable, y yo creo que tiene una respuesta razonable. Parece claro que Dios al crear las estrellas, puesto que las creó para iluminar la tierra y para servir

como señales para nuestras estaciones, Él también dispuso que la luz recorriera la vasta expansión espacial de manera inmediata. Si Él puede diseñar un universo tan inmenso y complejo, también es capaz de hacer que la luz atraviese los vastos rincones del espacio de conformidad con su propósito eterno. No suponga que la luz de las estrellas es ilusoria o engañosa. La Biblia indica que se trata de estrellas de verdad y que lo que vemos es la luz real de esas estrellas, no una ilusión. Al parecer, en el momento de crear las estrellas, Dios aceleró la luz para que llegara a la tierra en un instante.

Recuerde que según la teoría de relatividad general de Einstein, el tiempo no es una constante. Algunos creacionistas con buenas bases en la física creen que en teoría es posible que una dilatación en el tiempo permita que la luz viaje a distancias enormes de forma instantánea.[2] Después de todo, como vimos en el capítulo anterior, aun muchos científicos que adoptan la cosmología del *big bang* creen ahora que el universo mismo explotó de la nada para llegar a sus proporciones inmensas en el transcurso de un "milagro" instantáneo.[3]

De nuevo, la ciencia solo puede atreverse a intentar la explicación de estos misterios por medio de teorías siempre cambiantes. En cambio, el testimonio de la Palabra de Dios se mantiene seguro e inmutable: en el cuarto día, Él "*hizo también las estrellas*".

Génesis 1:18 repite el veredicto acostumbrado de Dios: "y vio Dios que era bueno". Todas las cosas funcionaron de la manera precisa como Él lo había planeado. Todo era bueno. No hubo defecto alguno, ni deficiencia. No hay lugar para la evolución, porque todas las cosas creadas fueron buenas desde un principio, tal como Dios lo había dispuesto.

"Y fue la tarde y la mañana el día cuarto" (v. 19). En este día, por primera vez, la noche y la mañana fueron marcadas por luz proveniente de la luna y del sol en orden respectivo. El ritmo de mañana y noche continuó como lo había hecho desde el principio, pero ahora era gobernado, como lo es hasta hoy día, por la salida y la puesta del sol. La semana de creación llega a su punto medio, y la gloria y el esplendor de Dios ya se revelaban en todo lo que Él había hecho. Como el salmista escribió: "¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!" (Sal. 8:1).

Después de todo, este fue el propósito supremo de Dios en la creación:

hacer un despliegue elocuente y admirable de su gloria. Esa gloria se revela de manera maravillosa en la expansión de los cielos. Se refleja a perfección en el ejército vasto de estrellas y planetas creados por Dios en el día cuarto. Al mirar los cielos y considerar esas estrellas, nuestro corazón debería ser conmovido como el del salmista para alabar a Dios por la gloria de su creación. Asimismo, deberíamos rechazar cualquier sugerencia de que estas cosas llegaron a existir por causas accidentales o procesos naturales.

C. S. Lewis escribió:

> Si el sistema solar fue generado por un choque accidental de materia, la aparición de vida orgánica en este planeta también fue un accidente, al igual que toda la evolución del hombre. En ese caso, todos nuestros pensamientos actuales también son accidentes, el subproducto accidental del movimiento aleatorio de átomos. Esto se aplica, por supuesto, a los pensamientos de los materialistas y los astrónomos tanto como a los de cualquier persona, pero si sus pensamientos no son más que subproductos accidentales, ¿por qué deberíamos creer que son ciertos? No veo razón alguna para creer que un accidente sea capaz de darme una explicación correcta de todos los demás accidentes.[4]

En otro escrito, Lewis declaró:

> Cada pensamiento particular carece de valor si es el resultado de causas irracionales. Como es obvio, el proceso de pensamiento humano en toda su extensión, aquello que llamamos Razón, también carece de valor si es el resultado de causas irracionales. De ahí que toda teoría del universo que hace de la mente humana un resultado de causas irracionales sea inadmisible, porque sería prueba de que no existen cosas que puedan llamarse pruebas en absoluto. Lo cual es absurdo. Ahora bien, el naturalismo como se defiende en la actualidad, es una teoría de esta índole.[5]

La única explicación razonable para las estrellas y nuestro sistema solar es la que leemos en las Escrituras: "las puso Dios en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra" (Gn. 1:17). La Biblia dice que este entendimiento es innato en el corazón de cada ser humano: "porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó" (Ro. 1:19).

"Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas" (v. 20). Esta es la razón por la que debería ser la cosa más natural del mundo para nosotros observar la expansión celestial y hacer eco de lo escrito por el salmista: "los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos" (Sal. 19:1).

Dijo Dios: Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos. Y creó Dios los grandes monstruos marinos, y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno. Y Dios los bendijo, diciendo: Fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares, y multiplíquense las aves en la tierra. Y fue la tarde y la mañana el día quinto.

—Génesis 1:20-23

6

ABUNDANCIA DE CRIATURAS VIVIENTES

Génesis 1:20-23

Al término del quinto día de la creación, el ambiente terrestre y el dominio celestial quedaron terminados, y de aquí en adelante la obra creativa de Dios consistió en llenar la tierra de seres vivos por doquier.

La Biblia establece distinciones claras entre vida vegetal y vida animal. Los árboles y las plantas no se mencionan en las Escrituras como "criaturas vivientes" o "almas vivientes". Esas designaciones están reservadas para animales, insectos, aves, peces y seres humanos, es decir, cosas que se mueven y tienen sistema nervioso central. Por supuesto, las plantas son organismos biológicos y en ese sentido son seres vivos. Poseen estructuras genéticas, sistemas biológicos y la capacidad para reproducirse en su propia especie. Lo que no tienen es vida consciente, y por esa razón nunca se hace referencia a estos seres como "criaturas vivientes" o "almas vivientes" en el sentido en que se emplean esas expresiones en la Biblia.

De este modo, el día quinto marca la aparición de las primeras *criaturas vivientes* sobre la faz de la tierra:

> Dijo Dios: Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos. Y creó Dios los grandes monstruos marinos, y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie. Y vio

> Dios que era bueno. Y Dios los bendijo, diciendo: Fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares, y multiplíquense las aves en la tierra. Y fue la tarde y la mañana el día quinto. (Gn. 1:20-23)

Dios dedica este día a poblar los mares y los cielos. Recuerde que este día tiene paralelos con el día segundo, en el que los mares y los cielos, es decir, la hidrosfera y la atmósfera fueron divididos mediante la creación del firmamento. Ahora la hidrosfera y la atmósfera son pobladas con la producción abundante de "seres vivientes" (v. 20).

Una vez más, como siempre, el medio de creación es un decreto divino: "dijo Dios" (v. 20). Al crear a Adán y Eva en el día sexto, lo hace mediante la formación del cuerpo humano a partir del polvo de la tierra. Si la evolución fuera cierta, podríamos esperar que Dios creara criaturas marinas a partir de alguna forma de vida preexistente, como plantas o algas. En cambio, lo que dicen las Escrituras es que Él pronunció la existencia de toda la gran variedad de criaturas marinas de la nada y de forma inmediata: "creó Dios los grandes monstruos marinos", lo cual incluye ballenas, manta rayas, tiburones de todo tipo y moluscos gigantescos, así como "todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su género" (v. 21).

Existe una redundancia deliberada en la expresión hebrea, un mecanismo literario que se denomina *paranomasia*, en el cual diferentes formas de la misma palabra se repiten para recalcar la importancia del concepto. Una traducción literal sería: "que las aguas pululen de seres pululantes". Una expresión similar se emplea en el versículo 11, la cual podría traducirse así: "que la tierra vegete con vegetación".[1] Ambas expresiones ("pulular" y "vegetar") presentan un contraste, porque aquí se subraya el aspecto de movimiento, en términos específicos la animación de seres vivientes que pueden moverse y migrar por voluntad propia, a diferencia de la vida vegetal que es estacionaria.

De forma instantánea, los mares empezaron a pulular de seres vivientes por todas partes. Yo creo que esto incluye también los ríos y otras masas de agua dulce que también habrían empezado a abundar con seres vivos al mandato del Señor.

En el versículo 21, el pronombre hebreo en la expresión "todo *ser* viviente"

es *nephesh*, la misma expresión de Génesis 2:7 que también se traduce "alma" en la Reina-Valera: "entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser [*alma*] viviente". El significado literal de *nephesh* es "aquello que respira". Se refiere a vida que depende del oxígeno para subsistir, vida de criatura diferente a la mera vida orgánica de las plantas. Se emplea en Génesis 1:21 por primera vez en toda la Biblia, ya que se trata de los primeros "seres vivientes" en el sentido bíblico de esa expresión.

Este es un paso importante en el proceso creativo, tan profundo como la creación de todo un universo lleno de cuerpos celestes en el día cuarto. La vastedad y la complejidad de las formas de vidas creadas por Dios casi que compite con las de las estrellas. Incluye todas las cosas desde las amebas más diminutas y los animales microscópicos hasta los "grandes monstruos marinos" como las ballenas.

CREACIÓN

Observe que el versículo 21 dice de manera explícita "y *creó* Dios" los seres vivientes. El verbo hebreo es *bara*, que siempre se aplica a Dios de forma exclusiva para aludir a sus actos directos de creación. Esto descarta cualquier posibilidad de que estas criaturas hayan evolucionado por medio de algún proceso demorado y lento. Junto a la descripción de la manera como Dios decretó su existencia con la pronunciación de su mandato, este principio exige que entendamos el origen de estas criaturas como un acto de creación por *fiat* y no en términos de un proceso evolutivo.

Hay una insistencia clara y muy específica en la cantidad y variedad de criaturas que Dios creó: "grandes monstruos marinos" fueron creados al mismo tiempo que "todo ser viviente que se mueve" (v. 21). Esta descripción de seres creados contradice en todo sentido la noción de que Dios hizo organismos simples que se desarrollaron a lo largo de procesos naturales para convertirse en organismos más complejos. La relación de criaturas incluye al mismo tiempo plancton y peces, anguilas y ballenas, así como nutrias e incluso dinosaurios acuáticos y anfibios. Dios pronunció la existencia inmediata y

simultánea de todos ellos, en el mismo día y de hecho en el mismo instante. Todos fueron creados en multitudes masivas que poblaron los océanos de una vez por todas. No existe otra forma razonable de interpretar las palabras sin poner en entredicho la veracidad del registro bíblico.

El versículo 20 dice lo mismo acerca de la producción instantánea de criaturas voladoras: "y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos". El versículo 21 describe cómo se cumplió este mandato: "y creó Dios... toda ave alada según su especie". Él no se limitó a iniciar el proceso con unos cuantos organismos simples que más tarde habrían de sufrir mutaciones y otras adaptaciones para convertirse en criaturas más complejas. Lo que hizo fue crear aves de todo tipo, cada una "según su especie".

Note además que las aves fueron creadas con la capacidad para volar. Esta no fue una habilidad adquirida por medio de algún proceso evolutivo, porque es el propósito mismo para el cual fueron creadas.

De esta manera, Dios llenó el mar y el cielo con habitantes vivos.

Hace poco escuché la grabación de una conferencia dictada por un profesor de ciencia en una de las universidades más prestigiosas en el sur de California. El académico describió sus convicciones acerca de la manera como ocurrió el proceso evolutivo. Estaba convencido de que las habilidades para nadar, volar y desplazarse por el suelo fueron características adquiridas por organismos inferiores que evolucionaron. Aseguró a sus estudiantes que todas estas capacidades fueron resultado del instinto natural de preservación de cada forma de vida. Aunque no se atrevió a especular sobre el origen de ese instinto, fue dogmático en afirmar que era la fuerza motriz de la evolución de las especies.

Según su imaginación, las formas de vida primigenias llegaron a existir tras la metamorfosis accidental de organismos unicelulares en formas de vida más complejas. Estas descubrieron que podían prolongar su existencia si consumían a las formas de vida más simple, y así desarrollaron los medios necesarios para desplazarse y poder alimentarse.

Pronto empezaron también a consumirse entre sí. A través de un proceso de mutaciones accidentales que tomó miles de millones de años, algunos de estos microorganismos primitivos se desarrollaron hasta convertirse en

criaturas más complejas y grandes que en algún momento aprendieron a respirar aire y a vivir en la tierra seca para escapar de sus depredadores.

El académico presentó en ese momento una ilustración de la tierra como un planeta poblado por una variedad de reptiles primitivos que se desplazaban de forma ondulante sobre sus barrigas, así como otros organismos que se arrastraban por la tierra, a los cuales se refirió en términos de "culebras" y "animalejos". Las culebras empezaron a comerse a los insectos y estos últimos, al ver esta amenaza de extinción, se las ingeniaron para alejarse de las culebras. Algunos de los insectos adquirieron alas y aprendieron a volar. Otros se las arreglaron para vivir bajo tierra. Después las culebras empezaron a extinguirse por falta de comida, y para poder preservar su especie, algunas de ellas sacaron patas de sus costados y aprendieron a trepar la vegetación y a escarbar en la tierra para tener acceso a los animalejos subterráneos.

Más adelante, dijo el profesor, las culebras desarrollaron huesos, pies y tórax huecos. Algunos de ellos desarrollaron alas y la capacidad de volar para poder ingerir más insectos. También por medio de procesos similares, como aseguró a los estudiantes, grandes familias de aves, mamíferos y otras formas de vida animal se desarrollaron. Todo es muy simple, según decía el profesor. Las criaturas que *no* desarrollaron esos medios de supervivencia se extinguieron, y todos los avances eran el resultado de la supervivencia de los mejor adaptados.

Por supuesto, ese es el concepto fundamental de la evolución. Comparado al registro bíblico suena fantasioso, absurdo e imposible desde el punto de vista genético, pero es la opinión que domina a las teorías científicas modernas acerca de los orígenes. En casi todas las universidades más importantes del mundo usted podría escuchar conferencias similares.

¿Por qué una persona estaría dispuesta a atribuir más credibilidad a un esquema tan absurdo que al relato bíblico de la creación? Solo existe una razón en última instancia: la humanidad caída aborrece al Dios de la Biblia. Un hecho innegable es que la complejidad y la sabiduría que son evidentes en la creación constituyen el *obstáculo racional más grande para una visión atea del mundo.*

Considere la variedad de maravillas en la creación de vida marina. Tome por ejemplo el pez arquero que vive en agua dulce y en estuarios oceánicos, mayormente en el sur asiático. Estos peces tienen la capacidad única de despedir

chorros delgados y rápidos con sus bocas, dirigidos a insectos que reposan sobre hojas y ramas que cuelgan sobre el agua. El paladar superior forma un tubo perfecto con la lengua del pez, de tal manera que al cerrar sus branquias pueden expeler un chorro potente y certero de agua. Tan pronto el insecto cae al agua, el pez procede a ingerirlo. Su puntería ha sido objeto de muchos estudios, por lo cual se ha determinado que son precisos hasta un metro y medio de distancia, y que tiene visión binocular que les permite juzgar distancias y ángulos con precisión asombrosa. Incluso tienen la capacidad instintiva de compensar la dirección de los disparos con la refracción causada por la superficie del agua. Estos peces también están dotados de un camuflaje natural que les hace casi invisibles desde fuera del agua.

¿Cómo pudo este pez haber evolucionado con esas habilidades tan únicas? ¿Acaso fue el instinto de supervivencia lo que le hizo evolucionar? Por cierto que no. El hecho es que estos peces también se alimentan con frecuencia tal como lo hace cualquier otro pez, y podrían sobrevivir sin contar con sus habilidades prodigiosas como arqueros. Es como si optaran por utilizar su talento especial en forma de pasatiempo o deporte.

Otra criatura interesante es el caballito de mar. Estos animales son una especie de pez pero no se parecen a otros peces. Sus cabezas parecidas a la de los caballos son perpendiculares a sus cuerpos, y por eso se conocen por el nombre que les ha sido asignado. A pesar de su apariencia, no tienen cuello y por ende no pueden voltear sus cabezas. Sus escamas están fundidas en una armadura de hueso que no les hace muy apetitosos para peces de caza. Nadan en dirección vertical en el agua y pueden aferrarse a cualquier cosa con sus colas para no ser llevados lejos por corrientes marinas. Algo muy sorprendente es que para reproducirse recurren a una inversión de funciones bastante inusual. La hembra deposita sus huevos en una bolsa semejante a un vientre que el macho posee, y por eso la gestación tiene lugar en el cuerpo del macho. Al momento de nacer, el macho es quien experimenta dolores de parto y da a luz otros caballitos de mar. El macho también se encarga de alimentar a los recién nacidos como lo hacen las hembras en la mayoría de otras especies. ¿Cuál es la razón de ser de estas características extraordinarias? No existe evidencia alguna de transiciones genéticas o especies intermedias entre

caballitos de mar y otros peces. Esto se debe a que tampoco evolucionaron a partir de otra especie, más bien son una parte especial y única de la creación original de Dios.

También tenemos a los cangrejos ermitaños. A diferencia de otros cangrejos, los ermitaños no tienen su propio caparazón. Su abdomen es suave y serían presa fácil si no contaran con algún medio de protección. Por eso toman caparazones prestados de varios tipos de moluscos. Siempre utilizan conchas vacías y nunca aniquilan a sus ocupantes. Además, migran de una concha a la siguiente a medida que aumentan de tamaño. El cuerpo del cangrejo tiene curvas naturales y flexibles que le permiten acomodarse a cualquier concha. Las patas del cangrejo tienen un diseño perfecto para su hábitat, de tal modo que solo utiliza las patas que tiene detrás de sus tenazas para desplazarse, mientras las patas traseras sirven para aferrarse al caparazón prestado. La tenaza derecha del cangrejo, que por lo general es la más grande, sirve como una puerta para cubrir la apertura de la concha siempre que el cangrejo se resguarda en el interior. Estos cangrejos tienen una relación simbiótica con las anémonas de mar. Las anémonas de mar tienen células punzantes que repelen a las demás criaturas, pero los cangrejos ermitaños se asocian con ellas para darles un medio de transporte a cambio de sus servicios sanitarios. Cada vez que el cangrejo cambia de concha, la misma anémona le sigue en su mudanza. Además, la anémona se alimenta de los sobrados que deja el cangrejo, y el cangrejo es protegido de otros predadores gracias a las dotes ponzoñosas de la anémona.

¿Acaso adquirieron los cangrejos estas características a través de largos procesos evolutivos? Por cierto que no. La ausencia de su propia coraza protectora va en contra del principio evolutivo de supervivencia de los mejor adaptados. Además, la evolución de un cuerpo que se adapta con tanta perfección al caparazón de otra criatura es imposible de explicar con arreglo a principios evolutivos. El cangrejo ermitaño es una evidencia más de la intervención de un Creador inteligente.[2]

Los pepinos de mar son otra especie asombrosa. Son criaturas invertebradas y semejantes a moluscos que tienen cinco hileras de pies distribuidos a lo ancho, como la costura de un balón de fútbol americano. Tienen una boca en cada extremo, y alrededor de cada boca tienen varios tentáculos. El pepino de

mar se alimenta al plantarse en un lugar donde la corriente marina transporte porciones continuas de plancton, mariscos pequeños y otras partículas orgánicas. El animal extiende los tentáculos para recolectar la comida e introduce en sus bocas un tentáculo a la vez para succionar su contenido. Una variedad muy peculiar de animal acuático conocida como el pez perla, se refugia durante el día dentro del pepino de mar, donde se alimenta de los órganos internos de su anfitrión. Esto no hace daño al pepino de mar porque tiene la capacidad de regenerar sus propios órganos. Al llegar la noche, el pez perla sale del aparato digestivo del pepino de mar y se aleja para complementar su dieta con crustáceos pequeños.

El pepino de mar tiene un mecanismo de defensa asombroso. Al ser atacado, expele sus propios órganos internos, con lo cual queda satisfecho el depredador y el pepino de mar solo tiene que regenerar órganos nuevos. Otro mecanismo de defensa consiste de una substancia pegajosa secretada por la criatura. Si esta substancia se adhiriera a su cabello, no podría librarse de ella sin cortar el pelo de raíz, y es tan pegajosa que es utilizada por la industria farmacéutica a fin de producir ungüentos específicos para cerrar heridas.

¿Pudo ser todo esto producto del azar evolutivo? Por cierto que no. Más bien se suma a la montaña de pruebas de que un Creador sabio y omnipotente diseñó cada una de estas criaturas porque así le plació.

Usted puede escoger cualquier criatura del mar y recitar una lista similar de maravillas creativas. Considere la inteligencia admirable de las ballenas y los delfines. Los océanos están repletos de una enorme variedad de criaturas como estrellas de mar, cefalópodos, anguilas eléctricas, tiburones blancos, mariscos, peces espada, caracoles, moluscos, pulpos y crustáceos de todo tipo. Existen microorganismos incontables, plancton, langostinos, almejas y otras criaturas diminutas. Incluso existen peces sorprendentes que viven a profundidades en que se creía imposible la presencia de seres vivos. Todo esto fue creado de manera instantánea con el mandato de Dios en el día quinto.

Génesis 1:21 contiene una frase fascinante: "grandes monstruos marinos". La palabra hebrea es *tannin*, y puede hacer referencia a cualquier criatura de gran tamaño, así como también "dragón" o "serpiente del mar". Esa referencia a un tipo específico de criatura parece significativa. ¿Por qué se hace mención

especial de los *tannin* en el texto? Quizá la respuesta se encuentra en el hecho de que la mitología antigua de Egipto y Mesopotamia estaba llena de cuentos fantásticos acerca de monstruos marinos. Como los paganos suponían que se trataba de dioses a los cuales temían y rendían culto como deidades marinas, eran considerados en muchos casos la encarnación del mal. Tales mitos eran muy comunes en la época en que Moisés escribió este relato. Por eso el texto bíblico declara aquí de manera rotunda que Dios creó aun las criaturas más grandes y temibles de las profundidades del mar. No se trata de dioses que deban ser temidos, sino seres creados como todas las demás formas de vida que Dios creó. Así el texto bíblico recalca la soberanía de Dios y desautoriza todos los mitos paganos acerca de las criaturas de Dios.

Él también creó "toda ave alada según su especie" (v. 21). De nuevo, esto alude a la creación inmediata de todas las variedades de criaturas voladoras. En la manera más clara posible, el texto bíblico afirma que todas ellas fueron creadas al mismo tiempo por mandato del Señor, y ninguna especie evolucionó a partir de otra.

La variedad de criaturas de vuelo es tan asombrosa y magnífica como cualquier otro aspecto de la creación. La diversidad fabulosa de colores y contrastes entre aves es reconocida por cualquier observador de la naturaleza, y revela con igual claridad que los demás aspectos de nuestro mundo el amor del Creador por la belleza y el ingenio creativo.

Estamos acostumbrados a la hermosura de aves como los flamingos de tonalidades rosa, los papagayos de colores abigarrados, los pavos reales con plumas largas y adornos brillantes, las garzas blancas con cuellos largos y elásticos, los faisanes espectaculares con colas largas, y las cacatúas con sus plumas exóticas. Desde las águilas y los halcones hasta los colibríes y las palomas, todas las aves revelan una originalidad creativa de riqueza insuperable. La vida que llena nuestros cielos es tan llena de maravillas como la vida que *llena nuestros mares.*

Considere a los pelícanos, por ejemplo. La extensión de sus alas puede alcanzar hasta los dos metros y medio. Tienen un pico largo con una bolsa expansible por debajo que puede transportar tres veces más comida que la capacidad del estómago del pelícano. Tragan el alimento entero y resulta

divertido observar a un pelícano que traga cosas más anchas que su propio cuello. Es sorprendente la manera como estas aves inmensas hacen clavados en el agua desde alturas considerables a fin de pescar su comida. A pesar de su tamaño y lo prolongado de sus cuellos, estas aves se las arreglan para ser pescadores prodigiosos de alto vuelo. Su bolsa está diseñada para escurrir el agua como un colador que atrapa el alimento y deja salir el agua. ¿Serán estas aves magníficas el producto de la casualidad y el azar, o reflejan más bien la sabiduría del Creador? La respuesta es obvia.

El albatros es otra ave sorprendente. Sus alas extendidas miden casi seis metros y es el ave voladora más grande de las que no están en vía de extinción. Un albatros adulto puede volar mil seiscientos kilómetros en un solo día. Flotan en el aire casi todo el tiempo y solo se detienen sobre el agua o encima de embarcaciones para descansar. Logran estas grandes hazañas de vuelo porque saben navegar a lo largo de distancias inmensas con sus alas extendidas, a fin de aprovechar las corrientes de aire para mantener su altitud sin tener que batir las alas por largos períodos de tiempo. Un albatros joven puede dar hasta siete vueltas al mundo sin tocar tierra. La única ocasión en que un albatros aterriza es con el fin de reproducirse en la región antártica, y esto lo hace más o menos cada tres años, con un solo huevo en cada temporada de crianza. Un albatros puede beber agua de mar y excreta la sal de más a través de sus conductos nasales. Algunos de ellos viven hasta ochenta años. ¿Acaso tales propiedades tan sorprendentes evolucionaron como resultado de algún proceso natural? Difícil de imaginar. La evolución no tiene forma de explicar esas características tan impresionantes, sobre todo en una especie cuyo sistema de reproducción es tan poco eficiente. El albatros es una criatura única que solo pudo haber sido diseñada por un Creador de sabiduría infinita.

El petirrojo carpintero tiene cuatro dedos fuertes que le permiten asirse con firmeza a los troncos de los árboles. Utiliza su pico prolongado y puntiagudo para hacer huecos en coníferas y construir allí sus nidos. Un solo pájaro puede pasar hasta tres años en la construcción de su hogar. El depredador principal del pájaro carpintero es la serpiente ratonera. Estas serpientes pueden subir árboles, y como medida de protección, el pájaro carpintero hace varios hoyos pequeños alrededor del hoyo donde tiene su

nido. Cada vez que la serpiente intenta subir, entra en contacto con la resina pegajosa del árbol que sale de esos hoyos, y es incapaz de avanzar. Para asegurarse un flujo constante de savia, el pájaro carpintero debe hacer mantenimiento diario a los hoyos resinosos. Para el árbol no es dañina la presencia del pájaro, ya que este se alimenta de insectos y hormigas que sí destruyen el árbol.

Un pájaro carpintero puede martillar unas quinientas veces por minuto, es decir, ocho martillazos por segundo. El pico del pájaro golpea la madera a una velocidad de veinte kilómetros por hora, lo cual significa que su cabeza percute contra el tronco con más ímpetu que el que usted sentiría si estrellara su cabeza contra un árbol después de correr lo más rápido que pudiera hacia el árbol. ¡Imagine lo que sentiría si hiciera eso mismo quinientas veces por minuto! Ahora bien, la cabeza del pájaro carpintero fue diseñada con un sistema incorporado de absorción de golpes que protege por completo al cerebro. Una criatura tan maravillosa solo pudo ser el producto de la inteligencia divina.

En los mamíferos y en casi todos los demás animales, el macho porta cromosomas XY y las hembras tienen cromosomas XX. Así pues, en la mayoría de las especies, el macho es quien determina el sexo de la descendencia. Sin embargo, en las aves (al igual que las polillas y las mariposas), la situación es al revés y las hembras son las que portan el cromosoma XY mientras que los machos están configurados como XX.

La migración de las aves es otro ejemplo asombroso de la sabiduría infinita del Creador. Muchas aves migratorias recorren distancias enormes cada año con una precisión admirable. Las golondrinas de mar tienen el récord de la migración más extensa. Se desplazan desde el polo norte hasta el polo sur y otra vez de vuelta año tras año. La mayoría de las aves migratorias hacen sus recorridos de noche. Lo hacen porque navegan guiadas por las estrellas. Ciertos estudios han mostrado que aun las aves migratorias criadas en cautiverio pueden orientarse sin problemas tan pronto ven las estrellas por primera vez. Ciertas pruebas realizadas en planetarios muestran que las aves saben en qué dirección deben volar siempre y cuando las estrellas del cielo artificial se encuentren en la posición correcta. Si se cambia la posición de las estrellas en el planetario, las aves también quedan confundidas.

¿Cómo adquirieron las aves unas habilidades tan extraordinarias? El caso es que no las adquirieron en absoluto porque se trata de habilidades innatas que un Creador inteligente incorporó en su diseño único e irrepetible. Otros instintos propios de las aves, como el conocimiento de la técnica específica para construir tantos y tan diferentes tipos de nidos, también revelan la sabiduría del Creador.

Cada aspecto de la creación está lleno de detalles y maravillas fascinantes por igual. ¿Cómo pudo suceder todo esto como resultado del azar? La respuesta clara es que el azar jamás lo habría producido. La creación ocurrió tal como la Biblia dice que ocurrió.

"Y vio Dios que era bueno" (v. 21). Su propia bondad está reflejada en todo lo creado por Él. Aun en nuestra condición de seres caídos, podemos ver su bondad al observar con cuánto esmero y perfección diseñó todo lo que hizo. Todas las criaturas marinas, desde los moluscos hasta los grandes escualos y ballenas, así como todas las aves que llenan nuestros cielos, desde la tórtola más común hasta el águila más magnificente, demuestran a su peculiar manera la bondad y belleza infinitas del Creador. Él hizo todas estas criaturas maravillosas para su propia complacencia, y Él supervisa de manera continua cada detalle de su creación conforme a su providencia soberana y amorosa. Jesús dijo que ni siquiera un solo pajarillo cae a tierra por fuera de la voluntad de su Padre (Mt. 10:29).

PROCREACIÓN

Todos los organismos vivos tienen propiedades asombrosas. En primer lugar, subsisten por sí mismos, lo cual significa que cuentan con los medios para sustentar su propia existencia: obtener alimento, respirar de su atmósfera (los peces en su hidrosfera), y defenderse de depredadores y otras amenazas naturales en su hábitat. Todos tienen métodos únicos para garantizar su supervivencia, los cuales se ajustan de manera perfecta y armónica al medio ambiente. En segundo lugar, se restauran a sí mismos. Si se lastiman, cuentan con los medios para sanar y recuperarse. Si se cansan, pueden ganar nuevas fuerzas mediante el descanso. En tercer lugar, se reproducen a sí mismos. Tienen

medios incorporados e innatos para propagar su propia especie y producir nuevos individuos en la familia. Todas estas son capacidades inherentes a la vida misma que Dios creó.

Este es un hecho que demuestra con bastante evidencia la necesidad de un diseñador inteligente. Considere las grandes dificultades que tendrían que enfrentarse al crear una máquina que pudiera ser en sí misma la fuente de su propia subsistencia, restauración y reproducción. Esas máquinas existen solo en teoría y constituyen el sueño más ambicioso de los inventores humanos. Se denominan "máquinas Von Neumann" en memoria del científico y matemático húngaro John Von Neumann, quien vivió en la segunda mitad del siglo veinte. Von Neumann mantuvo la hipótesis de que debería ser posible crear una máquina que se sustentara, restaurara y reprodujera por sí misma. La investigación moderna en el campo de la inteligencia artificial todavía se basa en el trabajo de Von Neumann, y las computadoras modernas son el producto de sus ideas revolucionarias, pero lo cierto es que la ciencia no ha sido capaz de desarrollar una máquina que en verdad pueda subsistir, mantenerse y multiplicarse por sí misma. La dificultad y la complejidad propias de la creación de algo que posea todas esas cualidades y habilidades sigue fuera del alcance de la ciencia moderna.

Esto sirve para reconocer la maravilla absoluta de un objeto casi invisible que posee todas esas cualidades y habilidades: la célula. Si esto no es una prueba rotunda y convincente de la existencia de un diseñador inteligente, ¿qué más podría serlo?

Dios incorporó en su creación medios por los cuales cada especie creada por Él pudiera a su vez multiplicarse a sí misma mediante la procreación. Esto no ocurre tan solo a escala de células individuales por medio de la mitosis y la meiosis para regeneración y creación de tejidos y órganos, sino también en una escala más amplia, porque todas las especies vivas tienen capacidad reproductora. Además, los medios de procreación de cada especie son tan diversos como las formas de vida mismas.

Génesis 1:22 nos enseña lo siguiente: "y Dios los bendijo, diciendo: Fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares, y multiplíquense las aves en la tierra". El hecho de que se mencione la procreación en este

contexto derriba por completo la noción de que el lenguaje bíblico aquí sea la mera descripción simbólica de cómo evolucionaron los seres vivos. Las Escrituras enseñan de manera expresa que Dios completó su creación de todas las criaturas marinas y de las aves *antes* de darles la orden de reproducirse. Si la evolución fuera cierta, la reproducción animal tendría que haber sucedido durante miles de millones de años antes de que pudieran surgir tantas especies de seres vivos en el mar y en los cielos. Si Génesis 1 fuera una mera descripción en lenguaje simbólico de la manera como evolucionó la vida en la tierra, este versículo sería superfluo e innecesario.

El mensaje ineludible de este pasaje es que Dios creó todos los diferentes seres vivos, cada uno con sus características únicas y completas, con la gran diversidad que se observa en cielo, tierra y mar, y también dotados con la capacidad incorporada de reproducirse cada uno "según su género" y "según su especie" (v. 21). Quienes imaginan que todas estas especies tan diversas surgieron por evolución a partir de una fuente común, han optado por rechazar el significado claro de este texto.

Considere que la expresión doble "según su género" y "según su especie" aparece en el versículo 21, en el versículo 24, en el versículo 25 y en los versículos 11 ("según su género") y 12 ("según su naturaleza"). Esta expresión intercambiable se emplea cada vez que se menciona el concepto de procreación en el registro de Génesis. Cumple la función de recalcar la verdad negada por la evolución: que al reproducirse las criaturas vivientes, solo pueden producir criaturas similares a ellas mismas. En conclusión, los simios jamás podrían engendrar seres humanos.

Miles de personas en el mundo político y académico de la actualidad denuncian ese hecho como si fuera un simple dogma religioso. Luchan por silenciarlo e impedir que sea enseñado a niños y jóvenes en las escuelas. Debemos tener muy en claro que no se trata de un mero dogma religioso, sino que lo aprendemos con base en todos los principios científicos de la genética. La ciencia nunca ha observado, y nunca observará, la evolución de una especie hasta convertirse en una nueva forma de vida. Es una imposibilidad genética, para no mencionar que también es un exabrupto lógico.

Cada ser vivo posee un código genético muy complejo que se almacena en

el ácido desoxirribonucleico (ADN), el cual determina sus características fundamentales. El código del ADN es semejante a un programa de computadora. El ADN contiene la información que permite al organismo reproducirse, sustentarse y restablecerse. La estructura genética de cada organismo vivo también delimita lo que ese organismo es, ni más ni menos. No existe información genética que pueda capacitar a un organismo para transformarse en algo que no es.

La genética es una ciencia muy reciente. De hecho, el padre de los estudios genéticos fue Gregorio Mendel, contemporáneo de Darwin. Por esa razón, Darwin no estuvo al tanto de muchas cosas que enseña la genética moderna acerca de la reproducción al interior de las especies.

El doctor en genética Lane P. Lester escribió lo siguiente:

> A mediados del siglo diecinueve, algunos científicos creyeron que las variaciones ocasionadas por el ambiente podían transmitirse de una generación a la siguiente. Carlos Darwin aceptó esta falacia, y es indudable que esto facilitó su creencia de que una criatura pudiera transformarse en otra con el paso del tiempo. Por esta razón, explicó en parte el origen del cuello prolongado de la jirafa, por medio de 'los efectos heredados de un aumento en la utilización de sus miembros'. En temporadas de escasez de alimentos, según el razonamiento de Darwin, las jirafas estiraban sus cuellos para alcanzar las hojas que colgaban por encima de sus cabezas, lo cual supuso Darwin, trajo como resultado la transmisión hereditaria del estiramiento de sus cuellos a su descendencia.[3]

La genética moderna ha demostrado la falsedad de esa hipótesis. La longitud del cuello de la jirafa viene determinada por su código genético. No existe mecanismo alguno que permita a los animales estirar sus cuellos con arreglo a cambios ambientales. A manera de ilustración, los criadores de perros han cortado por generaciones las colas de sus ejemplares para engalanar ciertas variedades caninas. No obstante, esta práctica *jamás* traerá como resultado el nacimiento de cachorros sin cola. La información que determina la longitud

del cuello de una jirafa y la cola de un perro es parte de la constitución genética del animal, y un cambio en el código genético requeriría algún tipo de mutación, lo cual según los principios del naturalismo solo podría ocurrir por puro accidente.

Para empeorar las cosas, ese es precisamente el escenario aceptado por el evolucionista típico. Según la teoría evolucionista moderna, los millones de especies que existen en el mundo hoy día se han adaptado a su ambiente por medio de una serie de mutaciones genéticas aleatorias y accidentales. Los evolucionistas creen que el cuello largo de la jirafa, así como la capacidad del pepino de mar para generar órganos nuevos, la habilidad del pelícano para zambullirse con precisión en el agua desde más de treinta metros de la superficie, la cabeza del pájaro carpintero que absorbe sin problema todos los golpes que da en su vida, y la práctica del cangrejo ermitaño de vivir en las conchas abandonadas por otros animales, son el resultado de accidentes fortuitos aunque muy afortunados. Multiplique esto por los millones de otras especies biológicas que se han adaptado a la perfección a su ambiente, y empezará a darse una idea del salto gigantesco de fe (o más bien de credulidad ingenua) que se requiere para poder creer en la evolución.

Cuanto más descubre la ciencia acerca de la genética, más problemas espinosos tiene por resolver la doctrina de la evolución. Considere a continuación algunos de los hechos de la genética.

La información genética se encuentra en el ADN, una substancia presente en el núcleo de toda célula viva. Una molécula de ADN, que es la molécula más grande que conoce la ciencia actual, consiste de dos bandas largas que se retuercen para formar una hélice doble que se mantiene unida con eslabones de hidrógeno. Si usted pudiera desdoblar y estirar el ADN de una sola célula humana, tendría casi dos metros de largo pero nada más que la trigésima parte de un millón de millones de un centímetro de ancho. En esta cadena se fijan una serie de unidades que se denominan nucleótidos, los cuales están emparejados entre sí a lo largo de ambas bandas helicoidales. Cada nucleótido se compone de fosfato, un azúcar (desoxirribosa) y una substancia conocida como base. Existen cuatro tipos posibles de bases: *adenina* (A), *timina* (T), *citosina* (C) y *guanina* (G). Un nucleótido que contenga adenina siempre estará

emparejado con un nucleótido que contenga tiamina, y los nucleótidos que contienen citosina siempre van a la par de los nucleótidos que contienen guanina. El vínculo químico mantiene unidos esos pares.

Los genes son secciones cortas en la cadena del ADN. El número de genes presentes en el genoma humano se desconoce. Algunos científicos calculan que existen hasta 120 mil, y los cálculos más bajos empiezan alrededor de los 3 mil, pero debe tenerse en cuenta que cada gen incluye cerca de 3.000 nucleótidos. La secuencia de los nucleótidos compone una especie de código. Algunos científicos que intentan descifrar el código lo escriben con las letras de las cuatro bases: A, T, C y G. Este código contiene toda la información necesaria para todas y cada una de las características y propiedades de cada ser humano en el planeta. Es un código impresionante porque existen más de tres mil millones de nucleótidos en cada molécula de ADN humano. La cantidad de información detallada que puede incorporarse en una estructura tan diminuta es desconcertante, ya que en caracteres legibles para nosotros llenaría varias decenas de bibliotecas grandes.

El número y el ordenamiento de los nucleótidos son únicos para cada especie. Esto significa que cada organismo vivo ha sido programado de manera diferente, y el programa genético es lo que determina aspectos como apariencia, composición, tamaño y función, no solo de la criatura misma sino también de cada órgano e incluso de cada célula individual que forma parte del organismo completo.

¿De dónde salió toda esta información genética? Nadie puede afirmar en su sano juicio que salió de la nada. Debería ser obvio para cualquier persona que esos trozos magníficos de información no cayeron en el lugar correcto por arte de magia o como producto de un accidente.

¿Qué decir de las mutaciones? Sabemos que los genes pueden experimentar mutaciones en algunos casos. Ciertos cambios ocurren en la estructura del ADN que ocasionan cambios en la apariencia de las criaturas. ¿Acaso podría una serie de mutaciones aleatorias ser la explicación de cómo una especie evolucionó para convertirse en otra?

No en absoluto. Las mutaciones pueden alterar o *destruir* información existente en el código genético de un organismo, pero no pueden *añadir* nueva

información. Las mutaciones son errores genéticos y pueden causar una forma de evolución conocida como *microevolución*, en la cual se aplican cambios leves en ciertas características de una especie. Por ejemplo, las diferentes razas de perros y estirpes de caballos son productos de la microevolución. Por otro lado, esos errores genéticos leves no pueden explicar la *macroevolución*, que no ha pasado de ser un proceso teórico según el cual se introducen nuevas especies que antes no existían. Mientras que es fácil entender cómo una especie de insecto pueda perder sus alas y su capacidad para volar debido a ciertas mutaciones genéticas explicables, no se sabe de algún proceso genético que pudiera explicar cómo una especie de criatura no voladora desarrollara una estructura tan compleja como las alas y una habilidad tan difícil como el vuelo.

Los científicos han experimentado con los mosquitos de la fruta durante más de un siglo. Desde 1910, cuando se observó su primera mutación, han registrado casi tres mil mutaciones aleatorias. Según el doctor Lester: "todas las mutaciones se pueden clasificar como dañinas o inofensivas, pero ninguna de ellas ha producido una especie más exitosa o avanzada de mosca".[4]

La información genética que pudiera dotar a una especie de estructuras y habilidades complejas que antes no tenía, como alas para volar o branquias para respirar bajo el agua, sería algo demasiado complicado que jamás podría explicarse en términos de mutaciones aleatorias. La información tendría que proceder de una fuente concreta con un diseño elaborado y preciso. El finado doctor A. E. Wilder Smith, un químico británico que defendió con firmeza el creacionismo bíblico, escribió:

> Si un tipo primigenio de ameba fuera a convertirse en un primate, esa célula primigenia tendría que recolectar una cantidad enorme de información nueva acerca de cómo generar riñones, hígados, corazones de cuatro cavidades, cerebro y cerebelo, etc. La síntesis de órganos como el cerebro de un primate en sistemas entrópicos tan reducidos, requiere toda suerte de información concreta que no se encuentra por ninguna parte dentro de la ameba primigenia. De forma similar, la materia inorgánica tendría que recibir cantidades enormes de información nueva antes de estar en capacidad de sintetizar una sola ameba orgánica.

> Si suponemos que la forma de vida primigenia y original era una especie de ameba, se justifica preguntar: ¿dónde obtuvo el casi infinito número de trozos de información requeridos, y cómo se las arregló para almacenarlos y organizarlos en su sistema de información y búsqueda de ADN? Para transformar la célula de una ameba en células de mamíferos, primates, moluscos o plantas, se requieren todavía más trozos nuevos de información concreta y correcta. Sin importar cuánto tiempo pase, ni la ameba primigenia ni la materia inorgánica de la cual se supone que provino, pueden obtener por sí mismas el tipo tan especializado y complejo de información necesaria para transformar esa ameba en un primate antropoide. ¿Acaso es legítimo suponer que esas cantidades increíbles de información surjan de forma espontánea de la nada, es decir, como producto del azar?[5]

La información codificada que se encuentra en la estructura genética de cada ser vivo no surge de la nada ni por azar. Por lógica se sabe que tiene una fuente, y es indudable que esa fuente debe ser un diseñador inteligente.

Jamás se podría producir una cantata de Bach con la combinación azarosa de ruidos arbitrarios. Las letras contenidas en un océano de sopa de letras jamás podrían juntarse al azar para formar una sola frase de Moby Dick. Siempre que escuchamos música, sabemos que debió ser compuesta por alguien. Al leer un escrito coherente, sabemos que tuvo un autor. ¿Cuánto más se aplica este principio básico a la información detallada que se encuentra en el ADN de cada ser viviente?

Los científicos en este mismo momento prestan mucha atención a las ondas de radio aleatorias que todo el tiempo bombardean la tierra desde el espacio exterior. Los hombres y mujeres que participan en el proyecto *SETI* para la búsqueda de vida inteligente fuera de la tierra han observado los cielos durante muchos años, siempre atentos a cualquier cosa que pudiera indicar la existencia de vida inteligente en otros planetas. Todo lo que oyen es ruido arbitrario. Si escucharan algún patrón de cualquier clase en ese ruido, algún código que apuntara en dirección a cualquier *información* coherente, esto se convertiría en noticia de primera plana a escala mundial. El hallazgo sería considerado

como la prueba definitiva de que sí existe vida inteligente fuera del planeta Tierra.

Sin embargo, multitudes de hombres y mujeres en la comunidad científica que han estudiado el código del ADN y que se han maravillado ante la eficiencia y complejidad con que regula el desarrollo de cada cosa viviente, rechazan de plano el argumento de que el ADN ofrezca alguna evidencia de un Creador inteligente. ¿Por qué? Porque la creencia en la evolución es una decisión espiritual, no racional, que han tomado por voluntad propia. Se han cegado a sí mismos para elegir el azar porque no quieren ser responsables ante un Creador personal y santo.

Los científicos siceros deben admitir que toda la vida tuvo que ser diseñada por una mente de inteligencia infinita. Cuanto más se observa y estudia la vida en este planeta, más compleja resulta para cualquier científico. El cerebro humano es un millón de veces más complejo que el transbordador espacial de la NASA. El cerebro tiene por lo menos seis millones de partes funcionales. A nadie se le ocurriría pensar que el transbordador espacial haya evolucionado por azar a partir de la nada. ¿Por qué habríamos de tener ideas de tal índole con respecto a la vida misma?

Estoy convencido de que las Escrituras nos dan una explicación confiable y verdadera de cómo fue creada la vida en la tierra. Desde su primera aparición en la tierra el día quinto, hubo una gran variedad de seres vivientes que de ahí en adelante se reprodujeron cada uno "según su especie". Dios les había programado con todas las características que necesitaban para prosperar en su ambiente, y han prosperado mucho desde entonces. La microevolución, la mutación genética y otros procesos similares pueden añadir algo a esa variedad con la producción de familias diferentes dentro de una misma especie, pero las diferencias fundamentales entre todas las criaturas fueron programadas al momento de su creación por un Creador de sabiduría infinita, quien declaró bueno todo lo que había hecho.

Génesis 1:23 continúa la cuenta regresiva de la creación con el patrón familiar: "y fue la tarde y la mañana el día quinto".

Faltaba un día más en la creación antes del reposo de Dios. El día sexto habría de ser el día más importante de todos.

Luego dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su género, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie. Y fue así. E hizo Dios animales de la tierra según su género, y ganado según su género, y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno.

—Génesis 1:24-25

7

BESTIAS Y ANIMALES QUE SE ARRASTRAN

Génesis 1:24-25

Al romper el alba el día sexto, Dios dio los toques finales al hábitat que había creado para el hombre. En el quinto día había llenado el mar y el cielo de vida, y en el sexto hizo lo mismo en la tierra seca:

> Luego dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su género, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie. Y fue así. E hizo Dios animales de la tierra según su género, y ganado según su género, y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno. (Gn. 1:24-25)

El medio de creación es el mismo que se ha utilizado todos los días anteriores: "Luego dijo Dios..." (v. 24); "E hizo Dios..." (v. 25). Estas expresiones corresponden a un paralelismo hebreo. En otras palabras, son expresiones equivalentes que se explican entre sí para sellar la claridad inequívoca del registro bíblico. La obra creativa de Dios fue instantánea, llevada a cabo nada más y nada menos que por su decreto creador. Él solo tuvo que dar la orden para que las cosas aparecieran, "y fue así" (v. 24). Lo que Él mandó quedó terminado al instante y en el lugar que le fue fijado desde el principio.

Como lo habíamos notado antes, el día sexto corresponde al día tercero de la creación así como los días cuatro y cinco se relacionan con los días uno y

dos. En el día primero Dios creó la luz, en el día cuarto hizo las lumbreras. En el día segundo Él separó el mar del cielo con el firmamento, en el día quinto llenó el mar y el cielo de seres vivos. En el día tercero hizo aparecer la tierra seca, y ahora en el día sexto llena la tierra de criaturas vivientes.

Con el amanecer del día sexto, vemos la introducción de toda clase de animales terrestres: "bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie" (v. 24). Esto incluye todo tipo de criatura que habita la tierra, desde los insectos y los gusanos hasta los elefantes y las jirafas.

Una vez más, el registro bíblico establece sin lugar a dudas que estas criaturas no evolucionaron de formas inferiores de vida procedentes del mar ni tampoco de aves prehistóricas. Todas fueron creadas de forma simultánea e instantánea. Para subrayar este hecho, la Biblia nombra tres categorías que Dios creó: "bestias y serpientes y animales de la tierra". Ninguna criatura de Dios evolucionó a partir de otra, todas existieron por separado al mandato divino.

La división en tres categorías es muy sencilla. Los biólogos modernos clasifican las especies biológicas por una jerarquía de categorías que se conoce como el sistema de Linneo. Cada criatura es designada con arreglo a su identidad dentro de las siguientes categorías de mayor a menor: reino, fila, clase, orden, familia, género y especie. Sin embargo, las tres categorías bíblicas no se mencionan con el propósito de establecer una taxonomía técnica de ese tipo, sino por la sencilla razón de clasificar a grosso modo todas las criaturas terrestres.

La palabra hebrea que se traduce "bestias" es una palabra que puede aplicarse al ganado y a los animales que pueden ser domesticados: ovejas, cabras, bueyes y vacas sin lugar a duda están incluidos en esta categoría. Ahora bien, "serpientes" en hebreo incluye también reptiles, insectos y quizás mamíferos pequeños con patas cortas, como es el caso de las ardillas y los roedores. En tercer lugar, "animales de la tierra" es una expresión genérica que abarca a todos los demás tipos de animales. Esas tres categorías de criaturas fueron creadas el mismo día por el mismo acto creador *fiat*: "produzca la tierra... y fue así". El hecho de que las categorías sean nombradas de nuevo aunque en orden diferente en el versículo 25 también confirma esto.

En el versículo 24 Dios dice: "*produzca la tierra* seres vivientes según su

género" (cursivas añadidas). Esta es una expresión muy interesante. No implica que la tierra posea fuerza o talento creador en sí misma, ni que el suelo tenga la capacidad de generar vida. Por supuesto, tampoco sugiere que estas formas de vida hayan evolucionado a partir de la materia inanimada. Sin embargo, nos recuerda que las criaturas hechas por Dios están compuestas de los mismos elementos que la tierra. Génesis 2:19 afirma esto, pues dice que Dios formó "de la tierra" a los animales vivientes. Al morir, los cuerpos de estas criaturas se descomponen y vuelven a la tierra. Como veremos en el capítulo 8, esto también es cierto acerca de los seres humanos. Adán fue formado del polvo de la tierra. Al morir, nuestros cuerpos vuelven al polvo (Gn. 3:19). Aun esto revela la sabiduría infinita del Creador.

Note que los versículos 24 y 25 reiteran las frases "según su género" y "según su especie" en cinco ocasiones. La frase ocurre un total de diez veces en Génesis 1 para recalcar con firmeza las limitaciones que Dios puso a las variaciones dentro de las especies. Como vimos en el capítulo anterior, el código genético que está incorporado en cada forma de vida, mantiene fijas las características de los diversos tipos y especies de vida. Esto descarta la generación espontánea al igual que la macroevolución. Aquí tanto la Biblia como la ciencia se ponen de acuerdo en contra de la doctrina evolutiva.

Como vimos con el estudio de la creación de las estrellas, las criaturas marinas y las aves, la variedad de lo que Dios creó es asombrosa por decir lo menos. Es un mundo lleno de maravillas que hacen evidente la sabiduría de un Creador todopoderoso.

BESTIAS

Al mirar cada categoría individual, empezamos con las "bestias" o ganado común. Estos animales son fascinantes. Su sistema digestivo es una de las grandes maravillas del diseño creativo. Las vacas, al igual que la mayoría de los rumiantes, tienen cuatro estómagos. En realidad, es más preciso afirmar que su estómago es un órgano complejo que se divide en cuatro cavidades. Al ingerir hierba o forraje, la fibra masticada parcialmente pasa a la primera cavidad estomacal de la vaca, que se denomina rumen. Allí se fermenta uno o

dos días. La presencia de bacteria benéfica en el rumen ocasiona la fermentación, y así se empieza el proceso de descomponer la celulosa y convertirla en azúcares simples. La primera cámara del estómago de la vaca es inmensa, con capacidad cercana a los cincuenta galones.

Ahora bien, la vaca también ingiere entre veinticinco y cincuenta galones diarios de agua, pero esta no va al rumen sino que fluye directamente a la segunda cavidad, el *reticulum*, donde se mezcla con enzimas digestivas y más fermentos de bacteria. Mientras tanto, la acción peristáltica que consiste en movimientos musculares del estómago, da vueltas al follaje en la primera cámara hasta que lo convierte en bolas pequeñas, y esas bolas con fermentación parcial son empujadas luego a la segunda cavidad, donde se impregnan con el líquido saturado con enzimas.

Más adelante, tan pronto la vaca tiene tiempo para rumiar, el animal regurgita esas bolas rezumantes de fibra que están en la segunda cavidad del estómago, y las mastica en trozos más finos antes de volver a tragar el alimento. A esto se refiere la Biblia con la mención de la vaca como uno de los animales "que tiene pezuña hendida y que rumia" (Lv. 11:3). Una vaca típica pasa unas seis horas al día en la ingestión de alimento, y cerca de ocho horas para rumiar lo ingerido.

Ese alimento rumiado y masticado vuelve a ser tragado, esta vez en estado casi líquido, y pasa directamente a la segunda cavidad. La estructura de la segunda cámara permite la filtración del alimento rumiado y masticado. Se permite el paso de las partículas más pequeñas a la tercera cámara, mientras que las más grandes quedan en la segunda cavidad para ser regurgitadas y masticadas otra vez.

La tercera cavidad se llama *omasum*. Allí, el exceso de líquido se reabsorbe y el alimento masticado se compacta mientras su composición química es aprovechada todavía más por el proceso digestivo.

Ese alimento fino y compacto pasa de la tercera a la cuarta cavidad, que se denomina *abomasum*. Esta cavidad funciona de manera muy similar al estómago de otros mamíferos. Allí se secretan ácidos y enzimas digestivas fuertes que completan el proceso digestivo. De allí pasan los nutrientes al sistema sanguíneo de la vaca para sustentarla y suministrar nutrientes vitales

para sus demás sistemas y funciones, como es el caso de la producción de leche.

Este diseño admirable permite que la vaca disfrute un alimento nutritivo a partir de algo tan simple como la hierba, lo cual resulta imposible para mamíferos no equipados con estómagos de cavidades múltiples en los que se pueda digerir la celulosa.

Es un diseño de eficiencia inmejorable que convierte la celulosa, un compuesto que no somos capaces de digerir, en alimentos comestibles y deliciosos como leche, crema, mantequilla, queso y muchos otros productos lácteos. La vaca lechera típica produce más de cinco mil litros de leche al año. Una vaca puede suministrar leche para unas sesenta personas. Las vacas son bastante tragonas, y una sola vaca puede producir hasta diez toneladas de estiércol al año, con lo cual devuelve al pasto nutrientes indispensables para su renovación. En algunas culturas el estiércol también se utiliza como combustible eficiente para la cocción de alimentos.

El ganado bovino cuenta con sentidos muy agudos de oído y olfato. Una vaca puede distinguir un olor a ocho kilómetros de distancia. Sus pezuñas hendidas les permiten recorrer grandes distancias en diferentes tipos de terreno. Se adaptan con facilidad a cualquier ambiente y prosperan tanto en el frío de las praderas canadienses como en el calor de las llanuras africanas.

Además de ser tan útil, el ganado es bastante duradero. Casi todas las partes de la vaca pueden utilizarse como comida, incluidos sus huesos pezuñas, los cuales se hierven para extraer el colágeno, ingrediente principal de la gelatina y otros productos de consistencia similar. La piel del animal también sirve para producir cuero de gran calidad y durabilidad.

La vaca parece haber sido diseñada de forma muy especial para satisfacer muchas necesidades de los seres humanos. Son de muy fácil domesticación y crianza, por eso abundan en cualquier lugar donde haya gente. Se pueden alimentar de una gran variedad de vida vegetal, por lo cual su alimentación y mantenimiento no son demasiado costosos. Sin duda alguna, la vaca ha sido un regalo generoso de Dios a la humanidad.

Otro animal que parece diseñado de forma especial para ser de utilidad máxima para el hombre es la oveja. Las ovejas también son rumiantes como el

ganado y tienen estómagos similares de cuatro cavidades, pero pueden pastar contentas ciertas plantas que otros animales no se atreven a tocar.

La mayoría de las razas de oveja no tienen buena resistencia al medio ambiente hostil ni a la vida silvestre. Son criaturas pasivas y tímidas que se asustan con facilidad y carecen de medios para defenderse contra sus muchos depredadores. A diferencia de la mayoría de los animales, las ovejas no parecen tener un sentido instintivo de orientación, por lo cual se pierden con gran facilidad. Esa es la razón por la que no les gusta andar solas sino siempre en rebaño. Los corderillos son criaturas delicadas con muy bajas probabilidades de supervivencia en el mundo salvaje, y esto explica que los rebaños de ovejas siempre sobreviven y prosperan bajo el cuidado de un pastor dedicado. La oveja es una de las criaturas más dependientes que existen.

La falta de instinto y defensa propia no son las únicas desventajas que afectan la supervivencia de las ovejas en el mundo salvaje. Su lana gruesa y aceitosa es un imán para la mugre. El barro acumulado no se convierte en polvo al secarse, como sucede a la mayoría de los animales. Por lo tanto, la propia lana de la oveja se convierte en un peligro para el animal debido a su peso y volumen. Esto hace necesario su corte y limpieza constantes, en especial la lana que crece en la cola del animal y puede convertirse en criadero de larva y otras plagas. La expectativa de vida de una oveja solo es de unos ocho años.

Por otro lado, las ovejas se crían con relativa rapidez y facilidad. Son muy útiles para los humanos ya que su lana sirve para la confección de vestimenta que conserva el calor sin obstruir la ventilación que la piel también necesita en cualquier clima. Además resiste bien el fuego y es superior a muchos otros materiales y telas.

Las ovejas también son criadas para la obtención de carne y leche. Han sido parte importante de la civilización desde el principio de la historia escrita. En tiempos modernos desempeñan funciones cruciales en campos como la investigación médica. No dudo que uno de los propósitos principales que tuvo en mente el Creador de estos animales mansos fue el beneficio de la raza humana.

Los camellos también pueden incluirse en el grupo de animales clasificados por las Escrituras como "bestias". Estas criaturas robustas también son

conocidas por su utilidad para la humanidad entera. Aunque no se consideraban como alimento puro bajo la ley mosaica (Lv. 11:4), son bestias de carga muy efectivas y valiosas que se crían y mantienen en cautiverio a causa de su gran utilidad para la humanidad. Los dromedarios árabes o camellos de una sola giba que se mencionan en la Biblia, no se encuentran hoy día en estado salvaje, salvo en Australia y Asia central, donde algunos rebaños salvajes se han formado a partir de algunos ejemplares que fueron importados como bestias de carga domesticadas.

Los camellos trabajan de forma impresionante y pueden llevar cargas de quinientos kilos o más en el desierto, donde el agua es tan escasa. Son capaces de hacerlo gracias a su habilidad para absorber y retener grandes cantidades de agua. Al igual que el ganado y las ovejas, los camellos son rumiantes, pero a diferencia de los demás rumiantes, solo tienen tres cavidades estomacales. La segunda cavidad puede almacenar grandes cantidades de agua, y permite a un camello beber casi treinta galones de agua en diez minutos. Esa cantidad de agua mataría a cualquier animal, pero en el camello es objeto de una absorción lenta en su flujo sanguíneo, gracias a que los glóbulos del camello pueden aumentar hasta tres veces su tamaño normal. Después de tomar agua, el camello puede sobrevivir muchos días sin volver a tomar. Se sabe de camellos que han sobrevivido más de dos semanas y media en climas desérticos calurosos y secos sin tomar agua. El sistema de reciclaje interno de agua en el camello es tan eficiente, que estos animales prodigiosos también pueden absorber casi todo el agua existente en sus propios desechos. Por esa razón, los excrementos del camello pueden utilizarse como combustible tan pronto salen de su cuerpo. La orina del camello también se condensa en diversos grados para ajustarse a los extremos climáticos del desierto. En ciertas ocasiones puede volverse viscosa y retener el doble de la cantidad de sal presente en el agua marina.

Además de esta capacidad asombrosa para retener líquidos corporales, los camellos también pueden soportar los efectos de la deshidratación mejor que cualquier especie. Pueden perder hasta un cuarenta por ciento del total de su peso corporal sin morir, gracias a que su sistema metabólico les permite adaptarse con naturalidad a los cambios en la viscosidad de la sangre.

La giba del camello, que no es un órgano para el almacenamiento de agua

como la mayoría de las personas cree, constituye un bulto macizo de grasa que actúa como reserva alimenticia y permite al camello vivir varios días en las condiciones más extremas del desierto. La giba también aísla al camello del calor y otros efectos de la radiación solar. La temperatura corporal del camello puede ajustarse al ambiente externo y le permite soportar el calor del día y disipar el calor acumulado durante la noche.

¿Cómo adquirió el camello unas habilidades tan asombrosas? La respuesta es clara en las Escrituras: Dios hizo estos animales maravillosos, al igual que hizo los demás tipos de ganado y las criaturas que pueden ser domesticadas por el hombre. El propósito principal que cumplen es glorificar a Dios y servir a la humanidad.

SERPIENTES

Entre las "serpientes" y "todo animal que se arrastra sobre la tierra" incluidos en Génesis 1:24-25 se encuentran variedades incontables de insectos, gusanos, arácnidos, reptiles, mamíferos pequeños y otras criaturas asombrosas. Como nosotros vivimos bajo la maldición del pecado, tenemos la tendencia a considerar muchas de estas criaturas como pestes repugnantes, pero todas ellas fueron creadas con buenos propósitos, y revelan la diversidad creativa, la sabiduría y la gloria de Dios con la misma claridad con que vemos su majestad desplegada en las estrellas. El reino de las "serpientes" y de "todo animal que se arrastra sobre la tierra" es un mundo de maravillas, como en cualquier otro aspecto de la creación de Dios.

Considere por ejemplo el escarabajo bombardero. Este insecto asombroso se encuentra más que todo en los desiertos del estado de Nuevo México. Fue creado con un mecanismo de defensa único que es imposible explicar por medio de la teoría evolutiva. El bombardero produce dos sustancias químicas que acumula en tanques separados en su abdomen. Estas sustancias, la hidraquinina y el peróxido de hidrógeno, son inofensivas en sí mismas pero muy dañinas al mezclarse. Ante una amenaza de muerte, el escarabajo dispara ambos químicos por la parte trasera de su abdomen. Ciertas enzimas catalíticas presentes en un reactor diminuto adyacente a esa válvula de expulsión, dan

inicio a la reacción química, y en el momento preciso el escarabajo apunta con su abdomen y lanza la mezcla explosiva en dirección a los ojos de su atacante. Los químicos mezclados llegan de forma instantánea a la temperatura en que hierve el agua, para aturdir y obstaculizar a cualquier depredador que se acerque demasiado. El escarabajo puede hacer hasta cinco disparos rápidos, y por instinto sabe calcular el momento exacto de la reacción química, justo antes de la expulsión de las sustancias químicas, ya que una falla mínima en la sincronización ocasionaría la destrucción instantánea del animal. ¿Cómo es que el escarabajo sabe qué hacer y en qué momento preciso hacerlo? ¿Acaso un sistema tan complejo de defensa pudo desarrollarse como resultado de algún proceso natural de evolución? Considere todo lo que implica el sistema de defensa del escarabajo bombardero: el escarabajo debe estar en capacidad de producir las sustancias exactas, guardarlas en tanques separados y juntarlas en el momento preciso con la cantidad exacta de enzimas catalíticas. También debe poseer todo el equipo y la capacidad instintiva que requiere para combinar bien los explosivos, así como para apuntar con exactitud en la dirección adecuada y disparar con precisión absoluta justo antes de la explosión. ¿Es razonable pensar que un sistema de esta clase, con tantas partes dependientes entre sí, hubiera sido desarrollado por una criatura en proceso de evolución por medio de cambios genéticos arbitrarios? La respuesta es clara: el escarabajo bombardero es un producto más del diseño inteligente del Creador.

Otra criatura asombrosa es la hormiga. Salomón escribió: "ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio; la cual no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor, prepara en el verano su comida, y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento" (Pr. 6:6-8). Salomón tenía razón. Las hormigas se cuentan entre las especies que trabajan más arduamente en el reino animal. Son capaces de levantar hasta cincuenta veces su propio peso. En comparación, las hormigas también tienen cerebros más grandes que casi cualquier otro animal. Trabajan de manera cooperativa sin necesidad de supervisión. Su vida breve, en algunas especies de tan solo cuarenta y cinco días, es de puro trabajo sin interrupciones: construcción perfecta de sus nidos, búsqueda de alimento, apertura y mantenimiento de nuevas rutas, remoción de obstáculos y reconstrucción inmediata del hormiguero en caso de emergencia, cuidado de

los huevos y transporte de alimento para la hormiga reina y para las hormigas nuevas que vienen en camino, etc. La vida de una hormiga no es cómoda, cada una de ellas se esfuerza y sacrifica a diario para sobrevivir, lo cual pueden hacer aun por debajo del agua si es necesario por algunos días. Pueden sobrevivir temperaturas de congelación así como elevadas temperaturas, y se adaptan con rapidez a cambios abruptos en el ambiente y el clima.

La amplia variedad de especies de hormigas es algo fenomenal. Se han catalogado cerca de diez mil especies diferentes de hormigas, y la mayoría de los entomólogos creen que todavía falta por estudiar miles de otras especies. Las especies más grandes crecen más de tres centímetros, y las más pequeñas en edad adulta solo alcanzan a medir un milímetro. Lo que más impresiona es que las hormigas constituyen más del diez por ciento del total de la biomasa terrestre, es decir que en términos de volumen, todas las hormigas del mundo equivalen a más de la décima parte del tejido vivo en todo el planeta. Los expertos creen que puestas en una balanza, todas las hormigas del mundo superarían en peso a todos los seres humanos en el planeta.

Las hormigas viven en colonias y son incapaces de sobrevivir como individuos. El hormiguero es en sí una especie de organismo en el que cada uno de los individuos, como las células en el cuerpo humano, contribuye al bienestar de toda la colonia. En cada colonia existe una jerarquía compleja pero bien definida. En el centro de la colonia está la reina, en algunas especies una por cada hormiguero y en otras varias. La reina pone entre dos mil y tres mil huevos al día. Las hormigas obreras son hembras estériles y son la mayoría de la población en cualquier colonia. Las hormigas macho existen para fertilizar a la reina y abandonan el nido para morir poco después del acto sexual. Si la reina muere, toda la colonia muere en poco tiempo.

Después que una colonia se establece y se dispone a establecer nuevas colonias, la reina pone huevos especiales que se convierten en machos y reinas jóvenes. Al llegar a la edad adulta, las nuevas reinas y los machos vuelan en enjambres y copulan en el aire mientras se alejan del nido. Un solo vuelo de cópula suministra a la reina todo el esperma que necesitará para fertilizar todos los huevos que pondrá en el transcurso de su vida. Después ella vuela para plantar una nueva colonia, por lo general sin compañía. No obstante, en

algunas especies, varias obreras pequeñas se aferran a las patas de la reina con sus fuertes mandíbulas y viajan con ella para ayudarle en el establecimiento de la nueva colonia.

Tras su vuelo inicial, la reina pierde sus alas y nunca más vuela. Lo primero que hace es preparar su propio nido y sellar la entrada. En la mayoría de las especies, la reina se queda en ese mismo lugar por el resto de su vida. Hasta que las obreras nacen y empiezan a traerle comida, la reina se alimenta de su propia grasa corporal y hasta consume los músculos ahora inútiles que hicieron funcionar sus alas. A partir de ese momento la vida de la reina pasará nada más que en poner huevos. Las reinas viven mucho más tiempo que las obreras, en algunos casos de diez a veinte años. De esta manera cada reina genera y regenera la población de toda su colonia y coloca cientos de miles de huevos en su vida. Para mantener ese ritmo impetuoso, requiere las grandes cantidades de alimento que le traen las hormigas obreras todo el tiempo.

Algunas especies de hormigas se especializan en avasallar otras colonias, y lo que hacen es llevarse los huevos de vuelta a su propia colonia a fin de criar esas hormigas como esclavas. Las hormigas amazonas, por ejemplo, no pueden sobrevivir sin esclavas, ya que la forma de sus mandíbulas les impide cavar sus propios nidos y alimentarse por sí mismas. Por esa razón, no tienen más alternativa que usar a otras especies de hormigas como esclavas.

Otras especies de hormigas cultivan hongos en sus nidos: fertilizan sus jardines subterráneos con hojas y otros tipos de material orgánico, y luego cosechan los hongos para alimentarse. Un tipo de hormiga que cultiva hongos se conoce como "la cortadora de hojas". Estas hormigas utilizan sus mandíbulas afiladas para cortar pedazos grandes de hojas y transportarlos en fila india hasta sus nidos subterráneos, donde mastican las hojas y utilizan la pulpa para cultivar una especie de hongo comestible. Se sabe de ejércitos de hormigas cortadoras de hojas que han acabado con todas las hojas de un frutal en una sola noche.

Las hormigas lecheras viven de la viscosidad dejada por ciertos coleópteros. De hecho, algunas de ellas "ordeñan" a estos insectos que se especializan en chupar plantas, frutas y otras fuentes de azúcar. A manera de intercambio, las hormigas protegen a estos insectos de varios predadores. En el invierno, las

hormigas lecheras guardan en sus nidos los huevos de sus amigos coleópteros, y al nacer en la primavera, las hormigas llevan a los nuevos insectos a las plantas de las que se van a alimentar. Algunas hormigas lecheras mantienen "rebaños" permanentes de coleópteros en sus nidos subterráneos, y allí les utilizan para recolectar la melaza que secretan mientras se alimentan de raíces. Al partir en vuelo colonizador, una hormiga reina de esta especie siempre lleva entre sus mandíbulas el huevo de un coleóptero hembra que habrá de poner huevos de estos insectos útiles en la colonia nueva.

¿Quién enseñó a esos insectos unas técnicas de cultivo y explotación tan eficientes? Es indudable que Dios lo hizo. Él creó las hormigas en una variedad tan abundante y con un sinfín de propósitos que en última instancia resultan benéficos para toda la tierra. Las hormigas cumplen funciones vitales para la conservación, aireación y fertilización del suelo, la polinización de muchas plantas y muchos otros servicios ecológicos y de limpieza en todo el planeta. Las hormigas son tan importantes para el bienestar y el equilibrio de la tierra, que si murieran todas las hormigas del planeta, el efecto sería catastrófico, y todos los ecosistemas terrestres sufrirían un colapso irreversible.

De hecho, las hormigas y las plantas dependen tanto unas de otras, que no habría sido nunca posible la evolución de las unas antes que las otras. Esto también es una prueba más de que solo han pasado apenas cinco días literales desde el comienzo de la creación. Si se hubiera tratado de eras prolongadas y no de días cortos, todas las plantas creadas en el día tercero habrían perecido antes de la llegada de las hormigas en el día sexto. Debieron ser creadas de manera muy cercana, como enseña las Escrituras, en la misma semana de creación. Además, las hormigas son otro recordatorio vívido del ingenio creativo de Dios.

La categoría "serpientes" también incluye a los reptiles. El mundo reptil está lleno de prodigios. Los camaleones, por ejemplo, no solo cambian de color en un instante para hacer un mimetismo completo con su trasfondo, sino que también son capaces de mover un ojo con independencia del otro, de tal modo que pueden ver dos escenas al mismo tiempo. ¿Por qué los camaleones tienen estas habilidades, mientras que otros que según se supone están más arriba en la escalera evolutiva carecen de ellas? La ciencia humana

no puede explicar discrepancias como esta. La Biblia dice que es así porque estas criaturas maravillosas no evolucionaron, sino que sus habilidades increíbles son producto del diseño original de Dios.

El basilisco es un lagarto que puede correr sobre el agua, por eso se le llama en muchas partes dragón o "animal fabuloso". Los dedos de sus patas traseras tienen aletas que permanecen enrolladas mientras se desplaza en tierra, pero al ser perseguido por un depredador, se pone erguido sobre sus patas traseras y corre hacia alguna fuente de agua. Las aletas de los dedos se abren y sus patas se convierten en remos de tamaño suficiente para mantenerle a flote, por lo cual puede correr sobre la superficie del agua una distancia considerable. ¿Acaso el diseño fabuloso de las extremidades del basilisco evolucionó por accidente? Las Escrituras dicen con autoridad que así las diseñó Dios.

Esta categoría de "serpientes" y de "todo animal que se arrastra sobre la tierra" incluye a muchos más animales, y cada especie individual llenaría cientos de páginas de estudios fascinantes. Todas ellas vienen equipadas con mecanismos extraordinarios de defensa como camuflaje incorporado, corazas, armas químicas y otros medios sorprendentes de supervivencia. Por lo que hemos aprendido hasta ahora, casi todas estas criaturas cumplen funciones únicas e importantes. Cada una hace su parte para mantener los ecosistemas terrestres, y la manera como todo funciona con tal perfección es evidencia clara de un Diseñador inteligente.

Al darnos cuenta de que la cantidad enorme de animales, insectos, reptiles y las criaturas incontables que se arrastran sobre la tierra, nos resulta maravilloso pensar que Dios tuvo un intelecto creativo tan grande para diseñar y elaborar formas de vida tan abundantes, complejas y relacionadas entre sí en un solo día, pero así fue.

ANIMALES DE LA TIERRA

La última categoría que se menciona en Génesis 1:24-25 abarca todas las demás criaturas terrestres: "animales de la tierra". Sin duda alguna esto incluye elefantes, leones, tigres, jirafas, osos, lobos, coyotes y otros animales grandes y con extremidades largas que no corresponden a las descripciones genéricas

de "bestias", "serpientes" y "todo animal que se arrastra sobre la tierra". Es probable que "animales de la tierra" también incluyera muchas especies de dinosaurios ahora extintos.

¿Qué pasó con los dinosaurios? Dios en su providencia permitió la extinción de sus especies, y lo más probable es que haya ocurrido alrededor del tiempo del diluvio de Noé. En el escrito más antiguo de toda la Biblia, que es el libro de Job, se incluye la descripción de un dinosaurio herbívoro como el brontosaurio. Esta criatura, llamada *behemot*, "hierba come como buey" (Job 40:15), "su fuerza está en sus lomos, y su vigor en los músculos de su vientre" (v. 16), y "su cola mueve como un cedro" (v. 17). Además, "sus huesos son fuertes como bronce, y sus miembros como barras de hierro" (v. 18). Es tan grande y poderoso que solo el Creador puede matar a un solo ejemplar (v. 19).

Es posible que los dinosaurios hayan perecido con el cambio fuerte del clima terrestre después del diluvio. Sabemos que la expectativa de vida para los humanos se redujo bastante en el mundo posterior al diluvio. En el mundo antediluviano era común que los hombres vivieran novecientos años o más. Después de este cataclismo, la duración de la vida humana se redujo a alrededor de los cien años. Esto pudo ser el resultado de cambios ambientales y atmosféricos bastante fuertes, y ese mismo tipo de cambios podría explicar también la extinción de todas las especies de dinosaurios.

En la actualidad, los elefantes son la especie terrestre más grande en todo el planeta. La trompa del elefante es una de las maravillas del reino animal. Es bastante fuerte para levantar troncos grandes pero también sensible como para levantar del piso un solo maní. La trompa del elefante es el órgano que utiliza para beber, respirar y alimentarse. También es su herramienta principal para palpar objetos y determinar su tamaño, textura y temperatura. La trompa de un elefante típico pesa unos doscientos kilos, puede almacenar hasta cuatro galones de agua, y mide unos tres metros. La trompa es al mismo tiempo la nariz y el labio superior del elefante. Ningún otro animal puede asir cosas ni levantarlas con su nariz, pero los evolucionistas creen que estas características extraordinarias se desarrollaron en el elefante por puro accidente.

Los osos también son criaturas fantásticas. Pueden hibernar en algunos climas hasta siete meses, pero la hibernación de los osos es diferente de la que se observa

en otras especies. Por ejemplo, la hibernación de animales más pequeños como las ardillas y las zarigüeyas, se caracteriza por la temperatura corporal de estos animales que cae a un nivel cercano a la congelación, y el ritmo cardíaco que se reduce a uno dos latidos por minuto. Estos animales entran en un estado frío de adormecimiento cuya interrupción requiere una gran cantidad de tiempo mientras vuelven a despertarse. Por otro lado, la hibernación de un oso se parece más a un descanso nocturno prolongado y profundo. La temperatura del oso no baja más de diez grados Fahrenheit y su ritmo cardíaco se reduce pero mantiene por lo menos doce latidos por minuto. Si el oso es perturbado, puede despertarse con mucha rapidez de su estado reposado, pero el hecho es que mientras está dormido, no ingiere ni expulsa comida. En la mayoría de los animales, pasar varios meses sin hacer sus necesidades ocasionaría una acumulación bastante dañina de toxinas en la sangre. Otros animales que hibernan sí expulsan residuos de la digestión, pero el cuerpo del oso fue diseñado para ajustarse a esos meses prolongados de sueño profundo sin necesidad de expulsar heces. El oso utiliza como combustible su propia grasa acumulada, pero es como si no se produjera desperdicio alguno con el consumo de esa energía interna. Por razones que los biólogos todavía no pueden explicar, el nivel de ácido úrico y otras toxinas en la sangre del oso es el mismo durante la hibernación como en el tiempo en que no hiberna.

Cada animal de la tierra muestra evidencias claras de diseño especial. Todos nacen con inteligencia instintiva que les permite sobrevivir y prosperar en su ambiente respectivo. Todos poseen capacidades admirables que les diferencian de los demás animales. Esto no es ninguna sorpresa, pues todos estos animales fueron creados por un Creador de sabiduría infinita que dotó a cada uno de características extraordinarias. En todo lo que Él ha hecho puede verse con claridad su creatividad sabia y multiforme (Ro. 1:20).

Si observa la vastedad del universo en la noche y contempla todas las maravillas que contiene, quedará cara a cara ante la gloria misma del Creador. Si usted examina una sola gota de agua de pantano bajo el microscopio, verá todavía más evidencias de esa misma gloria. Su creación está llena de maravillas, sin importar en qué lugar y a qué escala decidamos examinarla. Todas las cosas en la creación revelan las huellas del Creador.

Génesis 1:25 repite la frase familiar que nos confirma la apreciación de Dios mismo acerca de su creación: "Y vio Dios que era bueno". Esto es muy significativo porque descarta la posibilidad de deformaciones o mutaciones antes de la caída de Adán en pecado. Por ende, elimina la posibilidad de selección natural y supervivencia de los mejor adaptados. Nunca existieron animales *mal* adaptados o inferiores. No hubo una sola imperfección ni deficiencia. Todo fue *bueno* en gran manera.

La Biblia enseña que la muerte no existía antes de la caída de Adán. La muerte es el resultado del pecado: "el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte" (Ro. 5:12). La maldición del pecado ha afectado a la creación entera. El apóstol Pablo escribió: "porque la creación fue sujetada a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que *toda la creación* gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora" (Ro. 8:20-22, cursivas añadidas). No solo la humanidad, sino toda la creación fue perjudicada en todo sentido por el pecado de Adán, el cual también introdujo la muerte en el reino animal.

Por supuesto, esto significa que antes de la caída de Adán, ninguna especie animal era carnívora. Ningún animal cazaba y mataba a otros para alimentarse, y las Escrituras afirman esto en Génesis 1:30. Además, la Biblia enseña que en el reinado milenario todo el reino animal volverá a su condición herbívora. Isaías profetizó:

> Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; *y el león como el buey comerá paja*. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. (Is. 11:6-8, cursivas añadidas)

Como es obvio, los animales fueron diseñados con instintos y habilidades que les han servido para su supervivencia aun bajo la maldición del pecado.

No obstante, en el estado original de la tierra, libre de pecado, estas criaturas no usaron esas habilidades e instintos para cazar a otros animales y comerlos. Era un paraíso perfecto en el que no había muerte, y por ende no hubo en él evolución ni posibilidad alguna para la supervivencia de los mejor adaptados en el desarrollo de las especies.

El primer acto de creación en el día sexto completa el hábitat terrestre que Dios quiso preparar para Adán. La tierra era un paraíso. Todo era bueno y Dios ya se disponía a coronar su fructífera semana creativa con un ser creado a su propia imagen.

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer. Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda planta verde les será para comer. Y fue así. Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto.

—Génesis 1:26-31

8

EL HOMBRE A IMAGEN DE DIOS

Génesis 1:26-31

Hasta este punto toda la creación había sido un preludio a lo que tendría lugar en el día sexto. La creación de la raza humana fue el objeto central del propósito creativo de Dios desde el principio. En un sentido importante, todo lo demás fue creado *para* la humanidad, y cada paso de la creación hasta este punto tuvo un propósito esencial: la preparación de un ambiente perfecto para Adán.

La raza humana *todavía* se mantiene en el centro del propósito de Dios para el universo entero. Esto lo sabemos porque la Biblia dice que todas las demás cosas perecerán y dejarán de existir. Según lo dicho por el Señor Jesús, vendrá un tiempo en que "el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán conmovidas" (Mr. 13:24-25). En última instancia, el mismo firmamento se desvanecerá como un pergamino que se enrolla (Ap. 6:13-14). "Los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas" (2 P. 3:10). Es decir, todas las cosas que fueron creadas también serán "descreadas", y todo lo que existe en este universo cesará de existir.

Todo, a excepción de la humanidad. Dios creó al ser humano para que le glorificara y disfrutara *para siempre*. Mucho tiempo después que todos los demás elementos de este universo se hayan desvanecido, una gran multitud de seres humanos redimidos habitará en la presencia del Señor para siempre.

En otras palabras, el despliegue de la creación es como la construcción de un teatro en el que se presenta la grandiosa aventura divina de la redención. El hombre es el personaje principal, y en el clímax de la historia, el mismísimo Hijo de Dios se convierte en hombre para resolver el drama de la salvación y la reconciliación de todas las cosas en Dios. Este es el propósito por el cual fue creado el universo entero: para que la gracia, la misericordia y la compasión de Dios fueran depositadas en esta criatura que Dios había creado a su propia imagen. Al final del drama, el teatro queda destruido. Este es un pensamiento profundo que debería hacernos humildes.

Es evidente que la creación de la raza humana es el asunto central en Génesis 1. Todo lo demás culmina en este acontecimiento, y el texto bíblico dedica más espacio a la descripción de la creación de Adán que al de todos los demás aspectos de la creación. De hecho, puesto que este acto final de creación es tan crucial, todo el capítulo dos de Génesis se dedica a la ampliación de la descripción susodicha. Cabe aclarar que Génesis 2 no es una historia diferente ni un relato alternativo, sino la descripción ampliada del mismo día sexto en Génesis 1. En Génesis 1:26-31 aprendemos las verdades básicas acerca del día sexto:

> Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer. Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda planta verde les será para comer. Y fue así. Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto.

Tenga presente que la creación de Adán ocurrió el mismo día en que todas las demás criaturas terrestres fueron creadas. Todo esto sucedió en un período de veinticuatro horas, es decir, una sola rotación terrestre.

Adán, como vemos en el texto, fue objeto de la creación especial y personal de Dios. No se puede hacer justicia al texto con la noción de que Adán evolucionó de alguna forma previa de vida animal. Génesis 2:7 es muy explícito: "entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente". El segundo capítulo de Génesis también describe cómo la primer mujer, Eva, fue formada por Dios a partir del costado de su esposo (v. 22). De modo que el hombre y la mujer fueron creados por separado y de forma individual a través de actos directos y esmerados de Dios.

Las genealogías en Génesis empiezan con una corroboración de esta verdad: "el día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados" (Gn. 5:1-2). Este versículo empieza y termina con referencias a un solo *día* en que Dios hizo a la humanidad. De forma reiterada la Biblia alude a ese día especial (cp. Dt. 4:32). Fue el día sexto en la semana de creación, y en él tuvo lugar el acto culminante de coronación en la fiesta creativa de Dios.

En este punto del proceso de creación ocurre un cambio significativo. El versículo 26 empieza con las palabras conocidas: "entonces dijo Dios". Se trata de la misma fórmula empleada para introducir todos los demás actos de creación anteriores (cp. vv. 3, 6, 9, 11, 14, 20, 24). Sin embargo, hay un cambio súbito y notable en el lenguaje. Hasta este punto, todas las menciones de "dijo Dios" fueron seguidas por mandatos como "sea" y "sean" (vv. 3, 15), "haya" (vv. 6, 14), "júntense las aguas" (v. 9), "produzca" y "produzcan" (vv. 11, 20, 24). Estas órdenes siempre se dan en términos de *fiat*: ¡hágase! Tales expresiones son impersonales en el sentido de que son mandatos que no van dirigidos a una persona en particular. Son decretos soberanos del Creador que de inmediato traen cosas a existencia *ex nihilo*, de la nada. Nunca antes había dicho Dios "hagamos" con respeto a alguna cosa creada.

Esta es la primera vez en que la expresión "dijo Dios" va seguida por los

pronombres personales: "*hagamos* al hombre a *nuestra* imagen" (v. 26, cursivas añadidas). Esto habla de la creación de Adán en términos personales únicos y exclusivos. En las Escrituras se emplean de forma deliberada esos términos para recalcar la relación íntima de Dios con esta parte especial de su creación. De esta manera establece una relación personal entre Dios y el hombre que no existe en otro aspecto de la creación. Ni la luz, ni el agua ni los demás elementos de la tierra, ni el sol, ni la luna, las estrellas o los grandes cuerpos estelares, ni siquiera las demás criaturas vivientes que hizo. Ninguna de estas cosas creadas puede disfrutar la relación que Dios estableció con la raza humana. Todas ellas fueron creadas por Dios mediante su decreto *fiat*, y ellas empezaron a existir como Él se los mandó. Sin embargo, no se alude en las Escrituras a alguna identificación personal o íntima entre Dios y esas cosas.

La relación de Dios con la humanidad es única en toda la creación, y por consiguiente las Escrituras en cada ocasión representan de manera vívida la intervención personal de Dios en la creación del hombre: "Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente" (Gn. 2:7).

Aquí en Génesis 1:26, por vez primera en toda la Biblia, Dios se presenta a sí mismo con pronombres personales. Es significativo que se trate de pronombres plurales. Él no dijo "voy a hacer al hombre a mi imagen", sino: "hagamos... a nuestra imagen". Esto introduce un concepto de relaciones múltiples al interior de la deidad y es la primera evidencia inequívoca de la Trinidad. El hecho de que existen múltiples personas en la deidad va indicado de forma implícita en el idioma hebreo con la palabra con que se hace referencia a Dios, la cual es empleada en veintiún de los veinticinco versículos del texto: *Elohim* es la forma plural de la palabra Dios en hebreo. Además de esto, los pronombres plurales del versículo 26 hacen todavía más evidente este hecho. Aunque no constituya una revelación completa de la doctrina de la Trinidad, sí es una referencia inequívoca a la pluralidad de personas en la deidad, y es un punto de partida irrefutable para la teología trinitaria que aprendemos más adelante en el Nuevo Testamento.

También existe otra evidencia de la Trinidad en el versículo 2, donde

aprendemos que "el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas". Ahora vemos con mayor claridad que existe una especie de comité ejecutivo divino, un concilio al interior de la deidad.

La misma verdad se despliega con más claridad todavía en el primer capítulo del evangelio de Juan, que al principio hace eco de Génesis 1:1: "en el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn. 1:1-3). Por supuesto, esto se refiere a Jesucristo, la segunda persona de la Trinidad (cp. v. 14), quien también estuvo con Dios en la creación y es Dios Él mismo.

Al leer estos pasajes, vemos que todos los miembros de la Trinidad estuvieron activos en la creación. El Padre supervisó y decretó cada parte de la obra. El Verbo eterno "era con Dios" y "era Dios", así que participó de igual forma en el proceso creativo, mientras que el Espíritu se movía sobre las aguas, lo cual alude a su intervención directa y amorosa en el proceso. Si leemos estos pronombres a la luz del Nuevo Testamento, podemos apreciar mejor la profundidad de su significado.

Este es uno entre muchos pasajes del Antiguo Testamento que indican el tipo de comunicación que existe entre los miembros de la Trinidad. Por ejemplo, en el Salmo 2:7 leemos: "yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy". Allí quien habla es la segunda persona de la Trinidad (el Hijo), quien cita las palabras dichas por la primera persona de la Trinidad (el Padre). Este es el decreto eterno que define la relación entre el Padre y el Hijo al interior de la Trinidad.

Luego en el Salmo 45:7 el Padre habla así al Hijo: "has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros". El mismo versículo se cita en Hebreos 1:9, donde se identifica al Padre como interlocutor que declara estas palabras maravillosas a Cristo, el Hijo.

En el Salmo 110:1, el salmista escribe: "Jehová dijo a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies". Aquí de nuevo el Padre ("Jehová") habla al hijo ("mi Señor") y le promete el dominio eterno.

Isaías 48 incluye un pasaje todavía más asombroso. En el versículo 12 el interlocutor se identifica claramente a sí mismo como "el primero" y "también el postrero", que constituye una referencia a Cristo (cp. Ap. 22:13). En el versículo 16 dice: "desde el principio no hablé en secreto; desde que eso se hizo, allí estaba yo; y ahora me envió Jehová el Señor, y su Espíritu". Así pues, quien habla es Dios el Hijo, y Él declara sin lugar a equivocaciones que fue enviado por "Jehová el Señor, y su Espíritu", con quienes se identifica plenamente como miembro de una sola deidad.

Las referencias de este tipo se encuentran en todo el Antiguo Testamento. Por sí mismas no son suficientes para dar al lector típico del Antiguo Testamento un entendimiento pleno de la doctrina trinitaria, pero fueron indicios bastante obvios de lo que habría de revelarse después con claridad plena a través de la encarnación de Cristo y la venida del Espíritu Santo en el Pentecostés. Fueron pistas substanciales que demostraban una pluralidad en la deidad.

Aquí en Génesis 1 la expresión indica tanto comunión como consulta entre los miembros de la Trinidad. "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza" (v. 26). También alude a un acuerdo perfecto y un propósito claro. De hecho, es un paso crucial hacia el cumplimiento de una promesa hecha "desde antes del principio de los siglos" (Tit. 1:2), una promesa hecha en la eternidad entre los miembros de la Trinidad. Envuelto en esa promesa estaba todo el plan de redención de Dios. Es decir, el Padre había prometido al Hijo un pueblo redimido en matrimonio santo y eterno. Así mismo, el Hijo había prometido morir por la redención de su esposa. Todo esto ocurrió en el pasado eterno, antes de que empezara la creación.[1]

"Y creó Dios al hombre" (v. 27). El hombre se convirtió en "un ser viviente" (Gn. 2:7), que en hebreo es *nephesh*. A semejanza de los animales, el hombre se movía, respiraba y era una forma de vida consciente, pero ahí terminaban las características en común. Esta era una criatura por completo diferente a cualquier otro ser creado. Las formas de vida inferiores jamás habrían podido evolucionar para convertirse en esto, y el carácter distintivo de esta criatura se refleja a perfección en los propósitos para los cuales Dios le creó.

SER PORTADOR DE LA IMAGEN DEL CREADOR

En primer lugar, el hombre fue creado para portar la semejanza de su Hacedor. "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza" (v. 26). Las dos frases: "a nuestra imagen" y "a nuestra semejanza" son expresiones paralelas. La segunda reitera la primera en términos diferentes pero sinónimos. No imagine que existe una distinción vital entre la "imagen" de Dios y su "semejanza", como si una palabra aludiera a similitudes espirituales entre Dios y los hombres, y la otra designara algún tipo de parecido físico. Algunos comentaristas han supuesto de forma equivocada que las expresiones reiterativas tienen algún tipo de significado doble, pero en el lenguaje hebreo no existe tal distinción. Se trata de términos paralelos y la repetición cumple la función de subrayar la importancia del principio bíblico. Esta clase de paralelismo es una forma muy común y típica en hebreo. Se emplea para recalcar y no para establecer contrastes. En este caso, el paralelismo subraya la gran importancia de esta verdad: que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios.

Ahora bien, ¿qué significa esto? Antes de explorar esa pregunta, considere el hecho de que cualquiera sea su significado, tiene que ser algo sublime e inefable. No se trata de un estado al cual puedan llegar criaturas inferiores mediante un proceso evolutivo. No es algo que pueda adquirirse con mutaciones arbitrarias y exitosas en el código genético. No es algo que venga como resultado de alguna desviación afortunada en el ADN de algún primate superior. Después de todo, es aquello mismo que hace diferente a la humanidad de todos los demás seres creados con ánima. Es lo que define la identidad única del ser humano, y la razón por la que Dios tuvo un interés tan personal en la creación de esta especie en particular. Esto explica por qué la Biblia insiste tanto en el hecho de que Dios creó a Adán con sus propias manos. Él moldeó a esta criatura de una forma especial, para que portara la estampa de su propia identidad divina. El hombre fue hecho a imagen de Dios, y esto le aparta de todas las demás criaturas en el universo físico.

¿Qué es la imagen de Dios? La palabra hebrea que se traduce "imagen" es *tselem*, y se deriva de una raíz que alude a un grabado. Es la misma palabra

que se emplea para hablar de las imágenes de confección humana (Éx. 20:4). Casi parece transmitir la idea de que el hombre fue labrado conforme a la figura de Dios, como si Dios fuese en esencia el molde o patrón que define la personalidad humana. Esto no se aplica a ninguna otra cosa en el universo de espacio y tiempo.[2]

Es claro que debido a que la imagen de Dios es el carácter distintivo de la humanidad, debe describir algún aspecto de la naturaleza humana que los animales no pueden tener. Por lo tanto, esto no puede hacer referencia al aspecto físico del hombre ni a su constitución biológica. Lo cierto es que tenemos muchas características biológicas que son comunes a otras criaturas animadas. Esto es natural porque todos vivimos en el mismo ambiente, y es de esperarse que tengamos muchas de las mismas características biológicas y fisiológicas propias del reino animal. Nuestros órganos internos funcionan de manera similar. En muchos casos nuestra estructura ósea tiene similitudes sorprendentes, y aun nuestro aspecto se parece mucho al de ciertos primates. Si la frase "a imagen de Dios" fuera una referencia a la manera en que nuestros cuerpos fueron construidos, y que por lo tanto tenemos cierta semejanza física con nuestro Hacedor, también sería correcto afirmar que los chimpancés gozan de *cierta* semejanza a Dios.

Resulta evidente que esta no es una referencia a la parte material del hombre, y que no puede explicarse en términos biológicos o fisiológicos. Tampoco es una referencia a nuestro aspecto de criaturas hechas de carne y hueso. Después de todo, "Dios es espíritu" (Jn. 4:24), y "un espíritu no tiene carne ni hueso" (Lc. 24:39).

El concepto de "imagen de Dios" tiene que ver más que todo con los atributos espirituales del hombre: ser conscientes de nuestra propia existencia, de la moral y de los demás seres, pero en especial nuestra conciencia de Dios mismo. (Los animales también son conscientes, pero no acerca de sí mismos ni de la moral, por eso no pueden establecer relaciones personales como nosotros.)

Antes de que la imagen de Dios en el hombre fuera manchada por el pecado, Adán participaba de manera pura y diáfana todos los atributos comunicables de Dios, es decir, aquellas cualidades de la naturaleza divina que pueden ser reflejadas en las criaturas. Entre ellas se cuentan la santidad, la sabiduría, la

bondad, la verdad, el amor, la gracia, la misericordia, la longanimidad y la justicia. Es indudable que la imagen de Dios en el hombre todavía incluye ciertas características que reflejan algunas de las virtudes de Dios que aprendemos a través de la creación, tales como la apreciación de la belleza, las habilidades creativas y el amor a la vida y la diversidad. Por supuesto, esa imagen también debe incluir nuestras facultades racionales. Por ejemplo, es seguro que la imagen divina explica nuestra capacidad para entender principios abstractos, sobre todo conceptos morales como justicia, rectitud, santidad, verdad y bondad. Por eso la semejanza divina en el hombre incluye los aspectos más elevados de nuestro intelecto y nuestras emociones: nuestra capacidad para razonar y resolver problemas, la detección misma de esos problemas, al igual que emociones como tristeza, entusiasmo, enojo, alegría y satisfacción. Todas estas cosas pueden disfrutarse a plenitud conforme a disposiciones divinas que encontramos en las Escrituras.

En resumen, la imagen de Dios puede explicarse en términos de *personalidad*. Somos *personas*. Nuestra vida consiste en el establecimiento y el mantenimiento de relaciones personales. Tenemos capacidad de hacer compañerismo. Podemos amar a otras personas como Dios las ama. Entendemos y apreciamos la comunión. Tenemos una capacidad asombrosa para el lenguaje. Tenemos conversaciones. Sabemos lo que es expresar pensamientos, transmitir y discernir actitudes, dar y recibir amistad, percibir una noción de hermandad universal, comunicar ideas y participar en las experiencias de los demás. Los animales no pueden hacer estas cosas en el mismo sentido en que lo hacen las personas.

Esta es la razón por la que Dios al crear al hombre dijo de inmediato que no era bueno que estuviera solo. La imagen de Dios es personalidad, y la personalidad solo puede funcionar en el contexto de relaciones personales. La capacidad del hombre para establecer relaciones personales íntimas necesitaba ser ejercitada. Lo más importante es que el hombre fue diseñado para tener una profunda relación personal con Dios mismo.

Esto nos trae de regreso a la expresión del versículo 26. Cuando Dios dijo: "hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza", quiso dar a entender que Él mismo es un Dios de relaciones personales, y Él nos

creó conforme a su propia semejanza para que pudiéramos entrar en una relación con Él.

Douglas F. Kelly escribe:

> Dios mismo nunca ha existido como un individuo independiente, solitario o "aislado". Más bien, siempre ha existido en la plenitud de una existencia similar a la de una familia (cp. Ef. 3:14, 15: "el Padre de quien... toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra"). También, como solía decir el magnánimo san Atanasio en el siglo cuarto, "al Padre nunca le ha faltado su Hijo". El misterio asombroso del origen de la personalidad es que el Dios único existe como tres personas en un ser o "sustancia" (o "realidad"). Esa "sustancia" única o ser de Dios se caracteriza en esencia como una persona social en asociación eterna consigo misma.[3]

Además, al ser creados por Dios a su imagen, Él nos hizo personas, es decir, con el propósito de tener relaciones personales, en particular con Él.

Es imposible divorciar esta verdad del hecho de que el hombre es una criatura ética. Todas las relaciones verdaderas tienen aspectos éticos infranqueables. En este punto se activan los atributos comunicables de Dios, a pesar de que nuestro sentido de la ética y la moral haya sido afectado por la caída de la humanidad en pecado. Todos los seres humanos somos capaces de hacer las distinciones básicas entre el bien del mal. Hasta los ateos más férreos entienden el *concepto* de virtud y la necesidad de la moral.[4] De hecho, un aspecto inherente de la humanidad verdadera es la sensibilidad moral. Por instinto sabemos que existe una diferencia entre lo bueno y lo malo.

Todo esto nos hace distintos del resto de la creación. Ante todo, es algo propio de la parte invisible del hombre que es su espíritu. Es aquello que nos convierte en seres espirituales, y es la parte de nuestra humanidad que los científicos nunca encontrarán en nuestro ADN. No es algo que haya sido programado en nuestros cromosomas porque es de origen y naturaleza espiritual. Esta es la personalidad humana que nos hace semejantes a Dios aun en nuestra condición de seres caídos.

En cuanto a lo físico, estamos hechos de elementos terrenales como el polvo de la tierra. De hecho, al morir nuestros cuerpos volverán al polvo. Como es obvio, esto no es algo que pueda decirse de Dios. En cambio, nuestra condición de personas es eterna y es lo que nos hace semejantes a Dios. La imagen de Dios se encuentra por lo tanto en la parte inmaterial de nuestro ser.

Esto no quiere decir que nuestra forma corporal carezca por completo de elementos propios de la imagen divina. Como lo dijo Juan Calvino: "la imagen de Dios se extiende a todo aquello en lo que la naturaleza del hombre sobrepasa a la de todas las demás especies de animales... Aunque la imagen divina se afincó en la mente y en el corazón del hombre, así como en el alma y sus capacidades sublimes, no había parte alguna, aun en su cuerpo, en la que no brillaran algunos rayos de la gloria divina".[5]

La postura misma del ser humano, erguido sobre sus pies, le distingue de los animales de cuatro patas y de las criaturas que se arrastran sobre el suelo. La postura natural de los animales dirige su mirada a la tierra, mientras que el hombre ha sido diseñado para levantar la mirada a los cielos, donde puede contemplar la gloria que Dios allí despliega. Esta es una de las muchas maneras en que la gloria de Dios se refleja hasta en la constitución física de nuestra especie.

Nuestras leguas, con su capacidad para formar palabras y hablar en lenguajes llenos de significado, también reflejan nuestra semejanza a Dios.

Nuestros mismos rostros, con ojos expresivos y una gran cantidad de expresiones faciales significativas, han sido diseñados de manera especial para la comunicación y las relaciones personales. Así pues, aunque el cuerpo humano no es el portador principal de la imagen de Dios en el hombre, el cuerpo mismo ha sido elaborado de forma especial para que pueda servir como un vehículo a través del cual se manifiesta a plenitud esa imagen.

Henry Morris escribió lo siguiente:

> Solo podemos decir que, aunque Dios no tiene un cuerpo físico, Él diseñó y formó el cuerpo del hombre para permitirle ejecutar funciones que Dios mismo ejecuta sin necesidad de un cuerpo. Dios puede ver (Gn. 16:13), oír (Sal. 94:9), oler (Gn. 8:21), tocar (Gn. 32:32)

> y hablar (2 P. 1:18), sin necesidad de los órganos que corresponden a estos sentidos. Por ende, el cuerpo humano tiene algo único que le hace compatible con la manifestación que Dios ha hecho de sí mismo en la historia, y como Dios conoce todas sus obras desde el principio (Hch. 15:18), Él debió haber diseñado el cuerpo del hombre con esto en mente. Por esa razón, utilizó un diseño diferente al que usó para los animales, y le asignó al hombre una postura erguida que le permite levantar el semblante y tener expresiones faciales que correspondan a ciertos sentimientos y emociones, así como un cerebro y una lengua capaces de razonar y articular pensamientos y lenguaje.
>
> Por supuesto, Él también sabía que en el cumplimiento de los tiempos Él mismo habría de convertirse en hombre. En aquel día, prepararía un cuerpo humano para su Hijo (He. 10:5; Lc. 1:35), quien al tomar forma de siervo fue "hecho semejante a los hombres" (Fil. 2:7), así como el hombre había sido hecho semejante a Dios.[6]

No solo fue Adán quien portó la imagen de Dios, sino también la mujer y la descendencia de ambos. Este hecho se refleja así en el texto: "hagamos al hombre a nuestra imagen... Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra *los* creó. Y *los* bendijo Dios, y *les* dijo..." (vv. 26-28, cursivas añadidas). El antecedente del plural "los" es el pronombre "hombre", que se emplea en sentido genérico en este caso. Es una referencia clara a Adán y a toda la humanidad, y el resto del texto sagrado confirma esta verdad. Génesis 9:6 prohíbe todos los actos de homicidio "porque a imagen de Dios es hecho el hombre", y Santiago 3:9 nos prohíbe aun maldecir a cualquier semejante porque todos los seres humanos "están hechos a la semejanza de Dios".

La verdad de que la humanidad fue hecha a imagen y semejanza de Dios es el punto de partida para una comprensión bíblica de la naturaleza humana. Es la explicación de nuestros deseos y necesidades espirituales. Nos ayuda a entender la conciencia humana. Establece nuestra responsabilidad moral. Revela la esencia misma del significado y el propósito de la vida humana y está llena de significado práctico y doctrinal.

La doctrina de la evolución borraría por completo esta verdad de la conciencia colectiva de la raza humana, y por esa razón ningún cristiano puede darse el lujo de abandonar la batalla contra la teoría evolucionista.

SER PROPAGADORES DE LA VIDA

Un segundo propósito por el cual Adán y Eva fueron creados fue llenar la tierra. Génesis 1:27-28 dice: "varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra". Aquí vemos el plan perfecto de Dios para el matrimonio y la procreación. Desde el principio, el diseño de Dios fue de relaciones monógamas permanentes entre hombres y mujeres. Génesis 2:24 lo establece en términos claros: "por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne".

La mentira evolucionista también contraviene este principio ya que la sociedad ahora busca justificar y legitimar la fornicación, el divorcio fácil, las relaciones homosexuales y otras perversiones que menoscaban la santidad y el carácter único y exclusivo de la relación matrimonial.

En nuestro estudio de la creación, hemos visto que a lo largo y ancho de los reinos vegetal y animal Dios produjo a seres vivientes que debían procrearse. Ahora bien, esto tiene un significado todavía más especial y sagrado para la raza humana. Tenga presente que de todas las criaturas terrestres, la especie humana fue la única creada a imagen de Dios, y la esencia misma de esa imagen es la capacidad de establecer relaciones. La relación matrimonial se establece aquí como la más importante e íntima de todas las relaciones entre seres humanos. El hombre y la mujer "serán una sola carne", en un vínculo diseñado para prevalecer sobre todas las demás relaciones humanas, sin importar cuán cercanas sean ("dejará el hombre a su padre y a su madre"). El vínculo entre esposo y esposa también está diseñado para ser duradero, irrompible e íntimo ("el hombre... se unirá a su mujer, y serán una sola carne").

Por eso una característica interesante e irónica en la creación de Adán es el hecho de que primero fue creado solo. Por el lenguaje de Génesis parece que al crear las demás especies vivientes, Dios las creó todas en abundancia. El mar abundó en vida marina y los cielos fueron llenados de aves. Aunque la

Biblia no dice cuántos ejemplares creó Dios en cada especie, el lenguaje sugiere que debió tratarse de varias parejas en cada una.

Por otro lado, al describir la creación de seres humanos, la Biblia es clara en el sentido de que Él solo hizo una pareja. De hecho, empezó con la confección minuciosa de un solo ser humano: Adán.

Por supuesto que el plan perfecto de Dios desde un principio fue que Adán estuviese acompañado, ya que el Señor conoce "todo esto desde tiempos antiguos" (Hch. 15:18). No suponga usted que la creación de Eva fue una idea que se ocurrió después o una modificación del plan divino. Algunas personas hacen una lectura incorrecta de Génesis 2 e imaginan que Eva fue añadida a la creación como un apéndice en el plan original de Dios. Esto no es lo que el texto quiere dar a entender. Es cierto que Eva no fue creada sino hasta *después* que Dios encargara a Adán asignar nombres a los animales y le diera tiempo para cumplir esa tarea. (A manera de nota curiosa, cierto predicador sugirió que tal vez Dios retrasó la creación de Eva para que Adán no tuviera que preocuparse con segundas opiniones sobre los nombres de los animales. Por supuesto, dudo que haya sido así.) Lo cierto es que Eva fue una parte definitiva en el plan de Dios desde el principio. Su creación independiente confirma el lugar tan especial que ocupaba en el mundo creado, y con cuánta perfección había sido diseñada para tener compatibilidad plena con Adán.

Hay algo que salta a la vista, y es que después de terminar cada fase del proceso creativo, Dios pronunció su obra como *buena*, y "vio Dios que era bueno" es el refrán constante de la narración del génesis (Gn. 1:4, 10, 12, 18, 21, 25, 31). La única vez que Dios pronunció algo como no bueno fue al decir: "no es bueno que el hombre esté solo" (2:18). De nuevo, esto no es para sugerir que Dios hubiera descubierto una falla en su plan original. Más bien, el punto es que el plan original no quedaría completo si Adán quedaba solo. El hombre había sido creado para mantener relaciones significativas, y todavía le faltaba una persona perfecta con quien establecer la relación matrimonial.

Por eso la Biblia dice: "entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre" (2:21-22).

Adán, por supuesto, quedó encantado. "Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada" (v. 23).

Eva fue hecha como *ayuda idónea* para Adán (vv. 18, 20). Esto no se refiere a ayuda doméstica, como si su función fuera lavar, cocinar, limpiar y organizar. Adán *pudo* haber ejecutado esos deberes domésticos sin una esposa, pero él tenía un deber mucho más importante para el cual necesitaba la ayuda de la mujer. Dios le había mandado procrear, es decir, propagar la raza humana y llenar la tierra de gente semejante a él. Es obvio que para tal labor iba a necesitar la colaboración activa de una ayuda idónea.

Mientras Dios le presentaba los animales y él les asignaba un nombre adecuado, Adán empezó a darse cuenta de que estaba solo en toda la creación: "mas para Adán no se halló ayuda idónea para él" (v. 20). Esto indica que Adán era consciente de que no era un animal como los demás, ni siquiera un animal glorificado. Había sido hecho a imagen de su Creador, y necesitaba una compañera que también tuviera la misma semejanza divina. Por eso Dios le hizo una compañera de su propia costilla. En otras palabras, la estructura genética de Eva se derivó del hombre y mantenía una armonía perfecta con la de Adán.

La investigación genética ha mostrado que un par de cromosomas humanos designados como X y Y son los que determinan el sexo de nuestra descendencia. Todos los especímenes machos nacen con cromosomas X y Y, mientras que todas las hembras solo tienen un par de cromosomas X. Desde un punto de vista puramente biológico, el cromosoma Y es lo que determina la masculinidad. Si un descendiente hereda el cromosoma X del padre, será hembra. Si el cromosoma heredado es Y, el descendiente será macho. La simiente del padre es el factor determinante.

Por lo tanto, en sentido genético, es posible crear una hembra a partir de un macho. Sin embargo, no sería posible extraer el código genético masculino de una hembra porque ninguna hembra tiene el cromosoma Y. Esto está en armonía perfecta con lo realizado aquí por Dios. La ciencia siempre está de acuerdo con el relato bíblico mientras se ocupe en hechos objetivos y no en teorías subjetivas.

El mandato: "fructificad y multiplicaos; llenad la tierra" (1:28) hace eco en todo el libro de Génesis. Se repite en Génesis 9:1, después del diluvio. También es la esencia de la promesa de Dios a Abraham (22:17-18). Es una expresión única y hermosa del amor de Dios por la humanidad, que Él nos creó con la capacidad para procrear y así producir más criaturas hechas a su imagen y semejanza. Además, Él no solo quiso un mundo lleno de seres humanos, sino que también diseñó a hombres y mujeres para ser partícipes del gozo del cumplimiento de ese propósito. Los hijos mismos son una bendición del Señor (Sal. 127:3), y esta es en realidad una de las formas principales que Dios diseñó para traer alegría y disfrute a la raza humana, lo cual nos permite establecer otra razón por la que la humanidad fue una parte tan especial de la creación.

RECIBIR LA BENDICIÓN DIVINA

Aquí vemos un tercer propósito para el cual Dios creó a la raza humana: fuimos creados para recibir gozo y bendición de la mano de Dios. Él hizo nuestra raza para poder derramar su bondad sobre todos nosotros. Génesis 1:28 dice que después de la creación de Adán y Eva, "los bendijo Dios".

"Bendijo" se refiere a algo más que una consagración ceremonial. Dios no solo invocó alguna fórmula o bendición verbal. Esto indica más bien que Él les confirió el bienestar propio de sí mismo, y ocasionó su prosperidad. Es decir, Dios les hizo felices.

Ese es todavía el designio de Dios para la raza humana. Él quiere que le disfrutemos y que disfrutemos la bondad abundante de su creación. El apóstol Pablo dijo que "el Dios vivo... nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos" (1 Ti. 6:17). El sabio del Antiguo Testamento escribió: "lo bueno es comer y beber, y gozar uno del bien de todo su trabajo con que se fatiga debajo del sol, todos los días de su vida que Dios le ha dado; porque esta es su parte" (Ec. 5:18).

En el caso de Adán, todo el disfrute y la bendición en el mundo fueron suyos en un paraíso libre de todo mal y pecado. Adán podía tener todo lo que quisiera, en un ambiente perfecto, con un clima perfecto, con una compañera ideal y con el mandato divino de disfrutar y usufructuar todo (con una sola

restricción) libremente. "Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer. Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda planta verde les será para comer. Y fue así" (Gn. 1:29-30).

Observe que Adán, al igual que todas las demás criaturas en el reino animal, eran vegetarianos en este punto. No había pecado y por ende no había muerte. En consecuencia, no podían existir animales carnívoros. Todos los animales eran dóciles, y aun las especies que ahora son carnívoras también se alimentaban de vida vegetal únicamente. Debemos entender que el mundo estaba lleno de comida en abundancia y variedad inimaginables. Dondequiera que mirara, Adán veía comida deliciosa que colgaba de los árboles. El mundo entero reflejaba la bondad y generosidad abundantes de Dios. Después de todo, Dios pudo haber hecho un cielo pardo, agua plomiza y un mundo sin color, donde el único alimento fuera arroz sin sal. En lugar de esto, Él creó el mundo con una variedad inmensa de frutas y vegetales deliciosos, y creó todas estas cosas para que las disfrutáramos.

Además, nos dio sentidos para disfrutar estas bendiciones a plenitud. Dios nos ha dado esas habilidades para bendecirnos, para que seamos capaces de disfrutar todo lo hecho por Él. Adán y Eva recibieron libertad total para disfrutar cualquier cosa que quisieran en el huerto de Dios.

Ahora bien, sí existía una excepción importante. En todo el universo de frutas y vegetales creados por Dios, un árbol fue declarado como fuera de límites. "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (2:17). Ellos eran libres de comer todo lo que quisieran de cualquier otro árbol, incluido el árbol de la vida, pero Dios les prohibió comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. Comer del fruto prohibido les acarrearía el juicio de Dios y traería como resultado sus muertes.

Como veremos en el capítulo 10, ellos hicieron justo lo que Dios había prohibido. No solo acarrearon juicio sobre sí mismos y toda la raza humana, sino también una maldición sobre toda la creación. Aquello que Dios había hecho para su gozo y felicidad, fue estropeado por el pecado. La muerte entró

al mundo, y al lado de la muerte enfermedad, espinos, trabajo arduo y dificultades de todo tipo (Gn. 3:17-19). El pecado arruinó ese paraíso perfecto.

No obstante, Dios lo había hecho bueno desde un principio. Lo había hecho para bendecir a la humanidad y ese fue uno de sus propósitos en la creación. Aun en este mundo arruinado por el pecado, Él todavía cumple ese propósito. Su creación, aun en su estado caído, está llena de bendiciones para nosotros.

PARA GOBERNAR LA CREACIÓN

Por último, la raza humana fue diseñada para ejercer dominio sobre el resto de la creación, y esto le mandó Dios a hacer. Tan pronto Dios dijo: "hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza", añadió: "y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra". En el versículo 28, Dios reitera este propósito en sus instrucciones a Adán: "llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra". Dios dispuso que el hombre fuera soberano en el planeta, y el hombre recibió la instrucción literal de sojuzgar el planeta, ejercer dominio absoluto y regir sobre todo lo que Dios había puesto en la tierra.

Por supuesto, esto se aplica en sentido colectivo a toda la raza humana y no solo a Adán. El principio de dominio de la humanidad es claro de conformidad con los pronombres plurales en el texto, y el alcance del dominio de la humanidad sobre la tierra también fue muy amplio porque incluía a todos los seres vivientes. El mandato de Dios a Adán incluyó las criaturas en su orden de creación: "los peces del mar", "las aves de los cielos", "las bestias", y "todo animal que se arrastra sobre la tierra" (v. 26).

El primer paso de este dominio implicó algo muy práctico registrado así en Génesis 2:19: "Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre". Esta fue la primera responsabilidad de Adán. Tuvo que observar con atención las características de cada criatura y asignarles un nombre apropiado.

El hombre fue creado a imagen de Dios, por eso fue apropiado que Dios delegara al hombre una función en su propia prerrogativa soberana. Note que Dios mismo ya había asignado nombre al día y a la noche (v. 5), a los cielos (v. 8), así como a la tierra y los mares (v. 10). El Creador tiene el privilegio de nombrar lo que Él crea, pero en este caso delegó esa tarea sublime a Adán, la cual se convirtió en el primer deber de Adán como gobernador del mundo creado.

También otra responsabilidad le fue asignada a Adán, quien fue nombrado labrador y guardador del huerto: "tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase" (Gn. 2:15). Por supuesto, esta tarea le fue dada antes de caer en pecado, lo cual significa que todavía no había maldición, ni espinas y cardos, y el ambiente era perfecto. Se trató de una ocupación cómoda y placentera para Adán que sin duda fue una fuente de gran satisfacción para él. Además era el único trabajo que tenía que hacer, si acaso una ocupación así pudiera llamarse "trabajo", en un ambiente libre de maldición, de sudor y de espinos. El huerto estaba lleno de toda clase de árboles frutales que Dios había hecho. El agua necesaria para su mantenimiento estaba disponible en abundancia de un río que lo atravesaba, y la única responsabilidad de Adán era asegurarse que los árboles y las plantas en este ambiente perfecto recibieran el cuidado adecuado. Era la vocación más agradable que cualquier persona pudiera tener.

La responsabilidad que Adán tuvo de sojuzgar la tierra y señorearla tenía un complemento perfecto en el deber que también le fue asignado de cuidar el huerto, como lo expresa muy bien Douglas F. Kelly:

> El llamado a cuidar el huerto y clasificar a los animales garantiza un equilibrio delicado y fructífero en la relación de la humanidad con el ambiente que Dios ha puesto bajo su autoridad derivada. Este equilibrio saludable no se encuentra por fuera de la fe bíblica. Por ejemplo, en las religiones orientales como el hinduismo y el budismo, se tiende a tratar el huerto como si fuera Dios mismo, lo cual conduce a un descuido total por un falso sentido de deferencia que impide cualquier uso productivo de la naturaleza. El cristianismo místico

también cae con frecuencia en esa misma ambivalencia. Por otro lado, el credo del industrialismo materialista y tecnológico tiende a justificar la destrucción del huerto, motivado por ciertas metas económicas de corto plazo. Esto ha llevado a la explotación indiscriminada de minas en Virginia occidental, las montañas de escoria y desechos tóxicos en Inglaterra y los ríos muertos en Rumania. Por otro lado, los defensores fanáticos del medio ambiente elevan ese mismo huerto por encima de las necesidades y propósitos legítimos de la sociedad humana, con lo cual le hacen perder su esencia y su utilidad, e impiden al hombre realizarse mediante el uso adecuado de sus capacidades creativas en el mundo creado. A diferencia de todo esto, el Génesis enseña al hombre tanto a respetar como a sojuzgar la naturaleza, de tal manera que por medio de su uso correcto pueda reflejar la belleza, el orden y la gloria de su Creador.[7]

Así pues, Adán recibió dominio sobre la creación de Dios y también la responsabilidad sagrada de cuidarla y mantenerla.

Lo lamentable es que al caer, Adán abdicó en gran parte la autoridad que había recibido de Dios. Al ceder a Satanás, perdió el dominio absoluto que Dios le había dado sobre la tierra. Es interesante que Jesús se refirió de forma reiterada a Satanás como "el príncipe de este mundo" (Jn. 12:31; 14:30; 16:11). En el principio, esa había sido la función del hombre, pero el pecado voluntario *de Adán ocasionó la abdicación de su dominio al diablo.*

Cristo mismo volverá para recuperar ese dominio y establecerse como soberano sobre la creación entera. Él ya ha derrotado a las potestades de maldad en la cruz: "despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz" (Col. 2:15). Además, al regresar a la tierra Él recibirá su reino, lo establecerá en todo el mundo y reinará sobre un trono terrenal en su cuerpo humano glorificado. De este modo, en la persona de Cristo, la humanidad por fin tendrá dominio pleno como Dios lo planeó desde un principio, y todavía más. Hebreos 2:8 celebra así esta certidumbre: "Todo lo sujetaste bajo sus pies. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él".

El escritor de Hebreos continúa: "pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas". Todavía vivimos en un mundo que se encuentra bajo la maldición del pecado, así que no podemos sojuzgar el huerto de Dios como quisiéramos. Existen espinas, cardos, pestes, microorganismos dañinos, virus letales y otros efectos de la maldición, sin mencionar la misma naturaleza humana caída, los cuales nos impiden cumplir la tarea de sojuzgar y señorear la tierra como Dios manda. Es irónico que al hombre le haya sido dado en un principio el dominio sobre toda la creación, y que ahora en su estado caído hasta el microbio más diminuto le puede robar la salud.

A pesar de esto, la humanidad caída se las ha arreglado para dominar la creación a una escala asombrosa, con la invención genial y la utilización masiva de tecnología que nos permite cultivar una pequeña fracción del suelo cultivable de la tierra, y aun así producir cosechas suficientes para alimentar al mundo entero. La tecnología nos ha permitido viajar a la luna, establecer redes informáticas y de comunicación extraordinarias, viajar por aire de un continente a otro en pocas horas, construir represas hidroeléctricas y grandes depósitos de agua potable, diseñar otros sistemas para aprovechar la energía del universo en beneficio de la raza humana, así como desarrollar tecnología médica que alarga la vida. Aun en su estado caído, el ser humano es una criatura maravillosa que todavía es portadora de la imagen de su Hacedor.

Sin embargo, todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas, porque las guerras, las enfermedades, el hambre y la pobreza continúan su trote inclemente por el planeta. La mayor parte de los avances tecnológicos que la humanidad ha implementado también han creado problemas nuevos mientras se intenta resolver los viejos. El hombre mismo tiene un efecto destructivo en su propio ambiente. Por encima de todo, el hombre es incapaz de someter sus propias tendencias pecaminosas.

Cristo, el hombre perfecto, hará lo que el hombre caído ha sido incapaz de hacer. Él destruirá todas las obras del diablo (1 Jn. 3:8) y destruirá al diablo mismo (He. 2:14). Esa victoria quedó sellada con la resurrección de Cristo de entre los muertos, y ahora nosotros aguardamos con paciencia su culminación, la cual tendrá lugar al final del tiempo. "Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y

potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte. Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies" (1 Co. 15:24-27).

La Biblia dice que los redimidos reinarán con Cristo en un reino terrenal durante mil años (Ap. 20:4). La tierra será restaurada como un paraíso y los elementos principales de la maldición serán cancelados. "Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa. Florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará con júbilo; la gloria del Líbano le será dada, la hermosura del Carmelo y de Sarón. Ellos verán la gloria de Jehová, la hermosura del Dios nuestro. Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles" (Is. 35:1-2). Los animales volverán a su estado anterior a la caída, de tal modo que no serán carnívoros y hasta los depredadores más fieros serán inofensivos para la humanidad y para otras especies (Is. 11:6-9).

Aun el pecado y la muerte serán mitigados en el reino milenario: "no habrá más allí niño que muera de pocos días, ni viejo que sus días no cumpla; porque el niño morirá de cien años, y el pecador de cien años será maldito" (Is. 65:20-21). En otras palabras, la mortalidad infantil será eliminada y la expectativa de vida aumentará. Parece razonable pensar que muchas personas que entren con vida al reino milenario seguirán con vida durante todo el milenio. Puesto que aquellos que nacen en el reino terrenal heredan la naturaleza pecaminosa, los efectos del pecado no se borrarán del todo. Al parecer, la mayoría de las personas serán redimidas, pero aquellos que persistan en el pecado y la incredulidad serán juzgados con la muerte. La expectativa normal de vida de la humanidad será tal, que si alguien muere a la edad de cien años, a causa de su obstinación en el pecado y la incredulidad persistente, será considerado como alguien que sufrió una muerte trágica a corta edad, como si hubiera muerto en la infancia.

Durante ese reino milenario, la humanidad probará al fin lo que habría podido ser la vida en el Edén. Con Cristo como rey soberano y con la mitigación de los efectos del pecado, la vida en la tierra será tan cercana al paraíso como jamás podrá conocerla un mundo manchado por el pecado.

Después de todo esto, tras la culminación del reinado milenario, los cielos y la tierra pasarán a fin de ser reemplazados con una creación nueva (Ap.

21:1). Ese mundo, libre de todo pecado y tristeza, será aun superior al Edén en belleza y deleites. Allí el segundo Adán, Jesucristo hombre, tendrá dominio sobre la nueva creación, y sus santos participarán por fin del dominio perfecto que desde un principio Dios quiso que disfrutara la humanidad que había creado para su gran gloria y alegría.

Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación.

—Génesis 2:1-3

9

EL REPOSO DE LA CREACIÓN

Génesis 2:1-3

La creación quedó terminada. El segundo capítulo de Génesis está repleto de detalles sobre la creación de Adán y Eva, pero el capítulo empieza con un recuento del día séptimo que marcó el punto final de la semana de creación: "fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación" (vv. 1-3).

El día séptimo es único. Es un día especial porque Dios lo bendijo y santificó. La palabra hebrea que se traduce "santificó" en el versículo 3 es *qedesh*. La raíz de la palabra significa "santo", y comunica la idea de ser apartado. Esta es la primera vez que se atribuye a algo en las Escrituras la cualidad de santidad.

Douglas F. Kelly escribe: "de conformidad con ciertas consideraciones gramaticales, sabemos que esta cláusula tiene dos ramificaciones implícitas: 'lo santificó', es decir, lo hizo santo (la raya o *piel* que se aplica al verbo alude a una relación de causa y efecto). En segundo lugar, también "lo santificó" en el sentido de haber declarado como santo ese día, es decir, al consagrarlo como tal (ya que esta forma del verbo también tiene un significado afirmativo a manera de declaración positiva)".[1] En otras palabras, el hecho de que Dios haya cesado su actividad creativa en el día séptimo hizo ese día santo, y esto es corroborado por el hecho de que Él lo declaró de manera expresa como un

día especial. Fue un día apartado con un propósito especial, elevado por encima de todos los demás días y considerado santo.

Existen tres razones por las que este día es tan especial, y esas tres razones van indicadas por tres verbos en el pasaje. La primera conjugación verbal es "fueron... acabados" (v. 1). La misma palabra hebrea (*kalah*) se emplea de nuevo en el versículo 2, donde también se traduce "acabó". El segundo verbo en el versículo 2 es "reposó" (en hebreo, *shabath*), y aparece de nuevo en el versículo 3. El tercer verbo se encuentra en el versículo 3: "bendijo" (en hebreo, *barak*). Cada uno de estos verbos se asocia de forma explícita con el día séptimo: "acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo" (v. 2); "reposó el día séptimo de toda la obra que hizo" (v. 2); y "bendijo Dios al día séptimo" (v. 3). Además, en cada caso, Dios es el sujeto gramatical en la cláusula: "acabó Dios... reposó [Dios]... bendijo Dios".

Así pues, la estructura de este pasaje que vamos a estudiar es muy sencilla, y la importancia de su significado se hace evidente en el desglose de los verbos empleados.

ÉL ACABÓ SU OBRA

Génesis 2:1-2 que el carácter único del día séptimo se desprende en primer lugar del hecho de que Dios había culminado su labor creativa. "Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos... y reposó el día séptimo de *toda la obra que hizo*". Toda la obra de creación quedó terminada y completa. No había cabos sueltos por atar, ni problemas que arreglar, ni se requería hacer modificaciones al plan original. Todas las cosas quedaron completas y acabadas en seis días, tal como Dios se lo había propuesto. Al rayar el alba el día séptimo, Dios dejó de crear. Cuatro veces en los tres primeros versículos de Génesis 2, el texto afirma con vigor que Dios había acabado *toda* la obra de la creación.

Este es un argumento poderoso en contra de la doctrina evolucionista que sugiere que la creación es una obra en progreso continuo hasta el día de hoy. La insistencia bíblica es en la perfección total de todas las cosas que Dios creó, y el tiempo tan breve en que la obtuvo de manera asombrosa. La afirmación clara de las Escrituras es que los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos,

fueron *acabados* (v. 1). Es muy interesante que la ciencia misma ofrezca evidencias irrefutables de la veracidad de Génesis 2:1. La primera ley de la termodinámica descarta la posibilidad de una creación progresiva, y la segunda ley de la termodinámica elimina la posibilidad de que un universo ordenado haya evolucionado del caos por algún medio natural.

La primera ley de la termodinámica tiene que ver con la conservación de energía. Este principio quiere decir en términos muy sencillos, que la energía no puede destruirse ni crearse. Los sistemas que consumen energía no la extinguen, sino que la convierten en formas diferentes de energía: calor, movimiento, sonido, luz, o energía química o electromagnética. Recuerde también que el teorema famoso de Einstein, según el cual energía equivale a masa por velocidad de la luz al cuadrado ($E=MC^2$), enseña que la materia no es más que otra forma de energía. Esto significa que la materia, al igual que la energía, no puede ser destruida, solo puede ser convertida en otras formas de energía.

La cantidad de energía dentro de cualquier sistema permanece constante a no ser que ciertas fuerzas exteriores entren a actuar con el sistema. La única manera de que *aumente* la energía en un sistema que consume energía, es que una fuerza externa realice trabajo en ese sistema, con lo cual añade calor, combustible o energía cinética al sistema. De forma similar, la energía *disminuye* en un sistema si sale del sistema por algún medio de transferencia como el calor, la luz o cualquier otra forma de energía. Esto significa que en un sistema cerrado, el cual se caracteriza por no estar sujeto a fuerzas externas ni intercambios de energía hacia afuera, la suma de todas las formas de energía siempre permanece constante.

El universo natural es un sistema cerrado en ese sentido. Por definición, el universo incluye toda la materia y la energía que existe. No existe energía natural por fuera del universo que pueda añadírsele, y no existe lugar fuera del universo donde su energía pueda disiparse. Por lo tanto, conforme a lo que se puede determinar por medios científicos, la cantidad de energía y materia en el universo debe permanecer constante. En otras palabras, la energía en el universo natural no se crea ni se destruye. Esto quiere decir que no pueden existir evidencias de algún tipo de creación progresiva y continua.

Ahora bien, ¿de dónde salió en principio toda la materia y la energía del universo? Si el universo natural es un sistema cerrado, su materia y energía debieron provenir de una fuente sobrenatural, tal como lo enseñan las Escrituras.

¿No es posible que la materia y la energía sean eternas? ¿Es posible que el universo sea una máquina descomunal en movimiento perpetuo que se encuentra en proceso de evolución desde siempre y para siempre? ¡No! Esa posibilidad descabellada es eliminada del todo por la segunda ley de la termodinámica.

La segunda ley de la termodinámica enuncia que la cantidad total de entropía en la naturaleza siempre va en aumento. La *entropía* es una medida del desorden, la decadencia y la arbitrariedad de un sistema. En términos sencillos, la segunda ley de la termodinámica quiere dar a entender que todas las cosas se desgastan y agotan. Los sistemas a los que se permite funcionar por cuenta propia siempre se degradan del orden al caos y nunca evolucionan del caos al orden.

¿Qué tiene que ver esto con la termodinámica? En términos no técnicos, la entropía mide la cantidad de energía "desperdiciada" en un sistema. Aunque la energía no se destruye al convertirse de una forma a otra, las formas en que se convierte son cada vez menos útiles. Por ejemplo, siempre se genera calor con el funcionamiento de un motor de automóvil. Ese calor no realiza trabajo alguno, y la medida de esa energía no productiva es el nivel de entropía de ese sistema. Todos los sistemas, incluso los cerrados, están sujetos a la segunda ley de la termodinámica.

La segunda ley significa, por ejemplo, que el calor nunca pasa de un cuerpo más frío a uno más caliente por medios naturales. La transferencia de calor siempre va en una sola dirección, y el proceso es irreversible en todos los casos. De modo que en un sistema cerrado, el calor pasará de cuerpos más calientes a cuerpos más fríos, con lo cual bajará cada vez más la temperatura del primer cuerpo mientras se eleva la del segundo, hasta que se alcanza un equilibrio exacto y el sistema se vuelve inerte.

Todos los sistemas que funcionan traen como resultado una cantidad de energía disponible cada vez menor.

Todas las cosas merman, se agotan y llegan al desorden total si alguna fuerza externa no se encarga de mantener su funcionamiento y orden. Este principio descarta toda posibilidad de inventar una máquina de movimiento perpetuo, bien sea a escala atómica o cósmica. Todas las cosas en el universo material decaen y se deterioran (He. 1:10-12; Mt. 6:19). Todas las cosas se disipan y desintegran. Si el universo tuviera una edad tan avanzada como la propuesta por los naturalistas, hace mucho tiempo habría dejado de funcionar, hace mucho tiempo se le habría acabado "la cuerda". Por esta razón, todos los procesos que observamos en la actualidad apuntan con claridad a un comienzo reciente. Es un comienzo que empezó su movimiento por la intervención de causas sobrenaturales, y esto es lo que enseñan las Escrituras.

La Biblia dice de forma reiterada que Dios creó todo lo que existe en seis días, y Génesis 2:2 dice que en el día séptimo Él reposó de su obra creativa. Esto quiere decir que no existe creación continua de materia y energía. En su sabiduría perfecta, Dios diseñó el universo para que lo creado quedara completo y se mantuviera en funcionamiento durante todo el tiempo que Dios le haya fijado conforme a sus propósitos eternos. El sistema mismo no es eterno ni suficiente por sí mismo, sino el producto del genio creativo de Dios.

El veredicto de Dios mismo acerca de su obra creativa, al final del día sexto, se enuncia de esta manera en Génesis 1:31: "y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera". A lo largo de todo el proceso, con la culminación de cada etapa definida, la evaluación que Dios hizo de su obra fue la misma: "y vio Dios... que era bueno" (1:4, 10, 12, 18, 21, 25). Ahora el texto añade esta ratificación divina: "todo... era bueno *en gran manera*". La creación no tenía defectos ni omisiones, sino que fue una obra acabada en todo el sentido de la palabra. Dios quedó satisfecho y alegre con su obra. Como Salomón escribió: "he entendido que todo lo que Dios hace será perpetuo; sobre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá; y lo hace Dios, para que delante de él teman los hombres" (Ec. 3:14).

Las palabras del Salmo 104:24 son una descripción apropiada de este momento: "¡cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría; la tierra está llena de tus beneficios". Los cielos y la tierra quedaron terminados, un universo entero existía ahora, donde nada había

existido una semana atrás. Era un cosmos descomunal lleno de maravillas sinfín, y cada una de ellas manifestaba la gloria y la sabiduría de un Creador bueno y perfecto. Como Pablo escribió a Timoteo: "todo lo que Dios creó es bueno" (1 Ti. 4:4). Los cielos declararon su gloria y el firmamento hizo evidente la obra de sus manos (cp. Sal. 19:1). Como resultado, Él quedó agradado en gran manera: "sea la gloria de Jehová para siempre; alégrese Jehová en sus obras" (Sal. 104:31).

En cada día de la semana de la creación, Dios confeccionó una plétora de maravillas, y el trabajo de cada día fue el complemento perfecto de los demás. Este es el mensaje central del relato bíblico de la creación: Dios creó de la nada el universo entero con todas sus maravillas incontables, y lo dejó terminado en un estado de perfección total al término de seis días. El tiempo no es secundario ni simbólico en esta enseñanza central de las Escrituras. Dios realizó toda su obra creativa en una semana y no en seis eras geológicas de gran duración.

La excelencia asombrosa que se revela en la obra creativa de Dios se pierde en gran medida si abandonamos los días de la creación en favor de un proceso evolutivo lento y prolongado.

Además, la importancia que se atribuye a este día séptimo en toda la Biblia también sirve para establecer la cronología exacta de la creación. Esa primera semana determinó los períodos sagrados de trabajo y reposo que Dios habría de establecer después en los pactos con su pueblo. La verdad de una semana creativa de seis días literales también quedó escrita en los diez mandamientos: "seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios... Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó" (Éx. 20:9-11).

Dios reiteró la misma verdad en su explicación de los requisitos específicos sobre el día de reposo: "guardarán, pues, el día de reposo los hijos de Israel" Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y reposó" (Éx. 31:16-17). Este punto crucial se pasaría por alto si los días pudieran interpretarse como períodos de tiempo de duración indefinida.

ÉL REPOSÓ

El reposo de Dios en el día séptimo es otra razón por la que este día fue objeto de una santificación especial. El versículo 2 dice: "y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo". Note de nuevo la doble insistencia en la culminación perfecta de la obra de Dios, en la repetición de la frase "la obra *que hizo*".

Al acabar su trabajo con perfección consumada, Dios reposó. Por supuesto, no se equivoque en creer que Dios quedó agotado después de trabajar o que necesitara recuperar su energía. Como lo afirma Isaías 40:28, el Creador de los confines de la tierra "no desfallece, ni se fatiga con cansancio". El trabajo de Dios no disipa su energía. Él no puede fatigarse ni necesita ser rejuvenecido. "He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel" (Sal. 121:4).

La palabra hebrea que se traduce "reposó" en Génesis 2:2 es *shabath*, y significa que Él se abstuvo en ese momento de realizar la obra creativa. Como ya había completado toda la creación, no le faltaba crear una sola cosa más, y por esa razón cesó su obra.

Considere otra vez el texto de Éxodo 31:17, en el cual se establece el día semanal de reposo como una señal permanente entre Dios e Israel: "señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y reposó". Al decir que Dios "reposó" no se quiere dar a entender que Él renovó sus fuerzas con el descanso, sino más bien que se detuvo para deleitarse en sus propias obras. Dios "cesó y reposó" para disfrutar la obra tan satisfactoria que había hecho durante seis días. Esto aludo en sentido figurado a la decisión que Dios tomó de dar por terminado su trabajo y disfrutar a sus anchas los resultados. Es como un artesano que después de haber terminado una obra maestra, se detiene para admirarla y reflexionar en el trabajo culminado.

De manera específica, Dios cesó su *actividad creadora*. Esto no significa que Dios ya no pudo ejercer su trabajo providencial ni que haya dejado de trabajar en absoluto, porque Él todavía sustenta y gobierna su creación hasta el día de hoy. Jesús dijo a los líderes judíos: "mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo". Con esto hacía referencia específica a las buenas obras, las obras de

caridad y los actos de bondad hacia la gente necesitada, cosas que Jesús declaró como permitidas e incluso mandadas en el día de reposo (Mr. 3:4). Jesús recalcó el hecho de que Dios mismo no dejó de trabajar por completo en el día séptimo. En otras palabras, Dios no se apartó del universo para dejar que funcionara sin su intervención, como enseñan los deístas. Más bien, Él "reposó" del trabajo de creación y puso punto final a ese aspecto de su obra y de su intervención en el mundo.

El cese de las obras creativas de Dios es evidente en el funcionamiento actual del universo. Acerca de esto escribe Henry Morris:

> Los procesos actuales del universo son, sin excepción alguna, procesos de *conservación* y *desintegración*, como lo formulan las dos leyes universales de la termodinámica. Los procesos del período de creación, por otra parte, fueron procesos de *innovación* e *integración* (o de "creación" y "hechura"), que son todo lo opuesto.[2]

Esta es la misma razón por la que la ciencia nunca puede hablar con autoridad real respecto al origen del universo:

> La ciencia solo puede ocuparse en procesos del presente porque son los únicos a los que tiene acceso. Debería quedar claro para todos los que no sufran de ignorancia total, que los procesos universales de conservación y desintegración jamás podrían producir un universo que requiere procesos casi infinitos de innovación e integración para su producción. Por lo tanto, si en realidad queremos *conocer* cualquier cosa acerca de este período de creación (aparte del hecho de que fue necesario un período tal para producir el universo que hoy conocemos, lo cual es un hecho requerido sin lugar a dudas por las dos leyes de la termodinámica), el conocimiento en mención solo puede adquirirse mediante revelación divina.[3]

La Biblia *es* esa revelación, y en ella podemos aprender que Dios creó todas las cosas en seis días, y que al terminar su creación reposó en el día séptimo.

Vale advertir que en el contexto del relato de la creación en Génesis, no se hace mención de reposo alguno para Adán. De hecho, el hombre ni siquiera es mencionado con relación a este reposo de la creación en el día séptimo. Por encima de todo, no se instituye aquí alguna ordenanza que mande el descanso y el culto en el día de reposo. Adán no tenía restricciones en cuanto a lo que podía y no podía hacer en el día séptimo de la semana. Todas estas cosas vinieron después con la entrega de la ley a Israel. De hecho, la palabra que se traduce "día de reposo" (*Sabbath*) aparece por primera vez en las Escrituras en Éxodo 16:23. Esto significa que las restricciones ceremoniales del día de reposo como tal, se aplicaban de forma particular a la nación de Israel.

En realidad, no se necesitaba la imposición de las restricciones propias del día de reposo a Adán. De hecho, los requisitos ceremoniales específicos que se describen en las leyes mosaicas sobre el día de reposo, habrían sido por completo irrelevantes en el huerto de Edén.

Por ejemplo, los israelitas recibieron el mandato de permanecer dentro de sus moradas todo el día de reposo (Éx. 16:29), mientras que la morada de Adán era el huerto entero, y él no salió de allí sino hasta su expulsión a causa del pecado (Gn. 3:24).

A los israelitas se les prohibió encender fuego en el día de reposo (Éx. 35:3) y se les instruyó que no cocieran ni cocinaran alimentos ese día (Éx. 16:23). Por otro lado, Adán no necesitaba fuego para calentarse en el huerto, ni siquiera necesitaba vestimenta para protegerse en ese ambiente perfecto (Gn. 2:25), y su comida consistía en frutas y vegetales frescos que podía arrancar de los árboles y las plantas que le rodeaban, y que podía comer sin preparación ni cocción especial (Gn. 2:16).

Los israelitas tenían prohibido realizar cualquier clase de trabajo y llevar todo tipo de cargas en el día de reposo (Éx. 20:10; Jer. 17:27). Adán, por su lado, vivía en un paraíso donde no era necesario trabajar como nos toca a nosotros, y donde tampoco se requería el transporte de cargas pesadas porque no se necesitaba almacenar comida ni construir refugios.

Los israelitas no debían comprar ni vender en el día de reposo (Neh. 10:31). Por supuesto, en el huerto de Edén "ni se compra ni se vende". Todas las necesidades de Adán eran satisfechas dentro de ese paraíso perfecto.

Además, los israelitas debían apartar el día de reposo para deleitarse en el Señor (Is. 58:13-14). En cambio Adán, antes de su caída, dedicaba todas sus energías y su tiempo a mantener una comunión perfecta y deleitosa con su Creador.

De manera pues que todos los aspectos de la vida de Adán antes de su caída en el pecado, correspondían con exactitud a las funciones que cumplía el día de reposo en la vida del pueblo escogido. En cierto sentido, cada vez que Israel observaba el día de reposo, reflejaba a una escala diminuta el propósito original de la vida creada por Dios en el huerto de Edén. Este aspecto de la ley de Moisés servía para recordar al pueblo el diseño original de Dios para la vida humana.

Puesto que las restricciones del día de reposo eran de carácter ceremonial, fueron abolidas bajo el nuevo pacto al lado de todos los demás mandatos sacerdotales y ceremoniales externos del antiguo pacto (Col. 2:16-17). Cristo ha restaurado de una manera más perfecta el reposo *espiritual* de Edén (He. 4:10), así que los cristianos no tienen la obligación de someterse a los aspectos ceremoniales de las leyes sobre el día de reposo que fueron instituidas en el monte Sinaí. Estas cosas solo eran pertinentes a la nación de Israel: "guardarán, pues, el día de reposo los hijos de Israel, celebrándolo por sus generaciones por pacto perpetuo. Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel" (Éx. 31:16-17).

De todas maneras, la semana de creación sí estableció un patrón permanente para el ritmo de la vida humana en todo el planeta. Dios nos hizo a su imagen y semejanza, por lo cual nos programó para tener un desarrollo óptimo bajo el patrón de trabajo y descanso que refleja sus propias actividades creativas durante la semana de creación. Un día de descanso entre siete es la proporción ideal, como lo demuestra cualquier estudio serio. La gente muestra signos de fatiga tan pronto han perdido un día de descanso a la semana, y la productividad sufre con el acortamiento de la semana laboral.

La humanidad siempre ha marcado el paso del tiempo en unidades de siete días, y es obvio que este patrón empezó con la creación. Por supuesto, antes de la caída de Adán casi no podía distinguirse entre trabajo arduo y holgura, así que el patrón de seis días de trabajo y uno de descanso no habría tenido tanta relevancia antes del pecado de Adán. De nuevo, esta es la razón por la

que no se registra que Dios haya requerido a los humanos la observancia del día de reposo hasta que estableció un pacto con su pueblo mediante la ley dada en el monte Sinaí.

Considere además que hay una omisión significativa en el registro bíblico del día séptimo. El recuento de todos los demás días termina con palabras similares: "y fue la tarde y la mañana el día [tal]" (cp. vv. 5, 8, 13, 19, 23, 31). Esa fórmula no se emplea para describir el día séptimo, lo cual no significa, como algunos han afirmado, que el día séptimo sea una era prolongada que cubre el resto de la historia humana. La omisión tampoco es una indicación de que los días de la creación hayan sido en realidad largas eras geológicas. Como hemos visto en repetidas ocasiones, la secuencia de la creación, el lenguaje de Génesis y las afirmaciones claras de pasajes como Éxodo 20:11 y 31:17, enseñan que se trató de días normales de veinticuatro horas. No dudo por un solo momento que otro día de igual duración siguió al séptimo, pero la omisión de la frase mencionada en el día séptimo indica que el reposo en que Dios entró fue un cese *permanente* de su labor creativa. Él dejó de crear y quedó por completo satisfecho con todo lo que había creado.

En otras palabras, el reposo que empezó en el día séptimo habría continuado de forma indefinida si no hubiera sido interrumpido por el pecado de Adán. Todas las cosas se habrían mantenido en su estado original de perfección, y nada se habría degradado o descompuesto. No había enfermedad, dolor ni muerte. Tampoco había trabajo arduo como el que tenemos que enfrentar en un mundo caído. Adán habría vivido en un reposo perpetuo si no hubiera caído en pecado. Todas las cosas en la creación eran deleitosas y Dios mismo lo disfrutaba al máximo, acompañado por todas sus criaturas. ¡Qué paraíso debió ser aquel!

El pecado era *lo único* que podía interrumpir ese descanso, y como veremos en el capítulo siguiente, eso es lo que sucedió. No sabemos cuánto duró el paraíso porque no sabemos cuánto tiempo pasó antes de que el hombre cayera en pecado, pero la Biblia parece indicar que la caída vino poco tiempo después de la creación, antes que Adán y Eva concibieran hijos. En ese momento Dios interrumpió su propio reposo para emprender la obra también gloriosa de la redención.

En resumen, lo que dicen las Escrituras acerca del reposo de Dios es que fue un reposo de la obra de creación mientras Dios se deleitaba en la bondad y perfección de todo lo que había hecho. Estuvo caracterizado por el regocijo y la satisfacción divinas, ya que Dios había quedado complacido con la excelencia de su labor creativa. También disfrutó de comunión perfecta con Adán y Eva, al igual que ellos con Él. Había acabado su obra creativa y quedó satisfecho con ella. Ese primer reposo fue el día más placentero en la historia del universo.

ÉL BENDIJO EL DÍA

Esto nos trae al tercer verbo en este pasaje: "y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó" (v. 3). Dios consagró ese día. En otras palabras, lo apartó para recordar siempre la gloria de la creación y la gloria insuperable del Creador.

Cualquiera puede reconocer que no existe razón lógica, racional, cósmica, filosófica, matemática o científica para que existan semanas de siete días. No existe otra explicación de por qué los 365 días de nuestros calendarios solares se dividen por el múltiplo de siete. El año no se divide con precisión de ese modo, así que ¿por qué se organizan los calendarios en semanas de siete días? Esta es la única razón: Dios mismo estableció ese orden en el modelo de su creación. Cada semana de nuestra vida pasamos por un ciclo que Dios diseñó para recordarnos que Él creó el mundo en seis días y reposó en el séptimo. El día séptimo es un recordatorio constante de que Dios es nuestro Creador, y es un monumento a la creación acabada.

El rechazo de la creación en seis días es una profanación del día séptimo porque no atribuye a Dios la gloria debida a su nombre. Si todas las cosas evolucionaron de la nada, o si la creación se extendió en eras prolongadas de tiempo, no existe razón para un día séptimo. Toda interpretación de este pasaje que se aparte de una creación en seis días literales, obvia por completo la bendición del día séptimo.

Por otra parte, si creemos lo que dice la Biblia, cada día séptimo es un recuerdo monumental de que Dios creó el universo entero en una semana, y por esa creación tan gloriosa Él merece nuestra ferviente alabanza.

¿Qué significa esto en términos prácticos? Cada día sábado debería ser identificado en nuestra mente con la culminación de la creación. Cada semana terminaría así con un recordatorio perpetuo de que Dios creó todas las cosas en el transcurso de seis días. Es un día para recordar la gloria del Creador. En la sociedad occidental, donde el sábado se considera como un día libre, constituye una ocasión ideal para disfrutar su creación y deleitarse con Él en la bondad y perfección de su obra. Así como el domingo se aparta para celebrar la obra culminada y perfecta del Salvador, el sábado debería consagrarse al recuerdo de la obra finalizada del Creador.

Esto no significa que nos obliguemos a los requisitos ceremoniales de la ley de Moisés en lo referente al día de reposo. En ninguna parte de Génesis se sugiere que Adán o cualquier otra persona desde Adán hasta Moisés, tuviera que observar ciertas restricciones ceremoniales que prohíben cualquier clase de actividad en el día sábado. El texto dice que Dios santificó el día y lo apartó como un recordatorio. Por eso el día séptimo todavía nos recuerda y testifica que Dios acabó la obra de la creación. De igual manera, el domingo es un testimonio perpetuo de que Él ha acabado la obra de redención.

La bendición de Dios sobre el día séptimo consuma su bendición sobre toda la creación. Recuerde que al final de Génesis 1, Dios examinó todo lo que había hecho y vio que era *bueno en gran manera*. En esa simple bendición hay una gran riqueza teológica. Ella da testimonio de que Dios no es autor de la maldad. Tan pronto acabó su creación, todo era bueno y el mal no se encontraba por ninguna parte.

Los filósofos hacen grandes esfuerzos para explicar el origen del mal. Una cosa es cierta: Dios no es su autor, creador o causa eficiente. Todas las cosas que Él creó fueron *buenas*. El mal nunca fue parte de su creación.

¿Quién creó el mal? Nadie. La maldad no es sustancia, ni ser, ni espíritu, ni materia. No es una cosa creada. En términos simples, es la falta de perfección moral en agentes morales que fueron creados sin pecado desde un principio. El mal no tiene existencia aparte de las criaturas caídas.

¿Cómo pudieron caer en pecado criaturas hechas sin pecado? Juan Calvino lidió así con esta interrogante:

> El Señor ha declarado que "todo lo que había echo... era bueno en gran manera" [Gn. 1:31]. ¿De dónde sale, pues, esta maldad que llega hasta el hombre, de tal modo que él da la espalda a su Dios? No pensemos que fue de la creación, porque Dios puso su sello de aprobación en todo lo que había salido de su propio ser. Por su propia determinación malvada, el hombre corrompió la naturaleza pura que había recibido del Señor, y por su propia caída arrastró consigo a toda su posteridad en la destrucción. *Por esta razón, también deberíamos ser capaces de contemplar la causa evidente de la condenación humana en la naturaleza corrupta de la humanidad, que nos es más cercana, en lugar de buscar una causa oculta e incomprensible en la predestinación divina.*[4]

Dios, quien tiene soberanía absoluta sobre todas las cosas, no es el autor ni el instigador del pecado. Él no concibió el pecado, ni lo estimuló, ni lo autorizó, ni lo condonó, aprobó o tan siquiera miró. Dios creó seres con agencia moral y una capacidad para hacer elecciones morales, los cuales (en palabras de Calvino) cayeron en condenación por su propia determinación y voluntad.

Aunque el pecado no es parte de la creación, tampoco es algo escurridizo que tomó a Dios por sorpresa. El pecado no fue algo que trastocó el plan de Dios, más bien fue parte del plan de Dios desde el principio. Él tuvo un propósito *bueno* al permitirlo, pero no fue el instigador ni el autor de las malas decisiones y acciones de sus criaturas. Él les creó como seres morales y les dio libertad para actuar, pero fueron ellos quienes cayeron en pecado por decisión propia. Esto es algo que examinaremos con mayor profundidad en el capítulo diez.

En otras palabras, Dios es soberano sobre todo y el mal es algo que transgreda su soberanía absoluta, pero Él no intervino de manera tan activa en el manejo del mal como lo hizo en la creación de todo lo bueno. Las criaturas caídas tienen responsabilidad plena por su propio pecado. La creación de Dios era impecable y libre de defecto al ser completada. El mal malogró esta bondad perfecta *después* que Dios hubo acabado su creación.

El propósito soberano de Dios desde el principio fue anular las obras malas

de sus criaturas y destruir el mal para siempre, con la restauración de su creación a una gloria que sobrepasa la gloria y la perfección del paraíso.

Considere lo siguiente: la gloria de la creación *original* de Dios es disminuida por cualquier teoría que extiende la creación en períodos interminables de tiempo, porque el proceso evolutivo implicaría que Dios pasó mucho tiempo con pruebas de ensayo y error antes de producir bien las cosas que se propuso crear. En otras palabras, admitir la evolución en cualquier fase del proceso creativo es negar la afirmación bíblica de que todo lo creado por Dios fue "bueno en gran manera". La consecuencia de esa concesión injustificada es la noción de que Dios creó cosas incompletas y que a través de procesos naturales lentos las mejoró. Esto no es lo que enseñan las Escrituras.

Usted nunca podrá encontrar el concepto de evolución en Génesis. No está allí. Todo el relato bíblico, desde el primer día hasta el séptimo, establece la verdad de una creación inmediata y directa, realizada de manera completa, acabada y perfecta en una semana. Cualquier otra interpretación no hace justicia al lenguaje diáfano de las Escrituras. Hasta el momento en que Adán pecó, toda la creación permaneció en un estado de paraíso perfecto. La manera como se perdió ese paraíso es el meollo de Génesis 3.

Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales. Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto. Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú? Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí. Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses? Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí. Entonces Jehová Dios dijo a la mujer: ¿Qué es lo que has hecho? Y dijo la

mujer: La serpiente me engañó, y comí. Y Jehová Dios dijo a la serpiente: Por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar. A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti. Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás. Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes. Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió. Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida.

—Génesis 3:1-24

10

EL PARAÍSO PERDIDO

Génesis 3:1-24

Génesis 3 es uno de los capítulos de mayor importancia en toda la Biblia. Es el fundamento de todo lo que sucede en adelante, y en su ausencia las Escrituras y la vida misma serían ininteligibles. Génesis 3 explica la condición del universo y el estado de la humanidad. Explica por qué el mundo tiene tantos problemas. Explica el dilema humano. Explica por qué necesitamos un Salvador, y explica lo que Dios hace en la historia.

En otras palabras, la verdad revelada en Génesis 3 es fundamento indispensable para una visión correcta y verdadera del mundo. Todas las cosmovisiones que obvian este fundamento no tienen esperanza de salir de ese error.

Tras quedar completa la creación perfecta de Dios, no había desorden, ni caos, ni conflicto, ni lucha, ni dolor, ni discordia, ni deterioro, ni muerte. Ahora en cambio, nuestra existencia está llena de todas esas cosas todo el tiempo. Debemos admitir con franqueza que nos resulta difícil imaginar lo que habría sido un mundo perfecto. Génesis 3 explica cómo llegamos de ese paraíso de perfección inimaginable a nuestra deplorable condición actual.

La evolución no ofrece explicación para el dilema humano y mucho menos una solución viable. ¿Por qué la existencia humana está tan llena de problemas morales y espirituales? La evolución jamás podrá responder esa pregunta. De hecho, el naturalismo evolucionista no puede explicar la existencia de lo moral o lo espiritual.

No obstante, es evidente que somos criaturas morales y espirituales. Esto es algo que cada uno de nosotros sabe con certeza. Los conceptos de bien y mal son innatos en la psique humana. Hasta los evolucionistas más ateos tienen conciencias. Sabemos por experiencia amarga que no podemos librarnos del mal a nosotros mismos y que el empuje del pecado nos resulta irresistible. Lo cierto es que *no podemos* hacer todo lo que sabemos que *debemos* hacer, y peor todavía, no podemos reformarnos ni regenerarnos a nosotros mismos. La evolución no ofrece explicación alguna para este dilema ni esperanza de una solución viable.

En lugar de esto, la doctrina de la evolución, si se sigue hasta sus últimas consecuencias, termina con una negación de la realidad del mal. Si imaginamos por un momento que la evolución naturalista es correcta y el Dios de la Biblia no existe, tampoco pueden existir principios morales inviolables que gobiernen el universo. Tampoco existe la responsabilidad moral en absoluto. De hecho, si la evolución es verdadera, las cosas son como son por puro azar, sin una razón trascendente. Bajo un sistema así, nada tendría significado ni implicaciones morales. Las nociones mismas del bien y del mal serían conceptos sin sentido. No habría razón para condenar a un Hitler ni para aplaudir a un buen samaritano.

¿Quién nos diseñó para distinguir entre el bien y el mal? ¿De dónde vino la conciencia humana? ¿Por qué la naturaleza humana siente una atracción tan fuerte hacia el mal? Los evolucionistas no tienen ni idea.

La Biblia dice que fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios pero que somos criaturas caídas que nacen con una inclinación al pecado. Heredamos nuestra pecaminosidad de Adán. Con su acto singular de pecado, él hundió a la raza entera en un estado caído, con una servidumbre inexorable a la maldad. Esta es la doctrina del "pecado original", como se le conoce.

La descripción bíblica de la caída de la humanidad en el pecado refuta la idea fundamental de la evolución. En lugar de enseñar que el hombre empezó en la parte más baja de la escalera desde allí ascendió eslabón por eslabón en un proceso de evolución social y psicológica, Génesis 3 enseña todo lo opuesto. El hombre empezó en el pináculo de la creación y a causa del pecado de Adán, la historia de la humanidad es una serie de descensos cada vez más bajos en la

degeneración moral y espiritual (cp. Ro. 1:21-32). La humanidad se encuentra hoy día *peor* que nunca antes (2 Ti. 3:13).

¿Quién puede negar que la maldad está en todos los rincones del mundo? Vemos evidencias de ello todos los días y en todas partes. En particular, existen evidencias abundantes de la depravación moral de la humanidad. G. K. Chesterton se refirió con pesadumbre a la doctrina del pecado original como "la única parte de la teología cristiana que se puede demostrar a flor de piel". Este escritor fenomenal exacerbó a los teólogos modernos que "en su espiritualidad casi fastidiosa, admiten la ausencia absoluta de pecado en la divinidad, algo que no pueden ver ni en sueños, pero en esencia niegan el pecado humano que sí pueden ver en las calles y en el espejo de sus casas".[1]

Las evidencias de la pecaminosidad de nuestra raza abundan por todas partes. Se publican en los periódicos, se ven y escuchan en los noticieros de televisión, y llenan todas las crónicas de la historia humana. Nadie que conozcamos es libre de pecado, y si somos honrados con nosotros mismos, algunas de las pruebas más convincentes de nuestra depravación sin esperanza están escritas en el tablero de nuestra propia conciencia.

¿Cómo llegamos a esta condición? Génesis 3 responde esa pregunta con claridad y sencillez. Nuestro primer ancestro, Adán, desobedeció a Dios de forma deliberada. De alguna forma su pecado contaminó a la raza entera, y ahora cada uno de sus descendientes ha heredado un amor al pecado y un desprecio a la rectitud verdadera. Esto se manifiesta siempre en nuestra conducta.

Según Romanos 5:12 y 1 Corintios 15:22, en el momento en que Adán pecó, trajo muerte y juicio no solo sobre sí mismo, sino también sobre toda la raza humana. Cada uno de nosotros hereda pecado y culpa de Adán, y eso es lo que anda mal en nuestra vida. Es la razón por la que tenemos una naturaleza vil, rebelde, corrupta y destructiva, así como un corazón pecaminoso que corrompe todos nuestros pensamientos, emociones y voluntad. "Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios" (Ro. 8:7-8).

Esa incapacidad para amar, obedecer o agradar a Dios es la esencia misma

de la depravación humana, y la única solución a ese problema es una intervención de Dios por medio de su obra regeneradora que nos hace criaturas nuevas (2 Co. 5:17). Por esa razón, Jesús dijo a Nicodemo: "no te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo" (Jn. 3:7); "el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (v. 3). De esto se trata la salvación: Dios cambia por medio de un milagro la naturaleza de aquellos a quienes redime, de tal manera que sean atraídos hacia la misma rectitud y justicia que antes habían aborrecido. Esta fue la promesa central del nuevo pacto:

> Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra. (Ez. 36:25-27)

Así pues, nada hay que podamos hacer para librarnos de la servidumbre al pecado. La transgresión de Adán tuvo un efecto catastrófico, no solo en él y en su medio ambiente sino también en su progenie, lo cual nos incluye a usted y a mí. Además, somos incapaces de entender nuestra perdición moral mientras desconozcamos dónde empezó todo.

Romanos 8:20-22 dice: "la creación fue sujetada a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora". En otras palabras, a causa del pecado, ninguna parte de la creación existe ahora como Él lo dispuso desde un principio. Toda ella "fue sujetada a vanidad", lo cual significa que perdió la capacidad de cumplir el propósito que se le había asignado en su diseño original. Quedó estropeada y contaminada por el pecado, y en consecuencia fue sujeta a la maldición en lugar de la bendición de Dios. Fue esclavizada por la corrupción y puesta en servidumbre a los efectos perniciosos del pecado que incluyen la descomposición, la degradación y la muerte. Toda la creación

"gime a una, y a una está con dolores de parto". Esta imagen vívida describe el sufrimiento y el dolor causados por la contaminación del pecado. Todas estas cosas, según las Escrituras, son los efectos de la desobediencia de Adán.

Este es un argumento claro en contra de la evolución. Si Dios hubierà empleado métodos evolutivos o "selección natural" para crear el mundo, la muerte, la descomposición, la mutación y la corrupción habrían sido parte de la creación desde el principio. Si la muerte y la selección natural fueron parte de los medios empleados por Dios para crear el mundo, nada habría sido creado perfecto desde un principio, y todos los aspectos de la creación tendrían defectos incorporados y requerirían toda clase de mejoras y modificaciones. Lo cierto es que la Biblia atribuye todas estas consecuencias al pecado de Adán que trajo consigo la maldición correspondiente a ese primer acto de desobediencia.

La libertad de esta condición no vendrá tampoco por medio de algún progreso evolutivo. De hecho, la creación entera, incluida la raza humana, está sujeta a una especie de *involución* o regresión, y este es un proceso retrógrado que ninguna cantidad de educación, ilustración, culto al medio ambiente, psicología, civilización o tecnología podrá revertir jamás. Lo que sí se necesita es *redención* (Ro. 8:23).

El resto de Génesis está repleto de evidencias de la caída en espiral de toda la humanidad en la degradación moral completa. Génesis 3 es el punto de quiebre en esta dinámica. Antes de esto, Dios observó su creación y pronunció que todo era "bueno en gran manera" (1:31), pero después de Génesis 3 toda la historia humana se ha caracterizado por todo lo que es *malo* en gran medida. Las únicas excepciones a esta regla han sido las intervenciones de Dios por medio de su obra redentora, pero no se trata de ejemplos de la nobleza humana en lo más mínimo.

Génesis 4 registra el primer homicidio que fue fratricidio. Génesis 4:19 contiene la primera mención del pecado de poligamia. El versículo 23 habla de otro acto homicida, y de allí en adelante la raza humana se degenera tanto que en Génesis 6:5 "vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal". Por esa razón Dios destruyó a toda la raza humana, a excepción de una sola familia.

Génesis también registra el principio de males como la homosexualidad (19:1-5), el incesto (19:30-38), la idolatría (31:30-35), la violación (34:1-2), el genocidio (34:25-29), la prostitución (38:14-19) y un sinnúmero de variedades de maldad.

Todo esto se derivó del acto singular de desobediencia de Adán (Ro. 5:19). El pecado de Adán contaminó no solo a su descendencia sino también al resto de la creación. ¿Cómo vino a darse un perjuicio tan grande? Génesis 3:1-7 da una respuesta clara:

> Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales.

Esto no es fábula ni mito. Se presenta en las Escrituras como hecho histórico y es tratado como referencia histórica en el resto de la Biblia (cp. Ro. 5:12-19; 1 Ti. 2:13-14; 2 Co. 11:3; Ap. 12:9; 20:2).

EL INSTIGADOR

Muchos dirían que la serpiente que habla es evidencia irrefutable de que este relato es mítico, pero Jesús mismo aludió a esta narración como un hecho real e histórico, al referirse al diablo como homicida, mentiroso y padre de mentira (Jn. 8:44).

Según Génesis 3:1: "la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho". No debemos pensar que Dios creó reptiles con capacidad de hablar y razonar. El hecho de que describa a esta serpiente en particular como "astuta" indica que no se trata de una serpiente típica, ya que la astucia de la que habla el texto no es una característica atribuible a los animales. Aquí se describe algo más que un animal, se trata de un ser que conocía a Dios, una personalidad que habló con gran inteligencia y sagacidad. Era un ser que se oponía a Dios con disimulo. Era engañoso, hostil y empeñado en destruir la inocencia moral de la primera pareja.

Mediante la comparación de diversos textos bíblicos aprendemos que esta serpiente era el mismo Satanás que se había disfrazado de animal (cp. Ap. 12:9; 2 Co. 11:3). Al parecer Satanás, experto en disfraces y capaz de transformarse hasta en ángel de luz si le resulta conveniente (2 Co. 11:14), había tomado el aspecto físico de una serpiente o de algún modo poseyó el cuerpo de una de las criaturas en el huerto.

El nombre *Satanás* es una transliteración de la palabra hebrea que significa "adversario". Las veces que ocurre en el Antiguo Testamento, esa palabra se emplea con artículo definido, para indicar que no se trata de un nombre propio sino de una expresión descriptiva ("el adversario"). El significado técnico del término hebreo conlleva una inflexión pericial que alude a la actividad propia de ese adversario en un contexto legal, como ente acusador. Por supuesto, esto describe muy bien el papel desempeñado por el diablo, quien es el acusador de los hermanos (Ap. 12:10). En el libro de Job en el Antiguo Testamento le vemos muy activo tras bastidores, empeñado en traer ruina y descrédito sobre el hombre de Dios. En el Nuevo Testamento vemos cómo procura asirse de Pedro a fin de zarandearle como a trigo en la hora de mayor vulnerabilidad del discípulo (Lc. 22:31). La conducta y la actividad del diablo siempre se ejercen con la misma metodología que observamos en Génesis 3.

¿De dónde vino Satanás y cómo debemos entender su carácter y su actividad ante el hecho de que Dios había declarado buena toda su creación?

Dios no creó a un adversario ni hizo malvado a Satanás. Como vimos al final del capítulo anterior, todas las cosas que Dios hizo fueron buenas, y el mal no existía en su creación. En Génesis 1:31 Dios declaró de forma inequívoca

que "todo lo que había hecho... era bueno en gran manera". Satanás aparece de forma repentina e inesperada en Génesis 3:1, lo cual significa que la caída de Satanás debió ocurrir entre el punto final de la creación (marcado por aquel día glorioso de reposo y disfrute en el día séptimo) y los acontecimientos que se describen en Génesis 3, los cuales parecen suceder poco tiempo después de la creación de Adán y Eva, antes de que concibieran a su primer descendiente.

Como la narración de Génesis mantiene una perspectiva terrenal en la historia de la creación, guarda silencio acerca de la caída de Satanás, la cual ocurrió en el cielo. Sin embargo, aprendemos en otro lugar de las Escrituras que Satanás fue un ángel que cayó al elevarse con orgullo propio. Quizás el relato más claro y completo de la rebelión de Satanás se encuentra en Ezequiel 28:11-19:

> Vino a mi palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, levanta endechas sobre el rey de Tiro, y dile: Así ha dicho Jehová el Señor: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura; de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunclo, esmeralda y oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación. Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector. Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti. Con la multitud de tus maldades y con la iniquidad de tus contrataciones profanaste tu santuario; yo, pues, saqué fuego de en medio de ti, el cual te consumió, y te puse en ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que te miran. Todos los que te conocieron de entre los pueblos se maravillarán sobre ti; espanto serás, y para siempre dejarás de ser.

Aunque este texto estupendo está dirigido al rey de Tiro como mensaje profético, el contexto hace evidente que su alcance trascendía a aquel rey terrenal y se dirigía en realidad a la fuente sobrenatural de su maldad, su orgullo y su autoridad corrupta. Este fue un mensaje profético de Dios a Satanás.

El texto identifica claramente el objeto de esas palabras de condenación al decir: "en Edén, en el huerto de Dios estuviste" (v. 13). Las palabras no se dirigían a un mortal sino a un ser angélico, "querubín grande, protector" (v. 14). De hecho, era la epítome de creación divina, "el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura" (v. 12). El Señor dice a este ser: "perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad" (v. 15). Es indudable que se trata de la misma criatura caída que se disfrazó de serpiente en el huerto de Edén. Es la criatura angélica caída que conocemos como Satanás.

El pasaje de Ezequiel enuncia con claridad que esta criatura fue antes ángel, uno de los querubines cuya función permanente era la adoración celestial. Esto explica la referencia en el versículos 13 a "los primores de tus tamboriles y flautas [que] estuvieron preparados para ti en el día de tu creación". De hecho, parece haber sido el querubín de más elevado rango ("querubín grande, protector... en el santo monte de Dios... en medio de las piedras de fuego"), una criatura cuya belleza y majestad eran sin par. Es posible que haya tenido la supremacía entre todos los arcángeles.

Aunque no se explica cómo surgió el pecado en su ser, es claro *dónde* se originó el pecado: "se halló *en ti* maldad" (v. 15, cursivas añadidas). No se trató de un defecto en la manera como fue creado ("Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado"). La maldad no provino de su Hacedor y tampoco vino de fuera de la criatura, sino que fue hallada *en* él. Como resultado, el Señor dice: "fuiste lleno de iniquidad, y pecaste" (v. 16).

¿Cómo pudo esta criatura sentirse insatisfecha con su perfección? ¿Qué pudo provocarle a rebelarse contra su Creador? El texto no ofrece explicación pero recalca la verdad de que la falla provino de la criatura misma y en ningún sentido fue resultado de alguna imperfección en la manera como fue creada. Su caída tampoco fue un estado que le haya sido impuesto en contra de su voluntad, sino que fue el resultado de su propia decisión.

Isaías 14 arroja todavía más luz en cuanto a la caída de Satanás. Como el pasaje de Ezequiel, es una condenación profética dirigida a un rey terrenal, en este caso el rey de Babilonia (v. 4). Asimismo, contiene expresiones que trascienden a cualquier gobernante terrenal y van dirigidas a Satanás mismo. Los versículos 12 al 15 dicen:

> ¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo.

Lucero es un nombre que significa "el que brilla" o "el que lleva la luz", y es un nombre apropiado para el querubín protector. El pecado por el cual es condenado es un pecado que surgió de su propio corazón, el cual fue orgullo. Este ser quiso exaltar su trono por encima de todos los demás y ser "semejante al Altísimo" (v. 14). Su intención literal fue usurpar el trono de Dios. Todo esto respalda la noción de que la criatura en cuestión es Lucifer, Satanás mismo. También sabemos por 1 Timoteo 3:6 que esta misma actitud de orgullo y envanecimiento fue la razón para la caída y la condenación del diablo.

Tan pronto se envaneció en su orgullo, el diablo cayó con la misma rapidez con que se elevó. Jesús dijo: "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (Lc. 10:18). Aunque su deseo fue ser semejante a Dios, de inmediato se convirtió en la cosa menos semejante a Dios que puede existir.

Lucifer no cayó solo. De acuerdo con Apocalipsis 12:4, la tercera parte de los ángeles del cielo se rebeló con él. Es evidente que se convirtieron en demonios, ministros de Satanás y engañadores de la misma calaña (2 Co. 11:15-16). Según Mateo 25:41, existe un "fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles". Su condenación definitiva es tan cierta como la fidelidad inmutable de Dios.

¿Por qué Dios no les envió al fuego eterno tan pronto cayeron? La Biblia no responde esta pregunta de forma explícita, pero es claro que Satanás y los

demonios tienen la oportunidad de explotar al máximo su poder hasta que Dios les destruya al final de la historia humana. A pesar de su influencia maligna y la incorregibilidad de su execración, de algún modo se ajustan al plan que Dios tiene de mostrar gracia y misericordia a fin de traer salvación a los humanos caídos. El tiempo de su destrucción ya ha sido fijado (Mt. 8:29) y su condenación eterna es una certeza absoluta, pero hasta que se cumplan todos los propósitos de Dios con esta creación, tienen cierto grado de libertad para implementar sus planes destructivos, quizá con el propósito de probar al final que no existe mal sobre el que Dios no pueda triunfar.

Recuerde que la salvación de la raza humana fue planeada y prometida antes de que Satanás cayera y antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4; Tit. 1:1-2; 2 Ti. 1:9; Ap. 13:8). De manera pues que aun la caída de Satanás y su engaño en el Edén funcionan dentro del plan eterno de Dios.

En otras palabras, Dios *permitió* a Satanás confrontar a Eva. Este encuentro en el huerto no fue un acontecimiento inesperado que de algún modo descarriló el plan de Dios. Él ya lo había planeado todo desde el principio.

LA ESTRATEGIA

La estrategia de Satanás para tentar a Eva es la misma estrategia que siempre utiliza. Como es mentiroso y padre de mentira (Jn. 8:44), lo que hace casi siempre es disfrazarse como si fuera un vocero y portador de la verdad, como un "ángel de luz" (2 Co. 11:14).

La mentira es lo único constante en Satanás, todo lo que proviene de él es engañoso: "cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira" (Jn. 8:44). Aquí empieza con algo que suena como una pregunta muy inocente de parte de un observador interesado que se preocupa por el bienestar de Eva: "¿conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?" (Gn. 3:1).

"*¿Conque Dios os ha dicho...?*" Esta es la primera pregunta que aparece en las Escrituras. Antes de este versículo solo hay respuestas, ni un solo dilema. Esta pregunta fue formulada con perversidad para que Eva emprendiera el sendero de la duda y la desconfianza con respecto a lo dicho por Dios. Esa

clase de duda es el quid de todo pecado. La estratagema de *toda* tentación es que dudemos de la Palabra de Dios a fin de someterla al juicio humano. Esto es lo que la serpiente se propuso hacer con esa pregunta insidiosa.

De hecho, observe cómo Satanás en su astucia torció la Palabra de Dios e hizo una representación falsa de su contenido. Dios había dicho muy claro: "de todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás" (Gn. 2:16-17). Dios enfocó la atención en la libertad perfecta que tenían Adán y Eva para comer de todos los árboles a excepción de uno solo. La pregunta de Satanás hizo que Eva se enfocara en la parte negativa de la instrucción, a fin de darle a entender que Dios había coartado su libertad con restricciones injustificadas. Note también el fuerte contraste entre las palabras de la serpiente y el mandato real de Dios. Dios dijo: "*de todo* árbol del huerto *podrás comer*" (cursivas añadidas). La versión de Satanás eliminó por completo esa noción de libertad: "*no comáis de todo* árbol del huerto" (cursivas añadidas). De esta manera enfocó la atención de Eva en la prohibición y la preparó para el ataque frontal a la Palabra de Dios.

El motivo de Satanás era la destrucción completa de la primera pareja, así aparentara un interés en su bienestar. Por eso es que Jesús dijo: "[el diablo] ha sido homicida desde el principio" (Jn. 8:44). La serpiente hizo un cálculo deliberado para confrontar a Eva en un momento en que estuvo separada de Adán y en consecuencia más vulnerable. Dirigió su primer ataque a una víctima aislada ("la mujer como vaso más frágil", 1 P. 3:7). Es evidente que su objetivo fue engañarla con astucia (2 Co. 11:3) mientras no estuviera bajo la protección de Adán.

Si Eva se sorprendió al oír hablar a la serpiente, la Biblia no lo dice. Después de todo, el huerto era nuevo y estaba lleno de muchas maravillas que la primera pareja apenas estaba en proceso de descubrir. En aquel paraíso, Eva no había conocido el temor ni enfrentado peligros de ninguna clase. Por eso conversó con la serpiente como si no fuera algo extraordinario y tampoco tenía razones para sospechar. Ella misma era inocente y no sabía cuáles eran "las asechanzas del diablo" (Ef. 6:11).

La estrategia de Satanás fue presentar a Dios como un ser parco, estricto, restrictivo y poco generoso, como si quisiera limitar la libertad humana y

privar a Adán y Eva de un disfrute completo de la creación. Quiso darle a entender que una parte del carácter de Dios era mala y carente de verdad. Sugirió a Eva que Dios podría ser cruel e indiferente.

Además, el reptil satánico insinuó con perfidia que *él* estaba más interesado en el bienestar de Eva que Dios mismo. Así dio a entender que era partidario de la libertad total mientras que Dios estaba inclinado a imponer restricciones. El hecho de que Dios haya dado a Adán y Eva *todo* lo demás es descartado por el diablo como algo sin importancia, y concentra sus esfuerzos en hacer dudar a Eva de la bondad de Dios.

Eva no estaba al tanto de las estratagemas de Satanás y por eso respondió con ingenuidad, casi en defensa de Dios: "del fruto de los árboles del huerto podemos comer" (Gn. 3:2). Es evidente que ella no sabía que entablaba una conversación con el enemigo sobrenatural de Dios. La Biblia dice que ella fue engañada con astucia (2 Co. 11:3; 1 Ti. 2:14). Satanás se aprovechó de su inocencia para engatusarla.

Ahora bien, aunque ella no conocía a su enemigo, debió haber sido capaz de malograr su ataque. Tenía la ventaja suficiente para hacerlo porque conocía a Dios. Sabía que el carácter de Dios era bueno y nada más que bueno. Había experimentado bendición en abundancia y generosidad ilimitada de su mano. Estaba rodeada por toda la creación, la cual manifestaba el beneplácito y la buena voluntad de Dios en todo rincón, e incluso el mandato de no comer de uno de los árboles era una restricción benéfica por su propio bien.

Eva debió sospechar del reptil lenguaraz. Debió averiguar más acerca de su tentador antes de rendirse a su palabrería. Por encima de todo, debió refutar con firmeza toda sospecha en el sentido de que Dios quisiera negarle algún bien a ella y a su esposo.

En lugar de hacer lo correcto, su respuesta fue apenas una refutación parcial de las aserciones del reptil. Ella dijo: "del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis" (vv. 2-3).

Analicemos por un momento su respuesta. Note primero que omitió la expresión *de todo árbol* en la instrucción original, y optó por una variante: "del fruto de los árboles..." Esto indica que Eva ya había empezado a perder de

vista la bondad inmensa y generosa de Dios. Luego pasó a confirmar la restricción que Dios les había impuesto en lugar de defender su bondad, y lo peor de todo fue que añadió algo a las palabras del mandato, al afirmar que Dios había dicho: "no comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis". Al parecer ella sintió que la restricción era dura y empezó a resentirse contra Dios, por lo cual tergiversó el mandato y lo hizo sonar como si fuera más duro de lo que era.

El corazón de Eva ya tenía un rumbo fijo. Ella había decidido no defender a Dios y su bondad. Decidió abstenerse de afirmar su majestad gloriosa y su perfección santa. Ignoró el hecho de que el deseo de Dios solo era por su bien. No se ofendió por el insulto de la serpiente contra el carácter de Dios y cayó en la trampa sin musitar. Ella había empezado a creerle a Satanás antes que a Dios.

La caída fue inevitable desde el instante en que Eva empezó a dudar. El curso de sus acciones subsecuentes quedó fijado por la vacilación en su corazón. Lo que hizo a continuación solo fue evidencia de la maldad que ya había entrado en su corazón.

En este punto, Satanás supo que había triunfado y espoleó para ganar la victoria total. De inmediato, le sugiere a Eva que él tiene más conocimiento que Dios mismo. Su siguiente locución es un aserto que contradice de frente la Palabra de Dios e impugna los motivos de Dios: "no moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal" (vv. 4-5). Esta negación atrevida fue la expresión definitiva de lo que Satanás había insinuado antes, y con ella no solo calumnió la bondad de Dios sino también la veracidad de Dios.

La sospecha ya se había afincado en la mente de Eva. La majestad de Dios había sido insultada, su bondad había sido envilecida, su integridad había sido denigrada y ella dejó de considerarle digno de su confianza. Eva no respondió con fe en su Creador y por eso Satanás procedió a dar la estocada final.

"Dios es un mentiroso", dice el padre de mentira. "Él te ha engañado, te ha quitado la libertad y ha restringido tu goce". La mentira de Satanás es la misma hasta el día de hoy: "puedes ser libre, haz todo lo que quieras, al fin y al cabo es tu vida. No hay leyes divinas ni autoridad absoluta, y sobre todo, no hay juicio. Puedes estar seguro de que no morirás".

En este punto, Eva se ve enfrentada a dos opciones claras y tiene que tomar una decisión. Tiene que creer en Dios o creerle al diablo. Es la misma decisión que toda la humanidad ha tenido que tomar una y otra vez desde entonces. ¿Quién dice la verdad? ¿Dios o el diablo? ¿Será que Dios quiere imponernos restricciones injustificadas? ¿Acaso quiere limitar nuestra libertad y reducir al mínimo nuestra alegría? Si Dios es así, como insinúa Satanás, es porque no nos ama y tampoco es digno de nuestra confianza.

La mentira es la misma en la actualidad. La autoridad de Dios se representa con frecuencia en términos de restricciones excesivas, destrucción de la libertad humana y menoscabo de nuestro bienestar. Esto dice E. J. Young al respecto:

> La psicología moderna nos ha abierto los ojos (casi podemos oír la voz del tentador antiguo), a los lugares más recónditos del alma humana. Ahora sabemos que el alma es algo muy delicado que se daña al ser restringido y atado con la imposición de leyes categóricas. El alma debería dejarse en libertad total para que se desarrolle y exprese a sí misma, lo cual puede hacer solo en un ambiente de libertad y amor. Toda estrechez y restricción, como las que impone cualquier autoridad absoluta, deben abandonarse por completo si es que va a darse algún desarrollo de la personalidad. ¿Quiere usted que su personalidad se deforme y que su alma quede lisiada? En ese caso, continúe sometido a Dios y a sus mandamientos.[2]

Satanás sugirió a Eva que la única razón por la que Dios les había impuesto una restricción tan grande al prohibirles comer de ese árbol, era que su carácter tenía una falla. Su amor debe ser defectuoso porque Él quiso impedir que fueran todo lo que podían ser, a fin de evitar que rivalizaran con su grandeza.

De esta manera, Satanás pretendió ofrecerles lo que él mismo en su envanecimiento había tratado de obtener pero no pudo: "seréis como Dios" (v. 5).

Satanás sabía por experiencia personal que Dios no tolera rivales. Dios dijo por medio del profeta Isaías: "Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré

mi gloria, ni mi alabanza a esculturas" (Is. 42:8). Dios no cede a nadie ni nada el lugar que le corresponde por derecho propio. Como no existe otro ser como Él, todos los que pretenden ser iguales a Él o ser reconocidos como iguales a Él tienen que ser rechazados. Esto se debe a que Él es santo y no a que sea egoísta, porque el concepto de egoísmo se aplica a un individuo en medio de una colectividad de individuos, no a un ser único y suficiente en sí mismo como Dios.

Satanás obvió este hecho para insinuar que la restricción se debía a algún tipo de recelo veleidoso por parte de Dios, como si Él hubiera tenido que impedir a Adán y Eva que se desarrollaran como individuos, a tal punto que podrían convertirse en una amenaza para el Todopoderoso. La insinuación es absurda, por supuesto, pero a Eva le pareció que era un pensamiento bastante interesante y atractivo. Tal vez pensó que se trataba de una aspiración noble de ser semejantes a Dios, y es posible que se haya convencido a sí misma de que era un deseo honorable.

La promesa falsa del reptil ("seréis como Dios") es la semilla de todas las religiones falsas. Muchas sectas, desde el budismo hasta el mormonismo, están basadas en la misma mentira, una mentira que consiste en manipular, retorcer y tergiversar la verdad. Dios quiere que seamos semejantes a Él, en el sentido de hacernos partícipes de sus atributos comunicables como santidad, amor, misericordia, veracidad y otras expresiones de su rectitud divina. En cambio, lo que Satanás trató de hacer (y tentó a Eva para hacer lo mismo), fue inmiscuirse en un dominio que pertenece solo a Dios y usurpar su poder, su soberanía y su derecho exclusivo de ser adorado. Estas son cosas que cualquier criatura tiene prohibidas.

Note la manera como Satanás caracterizó una supuesta igualdad con Dios: "seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal" (v. 5). Era una verdad a medias de peligro mortal. Si comían el fruto conocerían el mal, pero no como Dios lo conoce, ya que lo conocerían por experiencia. Lo que Satanás les presentó con bombos y platillos como el camino seguro a la satisfacción y la verdad plenas, era en realidad un callejón sin salida hacia la destrucción. "Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte" (Pr. 14:12).

LA SEDUCCIÓN

Santiago 1:13-15 dice: "Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte". Ese proceso ya iba muy adelantado en la vida de Eva.

El pecado que está en la mente procede a trabajar en las emociones. Esto incita la voluntad y ella a su vez consuma el acto.

Génesis 3:6 dice: "y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella". La felicidad personal se había convertido en la meta principal de Eva, y por primera vez su propio interés y satisfacción egoísta eran su motivación. *¡El pecado ya había sido concebido en su corazón!* En ese momento el pecado empezó a trabajar en ella para producir el acto de maldad. Sin embargo, ella ya era culpable, porque había pecado en su corazón. Jesús ilustró este principio con estas palabras: "cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón" (Mt. 5:28).

Eva observó tres características del fruto prohibido que le parecieron seductoras. En primer lugar, vio "que el árbol era bueno para comer". No sabemos qué clase de fruta era, y el texto no dice que fuera una manzana como es la creencia popular, pero esto no es lo importante. Lo que sí importa es que Eva fue seducida por su propio *apetito físico*. No se trataba de una sensación legítima de hambre porque en el huerto había suficiente alimento para satisfacer esa necesidad. Era más bien un apetito ilícito, un deseo carnal provocado por su descontento egoísta y su desconfianza en Dios, como si Él no le permitiera tener acceso a buena comida.

En segundo lugar, ella vio "que era agradable a los ojos". Esta seducción incitaba su *apetito emocional*. El fruto excitó su sentido de la belleza y de otras pasiones. Esto no quiere decir que los demás frutos en el huerto no fueran tan atractivos. Había una gran variedad de colores, formas y tamaños, y todas las cosas tenían buen aspecto porque todo "era bueno en gran manera", pero Eva

se había enfocado en *este* fruto porque Satanás había sembrado en su mente la idea de que representaba algo bueno que Dios no quería darle. A medida que creció la codicia en su corazón, el fruto prohibido tenía un aspecto cada vez más agradable.

En tercer lugar, ella vio que era un "árbol codiciable para alcanzar la sabiduría". Esta era una incitación a su *apetito intelectual.* El orgullo incipiente le hizo desear la "sabiduría" que podría tener mediante el conocimiento del bien y del mal. Ella deseó ese conocimiento y fue tentada por la promesa falsa de que le haría semejante a Dios.

De este modo, ella fue seducida por "los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida" (1 Jn. 2:16-17). La tentación siempre se presenta en una o más de estas tres categorías. Al tentar a Cristo, el diablo le apremió a convertir las piedras en pan (Mt. 4:3). Esta fue una incitación a los deseos de la carne. El diablo también le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, al prometerle que iba a darle autoridad sobre ellos (vv. 8-9). Esta fue una incitación de los deseos de los ojos. Por último, al ponerle sobre el pináculo del templo (v. 5), trató de incitar la vanagloria de la vida. por esa razón Hebreos 4:15 dice que Jesús el Hijo de Dios "fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado".

EL PECADO

En última instancia, como sería de esperarse, la duda y la codicia que llenaron la cabeza de Eva dieron lugar a la conducta mala. Tan pronto el pecado penetra la mente, las emociones y la voluntad, *siempre* se manifiesta en acciones pecaminosas.

Génesis 3:6 dice que ella "tomó de su fruto, y comió". Fue un acto simple de consecuencias inmensas. Además, fue temeraria y osada tras cometer su propio pecado, quizás por el hecho de que no había muerto en el acto, y por esa razón "dio también a su marido, el cual comió así como ella".

Adán aparece en escena y descubre que su esposa ya ha desobedecido el mandato del Señor, tras lo cual decide participar de lo mismo con ella. No sabemos cómo fue incitado Adán a hacerlo. Podríamos pensar que Eva le relató

las palabras de la serpiente, también es posible que le haya incitado con una descripción de su experiencia agradable al comer el fruto prohibido, puesto que la Biblia reconoce que es posible "gozar de los deleites *temporales* del pecado" (He. 11:25, cursivas añadidas). En cualquier caso, parece que no fue difícil convencer a Adán. Resulta irónico que la persona que Dios había dado a Adán para ser su *ayuda idónea* se convirtiera en un instrumento que le trajo desastre y muerte.

No obstante, la culpa de Adán era mayor y no menor que la de Eva. En todas las Escrituras, Adán siempre se nombra como culpable de la caída de la humanidad (cp. Ro. 5:12-19; 1 Co. 15:22). Eva también tenía una culpa inmensa, pero ella fue engañada mientras que Adán desobedeció e incurrió en transgresión de forma deliberada (1 Ti. 2:14). Como cabeza y representante de la raza humana, él tuvo la responsabilidad por la caída y sus acciones fueron determinantes para el resto de su descendencia.

¿Cómo se transmitió a su progenie la culpa y la corrupción de Adán causadas por su pecado? Aunque la Biblia no explica el proceso, nos basta saber que así fue. Tan pronto Adán comió el fruto, el principio de corrupción y muerte empezó a regir sobre la creación y toda la raza humana quedó inundada en la maldad. Dios mismo tendría que convertirse en un hombre y morir para deshacerlo.

Adán y Eva no tenían la más remota idea de las consecuencias de su pecado. Quizá el diablo sí lo barruntó y se regodeó en la caída de sus víctimas. Dios lo sabía muy bien pero lo permitió para mostrar su gloria en la destrucción definitiva de la maldad.

LA VERGÜENZA

Ahora que Adán y Eva conocían el mal por experiencia propia, sus mentes fueron abiertas a una forma de pensar muy diferente. Eran susceptibles a toda clase de malos pensamientos. Eran atraídos con mucha fuerza por malos deseos. Ya no deseaban tener comunión con Dios como antes lo habían hecho, y por encima de todo, eran conscientes de su propia culpa.

La serpiente les había prometido iluminación: "serán abiertos vuestros ojos"

(Gn. 3:5). Lo que recibieron en realidad fue una imitación barata y repulsiva de iluminación mental. Era una apertura negativa de los ojos que les hizo ver el significado de la culpa, y tan pronto vieron su propia culpa quisieron cerrar los ojos a causa de la vergüenza. En realidad "fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron" (v. 7), pero se trató de una iluminación falsa que les llevó a un estado de ceguera espiritual del cual nunca se podrían recuperar sin un milagro divino de regeneración.

Su conocimiento del mal también fue real, pero en nada se parecía al que tenía Dios. Un médico especializado en el tratamiento de tumores "conoce" el cáncer con la experiencia de su preparación académica y objetividad de su disciplina, y en ese sentido tiene un conocimiento superior al de sus pacientes que experimentan la enfermedad, a fin de poderles ayudar. La persona que muere de cáncer también "conoce" el cáncer de una manera muy íntima pero también muy destructiva. Adán y Eva tenían ahora un conocimiento del mal que era semejante al conocimiento del carcinoma que tiene un paciente que va a morir de cáncer. No era la clase de conocimiento espiritual que Satanás hizo creer a Eva que obtendría a cambio de su desobediencia. Ella y Adán *no* llegaron a ser como Dios sino todo lo contrario.

El pecado destruyó al instante su inocencia y ellos lo sintieron de inmediato. De repente se dieron cuenta de su culpa y se sintieron descubiertos. Esto se manifiesta en la vergüenza con respecto a su desnudez. Hasta el regalo sagrado de su relación física quedó contaminado por aquella sensación de vergüenza. Así se perdió la pureza que había caracterizado la intimidad sexual hasta entonces. En su lugar quedaron pensamientos malvados e impuros que nunca habían conocido.

A causa de la vergüenza que atormentaba sus conciencias, ellos "cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales" (v. 7). Este fue un esfuerzo noble de su parte para cubrir su pecado y tapar su vergüenza. Desde entonces, el vestido ha sido una expresión universal de modestia humana. Es apropiado y correcto que el hombre caído cubra su vergüenza. Los naturistas y antropólogos se equivocan al presentar la desnudez pública como un regreso a la inocencia y la pureza. La desnudez pública no recupera la inocencia del hombre caído, solo es una negación de la vergüenza que deberíamos sentir por nuestra

condición caída. Es apropiado que quienes son culpables de pecado se cubran a sí mismos, y esto es algo que Dios mismo demostró al sacrificar animales y utilizar su piel como vestimenta para la pareja caída (v. 21).

De hecho, esta fue una lección gráfica y objetiva que muestra cómo Dios es el *único* que puede suministrar al hombre una solución apropiada para el pecado, y que el derramamiento de sangre es una parte necesaria del proceso (He. 9:22).

Al igual que Lucifer, Adán y Eva cayeron tan bajo que nada bueno quedó en ellos (cp. Gn. 6:5; Job 15:14-16; Ef. 2:1-3; Ro. 7:18; 8:7-8). Nada volvería a ser igual en la vida ni en el mundo. Dios mismo maldijo la tierra y esta produjo espinos y cardos, además se hizo necesario el cultivo arduo del suelo y la vegetación para que diera fruto. Una serie de aflicciones, como el dolor del alumbramiento, la tristeza, el sudor, la angustia, la enfermedad y la muerte, ahora plagaban toda la creación. Se había desatado una avalancha impetuosa de pecado que nunca podría ser detenida por el hombre.

EPÍLOGO

Bendiciones a pesar de la maldición

Sería fácil ver la caída de Adán como un final bastante amargo y decepcionante del relato de la creación. Termina destruida la perfección de la creación gloriosa de Dios. La humanidad creada a imagen de Dios, caída de forma irreversible. La muerte y la descomposición infectan todas las manifestaciones de vida en el planeta. Al final de Génesis 3, Adán y Eva son expulsados del paraíso y enviados a un mundo hostil y sujeto a la maldición del pecado.

No obstante, Génesis 3 no es solo un final triste en la historia de la creación, sino también el comienzo glorioso de la aventura de redención que colma el resto de las Escrituras. Génesis 3 contiene la primera promesa de un libertador, y el resto de la Biblia se dedica a contar la historia de cómo Dios, por medio de ese libertador, redime a la humanidad caída y al resto de la creación de la postración en que ha estado sumida por causa del pecado de Adán. Por esta razón, la crónica de la redención es el verdadero punto final en el relato de la creación, y se debe reconocer que es un desenlace tan esperanzador, que ni siquiera el ser humano más optimista habría podido inventar un colofón tan glorioso.

De hecho, la historia de la nueva creación de Dios es más gloriosa que la combinación de todas las glorias de la creación original. Es la historia del triunfo de la gracia divina, aquella misericordia y bondad de Dios que los pecadores no merecen pero pueden recibir de forma gratuita, a pesar de que solo merecen condenación.

Dios no tenía obligación alguna de redimir a Adán o a cualquiera de sus descendientes. A propósito, resulta significativo que a causa de la rebelión de los ángeles dirigida por Satanás, todos los que pecaron fueron expulsados del cielo y condenados de inmediato a castigo eterno. No se hizo provisión alguna para su redención. Tampoco se les dio jamás la oportunidad de arrepentirse y ningún redentor fue enviado para salvarles. Todos fueron sentenciados al infierno de manera inmediata e irremediable.

Dios pudo haber hecho esto con la humanidad y su justicia habría permanecido infalible. Con nadie tiene Dios deudas de misericordia. De hecho, la justicia demanda el castigo de los pecadores, no su redención.

Por otro lado, las Escrituras nos enseñan esto acerca del Creador: "tú eres Dios que perdonas, clemente y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia" (Neh. 9:17). Además, Él en su gracia había planeado antes de la fundación del mundo redimir a la humanidad de su pecado (Ef. 1:4-5; 2 Ti. 1:9-10). El cumplimiento de ese plan empieza en Génesis 3 con la confrontación de Adán por parte de Dios con respecto a su primer pecado.

Desde el momento en que pecaron, Adán y Eva fueron conscientes de que algo andaba muy mal porque tuvieron sentimientos fuertes de culpa y vergüenza. Por esa razón trataron de cubrir su desnudez con delantales cosidos con hojas de higuera. La Biblia añade además que ellos "oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto" (Gn. 3:8). Es decir, temían aquello que antes habían disfrutado más, a saber: la presencia del Señor su Dios. Los pecadores siempre aborrecen la presencia de Dios porque saben que no pueden seguir con la vida que llevan ante tal santidad.

Mientras trataban de esconderse, Dios procuraba hallarles con intención misericordiosa. "Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?" (v. 9). La pregunta no se debió a que Dios no supiera dónde se encontraban sus criaturas porque Él todo lo sabe, y por cierto sabe qué hay en el corazón del hombre: "El conoce los secretos del corazón" (Sal. 44:21). "Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta" (He. 4:13).

La pregunta del Señor no tenía el propósito de obtener información, sino que fue diseñada para hurgar la conciencia de Adán por su propio bien, a fin de obtener una confesión de su parte.

"[Adán] respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí" (v. 10). Es interesante que Adán mismo haya admitido que la razón de su temor radicaba en sí mismo y no en Dios. Note además que Dios se acercó a Adán como siempre lo había hecho, no con enojo vehemente sino de manera afable y bondadosa, mientras se paseaba "al aire del día", ansioso de hacer partícipes a sus criaturas de su bondad y disfrutar de comunión con ellas.

El problema es que la posibilidad de tener comunión fue eliminada por el pecado, y las preguntas que Dios hace a Adán tenían el propósito de hacer confesar al hombre lo que había sucedido. "Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?" (Gn. 3:11).

Adán decidió cambiar el sujeto culpable con su respuesta: "la mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí" (v. 12). Es evidente la acusación no muy sutil contra Dios. Adán implicó que Dios era en parte responsable de la situación porque al fin y al cabo, Él había creado a Eva. Además, Eva tenía la culpa por incitar a Adán a cometer el acto. Adán admitió que había comido, pero se aseguró de culpar primero a Dios y a Eva con su jerarquía falsa de culpabilidad.

Fue un intento lastimoso de evadir la responsabilidad por su propio pecado, pero es algo típico que hace todo pecador al ser confrontado con su culpa. Adán había pecado de forma deliberada y a diferencia de Eva, él no había sido engañado (1 Ti. 2:14). Adán debió reconocer su culpa y confesar lo que había hecho, pero en lugar de eso trató por todos los medios de mitigar su culpabilidad.

"Entonces Jehová Dios dijo a la mujer: ¿Qué es lo que has hecho? Y dijo la mujer: La serpiente me engañó, y comí" (Gn. 3:13). Aunque la confesión de Eva fue verdadera, no la eximió de su culpa. Era cierto que la serpiente la había engañado, pero ella en su propio egoísmo había desobedecido un mandamiento bien definido de Dios.

La respuesta de Dios al pecado de Adán y Eva fue una maldición triple. Primero habló a la serpiente, luego a la mujer y por último al hombre. De esta manera describió las consecuencias del pecado cometido por cada uno de ellos:

> Y Jehová Dios dijo a la serpiente: Por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar. A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti. Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás (Gn. 3:14-19).

Esta maldición tiene elementos interesantes. La serpiente fue condenada arrastrarse sobre su pecho y vivir del polvo. Al parecer, las serpientes tenían patas como los demás reptiles antes de la maldición. El animal se había convertido en una criatura rastrera que habría de representar todo lo indigno, todo lo despreciable y todo lo que los humanos evitan, ya que fue hecha maldita "entre todas las bestias y entre todos los animales del campo".

Observe la implicación sutil: las bestias y todos los animales del campo también cayeron bajo maldición. De hecho, la creación entera fue afectada por el pecado de Adán, fue "sujetada a vanidad" (Ro. 8:20). Cardos y espinos habrían de infestar los campos, el dolor, el cansancio y el sudor harían la vida dificultosa, y por supuesto esta no es una lista exhaustiva de los efectos negativos de la maldición. Además de los problemas que se describen en Génesis 3, existen otras contrariedades que hicieron difícil la vida humana a

partir de entonces. Por ejemplo, los gérmenes y virus perjudiciales, las enfermedades, los desastres y la corrupción por todas partes también se derivan de la maldición divina. Calamidades, tristeza, agobio y otras dificultades se han convertido en parte inevitable de la vida humana. Los insectos y otras criaturas han sobrepasado sus funciones originales benéficas para convertirse en pestes molestas y deletéreas. La naturaleza misma es destructiva en ciertas ocasiones, con inundaciones, terremotos, sequías, hambruna y otros desastres naturales. Por esa razón "toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora" (Ro. 8:22), mientras aguarda la consumación de la obra redentora de Dios.

La mujer sería afligida con dolor en el parto, y ese dolor sería un recordatorio perpetuo de que la mujer ayudó a concebir el pecado en la raza humana y transmitirlo a sus hijos. El Señor también le dijo que en adelante ella viviría irritada bajo la autoridad de su esposo.

Después el Señor dijo a Adán que había sido condenado a una vida de ajetreo y sudor, dedicado al cultivo de una tierra maldecida a la que volvería como polvo al morir.

De manera que Adán y Eva cayeron en desgracia y vergüenza; su vida se hizo muy difícil. Por encima de todo, fueron condenados a morir, tal como Dios les había advertido que sucedería como resultado de la desobediencia.

Sin embargo, en medio de toda esta calamidad, vemos evidencias claras de la gracia divina hacia Adán y Eva. Los términos mismos de la maldición en realidad dieron a la pareja caída muchas razones para abrigar esperanzas ciertas. Consideremos a continuación algunas de las bendiciones que fluyeron a pesar y a causa de la maldición.

VIDA GARANTIZADA PARA LA HUMANIDAD

Primero que todo, las palabras de Dios a Eva implican con claridad que la humanidad como raza habría de sobrevivir. Eva daría nacimiento a la descendencia de Adán, y a pesar de que el parto vendría acompañado de mucho dolor, su mención misma demostró que Dios no iba a destruir a Adán y Eva, y con ellos el futuro de la raza humana.

Esta fue una garantía extraordinaria. Debe recordarse que la advertencia original de Dios tenía que ver con la muerte instantánea de ambos si llegaban a comer del árbol de la ciencia del bien y del mal: "porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:17). Como siempre, la Palabra de Dios a Adán se cumplió de manera perfecta. Nuestros primeros padres sí experimentaron la muerte espiritual el mismo día que comieron del fruto prohibido, pero Dios en su gracia prolongó sus vidas físicas.

Dios habría sido justo en ejecutar a la pareja de manera instantánea y sumaria tan pronto pecaron. En lugar de esto, libró a la raza entera de ser aniquilada. En cierto sentido, la vida humana misma se convirtió en proceso de muerte desde el nacimiento, pero Adán y Eva no sufrieron destrucción instantánea. De hecho, Adán vivió novecientos treinta años (Gn. 5:5), y como resultado, les fue dada amplia oportunidad de arrepentirse, salvarse y multiplicarse.

Estoy seguro de que Adán y Eva se sintieron aliviados y agradecidos en gran manera al escuchar las palabras severas de la maldición, ya que así supieran que en adelante toda su existencia se caracterizaría por el trabajo arduo, la tristeza y el dolor, de todas maneras contaban con la promesa de posteridad para su raza.

De hecho, tan pronto terminan las palabras de la maldición, la Biblia dice: "y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes" (Gn. 3:20). Como es obvio, Adán abrigaba esperanza basado en las palabras de Dios con respecto al futuro de su raza. Él encontró la razón de su esperanza bienaventurada en las mismas palabras de la maldición por el pecado.

GARANTÍA DE LA DESTRUCCIÓN DE SATANÁS

Una segunda razón para tener esperanza se encuentra en las palabras de Dios a la serpiente. La maldición que Dios pronunció en contra del reptil incluyeron una profecía de que la simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente. "Simiente" no es una referencia a su descendencia en general porque la expresión que se traduce "ésta te herirá en la cabeza" en Génesis 3:15 se refiere a un individuo específico. Por el resto de las Escrituras y por el cumplimiento de la promesa misma, sabemos que esta solo puede ser una

referencia a Cristo, el Hijo de Dios encarnado. Él fue la simiente prometida de la mujer, y aunque la serpiente le heriría en el calcañar con sufrimiento y dolor inenarrables pero pasajeros, Él heriría su cabeza con un golpe letal y definitivo del cual no se podría recuperar.

El significado verdadero de la profecía va más allá del reptil para aplicarse al ser espiritual que habitaba en la serpiente. En otras palabras, esta era una garantía de la destrucción definitiva de Satanás que aludía al triunfo final de Dios sobre toda la maldad. También era otra razón para que Adán y Eva tuvieran esperanza, porque el mismo ser que fue responsable de la destrucción del paraíso habría de ser destruido por completo.

La profecía encuentra eco en las palabras de ánimo que Pablo dedicó a la iglesia en Roma: "y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros" (Ro. 16:20). La destrucción de Satanás da a todos los creyentes razón para tener esperanza. Su caída no solo significa el triunfo final de Dios sobre todas las obras del diablo, sino que representa en particular la inversión completa de la caída de Adán. En otras palabras, la promesa de salvación de la maldición del pecado quedó implicada en la profecía acerca de la destrucción de la serpiente antigua.

Hebreos 2:14 dice que esta es la razón misma por la que Cristo se convirtió en ser humano: "para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo". El apóstol Juan también dice que "para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo", y confirma que "todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque *la simiente* de Dios permanece en él" (1 Jn. 3:8, 9). Al final de la historia de redención, Satanás mismo será "lanzado en el lago de fuego y azufre, donde... serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos" (Ap. 20:10).

Toda esta información estaba implícita en la maldición, y también suministró a Adán y Eva un ancla firme para sus esperanzas.

LA PRIMERA PROMESA DE UN REDENTOR

Ahora bien, la bendición más grande que está incluida en las palabras de la maldición es la promesa de Cristo, el redentor, la simiente de la mujer, aquel

quien habría de aplastar la cabeza de la serpiente. Considere a continuación lo que revela este pasaje acerca de Él.

En primer lugar, Él sería la simiente de *la mujer*. Esto es significativo, porque casi siempre se habla de la descendencia como la simiente del padre, y esta parece una referencia sutil al nacimiento de Cristo de una virgen. Él descendió de una mujer en sentido terrenal, pero Dios fue su único progenitor y Él es el Hijo unigénito de Dios (Lc. 1:34-35).

En segundo lugar, habría enemistad entre Él y la serpiente. "pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya" (Gn. 3:15). Esto tiene que ver con el conflicto continuo entre Satanás y Cristo. Satanás, el destructor de las almas de los hombres, se opone a Cristo, el Salvador del mundo. El maligno detesta al santo de Dios y por eso se ha puesto a sí mismo y a "su simiente" (todos los que pertenecen a su reino, tanto demonios como humanos), en contra de la simiente santa de la mujer.

En tercer lugar, la simiente de la mujer habría de sufrir y padecer. Satanás le heriría en el calcañar. Esto habla acerca del sufrimiento de Cristo en la cruz: "él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Is. 53:5).

En cuarto lugar, el Salvador triunfaría. Él pondría fin a la enemistad con la herida mortal de la serpiente en su cabeza. Satanás, la serpiente, hizo todo lo que pudo para destruir a Cristo, pero al final solo dejó una herida temporal que sanaría. Cristo se levantó de los muertos en victoria y así ganó la redención de la raza caída de Adán, al mismo tiempo que destruyó las obras del diablo. Con este acto triunfal quedó sellada la derrota final de Satanás, cuya cabeza quedó aplastada para siempre como Dios lo prometió en el huerto.

Recuerde que el primer brillo de esta esperanza gloriosa se vislumbró como resultado del pecado de Adán, ¡en la maldición que Dios pronunció en el huerto! El resto de las Escrituras constituye el cumplimiento de todo lo anunciado en este preámbulo del drama de la redención.

¿Cómo redimió Cristo a los pecadores de su pecado? En primer lugar, cargó con su pecado. Él puso sobre sí mismo la culpa de nuestro pecado y fue castigado por su causa. Por esa razón se le permitió a Satanás herirle. Pedro escribió: "llevó él [Cristo] mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el

madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados" (1 P. 2:24). El profeta Isaías vio por adelantado la crucifixión de Cristo y escribió: "ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Is. 53:4-5). El escritor de Hebreos dice: "así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos" (He. 9:28).

El apóstol Pablo dice en lenguaje estremecedor: "al que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo pecado" (2 Co. 5:21). Dios tomó a su propio hijo sin pecado ni mancha, le imputó la culpa de nuestro pecado ¡y luego le castigó como si fuera culpable de nuestro pecado! Isaías escribió: "con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento", porque Él puso "su vida en expiación por el pecado" (Is. 53:10).

De modo pues que la serpiente no fue la única que resultó herida por la simiente de la mujer, sino que Dios mismo permitió que Cristo sufriera un golpe nefasto, al derramar su ira contra el pecado sobre la persona de su Hijo inocente, quien apropió y llevó sobre su cuerpo la culpa de todo el mundo, la cual no le pertenecía en lo absoluto.

Este es el evangelio. Es la mejor noticia que pueda darse, y Dios empezó a revelar este mensaje glorioso a la humanidad caída aun antes de terminar su maldición inicial en contra de su pecado.

Esto no es todo. Gracias a que Cristo pagó la deuda del pecado a favor de todos los que creen, además de que sus pecados les sean perdonados, la misma justicia de Cristo, es decir, todos los méritos de su vida libre de mancha y de pecado, les son imputados. Esto es algo que pueden apropiar para sí por medio de la fe, y es la segunda parte de 2 Corintios 5:21: "[Dios], al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros *fuésemos hechos justicia de Dios en él*" (cursivas añadidas). De esta manera, Dios, revierte por completo los resultados de la caída de Adán. "Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Ro. 5:19).

En otras palabras, somos revestidos en la justicia de Cristo. En Génesis 3 se

presenta una ilustración bella de esta promesa, ya que después de pronunciar la maldición, Dios suministró a Adán y Eva una vestimenta más adecuada que las hojas de higuera que ellos cosieron. Génesis 3:21 dice que "Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió". En otras palabras, Dios tuvo que matar a un animal, lo cual se constituyó en el primer sacrificio de sangre que simbolizaba el costo supremo de la expiación divina, y así cubrió la vergüenza de sus criaturas con la piel tomada de ese sacrificio.

De una manera similar, Cristo, cuya sangre expiatoria fue derramada por nosotros en la cruz, provee su propia justicia como vestido que cubre a todos aquellos que confían en Él como Salvador.

De nuevo, esa justicia pura y perfecta de Cristo es apropiada por fe, lo cual significa que no puede ganarse con esfuerzos y méritos humanos: "mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia... la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras" (Ro. 4:5-6). Tratar de ganar justicia por medio de nuestros propios méritos es el equivalente espiritual de coser hojas de higuera para hacer ropa. Nuestra propia "justicia" es una cobertura quebradiza e inservible para nuestro pecado. Es justicia egocéntrica se asemeja a los trapos más inmundos que se pueda imaginar, comparados con la ropa limpia y en buen estado (véase Is. 64:6).

Aquellos que permanecen en incredulidad, al igual que quienes insisten en tratar de ganar méritos delante de Dios a través de sus propias obras, no encontrarán redención de los efectos de la caída de Adán: "en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hch. 4:12). Jesús dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Jn. 14:6).

Apreciado lector:

No debo terminar este libro sin invitarle a examinar su propia vida para confirmar si usted está o no en la fe (2 Co. 13:5), si en verdad está revestido en la justicia de Cristo. Si usted no confía en Cristo para su salvación, le exhorto a dejar a un lado su incredulidad y sus esfuerzos individuales para recibir con humildad la salvación que Dios le ofrece en Él de manera gratuita.

La creación y la caída no son más que el preludio de la redención. La redención es el corazón verdadero del mensaje bíblico. Así usted haya leído este libro por curiosidad en cuanto al creacionismo bíblico, yo creo que Dios le ha llevado hasta este punto del estudio por una razón especial. Él le da ahora mismo la oportunidad de reconciliarse con Él (2 Co. 5:18-20), y yo como embajador de Cristo le imploro que responda a Dios con fe, con arrepentimiento y de todo corazón.

Tan solo invoque al Señor donde usted se encuentre. Pídale que perdone sus pecados, que le de un corazón limpio y que le revista en su propia justicia perfecta. Ni siquiera tiene que hacerlo en voz alta porque Él conoce su corazón, y la Biblia promete que "todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo" (Ro. 10:13). Si usted le invoca con fe, y con corazón y voluntad quebrantados y sumisos, Él promete escucharle y realizar este milagro creativo: "si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Co. 5:17). Mi oración por usted es que llegue a conocer por experiencia propia la realidad de esa creación nueva.